
Stanford University Libraries
3 6105 027 875 264

BIBLIOTHEK

DES

LITTERARISCHEN VEREINS

IN STUTTGART.

CLXV.

TÜBINGEN

GEDRUCKT AUF KOSTEN DES LITTERARISCHEN VEREINS

1883.

PROTECTOR
DES LITTERARISCHEN VEREINS IN STUTTGART:
SEINE MAJESTÄT DER KÖNIG.

*

VERWALTUNG:

Präsident:

Dr W. L. Holland, professor an der k. universität in Tübingen.

Kassier:

Kanzleirath Roller, universitäts-actuar in Tübingen.

Agent:

Fues, buchhändler in Tübingen.

*

GESELLSCHAFTSAUSSCHUSS:

Professor dr Barack, oberbibliothekar der kais. universitäts- und landesbibliothek in Straßburg.

Geheimer hofrath dr Bartsch, ordentlicher professor der g. universität in Heidelberg.

Dr Bechstein, ordentlicher professor an der g. universität in Rostock.

K. Cotta freiherr v. Cottendorf in Stuttgart.

Hofrath dr Hemsen, vorsteher der k. handbibliothek in Stuttgart.

Bibliothekar dr Klüpfel in Tübingen.

Director dr O. v. Klumpp in Stuttgart.

Dr K. v. Maurer, ordentlicher professor an der k. universität in München.

Dr Vollmer in Stuttgart.

Geheimer regierungsrath dr Waitz, ordentlicher professor an der k. universität in Berlin.

Dr Wattenbach, ordentlicher professor an der k. universität in Berlin.

Geheimer hofrath dr Zarncke, ordentlicher professor an der k. universität in Leipzig.

DER

KAMPF UM TENERIFFA

DICHTUNG UND GESCHICHTE

VON

ANTONIO DE VIANA

HERAUSGEGEBEN

VON

FRANZ VON LÖHER

GEDRUCKT FÜR DEN LITTERARISCHEN VEREIN IN STUTTGART

NACH BESCHLUSS DES AUSSCHUSSES VOM FEBRUAR 1882

TÜBINGEN 1883.

DRUCK VON L. FR. FUES IN TÜBINGEN.

ANTIGÜEDADES

DE LAS

ISLAS AFORTUNADAS

DE LA

GRAN CANARIA

CONQUISTA DE TENERIFE

Y APARICION DE LA SANTA IMAGEN DE CANDELARIA
EN VERSO SUELTO Y OCTAVA RIMA

POR EL

BACHILLER ANTONIO DE VIANA
NATURAL DE LA ISLA DE TENERIFE

DIRIJIDO
AL CAPITAN DON JUAN GUERRA Y AYALA
SEÑOR DEL MAYORAZGO DEL VALLE DE GUERRA.

Cancion.

Dedicatoria al Capitan Don Juan Guerra de Ayala, Señor del Mayorazgo del Valle de Guerra, por el Bachiller Antonio de Viana.

A vos, Guerra supremo,
Nivaria aficionada
De Guerras, que en las suyas són victoria,
Por llegar al estremo
De bien Afortunada,
Presenta humilde su pasada Historia.
Así la fama y gloria
Gozeis de Guerra ilustre
Bastante á conquistarla,
Que os sirvais de ampararla,
Dandole á su valor eterno lustre,
Favor y grata audiencia;
Pues llega á vuestras y presencia,
Contra la guerra ilícita,
Que á la verdad historica
Diere la envidia en murmurar frenética,
Acusando solícita
Las faltas de Retórica:
Socorred, Guerra invicto, mi poética,
Y aunque en errores ética,
Halle favor magnífico
En vos, que soy epitima,
Razon pide legítima,
Volved su guerra en paz, Guerra pacifico,
Que en vos á este propósito
Está el valor de Guerras en depósito.
Buena guerra es grandeza,
De virtudes tesoro,
Justicia, paz, prudencia, valentía,
Constancia, fortaleza,

Orden, honor, decoro,
Ánimo, diligencia, hidalguia,
Franqueza, cortesía,
Martirios y paciencia,
Méritos, alabanza,
Lealtad, firme esperanza,
Y todo en vos se vé con excelencia,
Guerra, que en vos se encierra,
Pues sois el Mayorazgo del buen Guerra.
Como en la cumbre altísima
De Armenia famosísima
Victoria el Arca hallo de lo pretérito,
En vos la alcance amplísima
De la envidia pestífera
Mi obra, que sois Guerra de alto mérito.
Hazed pues benemérito
Este Canario cántico,
Que, aunque resuene acérrimo,
Será el mas celebérrimo
A vos, Atlante del distrito Atlántico,
Y vuestras alas bélicas
Para mi peticion serán Angélicas.

Al discreto y piadoso lector.

El amor hace .dulces los trabajos, y el que á mi patria he tenido sufribles los de esta humilde obra, es ciego á los peligros, y puede tanto en mi deseo, que vence el temor de los, que se le ofrecen. Han incitado mas mi atrevimiento los celos, de que en los años pasados fray Alonso de Espinosa, de la órden de los predicadores, imprimiese un tratado digno de que se detrate; escribió en él los milagros de la Candelaria, mas sin luz quiso hacerlo en lo poco, que tocó de conquista, que promete accidental cuidado, con que inquirió la verdad de la historia; pues no solo lo demostró en lo oscuro é indeterminable, sino en lo público, cierto, y no dudoso, que no menos puede la pasion en los interesados ánimos. Sentí como hijo agradecido las injurias, que á mi patria hizo el estrangero, á título de celebrarla, agravió á los antiguos naturales en muchas varias opiniones, que afirma, oscureciendo su clara descendencia, y afeando la compostura de sus costumbres y república, y en una no menos injusta, y con evidencia detestable, á los descendientes de Hernando Esteban Guerra, conquistador, negando haber sucedido á Lope Hernandez de la Guerra, su tio, en su mayorazgo, como su sobrino, que fué; temerario juicio en contrario de la verdad notoria, que demas de serlo sin gravamen de escrúpulos, consta de papeles auténticos y fidedignos, con que yo le convenciera estando á cuentas con él, si ya no la hubiese dado al verdadero juez. Causas han sido bastantes, á que la navecilla de mi humilde ingenio se haya engolfado en el peligro, opuesto á las borrascas y tormentas de antojadizos y estragados gustos. Y pues que mi buena suerte, lector discreto, me ha guiado al puerto seguro de tus manos, afirmo en tu piedad las áncoras de mi esperanza; el porte, que te ofresco, no es el tesoro del Orlando, las perlas de las lágrimas de Angélica, ni el esmalte maravilloso de su hermosura, no los frutos del Labrador, que glorifica á la Madrid insigne, el Dragon de oro, las grandezas de Arcadia, las Margaritas, Diamantes, y preciosas piedras del Templo Militante, ni las riquezas, que á tu gusto ofrece el que en

todo es peregrino, sino la verdad (desnuda por mi pobreza) de una agradable historia, y algunos rayos y reflejos de la divina imágen de Candelaria; todo no adornado con las olorosas y matizadas flores de vega fértil, sino enfardelado en la tosca jerga de mi grosero estílo, que, conociendo su humildad, antes he querido faltar á la obligacion de la elegancia poética, que á lo verdadero de la historia. Y si consideras y desentrañas lo esencial de mi propósito, estoy cierto, estimarás mi deseo, y mi querida patria será eternizada, y dignamente bien afortunada. Vale.

De Lope de Vega Carpio al Bachiller Antonio de Viana.

Soneto.

Por mas que el viento entre las ondas graves
Montes levante, y con las velas rife,
Vuela por alta mar, isleño esquife,
A competencia de las grandes naves.
Canta con versos dulces y suaves
La historia de Canaria, y Tenerife,
Que en ciegos laberintos de Pacife
Dá al cielo á la virtud fáciles llaves;
Si en tiernos años, atrevido el Polo,
Miras del sol los rayos orientales,
En otra edad serás su Atlante solo:
Islas del Océano, de corales
Ceñid su frente, en tanto que de Apolo
Crece, á las verdes hojas inmortales.

Lope de Vega escribió el Laurel de Apolo.

De D. Francisco Cabezuela Maldonado al autor y su obra.

Soneto.

Viana, vuestro ingenio y alta pluma,
Si la temprana edad á mas llegara,
Ya en los celestes círculos volára,
De la primera Esfera, hasta la suma;
Mas, aunque mas escurecer presuma,
Su gran tesoro corazon lo aclara,
Por que quilates de virtud tan rara
El limitado tiempo no consuma.
Vuele la historia de uno al otro polo
Del Teide, y maravillas memorables

De Candelaria, celestial diana,
Que con la lira del divino Apolo
Y musa tan suprema, son loables
Los cantos de la vuestra soberana.

De Sebastian Muñoz en loor de la obra.

Soneto.

Del mundo los mas bien afortunados
Valientes hijos de la invicta España,
En las siete, do el mar Atlante baña
Los Campos Eliseos celebrados,
Pechos desnudos, de valor armados,
Mansos en paz, crueles en campaña,
Y entre el incendio de la guerra estraña
Con raro estremo del amor llagados,
La pureza mayor, la ardiente llama,
Que cercada del sol y luces bella
Al abrazado Serafin excede,
Canta Viana, cuya eterna fama
Vuela en su pluma, y vive en las estrellas
Por mas, que el tiempo y la fortuna ruede.

Del Licenciado D. Pedro de Arzola Vergara, natural de Tenerife al Autor.

Redondillas.

Canario insigne, á vos toca
Cantar lo, que en paz y en guerra
Nuestra cara patria encierra,
Que el cielo de vuestra boca
Es la gloria de su tierra.
Y no viera estas hazañas,
Con maravillas estrañas,
Tan dulcemente cantado,
Sinó un ingenio acendrado
Con el licor de sus cañas.

Canto primero.

Del asiento de las Islas, de sus antiguos nombres, grandezas, y fertilidad, la descendencia de los naturales, que las habitan, sus trajes, costumbres, órden de República, y de los Reyes, que tenian los de Tenerife cuando la conquista.

Canto el origen del Canario nombre
Y el renombre de bien afortunadas,
De las siete estimadas islas bellas.
Público dellas y de sus varones,
Grandezas, invenciones, y costumbres,
Amores, pesadumbres, y discordias,
De guerras las concordias, y altos hechos,
De los Hispanos pechos las victorias
Con fama, honor y glorias conquistadas.
Vos, de quien son amadas y queridas
Las islas escogidas de Canaria,
Patrona Candelaria, dadme lumbre,
Donde vuestra alta cumbre, que confio,
Que el pobre ingenio mio en esta historia
Hará vuestra memoria, se eternize.
Y vos, por quien me dice mi deseo,
Insigne Guerra, y creo, que desprecia
La furia recia del temor contrario,
Columna del Canario honor os llama,
Ya desde hoy mas la fama presta audiencia
Con clemencia á mi humilde canto llano,
Hareislo contra punto Soberano.
En el océano mar término Atlántico
Yacen en medio de las ondas varias,
A quien resisten firmes y altas rocas
De pardas peñas y arenosas playas,
Las islas; son Canaria, Tenerife,
Palma, Gomera, Hierro, Lanzarote,

Fuerteventura, tan cercanas de Africa,
Que ochenta leguas distan de su costa,
Y de Cádiz doscientas y cincuenta.
Nordeste en ellas, Sudueste, Oeste,
Y Leste vientos favorables soplan.
Llamaron otro tiempo á Tenerife
Nivaria, y á la Palma Pintuária,
Casperia á la, que agora es la Gomera,
Capraria, ó Hero al Hierro, y Lanzarote
Junonis, y Pluitula, ó Mahorata
Fuerteventura, nombres antiquísimos.
Aquel, que fué rompiendo el mar salado,
Surcando el golfo del cerúleo seno,
Y descubrió los cabos y estrechuras
De Mauritania, cuando de las indias
Vió la grandeza de riquezas próspera,
Halló para el deseo el non plus ultra
En estas siete venturosas islas.
Tambien Hanon desde la gran Cartágo
Pasó en el tiempo de su triunfo á verlas,
De bien afortunadas justo título
Le dieron, por hallarlas regaladas
De los templados y suaves aires,
De tierras gruesas en labrarse fáciles,
Esmaltadas con flores aromáticas,
Y con dátiles dulces coronadas.
Sus riberas y margenes marítimas
Enriquecian por diversas partes
Hermoseando en la dorada arena
Las pellas finas de preciosos ámbares,
Entreveradas por mayor grandeza
Con labrados confites y almendrones
De agradable apariencia, aunqué sin gusto.
Manaban leche las hermosas fuentes,
Las peñas miel suave entapizadas
Con nativos panales, entre el musgo
Pagizo, blanda y delicada orchilla,
Con esperanza cierta el verde campo

Al venidero siglo, ya presente,
Prometia mostrar fecundas zepas
Y ñudosos sarmientos de las vides,
Resudando el licor dulce y ardiente
De razimos melosos en los pámpanos
Y rúbias cañas destilando el zumo,
De que se cuaja el fino azucar cándido,
Sabroso nectar de los sacros dioses.
No hallaron en ellas animales
Dañosos, por que nunca los criaron,
Aunque en algunas de ellas habitaban
Los soberbios camellos corcobados.
Por sus aires volaban varias aves
De música sonora y muchedumbre
De aquellos vocingleros pajaruelos,
Que por canarios los celebra el mundo.
Producen sus espesos y altos montes
Alamos, cedros, lauros, y cipreses,
Palmas, lignaloes, robles, pinos,
Lentiscos, barbucanos, palos blancos
Viñatigos, y tiles, hayas, brezos,
Acebuches, tabaibas, y cardones,
Granados, escobones, y los dragos,
Cuya resina, ó sangre es utilísima.
Tienen grandes arroyos de aguas claras,
Con cuyo riego yerbas olorosas
Brotan y esparcen matizadas flores,
El poleo vicioso, el blando heno,
El fresco trebol, torongil, azahar,
El hinojo entallado, y el mastranzo,
Sube la yedra, y el jazmin se enreda,
Y se entreteje la violeta, y hacen
Un bello tornasol, con alhelies
En los espesos y frondosos árboles.
Llamaronlas los Campos Elíseos,
Diciendo, que el terreno Paraiso
Del ímpetu del golfo y mar cubierto
Entre ellas tiene su glorioso sitio.

Yáce en medio de todas, como adonde
Consiste la virtud, la gran Nivaria,
Famosa Tenerife, que en ser fértil,
Mas bien poblada y de mayor riqueza,
A esotras seis con gran ventaja excede.
Es mi querida patria venturosa,
Y della como hijo agradecido
Mas largamente, antigüedad, grandezas,
Conquista y maravillas raras canto.
Tiene en lo mas alto de sus cumbres
Un soberbio piramide, un gran monte,
Teide famoso, cuyo excelso pico
Pasa á las altas nubes, y aun parece,
Que quiere competir con las estrellas.
Puede contarse del, lo que de Olimpo,
Que si escribieren con cenizas débiles
En él, no borrara el aire las letras,
Que excede á su region la cumbre altísima.
Es celebrada por el mismo Atlante,
Que tiene en peso la celeste máquina,
Tiene mas excelencias que el Parnaso,
Fuente Casthalia, Apollinario Oráculo.
Canarias Nimphas, Sophiana turba,
Que á vos ilustre Guerra pagan parias,
Y eternizando vuestros altos méritos,
A vuestra estatua de diamante puro,
Que allí perfuman con celeste incienso,
Guirnalda ofrecen del sagrado Líbano.
Allí la eternidad Reina suprema
Habita y tiene con soberbia pompa
El regio trono, potestad y alcazar,
Y el archivo y erario de grandezas
De la pasada edad, de la presente,
Y de la venidera, y por mil siglos,
Eterno el gran valor de nobles Guerras.
Al fin es de seis millas el circuito
Del Teide, y doce ó mas tiene de altura,
Suele vertirle blanca y pura nieve,

Y entre ella exhala humo espeso y llamas
Por grietas, que descienden al abismo,
Manando verdinegra piedra azufre.
Tiene asímismo la dichosa isla,
Con que quilata su valor insigne,
Un celestial carbunclo inestimable,
Que es la devota imágen de la Virgen,
Que á Dios vistió de pura humana carne,
Llamada Candelaria, que cien años
Antes, que sus antiguos Naturales
Cristianos fuesen, pareció haciendoles
Infinitas mercedes y milagros,
De quien espero habreis el premio justo
De aqueste amparo, valeroso Guerra.
Puso tambien el cielo en la Nivaria,
Por confirmar de afortunada el nombre,
Un santo Crucifijo peregrino,
Admirable, perfecto, y devotísimo,
Que quizo la divina providencia,
Que como original se aposentase
En casa del Seráfico Francisco,
Que es el retrato á Dios mas semejante.
Del orígen y estirpe de la gente
Antigua, que las islas habitaba,
Hay indeterminadas opiniones.
Unos dicen, descienden de Mallorca,
Otros que de Numancia, otros que de Africa,
Y que con ella fueron estas islas
Confines, cual Sicilia con Italia;
Y que pudo del tiempo el largo curso
En tantas como vemos separarlas,
Que suele el tiempo largo y la porfía
Facilitar á veces lo difícil;
Pero repugna á esta razon dudosa
La diferencia de sus varias lenguas,
De costumbres y modo de República.
Otros dicen, que hubo a un tiempo en Africa
Ciertos pueblos rebeldes, que se alzaron

Contra el Romano imperio, y que el castigo
Fué, que á los delincuentes y culpados
En la mar desterraron en bajeles
Sin velas, jarcia ó remo á su fortuna,
Cortandoles un poco de las lenguas
Y los índices dedos y pulgares,
Porque, si se escapasen, se perdiese
En ellos la memoria del delito;
Y que, por ser las islas tan cercanas,
A ellas aportaron, donde hicieron
Habitacion sin tratos ni contratos,
Ni letras, con las muchas diferencias
Del modo de vivir, lengua y costumbres.
Hay otras tantas varias opiniones
Sobre el antiguo nombre de Canarias:
Unos afirman ser por muchos canes,
Que en gran Canaria hasta hoy se crian,
Otros lo aplican al sonoro canto
De aquellos pajarillos, cuya música
Queriendo celebrar, fué deribado
De Cano por cantar el nombre antiguo;
Mas todas estas opiniones varias
No son conformes, ni en razon tan justas,
Que se les pueda dar entero crédito.
La mas cierta verdad averiguada
Es, que despues del general diluvio
El viejo y venerando Patriarca
Noe tubo por hijos postrimeros
A Crano y Crana de Italia Reyes.
Vasallos suyos por diversas partes
Del mundo andaban descubriendo tierras
Desiertas, y apartadas de sus términos,
Y de aquellos, que en naves y bajeles
Del mar surcaban las furiosas ondas,
Algunos aportaron á Canaria,
Donde habitaron faltos de las cosas
Para la vida humana convenientes,
Y viendo la grandeza de las Islas,

Suelo agradable y saludable cielo,
Aires templados, y las vegas fértiles,
Pareciendoles sitio acomodado,
Á la asistencia y gusto de sus Reyes,
Como si le estubiesen dedicadas,
Por nombre heróico y sempiterno título,
El propio, que le dieron, deribaron
Del suyo, así llamandolas Canarias;
Mas despues que borraron esta memoria,
El tiempo fué pasando en tantos siglos,
Los Hispanos, que siempre han por costumbre,
Acomodar cualquier diccion ó nombre
A las facilidades de su lengua,
Por pronunciar suave y elegante
La R, entre la C y A interviniente,
Quitaron, y el vocablo corrompieron
De suerte, que Canaria ahora dicen,
Mas el antiguo nombre fué Cranaria.
Es de aquesta verdad notorio indicio
El nombre de Gomera, que hoy celebra
Á la, que se llamó Casperia un tiempo,
Por que de Crano y Crana fué sobrino
Gomér, que poseyó su regio cetro;
Y si con atencion se considera,
Parece claro, que la misma gente
Tambien pobló despues aquella isla,
Dandole de su Rey el propio nombre.
Asímismo confirma esta sentencia
Capraria ó Hero, que agora llaman Hierro,
Que el nombre Capraria significa
En su lengua, grandeza, y Hero fuente,
De que le dieron título á la isla
Por la gran maravilla de aquel arbol,
Que mana el agua, que les dá sustento,
Parece mas del cielo providencia,
Que efecto natural este misterio.
Tendrá la isla en contorno veinte millas,
Sin fuente caudalosa, arróyo, ó rios,

De que puedan gozar sus naturales.
Mas por remedio de estagran falta,
Permite el hacedor de cielo y tierra,
Que en un inutil cerro, cuyo asiento
Está situado en medio de la Isla,
Haya un árbol tan fértil y vicioso,
Que de las puntas de sus verdes ramas,
Pimpollos, hojas y cogollos tiernos
Destila siempre liquidos humôres,
Y como perlas, ó celeste aljófar,
Claros rocíos de abundantes aguas,
Que por los gajos van incorporandose,
Al tronco llegan en corriente arroyo,
Y trasparentes bulliciosas riegan
Todo el contorno de la sierra dura.
No le ofenden del tiempo las ruinas,
Ni se agosta, marchita, ni consume,
No muda hojas, ni renuevos cria,
Que siempre está en un ser, que fuera impropio
Á la virtud, que es natural mudarse.
Llamase Til el árbol, y otros muchos
Hay, pero no de tanto bien dotados,
Y aunque todos esotros son estériles
De pocas ramas, cual cipreses altos,
Este como frutífero parece,
Que por mayor grandeza del misterio
Es mas vicioso, fértil y çopado.
Decian los antiguos naturales,
Que alguna nube en sus espesas ramas
Destilaba las gotas, que resuda,
Mas engañosa la opinion gentílica,
Que, si en Filosofia ha de fundarse,
Se vé, que la virtud que tiene oculta,
Atrae por su raiz del centro estítico
Al húmido elemento, como suele
Mover la piedra imán al tosco hierro.
Tan suaves, templadas, trasparentes
Y saludables son aquellas aguas,

Que satisfacen el humano gusto,
La sed mitigan y al deseo incitan,
Y así no solamente suplen faltas,
Sino, que son sus obras sobras siempre,
Proveese de allí toda la isla,
Y para asi hacerlo, se recoge
El agua en una alberca al pié del arbol,
De donde la reparten con buen órden.
Pero los Naturales conociendo
De aqueste buen concierto, con industria
En el lugar, do ahora está la alberca,
La entretenian en un grande Médano
De muy menuda y blanca y limpia arena,
Y para poder dársela al ganado,
O proveerse facilmente, hacian
Fuente pequeña, ó grande á su propósito
Abriendo hoyos en la arena móbil.
Usase hasta ahora llamarse Heres
A semejantes partes, donde el agua
Se suele entretener, y en aquel tiempo
Capraria se llamaba el árbol fértil,
Hera la arena, donde el agua estaba,
Y Hero aquella venturosa isla,
A quien dijeron los de España el Hierro,
Siendolo el corromper el nombre propio.
Despues Fuerteventura y Lanzarote,
Que llamaban Junonis y Pluitula,
Y algunos Mahorata, se poblaron
De aquella gente desterrada de Africa
Por distar menos leguas de costa.
Llamaronlos despues los Mahoratas
Y ahora por memoria Mahoreros.
Eran valientes, fuertes, belicosos,
Diestros, y en las costumbres, lengua y talles
Muy semejantes á los Africanos,
Mas no vivieron rastro de su secta,
Por que esta poblacion fué muchos siglos
Antes que las torpezas de Mahoma.

Cuando reinaba en la Vandalia Bética
Altis, antiguo Rey, y tantos años
Negó á la tierra el cielo el agua y lluvias,
Con la notable perdicion de España,
Los que escaparon á oportuno tiempo,
Dejando el patrio nido, compelidos
De la necesidad, se desterraron
Huyendo del rigor de sus desdichas.
(Que entierran y destierran los trabajos.)
Pasabanse á Provincias diferentes,
Unos á Francia, otros á Italia,
Y algunos á poblar desiertas islas.
De aquestos aportaron ciertas naves
Á la, que se llamaba Pintuaria,
Y dieronle de Palma el justo título,
Por que con la frescura de sus tierras
Del tiempo se juzgaron victoriosos.
De aquesta misma gente antigua y noble
Entonces se pobló tambien Nivaria.
Nivaria se llamaba por la nieve,
Que suele platear la cumbre altísima
Del sacro monte,—Teide, excelso Atlante,
Y por la misma causa el nombre digno
De Tenerife entonces le pusieron,
Que Tener en su lengua significa
Blanca nieve; y quiere decir, Ife,
Monte alto, y así por el gran Teide
Se llama Tenerife la Nivaria,
Que es lo mismo que el Monte de la nieve.
Consta de estas razones verdaderas,
Que de Españoles nobles andaluces
Fueron pobladas por grandeza insigne
La Palma y Tenerife ilustres islas,
Como demuestran bien sus Naturales,
Pues, si en algo le fueron diferentes,
Era en lo mas mudable, que es la lengua.
Tenian todos por la mayor parte
Magnánimo valor, altivo espíritu,

Valientes fuerzas, ligereza y brio,
Dispuesto talle, cuerpo giganteo,
Rostros alegres, graves y apacibles,
Agudo entendimiento, gran memoria,
Trato muy noble, honesto y agradable;
Y fueron con exceso apasionados
Del amor y provecho de su patria.
En todas estas y otras muchas cosas
Fueron muy parecidos á Españoles,
Y en las costumbres, leyes y preceptos
Guardaron tan buen órden de República,
Que sin hacer agravio á las naciones
Antiguas y gentílicas, ninguna
Huvo, que en ello pueda aventajarse.
Ídolos no creyeron, ni adoraron,
Ni respetaron á los falsos dioses
Con ritos y viciosas ceremonias,
Mas antes con amor puro y bénevolo
En una causa todos concurrian,
Creyendo y adorando en un dios solo,
Cuyo ser infinito, omnipotente,
Justo, clemente, y pio confesaban,
Llamandole en su lengua Hucanech,
Guayaxarax, Acucanac, Menceito,
Acoron, Acaman, Acuhurajan,
Que son sublimes y altos epitetos,
Que significan, todopoderoso,
Sustentador y autor de lo criado,
Sin principio y sin fin, causa de causas,
Y así con voluntad llana y sencilla
Admitieron la fé y el Evangelio,
Sin que jamas ninguno se escusase,
Que fué su amor constante, aunque tan simple,
Digno de que se estime y que se alabe
Por singular y de sincera causa
Sobre todas las cosas el cristiano
Al trino y uno, adora, sirve, y ama
Con viva fé, creyendo en sus articulos

(Firme constancia y ánimo Catolico).
Mas si con atencion se advierte y juzga
Despues de por ser Dios, quien es la causa,
La gracia del bautismo, que le inspira,
Bienes, y beneficios, que recibe,
Y el temor de la pena del infierno,
Que es abstinencia en vicios y pecados,
Pues, aunque de alvedrio libre goza,
Reconoce que hay muerte y Juicio,
Infierno y gloria: y todas estas causas
Hacen, que con temor y amor de espíritu
Seguir procure á Dios con esperanza
De gloria en premio de sus buenas obras.
Mas si la primer causa se supone,
Bien se podrá decir atribuyendolo
A las demas, que el interés le mueve
Del mal, ó el bien, que por su fin le espera,
Pero el amor de aquestos naturales,
Agenos de interés, aunque carecen
De luz y de Evangelica doctrina,
No fué para con Dios de tantos méritos
Mas con piadosos ojos advertido,
Tiene un cierto misterio de grandeza,
Porque de libre voluntad procede,
Que se debe estimar mas el efecto,
Cuanto en la causa hay menos circunstancias.
A mi razon con evidencia aprueba
El raro don, que Dios hacerles quiso
De la devota y Sacrosanta Imágen
De la Vírgen Princesa de los cielos,
Que apareció en el Reyno de Güimar
Cien años antes que Cristianos fuesen,
Y de los Españoles conquistados.
Celebran los Heróicos beneficios,
Que Dios hizo á Israel su amado pueblo,
Por que de amor, que quiere encarecerse,
Las obras son perfecto testimonio.
Así se solemniza justamente

La libertad del largo cautiverio
(Bien singular de precio incomparable),
El paso de las aguas á pié enjuto,
El Maná celestial en el desierto,
La fuente de la peña dura y seca,
Las Tablas de la ley, el Arca fœderis,
La columna de fuego refulgente,
La prometida tíerra y la victoria
De los fieros Gigantes espántosos,
Con otros muchos; pero á nuestro pueblo
Llamado y escogido (tierra fértil,
Limpia de abrojos, vicios y espinas,
De falsa idolatria ó ceremonias,
Donde el divino labrador espera
Lograr el fruto de la mies sagrada
Del evangelio, que en las almas siembra)
Mayores dones y mercedes hizo,
Diole á su misma madre por patrona,
Libertad del pròlijo cautiverio,
Que en el pecado preso le tenia:
Estrella, que en el mundo, mar de làgrimas,
Guia y saca las almas á pié enjuto,
Maná mas celestial, que en el desierto,
Que al mismo Dios alimentó en la tierra,
Fuente de gracia y vida, salud propia
Contra serpientes de infernal veneno,
Asiento perfectísimo y orígen
De la divina ley, que es ley de gracia,
Arca, do el mismo Dios halló hospedaje,
Columna de la luz, de la fé viva,
Y Purificacion, que es Candelaria,
La tierra prometida, que es la Iglesia,
Con frutos de divinos Sacramentos
En este mundo y en el otro gloria.
Tiene de Candelaria el justo título,
Por que en sus partes esta imágen Santa,
Como mas largo se dirá adelante,
La purificacion se representa

Con una vela verde por divisa,
No sin misterio, que es grandeza célebre,
Que como quien bajaba entre Pagános
De luz, de fé, tan faltos, é ignorantes,
Candela verde, que nos significa
Esperanza de luz, fuego amoroso,
Era señal de que sus ciegas almas
Purificaba, dando luz divina.
Y como quien fundaba nuevo mundo
En los confusos corazones, quizo
Usar de lo que Dios, cuando dispuso
La universal creacion, que dijo hágase
La luz, y luz de todo fué el principio,
Y asi con luz de vírgen comenzaba.
O felice nacion, nacion dichosa,
Llamante todos bien afortunada,
Que si les dió, el cordero sacro santo,
Apostoles sagrados y benditos,
Que á su divina ley les convirtiese,
Y la fé y evangelio predicasen;
A ti por soberanos y altos méritos
Y mayor dignidad su misma madre
Dió por predicadora y abogada.
Cuando nacia alguna criatura,
Le echava una muger, que era su oficio,
Agua con gran cuidado en la cabeza,
Y allí su nombre propio le ponian,
Quedando en parentada con los padres
Sin que les fuese permitido ó lícito
Casar con ella por aquesta causa,
Aunque se entiende por la mayor parte,
Ser este oficio propio de las Vírgines,
Que solian llamar Harimaguadas,
Y prometian Virginal pureza,
Las cuales habitaban en clausura
De grandes cuevas, como en Monasterios.
Aquella ceremonia acostumbraban
Con intencion de simple labatorio

Y no de Sacramento de Bautismo,
Pues no les habia sido predicado.
Pasada ya la infancia, en la puericia
Los doctrinaban en costumbres buenas
Con amorosa y justa disciplina,
Dandole á cada cual el ejercicio
Lícito y á su estado conveniente,
Vedandoles por mala la soberbia,
Reprehendiendo por cruel la ira,
Juzgando por inútil la avaricia,
Castigando por torpe la lujuria,
Reprobando por pérfida la envidia,
Y por viciosa infame la pereza.
Tambien los instruian con cuidado
En el conocimiento de la muerte
Y en el amor, que sobre todas cosas
Con respeto y temor tener debian
Al gran Guayaxarax, Criador inmenso,
Dandole en los trabajos con paciencia
Gracias y en los descansos alabanzas.
Mandabanles tambien amor al prójimo,
Obedecer continuo á los mayores,
Cumplir los juramentos y palabras,
Solemnizar los dias festivales,
Honrar los padres, concervar amigos,
Ser pulidos, honestos y prudentes,
Tratar verdad y aborrecer mentiras.
Tambien los enseñaban con sus obras
Á tener caridad, guardar los bienes,
Á sustentar la honra, y ser bien quistos,
Á defender, servir y temer Reyes.
Cuando ya en la florida primavera
De la edad juvenil iban entrando,
Les informaban con estensa cuenta
La calidad, estado, valor, sangre
De sus antepasados, cosa justa,
Y para conservarse de importancia
De las armas el uso y ejercicio,

Despues les enseñaban hasta tanto,
Que de por si tenian su familia.
Cuando los temporales les faltaban,
Al cielo su socorro le pedian,
Juntando en los apriscos las ovejas,
Ó en otros puestos propios al efecto,
Y apartaban las crias á una parte,
Haciendoles estar dando balidos
Sin las madres gran rato, pareciendoles,
Que aquella simple y fácil ceremonia
Aplacaba de Dios la justa ira.
Ignoraban, que fuesen inmortales
Las almas, y que hubiese pena y gloria,
Aunque afirmaban cierto haber infierno,
Que llamaban Echeide: y al demonio
Huayota y por el alto monte Teide
Y por el sol, á quien Magec llamaban,
Juraban con recato y gran respeto.
Vestian blandas pieles gamuzadas
De cabras, de cordero y de oveja,
Y con curiosidad y rara industria
Hacian un pellico muy pulido
A modo de camisa en la hechura,
Que en su lengua llamaron el Tamarco.
Era sin cuello, pliegues y sin mangas,
Cosido con correas de lo mismo,
Con pespunte curioso, no de aguja,
Ni alesna, que suplian esta falta
Grandes espinas de marinos peces.
Usaban mas aquesta vestidura
Los varones, que siempre las mugeres
Traian de lo mismo como saya,
De la cintura abajo, otro pellico
Y Tamarco mas corto, que muy justo
Con mangas les cubria pecho y brazos.
Habia en este traje diferencias
De villanos, á nobles, hijos dalgo,
Que los mas principales se vestian

El Tamarco con mangas y en las piernas
Huirmas, que como medias sin plantillas
Traian, y un calzado como barcas,
Justo en los pies, que se llamaban Xercos,
Mas la gente comun baja y plebeya
Siempre andaban descalzos y sin mangas.
El número de dias por los soles
Y el de meses y años por las lunas
Contaban con buen órden y concierto,
Que, como eran de cuenta, tenian cuenta.
Hacian en la mar la pesqueria
Con anzuelos sacados con industria
De retorcidos cuernos, y era tanta
La suma y abundancia de pescado,
Que entonces se criaba por la costa,
Que con facilidad sin instrumento
De mas sutil ardid se proveian.
La mies, que mas usaron, fue cebada
Y el corvo arado y acerada reja,
Con que la tierra fértil cultivaron,
Eran cuernos largos puntiagudos,
Fijos en leños bien acomodados,
Que las faltas notables de labranza
Suplia con estremo ser la tierra
Fértil, fecunda y de labrarse fácil.
La mayor variedad de sus manjares
Era, que la cebada bien tostada
En molinos de mano remolian,
Tanto, que el pajizo y tosto grano
Sacaban el menudo y sutil polvo,
Al que llamaron Gofio, que supliá
Por regalado pan para el sustento;
Con leche, miel, manteca lo amazaban
Y con sola agua y sal el, que era pobre,
Usaban gruesas carnes de Carnero,
De cabras, de conejos, y otras aves
Asadas las comian, medio crudas,
Goteando gordura ó fina sangre,

Porque por opinion comun decian,
Sin inclinarse á complacer el gusto,
Que estaba así en su punto de sustancia.
Sus frutas fueron ongos y madroños,
Bicácaros, las moras de las zarzas
Y mocanes, que son cuando maduros
Negros, de hechura de garbanzos.
Celebraban anales alegrias
En dias festivales, congregandose
En las córtes y casas de los Reyes,
Haciendo grandes gastos en convites,
Y sobre apuestas para regocijos
Hacian fuerzas, levantaban pesos,
En luchar, en correr, saltar y en pruebas,
En bailes, con destreza y valentía,
Mostrando su valor en competencias.
La enfermedad, que por la mayor parte
A veces padecian, fueron flujos
Sanguineos ó colèricos del vientre
Y el dolor de costado, ó la modorra.
Mas no fué tan notable su ignorancia,
Que faltasen Galenos y Avicenas,
Que sin el sabio metodo de Hipocrates
Remediasen sus daños y dolencias.
Aplicaban el zumo de Mocanes
Con otras confecciones algo estíticas
A los flujos del vientre, y al Pleuresis
Aguas de decocion de frescas yerbas,
El suero de la leche purgativo,
Y sajas por sangria, que con rajas
De pedernal sutiles las hacian.
Sangravanse de la modorra
Haciendo evacuaciones de la parte,
Que mas les parecia necesaria,
Y aplicaban tambien otros remedios,
En que se muestra claro la agudeza
De su curiosidad y gran ingenio.
Curabanse asímismo las heridas

Con balsamo odorífero, compuesto
De yerbas y de flores salutíferas.
Su comun ejercicio de ordinario
Era guardar ganado, salvo aquellos,
Que fueron nobles, ricos principales,
Ó los, que se ocupaban en oficios
Tocantes á gobierno de Republica,
Y los, que profesaban los mecanicos.
Pagabanse y trataban en las crias,
Quesos, gofio, cebada, miel, manteca,
En sebos, en pieles, y otros bienes tales,
Que su moneda fué y mercadería.
El uso y ejercicio de las armas
Amaron en estremo, aunque pacíficos,
Aficionados á ganar victorias;
Y así todos los Reyes se preciaron,
De ser gente de guerra, y estimaban
En mucho á los valientes y animosos
Soldados de esperiéncia y capitanes,
Haciendoles mercedes y otorgandoles
Libertades, franqueza y privilegios,
Con que se ennoblecian los linajes.
Las armas ofensivas, que tuvieron,
Que ningunas usaron defensivas,
Eran muy gruesas mazas, ó bastones
De troncos, ó pimpollos de los arboles,
Que jugaban ligeros á dos manos,
Y en el espacio de las grandes porras
Encajaban agudos pedernales,
Que por el mayor peso y fuertes golpes
Desgarraban las carnes, quebrantando
Los bien fornidos miembros de los cuerpos.
Usaban dardos como gruesas lanzas,
Que llamaban Banoes en su lengua,
Eran del corazon de secos pinos,
Llamado tea, y la aguzada punta
Tostado al fuego, mas estrago hacia,
Que el afilado y bien templado azero.

Y con destreza rara y admirable
Se despeñaban de los cerros altos
Con un dardo en las manos, descayendo
Muy rectos en sus tercios estribando.
Batallaban desnudos las mas veces
Con una sola piel por la cintura,
Rodeando el Tamarco, que vestian,
En el siniestro y valeroso brazo.
Afirmase, que usaron unas tarjas
A modo de rodelas por defensa,
Mas solo fué en el tiempo de conquista,
Procurando imitar á los Cristianos
Y reparar el daño repentino,
Que de los arcabuces y ballestas
Continuo en las batallas recibian,
Causa, de que ordenasen el reparo.
Con las hondas de juncos, ó trobiscos,
O con la mano (no con menos furia)
Tiraban tanto una rolliza piedra,
Que quebrantaban las adargas fuertes
Y rodela, y el brazo atormentaban.
Hacian en la guerra un fiero estrépito
Con voces, silvos, gritos y alaridos,
Y aqueste fué el ardid de sus batallas.
Lícito fué á una hembra un varon solo
Y al varon una hembra permitido,
Y el matrimonio entre ellos dependia
De solo voluntad, que los ligaba,
Durando el si otorgado hasta la muerte,
Sin que se permitiese haber divorcio.
Habia entre los hijos diferencia,
Como era entre el bastardo y el legítimo
Y el adultero, espurio, era excluido
De las herencias, siempre prefiriendo
El legítimo en todo, y las mejoras
(Excepto entre los Reyes) se vedaban.
Habia entre ellos Hidalgos de linaje,
Escuderos honrados, y villanos.

Eran los Reyes por naturaleza,
Sucediendo los hijos por los padres,
La linea masculina respetando,
Y al Rey como señor obedecian.
Y cuando se elegia, lo juraban
Con esta ceremonia, que tenia,
Guardaba cada Reyno con recato
La calavera, para el propio efecto,
Del mas antiguo Rey de aquel estado,
Del cual linaje y sangre descendiese.
Aquel que por entonces se elegia,
Y juntos en el puesto de consulta,
Que en su lengua llamaban el Tagóro,
Sacabanla con suma reverencia,
Y luego el nuevo Rey, que se juraba,
La besaba, y encima su cabeza
Poniendola decia estas razones:
„Achoron, Nunhabec, Zahonat Reste,
Guañac Sahut Banot Xeraxe sote,"
Que decia, Yo juro por el hueso,
Que tuvo Real corona de imitarle,
Guardando todo el bien de la República.
Luego todos los grandes, prefiriendo
Al mas anciano, de por si, tomaban
La propia Calavera y la ponian
Con gran respeto sobre el hombro diestro
Besandola, diciendo muy humildes:
„Agoñec Acarom Ynac Zahaña
Guañoc Reste Mencey", que significa,
Juro por aquel dia celebrado
De tu coronacion de ser custodia
De nuestro Reyno y Rey tu descendiente.
Y vistiendo sus pieles y Tamarcos
Mas costosos con sumas alegrias
Adornaban de flores el Tagóro,
Y de laureles, palmas y otras yerbas.
El Reste ó Mencey al Rey llamaban,
Que decia, defensa y fuerte amparo.

Y la corona era una guirnalda
De laurel, palma y flores olorosas,
Y el cetro real un hueso largo y seco
Del propio Rey antiguo, de quien fuese
La calavera, con que fué jurado.
Era el mondado hueso Zancarronico
Y cubierto de pieles gamuzadas,
Y al Rey se presentaba solamente,
Cuando en consulta en el Tagóro estaba.
Sus leyes, estatutos, y preceptos
No quebrantaban, que antes fueron siempre
Puntuales en cumplirlos y observarlos.
Era el hijo obediente preferido,
Aunque en muy poca parte, por mas honra,
Porque mejoras no se permitian,
Sin causa, que á los otros excluyese,
Que á los inobedientes por castigo
Era ley, que muriesen crudamente,
Y lo mas ordinario apedreados,
Y al homicidio muerte, al hurto azotes.
La doncellla atrevida y descompuesta
Pagaba el yerro con perpetua cárcel,
Pero quedaba sin ofensa libre,
Viniendo su ofensor á desposarse;
Al adulterio tanto aborrecian,
Que á los culpados enterraban vivos;
Y á los escandalosos de República,
Que suelen ser autores de cizañas,
Daban diversos modos de castigos;
Las deudas se pagaban por justicia,
Dandole á cada cual lo, que era suyo,
Aunque dellos continuo reservaron
A las mugeres sin hacienda pobres.
Si en los caminos, ó en desierta parte
Con hembras los varones se encontraban,
Era precisa ley, que se apartasen
Por diferentes sendas cada uno,
Sin que palabra alguna se dijesen,

Con pena de la vida lo contrario.
La gente hidalga, Reyes, Capitanes,
Los nobles de valor, linaje y fama
Sepultaban por suerte diferente,
De los plebeyos de menor estima,
No en sepulcros de marmoles labrados,
Ni en bobedas sublimes de artificio
De mano de Arquitecto suntuoso,
Ni en templos, que de todo carecieron.
Mas con amor, piedad, dolor, y lástima,
Que siempre vieron para sus difuntos,
Vedaron se enterrasen en la tierra,
Y que viles guzanos los comiesen,
Negandole la forma á la materia,
Ya que de las letras les faltase.
A todos los mirlaban de esta suerte:
Tenia hecho cierto labatorio
De flores y de hoyas de granados
Y de otras muchas flores diferentes,
Y despues de labado el cuerpo muerto
Con ciertas confecciones, que hacian
De tosca, breso, cáscara de pino
Y de otros zumos de astringentes yerbas,
Le llenaban el corruto vientre,
Embutiendole aquesto por la boca,
Y despues puesto al sol los quince dias,
Que duraban los llantos funerales,
Quedaba muy mirlado, enjuto, y seco.
Cosianlo en sus pieles adobadas
Y preparadas para el propio efecto,
Y con señal por do le conociesen.
Á los que eran Hidalgos de linaje
En ataud ponian por mas honra
De madera que fuese incorruptible,
Como de tea y otras semejantes,
(Y al cuerpo muerto le llamaban Xaxo),
Y así de aqueste modo le ponian
En anchas cuevas y de ciertos cerros,



Y para aqueste efecto de mirlarlos
Habia ciertos hombres y mugeres,
Que esto tenian por comun oficio
Haciendo habitacion á solas juntos,
Sin que con ellos conversase alguna,
Que dellos presumian menosprecio
Y á todos los tenian por inmundos,
Y así se conocia su linaje.
Sus ricas casas eran cuevas cóncabas,
Que en levantados cerros se hacian,
Y otras casas de solas piedras toscas,
Cubiertas de madera, paja y tierra.
Nueve cetros de Rey tuvo Nivaria,
Y de todos nueve en su gobierno fueron,
En términos y sitios diferentes,
Y de Güimar Anaterbe el bueno,
En Tacoronte el arrogante Acaimo,
Del estado de Naga fué Beneharo,
En Taoro Bencomo el potentísimo,
Pellicar en Icode noble reyno,
En Daute el gran Romén Rey poderoso,
Del de Abona Agoñá Rey esforsado,
De Adeje Pelinor no menos fuerte,
De Teno Guantacára bravo y fuerte,
Mas de todos Bencomo el de Taoro
Fué el mas temido, amado y estimado
De mas vasallos, tierras y distritos.
Y estos nueve reinaron en el tiempo,
Que fueron conquistados de Españoles,
Aunque hay fama comun, que antiguamente
Un solo Rey la isla sojuzgaba,
Y el último llamado el gran Tinerfe
Dejó, cuando murió, nueve ó diez hijos,
Los cuales, cada cual reinar queriendo,
Se alzaron cada uno con su término,
Y así fué el Reino en nueve dividido.
Por esta causa entre ellos hubo siempre
Guerras, parcialidad y disenciones,

Y supieron tampoco conservarse,
Que lo mal adquirido mal se pierde;
Si un solo Capitan los gobernase
Siendo como eran todos tan valientes
Fuera muy mas difícil la conquista,
Como ahora dirá el canto segundo
Con la verdad, en cuyo fin me fundo.

Fin del primer canto.

Canto segundo.

De los antiguos dueños de las islas, y de su primer Obispo, y relacion de la Conquista de las cinco; y asaltos de guerra, que en la de Tenerife dieron los Españoles antes de la Conquista.

Sagrada Musa de la mas Estrella,
Que cerca della, en vuestra Candelaria
Honor de la Nivaria, cual contemplo,
Estais en sacro Templo colocada,
Con voz purificada sea mi lengua,
Por quien sin mengua en la verdad prosiga,
Don Juan, á quien obliga la nobleza,
Que por naturaleza en voz suprema
Con obras mil se estrema vuestro nombre,
Al detestor asombre en este canto,
Que un punto mas la humilde voz levanto.
Cuando reinó en Castilla Don Enrique
Tercero, que el Enfermo fué llamado,
Hizo merced de las Canarias islas
A un frances Caballero, á quien llamaron
Monsieur Serban; y estando con su armada,
Buscando alguna en medio de las islas,
Vió á la, que tenia nombre de Junonis,
Y con el alegria y regocijo,
De ver la nueva tierra deseada,
Lanzot dijo en su lengua; significa
Echese de beber, usado término
En las navegaciones semejantes.
Llamaronle Lanzot por esta causa
A esta isla, y despues los Españoles
Dijimos Lanzarote y no Junonis.
Murióse el General á pocos dias
Y se volvió gues nte toda á Francia.

Despues, cuando la Reyna Catalina
Con su querido infante Don Fernando
Gobernaba en el Reino de Castilla,
En cuya real corona incorporadas
Estaban otra vez las islas, hizo
Dellas merced á otro Frances famoso
De clara descendencia, cuyo nombre
Fué Monsieur Juan de Bethencourt con título
De Rey por benemeritos servicios,
El cual con poderosa y brava armada
Siguió de las Canarias el viaje
Con gallardos Franceses y Españoles,
De sojuzgar naciones codiciosas,
Que fueron los mas nobles Bentacures,
Deudos cercanos suyos y parientes
Los Dumpierres, Perdomos, los Cabreras,
Rojas, Sarmientos, Castros, Riberoles,
Casañas, Monleones, Pimenteles,
Alarcones, Negrines, Melianes,
Henriquez, Salazares, Verdes y otros
De gran esfuerzo y de valor inmenso.
Llegó á supremo triunfo su fortuna,
Pero bajó al estremo de desdicha,
Fué poca su ventura, aunque por suerte
Ganó á Fuerteventura la primera,
Que fué la, que Pluitula se llamaba.
Luego ganó sin daño á Lanzarote,
Despues al Hierro, luego á la Gomera;
Pero para ganarla gran prueba hizo
De su valor, por ser los Naturales
Astutos, belicosos y valientes,
Comprando á costa suya la victoria;
Pero, si la ganó con guerra honrada,
Despues vino á perderla con afrenta
Su sucesor indigno de cobarde.
Allí con cetro real tendió bandera,
En ocio y en descanso coronado,
Mostrando, como siempre el Frances muestra,

Fuertes principios y los fines flacos.
La acerina malla, el arnes fuerte,
El peto, la lorija y el escudo
Sin uso estaba de herrumbre lleno,
Las banderas, pendones y estandartes
Dedicados estaban á pereza,
De ociosa negligencia profanados.
El parlero Mercurio es el, que priva,
Que es propia en los locuaces la privanza.
Solo el trato usurario y la codicia,
Aumento (no de honor) aunque de venta,
Era su diligencia y ejercicio,
Vendiendo los isleños Naturales
A moros, á tiranos y extrangeros
Con sed inaplacable de ambiciones,
Sin mirar, ni temer de Dios la ofensa
Y el daño sin reparo de los suyos;
Mas al mayor furor de este descuido
Llegó la muerte con su espada cruda,
Pidiendo el censo de su mala vida,
Tiempo de dar estrecha y larga cuenta
Al supremo Juez sol de justicia,
Y al fin murió, que los escudos de oro,
Como no son al hombre naturales,
La muerte es natural y los desprecia.
Sucedióle en el Reino indignamente
Un Frances su sobrino, que allí estaba,
El cual quedó en los logros tan astuto,
Que el reino malogró su trato ilícito,
Por que, sin respetar al que era noble,
Daba en vender los libres por esclavos.
En este tiempo en la sagrada silla
Martino quinto á Roma gobernaba,
El cual proveyó luego por Prelado
A Dón Fray Mendo Obispo de Canarias,
Que fué el primero, que á las islas vino.
Y como buen Pastor movido á lástima
En el alma sintió, que en sus ovejas

El Rey (rabioso lobo) hiciese estrago,
Y procurando enmienda, cuidadoso
Visitando al Rey, le dijo aquesto:
Monarca, aunque tu cetro y Real corona
Te dé en lo temporal, mano y gobierno,
Mira, que Dios al bueno galardona
Y al malo dá castigo sempiterno.
Advierte, que deshonras tu persona
Y el ánima condenas al infierno,
Si con escandaloso vituperio
Á tus vasallos dás en cautiverio.
Dios al hombre crió, de gloria lleno,
Libre, y despues del mísero pecado
Quedó cautivo y de la gracia ageno,
En hierro de sus yerros aherrojado,
Y Dios pobre y desnudo en paja y heno
Nació (hombre hecho), por que rescatado
Fuese, no con dineros, plata, ni oro,
Mas con sangre de Dios, rico tesoro.
De aquí á ser libre el hombre otra vez vino,
Debiendo solo á Dios el señorio,
Que enseñandole bueno y mal camino,
Puso en su libertad libre alvedrio:
Quiso, que el hombre fuese por sí digno,
Conociendo su error y desvarío,
Subiendole á mayor merecimiento,
Dando á esta ley antigua nuevo asiento.
Dióle justicia, estableciόle leyes
De razon natural, que le rigiesen,
Y dividiendo de por sí las greyes
Quiso, que todos superior tubiesen:
Para este efecto les señaló Reyes,
Que con temor y amor obedeciesen,
No dejando á los Reyes de obligallos,
Á que defiendan y amen los vasallos.
Este oficio de Rey se ha por linaje,
Por que la noble sangre el pecho inflama,
Haciendo antes el Rey pleito homenaje,

De ser celoso de su honor y fama,
Y de á las leyes no hacer ultraje,
Y el que contra esto vá, su cetro infama,
Que ya muchos se han visto despojados
De Reinos, por Réinar apasionados.
La República es cuerpo compuesto,
Que lo gobierna y rige la cabeza,
Y si ella enferma, el cuerpo está indispuesto,
Que es donde hay mas valor y mas flaqueza;
Debe el buen Rey considerar con esto,
Que en los miembros está la fortaleza,
Y siendo miembros tales sus vasallos,
Muy mal podrás sin ellos gobernallos.
Y en vez de serles defensor y amparo
Tu propio les ofendes y maltratas,
Contra tu mismo honor eres avaro,
Y tus propias murallas desbaratas,
Tu mismo te das guerra, vedlo claro,
Tus propias vidas de tu vida matas,
Ciego de ambicion, con que mal riges
El Reino pobre, que por oro afliges.
Que contra tus vasallos ves, ó sientes
Por do merescan ser tan mal tratados?
Que, cuando no te fuesen obedientes,
Era muy justo fuesen castigados:
No con vendellos á tiranas gentes,
Sugetos como esclavos aherrojados,
Mas con justicia y leyes de castigo
Para el vasallo, amigo y enemigo.
Muda Menaute aqueste intento fiero,
Muy menos renta, y mas honor procura,
No ruegues la ventura por dinero,
Que no está en el dinero la ventura;
Ten por leal vasallo al buen Gomero,
Y tendrás tu corona mas segura,
Que, cuanto mas el Rey es poderoso,
Es tanto mas su estado peligroso.
No es justo, que á los suyos el Rey venda,

Que corre riesgo ser dellos vendido,
Propon Menaute ya de hoy mas enmienda,
Mira, que sin juicio has procedido,
Que no es mucho, que un bárbaro pretenda
Venganza por ver libre su partido,
Y sin justicia es, que los Cristianos
Se vendan por dineros á tiranos.
Menaute respondió con estrañeza
Negandole al Obispo su demanda
Tan justa, y, como vió su mal propósito,
Al Rey Don Juan segundo dió noticia
Por Cartas con secreto suplicandole
Con brevedad remedio en tales daños.
Y viendo el Rey Don Juan la tiranía
Le requirió á Menaute por sus Cartas,
Que enmendase su error, porque, si usaba
Del Reyno dado mal, le privaria.
Pasaron sus demandas y respuestas,
Sin que á Menaute nada aprovechase;
Mas no logró su vano pensamiento,
Que el Rey Don Juan, doliendole tal lástima
Como cristiano, pio, recto y justo
Despachó luego al punto cierta armada,
Por General á Pedro Barba Campos,
Con prevencion de dalle asalto y guerra,
Si á su corona el Rey no denegase.
Del próspero Nordeste combatida
La armada tomó puerto en la Gomera,
Y Menaute se vió afligido y triste,
Siendo su daño y perdicion notoria,
Y no cual Rey, pues era Rey injusto,
Timido de las guerras sin batalla
Acobardado se rindió y al punto
A Pedro Barba transfirió el derecho
Del bien, que en las Canarias poseia,
Quedando, aunque era Rey, como vasallo.
Y, dando el Rey Don Juan en el concierto
Licencia espresa, luego en poco tiempo,

Dejando Pedro Barba el cetro y silla,
Huyendo peligrosas ocasiones,
Le hizo venta de las islas todas
Á Hernan Perez noble sevillano,
Del cual las hubo desde algunos dias
El generoso Duque de Medína
Sidonia, el cual, usando como Principe
De la franqueza de su hidalgo pecho,
Dellas cedió el derecho y señorío
Á Guillen de las Casas su criàdo,
Que de ellos hizo venta á Hernan Peraza,
Caballero de gran linaje y renta,
Cuyos ilustres sucesores gozan
El título de Condes y Marqueses,
De las cuatro que estaban Conquistados,
Orlados con Ayalas y Castillas,
Con Bobadillas, Rojas y Loaisas
Y Saavedra, á quien sello pone
La noble antigua casa de Herreras,
Por que del gran Peraza, que he nombrado,
Las heredó su hija y sucesora,
Que hubo por nombre Doña Ines Peraza,
Que fué Reyna y señora de estas Islas,
La cual casó con Don Diego de Herrera,
Un personaje grave y noble, hermano
Del Mariscal, que fué Señor de Ampudia,
Caballeros de fama y casa antigua,
Do encorporado resplandece tanto
El ínclito Marques de Denia, Duque
De Lerma y otros muchos, como es público.
Diego de Herrara, que hubo conocido
La gran fertilidad de la Nivaria,
Viviendo de ganarla deseoso
Por dar de su valor bastantes pruebas,
Que es propio del que es noble señalarse,
Tomó en Nivaria puerto con designio
De conquistarla con armada y gente,
Aunque no tanta, cuanta requeria

La mucha fortaleza de la tierra;
Mas ya, que con la guerra no pudiese,
Por ser la empresa muy dificultosa,
Determinó, con paces sugetarla,
Que á veces la paz doma el pecho fuerte.
Y así á doce de Julio, señalado
De mil y cuatrocientos y sesenta
Y cuatro, entró en el gran puerto de Naga,
Que Santa Cruz ahora se intitula.
Despues echó su gente toda en tierra,
Haciendo su reseña en bravo alarde,
Los Reyes de la isla se juntaron
Y allí trataron de amistas conformes
Con el Herrera y de tranquilas paces,
Que quedaron juradas y otorgadas
Ante Hernando Párraga, Escribano,
Haciendole á los Reyes, que hiciesen
Por mas seguridad, cual signo ó firma,
Cierta señal por carecer de letras,
Y con tranquilidad en gran sociego
Quedó Herrera casi obedecido
Volviendo á la Gomera, dó asistia.
Despues su hijo Sancho de Herrera
Volvió, bajo esta paz al mismo puerto,
Do con sentimiento de los Reyes
Hizo un gran Torrejon para su gente
Y para que la paz se concerbase,
Establecieron una ley entre ellos;
Mas supo mal guardarla el fuerte jóven,
Porque es la juventud quebrantadora
De leyes, de preceptos y estatutos,
Cual la vejez cansada de costumbres;
Y al fin se estableció, que si Españoles
Hicieran daño alguno á Naturales,
Les fuesen á sus Reyes entregados,
Por que á su voluntad los castigasen,
Y si los Naturales delinquiesen
En perjuicio de los Españoles,

Se entregasen á Sancho de Herrera,
Para que castigando el ofendido
Del ofensor la culpa de esta suerte,
Hubiese mas temor y menos daños;
Guardase con recato este precepto.
Y la fin nuestra nacion como atrevida
Y á las necesidades mas sugeta,
Por carecer de cosas necesarias,
Como es necesidad, quien muchas veces
Obliga el pecho noble á cosas viles:
Fué la primera, que incurrió en la pena,
Haciendo cierto hurto á los Nivarios,
Los cuales á D. Sancho dieron quejas,
Y así como obligado luego al punto
Los delincuentes entregó en prisiones
(Cumpliendo con la ley) á los de Naga;
Llebandos fueron ante el Rey Serdeto,
Que á su gusto mandase castigarles,
Mas conmovido de pasion á lástima
Usó con ellos tanto de clemencia,
Que los mandó saltar libres sin daño,
Diciendo, que por ser la vez primera
Concedia perdon de su delito,
Prometiendo castigo á la segunda,
Hecho de Rey magnífico, aunque bárbaro.
Mas no vió deste término Herrera,
Que luego á pocos dias los Nivarios
Á los Hispanos cierto agravio hicieron,
Y sabiendolo el Rey, los envió luego
Á Don Sancho, que diese la sentencia,
El cual vencido del enojo y cólera,
Como quien destruirlos deseaba,
Mandó, que luego fuesen ahorcados.
Bien cumplió de la ley estatuto,
Mas mal guardó el decoro como amigo,
Que guardar amistad y hacer justicia,
Raras veces sucede sin agravios.
Viendo los Naturales, que los suyos

Pagaron de tal suerte su delito,
Aviso dieron dello al Rey Serdeto
De Naga, el cual sintió el suceso tanto,
Que con su gente vino ál mismo punto
Y el Torrejon y Fuerte derribando
Mató gran parte de los estrangeros,
Sin que valiera resistencia alguna.
En un roto bajel, pequeño y viejo,
Que como tal estaba en la ribera,
Los, que nadar supieron, se embarcaron,
Huyendo todos la violenta furia,
Desamparando la rebelde tierra,
Que pudieron gozar quieta y pacífica,
Sin mastiles, enjarcia, remo ó velas,
Sin timon, sin piloto ó marineros.
En el bajel con tal peligro fueron,
Que hubieran por mas sano en los furores
De la espantosa imágen de la guerra
Haber visto el remate de sus vidas,
Que verse en tal conflicto y agonia,
Juzgando por dichosos los difuntos,
Muertos por manos de hombres, aunque bárbaros,
Que ellos miserables esperaban
Ser en vientres de peces sepultados.
Mas permitió el señor de cielo y tierra,
Siguiendo su derrota, al Hierro fuesen
Los, que del hierro agudo se escaparon,
Y el hierro en ley de amigos cometieron.
Como supiese Diego de Herrera
El mal suceso de su amado hijo,
Por verlo vivo, á Dios le dió mil gracias
Sintiendo con enojo el de los Guanches,
Porque si la amistad se conservára,
Fácil fuera la isla de ganarse;
Mas dandole de mano por entonces
Trató de conquistar á gran Canaria.
Y así comunicando con sus nobles
Hizo embarcar en ciertas Carabelas

Mas de quinientos hombres bien armados,
Mahoreros, Gomeros y Herreños
Y algunos Lusitanos Portugueses,
Llevando en compañia un caballero,
Que Don Diego de Silva se llamaba,
Del antiguo valor de Lusitania.
Aportaron, do llaman las isletas,
Y marcharon con órden en secreto
Á Gando, y asentóse el Real ejército,
Y con afables paces procuraban
Traer a su amistad los enemigos;
Mas, como todos fuesen belicosos,
Diestros, valientes, fuertes, recatados,
Tenian mil recuentros y batallas
Con muy notorio daño de ambas partes.
Herrera á Silva le pidió, que fuese
Con doscientos soldados á la parte
De Galdar y que diese en los Canarios,
Que es por el otro cabo de la isla.
Y así partió una noche de aquel puerto
Y con luna saltó á la madrugada,
A donde llaman ahora el Bañadero,
Y amaneció con su esforzada gente,
Haciendo en ellos carnicero estrago;
Mas dentro pocas horas sobrevino
Tan gran poder de los Canarios fuertes,
Que los cristianos, aunque peleaban
Con valeroso brio, fuerza y ánimo,
Se hallaron cercados de enemigos
Y les convino al cabo retirarse
En un cercado grande, cuya cerca
Era en redondo alta de dos tapias
De muy ancha pared de piedra seca
Y de dos puertas, una enfrente de otra,
Lugar, á donde siempre justiciaban
Los malhechores, propio, á do pudieran
Tomar venganza justa de Españoles.
Mas allí trincheados estuvieron

Dos dias naturales aflijidos,
Cercados de contrarios, que furiosos
Con amenazas de cruel castigo
Les decian, se diesen por esclavos,
Pues éscaparse alguno era imposible.
Al fin Don Diego Silva al que era lengua
Mandó, que les dijese, se llegase
El Rey y se darian á partido,
Y así el gran Guadarteme llegó solo
Á hablarles, entró dentro en el cercado
Y encarecidamente le pidieron
Segura embarcacion y enternecido
El noble pecho del feroz Canario
Les dijo estas razones, que le siguen:
No permite crueldades la nobleza,
Ni quiero consentir haceros daño,
Sugetos casi estais á mi grandeza
Y veis de mi valor el desengaño.
Libertad os concede mi franqueza,
Mas el furor de aquestos es estraño,
Que al fin por el gran daño, que habeis hecho,
Será el haceros bien á su despecho.
Mal conoceis el ímpetu canario,
Que no se aplaca ó mueve como quiera;
Presumiran de mi serles contrario,
Si lo, que me pedís, os concediera,
Pero saldreis del trance temerario
Con cierta industria, que, aunque bien pudiera
Forzarlos, pues al fin son mis vasallos,
Razon será mas justa, no agraviallos.
Mas obligado estoy á darles gusto,
Pues son los, que defienden mi persona,
Que á librar del castigo y daño justo,
Al que arruina mi estado y mi corona;
Mas asidme con ímpetu robusto
Tocando son horrendo de Belona,
Diciendo, me dareis repente muerte,
Si no os dejan salir del trance fuerte,

Que viendo me teneis asido y preso
Para en negandoos libertad, matarme
Creyendolo, huirán de tal suceso,
Y á todos la darán por libertarme.
Aquí vereis si estimo con exceso
(Aunque estimais en tanto el arruinarme)
Vuestro bien, recelando vuestro daño,
Con ser cual soy en la nacion estraño.
En esto agradecidos y furiosos
Pusieron en efecto con industria
El parecer del Rey, cuando en un punto
Los Canarios con ímpetu horrible,
Por que le amaban todos con estremo,
Crueles embistieron al cercado,
Mas él á grandes voces les decia:
Sosegad gente cruel, no seais molestos,
Siendo ocasion, de que me den la muerte.
La libertad les conceded á estos,
Que pretenden matarme de otra suerte,
Mirad, que á exceso tal están dispuestos,
Rabiosos de verse en trance fuerte;
Quietaos, no les hagais ninguna injuria,
Ved, que me matan, cese vuestra furia.
Refrenaron los ánimos guerreros,
Tomando fé y palabra á los de España,
De entregarle á su Rey sin daño, libre,
Dando lugar, para que en paz se fuesen;
Todos conformes, quietos y pacíficos,
Cesaron del enojo y del combate,
Sacando Guadarteme al noble Silva
Y á los demas del trance peligroso.
Hizo hacerles fiesta y gran banquete
De reses, gofio, leche, miel, manteca,
De dátiles y abueltas la vigornia
De palmas, licor dulce del dios Baco,
Y los llevó á embarcar á cierto puerto,
Do habian desgarrado los navios,
Por un áspero cerro y agria cuesta,

Que hasta hoy de Silva se apellida.
Y como los Cristianos no estuviesen
Á semejantes pasos y altas sierras
Acostumbrados, viendose en peligro,
Temiendo ser traicion, agonizado
Silva al Rey Guadarteme así le dijo:
Noble Canario, no de tu nobleza
Es justo, se presuma tal suceso,
Para darnos la muerte con crudeza,
Fuera en la guerra mas honrado exceso;
Morir aquí lo siento por bajeza,
Pues imagino, que á este monte espeso
Nos traes, para á tu salvo, muerte darnos,
Habiendo prometido libertarnos.
Oyendo Guadarteme estas razones,
Á Silva respondió medio riendose:
Jamas usa traicion el pecho honrado.
No quiera el gran señor, que nos sustenta,
Que de todos ninguno sea injuriado,
Ni que haceros daño yo consienta,
Un Guadarteme viene á vuestro lado,
Y ved, que es para mi notable afrenta,
Caso, que solo imaginado ofende
Mi gran valor, que vuestro bien pretende.
En esto tomó á Silva de la mano
Y á los suyos mandó, que cada uno
Lo mismo hiciesen á la demas gente,
Y la gran cuesta y sierra descendieron;
Donde en sus carabelas se embarcaron
Despidiendose todos muy alegres,
Dandole á Dios loores infinitos
Y al Rey piadoso agradecidas gracias;
Mas no dejó despues, ni en ningun tiempo,
Á los suyos el bien de aquesta industria,
Que antes, si bien fingió con disimulo,
Mejor supo despues guardar secreto,
Por evitar escandalos del vulgo.
Fuese desde allí Silva á Lanzarote,

No queriendo mas guerras con Canarios,
Avisandole á Diego de Herrera
De todo por estenso, y viendo el caso
Y la pujanza de los enemigos
Y los continuos trances de batalla
Paces trató con otro Guadarteme,
Que llamaron de Telde á diferencia
Del que reinaba en Galdar, que estos eran
Los Reyes y señores de la isla,
Para con estas paces y seguro
Poderles destruir con mas secreto,
Y hacer mas en salvo la conquista,
Con tal, que como amigo consintiese
Y le dejare hacer en el distrito
De Gando una gran casa, fuerte y torre,
Donde pudiese recojer su gente,
Para (con su amistad) dar mayor guerra
Al otro Guadarteme su contrario,
Que eran los dos mortales enemigos.
Y al fin consintió en ello de buen grado,
Ó fuese por vengarse del de Galdar,
Ó por temerse de los Españoles,
Mas pidióle rehenes, y en seguro
Le dió Herrera treinta infantes, hijos
De sus vasallos, y fundó la torre
Con ayuda de muchos Naturales.
Despues de hecha y bien fortificada
Se volvió á prevenir á Lanzarote
Y á convocar mas número de gente,
Dejandoles mandado á los Soldados,
Que la tierra corriesen y en escuadras
En los Canarios gran matanza hiciesen
De los de Telde ó Galdar en secreto,
Porque en el inter con mayor pujanza
Volveria á la isla en breves dias.
Hicieron muchas y diversas veces
Estrago y mortandad en Naturales,
Pero siendo sentidos, propusieron

Tomar venganza, y puestos en celada
Con ellos combatieron de tal suerte,
Que allí murieron sin quedar ninguno
De los, que fuera de la torre andaban;
Y despues se vistieron sus vestidos
Y á vista de la Torre caminaron
Con suma del ganado, como presa,
Y con bandera y cajas, y huyendo
Fingieron ser de España, y que otros muchos
De los Canarios iban en su alcance,
Trabando gran batalla con industria.
Salieron de la Torre los Cristianos
Aprisa á dar socorro á sus amigos,
Y hallaronse burlados sin defensa,
Que otros Canarios puestos en celada
Por las espaldas le cercaron luego,
Tomandoles la casa Fuerte y Torre,
Sin que ninguno á vida se escapase,
Derribando la Torre por el suelo.
Sabido este suceso en Lanzarote,
Hicieron muy notable sentimiento
Herreños, Mahoreros y Gomeros,
De lo cual se quejaron á los Reyes
Católicos, que entonces gobernaban,
Diciendo, que intentando destruirlos,
Por hacer de Canaria la conquista,
Diego de Herrera y doña Ynes Peraza,
Sus Reyes naturales y señores,
En trances y peligros los ponian,
Refiriendo el suceso de la Torre,
Y los hijos que dieron en rehenes,
Y de otros mil agravios injuriosos,
Y así mandó el católico Fernando
Á los dos parecer en la real corte,
Y como aquellos, que se intitulaban
Los Reyes y señores de las islas,
Con todo el aparato que pudieron
En Lanzarote se embarcaron juntos,

Fueron bien recibidos en Granada,
Y el pleito en reales cortes acabaron
Y como desproveidos se hallasen,
Para hacer el costo á la conquista
De las tres islas por ganar, que eran
La Palma, Tenerife y gran Canaria,
Considerando aquesto el Rey católico,
Por evitar los daños referidos
Tratóles á los dos, que le cediesen
Destas tres islas el derecho propio.
Ellos viniendo en ello de buen grado,
La venta celebraron, y fué el precio
Seis cuentos, que son Fuerteventura,
Lanzarote, el Hierro y la Gomera,
Á quien las tres exceden con ventaja,
Y desde aquesta vez se incorporaron
En la real corona de Castilla.
De ahí á pocos años deseosos
Los Reyes de poner á gran Canaria
Bajo su real corona, y que partícipes
Fuesen del Evangelio y fé apostólica,
Por Capitan Conquistador nombraron
Á un Juan Rejon Leones, hidalgo noble
Y muy esperto en cosas de la guerra,
Y por acompañado en lo eclesiastico
Al Dean Don Juan Bermudez, hombre grave,
Y por Alferez de la infanteria
Y de los de á caballo á Alfonso Jaimes,
Que de Soto mayor se apellidaba,
Y á Lope Hernandez Guerra y sus sobrinos,
Con provision Real para Don Diego
De Melo, que asistente era en Sevilla,
Y al coronista Alonso de Placencia,
Para que luego vista proveyesen
Al noble Juan Rejon y á sus consortes
De treinta fuertes hombres de á caballo
Y seiscientos peones con navíos,
Bastimentos, pertrechos, municiones,

Segun que en caso tal se requeria.
Cumplióse brevemente, y se embarcaron
Y al fin de pocos dias de viaje
Aportaron al puerto de Canaria
Una mañana de San Juan alegre,
De do quisieron ir la tierra adentro
Y asentar el Real en el distrito
De Gando, do asistia Diego de Herrera.
Mas por consejo de un Canario noble,
Que en Teniguada hallaron, huvo acuerdo,
Que por ser mas seguro y provechoso,
Del término á do estaban no pasasen,
Y luego con tapiales comenzaron
Á hacer tapias para cerca y muro,
Mas no cupo descuido en los Canarios,
Ni en su grande cuidado cobardia,
Que en pocos dias convocados muchos
Con furia desigual acometieron
Al real y tuvieron varias veces
Peligrosos asaltos y batallas,
Y en poco tiempo algunos Naturales
Viendo la gran pujanza de Españoles,
Á su real venian á rendirse
Y á instruirse en la fé y bautizarse.
Como la fama de la gran Conquista
Se divulgase por diversos Reinos,
Los fuertes Portugueses envidiosos
(Teniendo el Rey Enrique disenciones
Con Castellanos, pregonadas guerras,
Contra el nuestro Católico, por causa
De haberse casado con la Reina
Doña Ysabel, que pretendió por suya)
En siete carabelas bien armadas
Á Canaria aportaron con designio
De quitarles por armas la Conquista;
Llegaron á surgir al Agaete,
Puerto muy lejos del Real de España,
Donde á los Naturales de aquel término

Con paz aleve y amistad fingida
Ayuda prometieron y socorro,
Para vengarse de los Castellanos
Y librarse, sin que presumiesen
Los ánimos sencillos de los Bárbaros
La dañada intencion, que les movia.
Ordenaron de ir á acometerles
Por el puerto, á do estaban, y que entonces
Llegasen los Canarios por la tierra,
Donde á su salvo conseguir pudiesen
Victoria, habiendo parte en el despojo.
Bien fingieron la paz los Portugueses,
Juzgandose con esto por Señores
De la Conquista, por que imaginaban,
Que, habiendo á sus contrarios destruido,
Volverian las manos y las armas
Contra los Naturales, y con esto
Quedarse por señores de la isla.
Sin recelar malicia los Canarios
Facilmente creyeron sus razones,
Pero no se logró su pensamiento,
Que por el puerto principal entrando
Juntas las carabelas Lusitanas,
Y viendo Juan Rejon, que tantas velas
Venian, receloso y admirado
Puso emboscada tras los Malpaises,
Do llaman las isletas, de manera,
Que cojerlos pudiesen en el medio,
Cuando desembarcasen en la tierra,
Y así fué, que llegando los bajeles,
Las trompas, con las cajas resonando,
Aunque andaba la mar muy alterada,
Apriesa forcejando, comenzaron
Á echar con los bateles gente en tierra,
Y estando en ella hasta doscientos hombres
Fueron sobre ellos los del Real furiosos.
Y acudió la emboscada de otra parte,
Trabóse la batalla, en que murieron

Y se ahogaron muchos Portugueses,
Dejando el puerto con notable pérdida,
Justo castigo á su maligno intento.
Despues como Rejon se hallase falto
De bastimento, gente y municiones,
Y viese dilatarse la Conquista
Para mas brevedad, hubo de acuerdo,
Ir á pedir socorro á Lanzarote,
De parte de su altesa al buen Herrera,
Y nombró por su ausencia en el gobierno
Á Pedro del Algava, personaje
De noble sangre, calidad y prendas.
Y hecha una gran Torre en Agaete
Por mas seguridad de la conquista,
Alcalde della al noble Don Alonso
Fernandez Lugo, y se partió con esto
Del puerto de Canaria á Lanzarote.
Fué con placer de todos recibido
Alegremente; mas á pocos dias
Lo que pidió y rogó le denegaron
Con grandes diferencias y discordias,
Y habiendo muchos dares y tomares,
Se embarcó Juan Rejon, casi afrentado.
La causa se le imputa, por que siempre
Fué malquisto, y pacífico Herrera.
Al fin volvió á Canaria, á donde luego
El enojo vengó de esta pendencia
En un amigo suyo, que á esta causa
La vida le quitó, siendo injusticia,
Que del Gobernador, que habia dejado
En su lugar, se demostró enemigo,
Formando contra él proceso y causa,
Y por la residencia de aquel tiempo
Con falsa informacion fué condenado
Á muerte y degollado injustamente.
Don Alonso de Lugo, el caballero,
Que era en la Torre del Agaete Alcalde,
Cuñado fué de la viuda aflicta,

Muger del noble Pedro del Algava,
Y así con otros deudos conformado,
Le dieron de la injusta muerte quejas
Á los Reyes Católicos, y luego
El consejo mandó, que preso fuese
Don Juan Rejon á cortes, y nombraron
Á un Caballero Xerezano, noble,
Que fué Pedro de Vera, personaje
De graves prendas y de sangre ilustre,
Por Capitan de toda la Conquista,
Y á un Miguel de Mojica Viscaino,
Acompañados de Don Juan de Frias,
Ilustrísimo Obispo de las siete,
Con muchas prevenciones y soldados.
Y así llegado al puerto de Canaria,
Vera fué de Rejon bien recibido;
Mas fué despues pasando algunos dias
Don Juan Rejon, de Vera aprisionado,
En un navio con industria dado
Á Hernando de Vera, hijo suyo,
Y á sus altezas lo envió en prisiones:
Y en aquesta sazon determinado
De concluir en breve la conquista,
Hizo talar la tierra con escuadras,
Á do murió el Doramas valeroso,
Señor de la montaña deleitosa,
Que celebra en sus rimas y bucólicas
La pluma del divino Cairasco.
Teniendo mil combates y victorias
Con muy notable daño de Canarios,
Y como dellos tanta suma hubiese,
Que bautizados eran ya pacíficos,
Hubo de acuerdo Vera con los suyos
Por mas seguro, que era bien sacarlos
De gran Canaria, y previniendo el hecho,
Fingió querer dar órden de conquista
En Tenerife, y dijoles á todos,
Que en ir á dar favor á los de España

Harian gran servicio á sus altezas.
Ellos movidos con Cristiano espíritu
Dieron el sí, pidiendo recelosos
De engaño ó trato doble, prometiese,
Jurando en una hostia consagrada,
Su libertad, sin riesgo de traiciones.
Y así lo prometió Pedro de Vera;
Pero, como tenía otro propósito,
Les hizo el juramento cauteloso,
Que puesto á la puerta de la Iglesia,
Para hacer este solemne voto,
El sacerdote, que avisado estaba
En la Parroquia, que era de San Anton,
Sacó en presencia dellos una hostia
Por consagrar, fingiendoles, que estaba
Consagrada, en la cual Pedro de Vera
Hizo el solemne voto, que pidieron,
Sin que ninguno dellos barruntase
Del General el cauteloso engaño,
Á ser grave y solemne el juramento.
Y así á embarcarse fueron de buen grado,
Tanto, que juntos todos en la playa
De las isletas, como fuesen muchos,
Y se embarcasen solo hasta doscientos,
Por no caber los mas en los navíos
De los mas esforzados y valientes,
Y esotros, que quedaban en la tierra,
Mostraron gran pesar por no ir con ellos,
Diciendo, que querian ocuparse
Tambien en el servicio de sus Reyes,
Movidos de buen celo, asegurados
Del engañoso voto, y de Canaria
Partieron con buen viento y una noche
Las diez y ocho leguas de viaje
Del proceloso golfo atravesaron,
Tomando en Tenerife tierra y puerto.
Allí Hernando de Vera, que era hijo
Del dicho General Pedro de Vera,

Iba por Capitan y dijo en público,
Que peleasen valerosamente,
Que era servicio á Dios y á sus Altezas,
Y les seria bien agradecido.
Hicieron una entrada en la Laguna
Con próspero suceso y rica presa
De esclavos y ganados en gran número
Á costa de la sangre, fuerza y ánimo
De los Canarios, que en aqueste dia
En batalla, que hubieron con los Guanches,
De su valor hicieron larga prueba:
Mas como la intencion de los de España
No fuese conquistar á Tenerife,
Que solo pretendian en peligros
De guerra dar muerte á los Canarios,
Deseando (sin causa) destruillos,
Con otro nuevo engaño fué mandado
Por Hernando de Vera, se embarcasen
Todos juntos aparte en un navío.
Él se embarcó con ellos y el despojo
Á su Padre envió luego á Canaria
Y al Piloto mandó, que gobernando
Á España fuese, á donde pretendia
Venderlos por esclavos y cautivos:
No tuvo efecto su tirano intento,
Que habiendo algunos dias navegado,
Siendo corto el viaje y travesía
Sentido fué, que, estando en el paraje
De Lanzarote, los Canarios vieron
Su perdicion y engaño y con enojo
Tuvieron por traidores los Cristianos
Y á los Veras por falsos fementidos.
Dijeron al Piloto y marineros,
Que adonde los llevaban engañados
Y con sospechas de su mal propósito
Por fuerza y amenazas les hicieron,
Que en Lanzarote los desembarcasen.
Viendo frustada su esperanza Vera,

Por remediar el daño deste escandalo,
Les requirió de parte de los Reyes
Católicos, que en tanto, que duraban
De Canaria las guerras y conquista,
De aquella isla á otra no pasasen.
En este tiempo Silva el Lusitano
La gobernaba en nombre de Herrera
Con hidalgo pecho, agradecido
Al bien, que los Canarios le hicieron,
Cuando en Galdar estuvo en arduo trance,
Les hizo mil mercedes y favores,
Que en ocasiones suele el bien pagarse.
Aquel Rejon, que preso fué á la Corte
De los Reyes Católicos, ante ellos
Dió cual pudo el descargo de su culpa,
Y con facilidad fué perdonado
En remuneracion de sus servicios.
Dieronle gruesa y poderosa armada,
Para que conquistase las dos islas,
Nivaria y Palma; mas su suerte quiso,
Que aportase en el puerto de Canaria,
Quiso saltar en tierra con su gente,
Mas por ser Pedro Vera su enemigo
Y evitar ocasiones de discordias,
Su viaje siguió derechamente.
Don Alonso de Lugo, del suceso
De su perdon á cólera movido,
Partió para la corte de los Reyes,
Á pedirles justicia como parte,
Mas Juan Rejon siguiendo su derrota,
La via de la Palma, en el paraje
De la Gomera, á donde residia
Hernan Peraza, hijo primogénito
De Diego de Herrera, y saltó en tierra
En un remoto puerto tras la isla,
Para tomar refresco y aliviarse
Con doña Elvira su muger y hijos
Y algunas damas, sin mas gente alguna.

Y como lo supiese Hernan Peraza,
Trayendo á la memoria lo pasado
En Lanzarote, con el Rey su padre
Determinó prenderle por vengarse;
Y así mandando á ello ciertos bandos
De los Gomeròs, como se temiesen
Que era Rejon valiente, le mataron,
No pudiendo prenderle de otra suerte.
Á España se volvió con triste luto
La viuda afligida, dando quejas
De Peraza al Católico Fernando,
Y cesaron con ellas las que daban
Por Pedro de Algaba, los parientes.
Con provision real de sus altezas
Peraza pareció preso en la corte,
Y perdonado, con sentencia y cargo,
Que el título de Reyes de las islas,
(Por evitar escándalos) perdiesen
Sus padres y tambien sus sucesores,
Quedandole, el de Condes, y Marqueses
Y que con los culpados en el hecho
Asistiese en Canaria á la Conquista.
Despues de todo así capitulado
Le desposó la Reina con la noble
Doña Leonor de Bobadilla, dama
Hermosa y principal de su palacio.
El Conde con su Esposa y el Obispo
Fray Miguel de la Cerda se volvieron
Á Canaria y con ellos Don Alonso,
Á quien le fué otorgada la Conquista
De la Palma y Nivaria, en feneciendo
La que trataron; luego que llegaron
Cumplió el Conde Peraza el real mandato,
Que aportó con su gente al Agaete,
Y dando aviso al General, hicieron
Una famosa entrada y cautivaron
Al noble Guadarteme Rey de Galdar,
Á la corte de España fué enviado

Y despues conquistada gran Canaria.
Á instancia suya, que con gran trabajo
Volvió la guerra en dulce paz tranquila,
Gozando de aquel tiempo venturoso,
Pedro de Vera en el gobierno ufano
Sucedió, que por causas, que silencio
Importa, que se queden y sepulten,
Algunos bandos de Gomeros nobles,
Gente atrevida, osada y resoluta
Y en los puntos de honor poco sufrida,
Á su señor el conde dieron muerte,
Justa, ó injusta, la razon lo juzgue;
Al fin con este escandalo y revuelta
Se metió la Condesa en una torre,
Tímida del furor de sus vasallos,
Y para asegurarse de peligro
En un bajel aviso á Vera envia:
Dejó el gobierno de Canaria al punto
Por ir á socorrerla á la Gomera,
Y asi la puso en paz con los mas nobles,
Dando castigo á muchos, aunque injusto,
Sin preceder exámen de la causa.
Volvió á Canaria á su gobierno, á donde
Castigaba y vendia á muchos dellos
Por cautivos y esclavos: y el Obispo
Tuvo con él sobre esto diferencias
Y Vera le trató injuriosamente
Diciendole palabras afrentosas:
Por lo cual el Obispo fué á Castilla,
Formando ante los Reyes grandes quejas,
Por cuya provision fué á corte preso.
Quedando en el gobierno de Canaria
El noble Don Francisco Maldonado,
Que deseoso ya de hacer entradas
En Tenerife, habido su consejo,
Dió aviso á Pedro Hernando Saavedra,
Y con la gente y prevencion posible
Alcanzaron en Naga alegre puerto;

Mas siendo visto de los naturales,
Apellidados á la resistencia
Llevaron la victoria los Nivarios,
Siendo desbaratados los de España.
Otros muchos asaltos sucedieron
En la Nivaria con neutrales suertes,
Hasta que á Don Alonso Hernandez Lugo
Le dieron sus altezas justo título
De Gobernador en la conquista,
General en las partes Africanas.
Espreso en la conducta desde el cabo
De Aguer en Bojador surgió en la costa
Quebrantando sus brios indomables,
Que fué segun se tratará adelante
Año de Cristo, Salvador del mundo,
De mil y cuatrocientos y noventa
Y tres, y aquí mi pluma toma esfuerzo
Para volar en el futuro Canto,
Que el gabilan preparará entre tanto.

Canto tercero.

De las guerras de los Reyes de Tenerife y de sus generales fiestas. Hace Bencomo, Rey de Taoro, alarde de su gente. Pidenle paces el de Tacoronte y el de Naga. Danse los retratos de los principes; enamoranse. Sale Dácila al bosque de la Laguna. Llegan los navíos españoles al puerto de Santa Cruz y baja el capitan Sigoñe á verlos.

Preclara luz, divina Candelaria,
Patrona de Canarias, musa mia,
Lucero, norte y guia; confiado
En vos, me atrevo osado al nuevo canto:
Prestadme audiencia, Guerra, en tanto afecto,
Que el verso, que os presento, resonare
Y de Nivaria el gran valor cantare.
Entre los nueve Reyes, que regian
De Tenerife los felices términos,
Causó continuas guerras y batallas,
Siendo bastante causa la codicia
De ganarse las tierras y rebaños;
Pero guardaban por costumbre antigua
En dias festivales de cado año
Del mes de Abril los nueve postrimeros,
Porque les diese Dios cosecha próspera
De frutos y ganados, y aunque huviese
Guerras entre ellos, habia entonces treguas
Con paz tranquila, en tanto que duraban
Las fiestas, regocijos, y placeres.
Para solemnizar las alegrias,
Juntabanse en las cortes de sus Reyes
Todos los mas vasallos y los nobles,
Ricos, honrados, graves, principales,
En los Tagoros con su Rey entraban

Á consultar las cosas del gobierno,
Utilidad y pro de su república,
Una hora del dia en la mañana
Y despues de esto en fiestas y alegrias,
Con música, banquetes y holguras
Se entretenian todo el demas tiempo,
Inventando mil pruebas, luchas, bailes
Sobre apuesta, mostrando cada uno
Sus fuerzas, gallardia y ligereza.
Cuando el primero dia en cada Reino
Se convocaban todos los vasallos,
Ante su Rey llegaban á obediencia
Los hidalgos y nobles de rodillas
Y le besaban la derecha mano,
Y los honrados ricos la siniestra,
Diciendo con humilde acatamiento
Zahañat Guayohec, que significa
Soy tu vasallo, en castellana lengua;
La otra gente comun, plebeya y baja,
Traian blandas y preciosas pieles,
Ó bellos ramos de olorosas flores
Y al Rey besaban ambos pies, limpiandolos,
Señal de vasallage y obediencia.
Ahora pues el año de conquista,
Fin del florido Abril, el gran Bencomo,
Señor de los distritos, tierras, términos
Mejores y mas ricos de la Isla,
Que se llamó el gran Rey de las Lanzadas
Y poseedor del Reyno de Taoro,
Puso treguas á guerras, que tenia
Con Acaymo, señor de Tacoronte,
Y Beneharo viejo Rey de Naga,
Despues de haber pasado allá en Centejo
Una cruel batalla rigurosa.
Juntóse con sus grandes y vasallos
Á las anales fiestas en su Corte,
Y como aquel que su placer mas íntimo
Era el horrendo son del fiero Marte,

Mandó se hiciese alarde de su gente.
Ya resuena en las partes mas remotas,
Cumbres y valles del Taorino estado
En público la voz de pregoneros,
Dando noticia del Real mandato,
Gozo y placer de los invictos pechos,
Que á cada cual agrada su ejercicio.
Ya se aperciben once capitanes
Valientes, esforzados y animosos,
Siguiendolos ocho ó nueve mil infantes,
Bizarros, bien compuestos y gallardos.
Ya llega el primer dia de las fiestas,
Y junto del alcazar de Bencomo
Está la plaza de armas adornada,
Cercada al rededor de frescos árboles,
Toda cubierta de olorosas yerbas,
Entreveradas de esmaltadas flores.
En ella está un famoso cadahalso
Fundado y fijo en los pimpollos gruesos
De pinos altos como en fuertes marmoles,
Tiene por cima opuesta á resistencia
De tiernos ramos de los verdes lauros.
Ya de niños, de ancianos y mugeres
Se ocupan los opuestos miradores,
Y el Real cadahalso resplandece
Con soles bellos, digo, hermosas damas
Y entre ellas las infantas, del Rey hijas.
La una era Rosalva, la otra Dacil,
De tiernos años y belleza rara;
Ya ocupa el real asiento la persona
Del gran Bencomo, y con semblante alegre
La vista esparce á una y á otra parte;
De cuerpo era dispuesto y gentil hombre,
Robusto, corpulento, cual gigante,
De altor de siete codos, y aun se dice
Tenia sesenta muelas sin los dientes,
Frente arrugada, calva y espaciosa,
Repartida melena, poca y larga,

Rostro alegre y feroz, color moreno,
Los ojos negros, vivos y veloces,
Pestañas grandes de las cejas junto,
Nariz en proporcion, ventanas anchas,
Largo y grueso el bigote retorcido,
Que descubria en proporcion los labios,
Encubridores del monstruoso número
De diamantinos dientes; larga, espesa
La barba cana, de color de nieve,
Que le llegaba casi á la cintura,
Brazos nervosos de lacertos llenos,
Derechos muslos, gruesas las rodillas,
Fuertes las piernas, pies pequeños, firmes,
Temperamento en todo á lo colérico.
Algo compuesto con humor sanguíneo
Era ligeró, altivo en pensamientos,
Justiciero, modesto, grave, sabio,
Prudente y sobre todo arrogantísimo;
Un tamarco curioso gamuzado
De delicadas pieles le vestía,
Á los brazos las huyrmas como mangas
Y guaycas en las piernas como medias:
Tiene en la diestra mano el regio cetro,
Hueso mondado del valiente brazo
Del gran Tinerfe visabuelo suyo,
Rey absoluto de los nueve Reinos:
El principe Ruiman su amado hijo,
El principe Gueton, que de Añaterve,
Rey de Güimar, era el primogenito,
El gran Tinguaro de Bencomo hermano,
Á él muy semejante y parecido,
Y los ancianos grandes del estado
Tienen por órden su lugar y asiento.
Ya el espantoso son del fiero Marte
Retumba en el umbroso valle ameno,
Resuenan gritos, silvos, alaridos;
Y entra arrogante un capitan famoso,
Llamado Ancor, del bravo Rey pariente,

De los mas estimados de la Corte,
En la espaciosa plaza, ufano, altivo,
Con seiscientos soldados bien armados
De agudos dardos y de fuertes hondas,
Hizo en contorno militar reseña
Y ante el Rey el debido acatamiento
Con humilde y solemne reverencia.
Pone Bencomo en la gallarda gente
Los ojos y entre sí los va contando,
Y ellos siguiendo al capitan famoso
La plaza desocupan en buen órden.
Luego resuena el eco vocinglero
De voces, silvos, algazara y gritos,
Y entra Tigayga, capitan valiente,
Con mas de mil soldados esforzados,
Todos armados con pesadas suntas
Y mazas gruesas de nudosas porras,
Diciendo en órden la vanguardia á voces:
Achi Guañoht Mencey, Reste Bencom,
Que dice, vuelto en castellana lengua,
Viva Bencomo Rey y amparo nuestro,
Á quien la recta guardia respondia:
Guayax Echey, Ofiac Naseht, Sahaña,
Que significa, viva aunque le pese
El rigor de los hados y fortuna.
Hicieron reverencia al Rey humildes
Y dejaron la plaza, cuando al punto
El capitan Guayonja, gran guerrero,
Hizo reseña de ochocientos hombres,
Gallardos tiradores de la piedra,
Y todos diestros de la sunta y dardos.
Entra Teguayco y despues Leocoldo,
Sañugo, Badayco, Tauco, Arafo,
Famosos y valientes capitanes,
Haciendo cada cual ante Bencomo
Reseña y lista de su diestra gente.
Llega el postrero un muy gallardo jóven,
Que en tiernos años sus heróicas obras

Le han dado justo nombre de Sigoñe,
Que entre ellos significa el invencible.
Entró en la plaza bien acompañado
De mil y cien mancebos belicosos,
Suena un murmurio grande entre la gente,
O por mejor decir, entre las damas.
Hace el rapaz amor secretos tiros,
Unos suspiran, otros hacen señas,
Otros se hablan solo con la vista
Y se responden con los ojos mismos.
Y estando el Rey ufano y gozosísimo,
Considerando su esforzada gente,
Oye cerca y fuera de la plaza
Repentino alboroto, gran bullicio,
Ruido, gritos, voces, silvos, golpes,
Horrendo son de una batalla cruda,
Que Afur y Tauco capitanes bravos
Por celos de la bella infanta Dácil,
Á quien los dos amaban y servian,
Se revolvieron en pendencia bélica,
Y tambien los soldados de ambas partes.
Turbase al punto el militar concierto,
Alzan las damas los medrosos gritos,
Acuden los mancebos por sus padres,
Dejan los viejos el asiento y parten
Á socorrer á los amados hijos,
Enciendesele al Rey en un instante
En ira el corazon de ardor colérico,
Salta ligero el cadahalso y llega
Al bárbaro furor, mas todos viendole
Refrenan con finjido disimulo
La furia, saña, y el enojo y cólera.
Huyen los unos, otros se arrodillan
Al Rey, en especial los capitanes,
Demandando perdon y sosegandose,
Dejan las fiestas para el otro dia.
Recojense á sus cuevas y Tagóros,
Tienden las mesas, juntanse en corrillos,

Ponen en ellas gofio de cebada,
Leche, manteca, miel y varias frutas,
Aunque silvestres de suave gusto,
Rubios madroños, cerezas negras,
Bicacaros melosos y mocanes,
Tostados hongos y otros tiernos crudos,
Cabritos mal asados, y corderos,
Enteras cabras goteando sangre,
Gruesos carneros y los grandes ganigos
Con las tamaraonas estimadas,
Quesos añejos y otros muchos frescos,
Varios manjares, dulces á su gusto:
Sierra la noche, y en el hondo valle
Se ven resplandecientes luminarias,
Comienza el baile y la entonada música,
Hasta que á todos vence y rinde el sueño,
Quieto reposo, al fin de su descanso.
Pasa el silencio de la oscura noche,
Ya reverbera el alba anunciadora
Del claro Apolo, y sus claros rayos
Hieren las cumbres de las altas sierras,
Juntanse todos en el real alcazar,
Sale Bencomo bien acompañado
De los nobles y grandes de su corte,
Llega al Tagóro, y entran su consulta
Para tratar las cosas del gobierno,
Y al mismo instante un agorero mágico,
Llamado Guañameñe, pide audiencia
Al Rey y grandes, luego se la otorgan,
Porque reverenciaban su persona,
Y á sus agüeros daban siempre crédito,
Y así le dijo al Rey, confuso y triste:

Poderoso Bencomo, sin segundo,
El cielo aumente tu felice estado,
Goza á Nivaria, y mas, si es que hay mas mundo.
Que mas mereces tu, si hay mas criado,
Como en servirte mis deseos fundo

Saber al fin dudoso he procurado
De tu valor, que no en su bien dudara,
Si al mérito fortuna se igualara.

Mas es tan frágil, tan mudable, y varia,
Que no es seguro el bien de la ventura;
Es envidiosa, á buenos adversaria,
Y dá tras los placeres amargura,
Es dudosa en los bienes y voltaria
Y en los males mas cierta y mas segura,
Pesame de inquietar tu pensamiento,
Mas siempre viene el mal al mejor tiempo.

Por el cerúleo mar vendrán nadando
Pájaros negros de muy blancas alas,
Truenos, rayos, relámpagos echando,
Señales propias de tormenta y malas,
Dellos saldrán á tierra peleando
Fuertes varones con diversas galas
De otro mundo estraño y belicoso
Para quitarte el Reino poderoso.

Conquistarán por armas esta tierra,
Sin que puedan hacerles resistencia,
Que el Cielo en su furor nos hará guerra
Con brava y contagiosa pestilencia:
Cuanto Nivaria y su distrito encierra
Ha de dar á sus Reyes la obediencia;
Esto por mis agüeros es creible;
Perdona y pon remedio, si es posible.

Alborotados los valientes pechos,
El color natural pierden los rostros,
Y un verdinegro y pálido en mistura
Demuestran todos, accidente propio
Del humor melancólico y colérico,
Y un frígido pavor, un hielo súbito
Se esparce al punto en sus sanguíneas venas.

Solo Bencomo, que cual otro César,
Que al prodigioso aviso de Spurino,
Con menosprecio y burla estuvo incrédulo,
De Guañameñe se mostró injuriado
Y así le dice con soberbia ira:

Por la cima del Teide levantado,
Y por la sangre de Tinerfe juro,
Por ese Cielo fúlgido estrellado,
Y por el sol, que alumbra el globo oscuro,
Que nunca me ví así precipitado;
¿Tu sabes ó adivinas lo futuro;
Di, infame, fementido, necio, loco,
Así te atreves á tenerme en poco?

No sabes que desciende mi linaje
Del gran Tinerfe, bisabuelo mio,
Y que no hizo la fortuna ultrage
Jamas en su valor y señorio?
Hago á sus huesos voto y homenage,
Que has de pagar tu loco desvarío;
Y vengan, vengan contra mi escuadrones
De pájaros de bélicas naciones.

Armense los espíritus, que habitan
En el abismo, y que el infierno encierra,
Que aunque así tus agüeros facilitan
Vencerme, y conquistar mi fuerte tierra,
Estos valientes brazos, que militan
Por lo que importa menos, en la guerra
Defenderán honor, vida y corona,
Que es el valor de mi real persona.

Quitadme de delante este atrevido,
Si no quereis, que pierda el sufrimiento;
Muera, muera el traidor descomedido,
Colgadmelo de un arbol al momento;
Y mando que, de hoy mas, no sea creido

Agorero ninguno, sea escarmiento
Para los, que lo fueren, el castigo,
Que hago en este loco, á quien maldigo.

Ya llegan los ministros de justicia
Al agorero, y no con todo cesa
La cólera soberbia de Bencomo,
Hasta que al fin Tinguaro, hermano suyo,
Y esotros nobles grandes con razones
Quietar pudieron su alterado espíritu,
Y sobre todo al ver desde el Tagóro
Al agorero de un laurel colgado,
Agonizando con penosas ancias,
El cuerpo helado al despedir repente
El alma triste, fin de vida mísera:
Que la venganza vista por los ojos
Satisface el furor, templa la ira;
Mirale, y dice ufano, sonriendose:
Tan bien parece el malo castigado,
Como premiado el bueno de sus obras:
Ya tus agüeros falsos han cesado,
No causarán recelos ó zozobras;
Pero si de virtud fuiste dotado
Y de adivino el nombre falso cobras,
¿Como tu propio mal no adivinaste,
Cuando por el ageno peligraste?

Si lo que es venidero adivinaras,
Fácil supieras ese trance y muerte,
Mejor la pobre vida conservaras,
Recelando agraviarme y atreverte,
Si no acertaste estas verdades claras
En lo dudoso, quien podrá creerte?
Miraras por tu daño diligente
Y no por el ageno solamente.

Mas hay algunos, que de si olvidados
Solicitan el bien, ó el mal ageno,

Empleando en aquesto sus cuidados,
Con deseo de envidia y daño llenos,
Son los tales malditos, deslenguados,
Dignos de que á su lengua pongan freno,
Que la desenfrenada es rayo, es fuego,
Y ofende al mas seguro, como al ciego.
Cesó con esto, y no en la vulgar gente,
El murmurar con mil sentencias varias,
La lastimosa muerte, y los agüeros:
Llegan al punto dos embajadores
Del Rey de Tacoronte y del de Naga,
Piden licencia para en el Tagóro
Tratar ciertos negocios de importancia
De parte de los Reyes sus señores.
Viendo Bencomo ser Hayneto y Rayco,
Ilustres y famosos capitanes,
La otorga, les dá asiento y grato oido,
Y Rayco habla y humildemente dice:

El alto cielo, gran Bencomo, os haga
Para bien de este Reino venturoso,
Benearo mi Rey señor de Naga
Vuestro pariente, noble y valeroso,
Su sobrino Acaimo Daniaga,
Que en Tacoronte reina poderoso,
Nos mandan saludaros como amigos,
Aunque vos los teneis por enemigos.

Viendo los grandes daños de las guerras,
Que con vos tanto tiempo han sustentado,
Y que por causa injusta vuestras tierras
Y las suyas se han casi asolado,
Y el prado de los valles, montes, sierras
Está con roja sangre matizado,
De su consejo acuerdan, que haya pausa
En ellas, pues la paz tanto bien causa.

Vuestra amistad demanda, si os agrada,



Que por ser bien comun debe aceptarse,
Y si queda con votos confirmada,
Podran daños y males escusarse,
Esto es en suma, Rey, nuestra embajada,
Tiempo es de fiestas, propio de tratarse
Y pues á todos tanto bien resulta,
Dello se acuerde ahora en la consulta.

Todos y el Rey mostraron alegria
Con las razones, que propuso Rayco,
Y así le respondió manso y gozoso:

Estimo en mucho el grato ofrecimiento
De vuestros sabios Reyes mis parientes,
Que han sido para mi de gran contento
Sus justos pareceres convenientes,
Tratar quiero á mis nobles el asiento
De cosas á la paz pertenecientes,
Y así solos importa nos, que demos,
Dadnos lugar, que luego os llamaremos.

No con poco placer de la respuesta,
Que Bencomo le dió á los mensageros,
Se salen al instante del Tagóro,
Haciendo la debida reverencia
Con agradable estilo, modo y término.
Estaba en esto el pueblo alborotado
Así por el castigo, que se hizo
Á Guañameñe el agorero mágico;
Y de consuno en la amistad y paces,
Á gusto y beneplácito de todos
Con sentimiento y voluntad alegres,
Vuelven á entrar los dos embajadores
En el Tagóro: háblales y díceles
El Rey prudente y sabio estas razones:

Á vuestra peticion no hay, quien demande
Cosa en contrario, aunque la sangre hierva,

Acostumbrada á guerras, por ser grande
El bien de paz, á donde se conserva:
Ved si quereis que publicar se mande,
Que pregonada es ley, por tal se observa,
Y desde luego se establece, y juro
Y mi corona obligo á su seguro.

Alegranse los dos embajadores,
Y dando al Rey de tanto bien las gracias
Sacan en su presencia y desenvuelven
De entre unas blandas pieles el retrato
De la princesa Guacimara, hija
Del Rey de Naga, su única heredera,
Que al vivo lo estampó un pintor famoso.
Besanlo humildes, danlo arrodillados
Á Bencomo, y cumpliendo su embajada
El uno de los dos así le dice:

Mandó, mi Rey, te fuera presentado
Este retrato, que es de Guacimara,
Cuando la paz hubieses aceptado,
Porque en rehenes de amistad quedara;
Que pues es heredera de su estado
Cuando suceda en él conozca clara
La prometida fé, concierto y pacto,
Que en depósito queda su retrato.

Ponen los ojos todos al instante
En la tabla y figura bien pintada
Con tinta de carbon, almagro y sumos
De varias yerbas y de blanca leche
De silvestres higueras, y aunque toscos
Los matices, curiosa la hechura,
Y al vivo la figura semejante.
Tómalo el Rey, deleitase en mirarlo
Con estremo de gozo y regocijo
Y á los embajadores así dice:

O cuan bien, Benearo, obligar sabe
Voluntades, yo quedo agradecido
Á presente tan rico, honroso y grave;
Este nudo jamas será rompido,
Eternamente es justo que se alabe
Lo bien, que el sabio Rey ha procedido,
Cuando solo esta causa me obligara
Á su amistad, confieso que bastara.

La obligacion recibo del retrato,
Y al principe mi hijo sea entregado,
Como á mi sucesor, que con recato
Guarde lo, que por él queda ordenado;
Y el suyo de él, pues no ha de ser ingrato,
Sea en respuesta de este presentado
Por vos á Beneharo, embajadores,
Que es obligar á paz los sucesores.

Al bélico furor se pongan riendas;
No se trate de guerras ni combate,
Que interviniendo tan sublimes prendas
De solo paces es razon se trate;
Á los Reyes dareis mis encomiendas,
Y el vernos, les direis, no se dilate
Que pasadas las fiestas de presente
En paz quiero ir á verlos con mi gente.

Cesó Bencomo alegre, y comedidos
Con término discreto al punto mismo
Se despidieron los embajadores,
Siendoles entregado aquel retrato,
Que el Rey mandó del principe su hijo,
Con lo cual se partieron gozosísimos
Quedó el, que ellos trujeron á Bencomo,
En poder de Ruiman, que atentamente
De la bella princesa Guacimara
En él consideraba la hermosura,

Con afliccion y cuidadoso estremo.
Salieron del Tagóro todos juntos,
Publicóse la paz, causó alegrias,
Y las anales fiestas celebraron
Con doblado placer y regocijo.
Bien descuidados del cuidado estaban,
Con que el buen caballero Don Alonso
Fernandez Lugo el numeroso ejercito
De la española gente valerosa
Entonces prevenia en Gran-Canaria,
Despues que conquistó la fértil isla,
Que llaman de la Palma, año dichoso
De mil y cuatrocientos y noventa
Y cuatro, en paz sin guerras ni combates,
Á do fundó Ciudad y algunos pueblos
Dejando personajes principales
Para feliz principio de república,
Y al fin volvió á Canaria, en cuyo puerto
Estaba en este tiempo de partida
Á empezar la conquista en Tenerife.
Acompañan y siguen su estandarte
Mil famosos soldados de esperiencia
Y ciento veinte y cinco de á caballo,
Toda española gente y valerosa,
Canarios naturales y Gomeros
Con muchos de los ínclitos varones,
Que en conquista del Reino de Granada
Rindieron el poder del Africano,
Y muchos de los nobles caballeros,
Que esotras fuertes islas conquistaron,
Se juntan y convocan en su ayuda:
El noble Lope Hernandez de la Guerra,
Geronimo Valdés, Pedro Vergara,
Hernando de Trujillo, Valdespino,
Xuarez, Gallinato, los Herreras,
Los Rojas, los Loayzas y Castillas,
Bobadillas, Ayalas y Marteles,
Perazas, Saavedras y Guzmanes,

Los Cayrascos, Serones y Moxicas,
Los Veras, los Castillos y Quintanas,
Espinos, Betancures, Alarcones,
Olivares, Quesadas, Pimenteles,
Armas, Cordovas, Cespedes, Zambranos,
Maldonados, Padillas, Bracamontes,
Ramirez, Riberoles y Meneces,
Hinojosas, Ortegas, Verdes, Tellos,
Diego Bartholome, Pedro Benitez,
Anton de los Olivos, Diego de Aza,
Vallejo, Hoyos, Funes y Valverde,
Diego de Samartin, Lope Galindo,
Juan Berriel, Albertos, Vilches,
Viñas, Pereyras, Silvas, Calderones,
Gorvalan, Anton Viejo, Castellano,
Los Osorios, los Castros, los Huzares,
Alonso de las Hijas, los Llerenas,
Suritas, Monleones y Melianes
Con otros muchos, que verá en su lista
El que fuere curioso de mirallos.
Hacen alarde en la Canaria arena
Y en quince bergantines bien armados
Se embarcan en el dia postrimero
Del mes de Abril con esperanza firme
De ver en la Nivaria venturosa
Los deleitosos campos eliseos.
Ya cuando el alba bella aparecia,
Víspera alegre del florido Mayo,
Á las anales fiestas y placeres
Se prevenian los Nivarios Principes;
Sale Dácil la hija de Bencomo,
Doncella hermosa, de su Reino y Córte
Á la vega, do estaba la Laguna,
Con la licencia de su caro padre
Y el capitan Sigoñe y cien soldados
En guardia suya, por que ella desea
Tener las fiestas del alegre dia,
Hace con su presencia el prado ameno,

Mas bello, deleitoso y apacible;
Pero todo le dá melancolía,
Que el alma siente en un cuidado aflicta.
Díjole Guañameñe el agorero,
Que un personaje de nacion estraña,
Que por la mar vendria al puerto y sitio
Marítimo, llamado Anaga entonces,
De ser habia (al fin de mil desastres,
Guerras, batallas, cautiverio y muertes)
Su amado esposo, en dulce paz tranquila.
Parecióle ser cosa, aunque creible,
De suceder difícil, y á esta causa
La soledad le agrada en aquel bosque
Y no el bullicio de la córte alegre.
Es de muy poca edad, gallardo brio,
Tiene donaire, gracia, gentileza,
Frente espaciosa, grave, á quien circuye
Largo cabello mas que el sol dorado,
Cejas sútiles, que del color mismo
Parecen arcos de oro, y corresponden
Crecidas las pestañas á sus visos,
Los ojos bellos son como esmeraldas,
Cercadas de cristales transparentes,
Entreveradas de zelosos círculos
Cual bello rosicler las dos mejillas
Y afilada nariz proporcionada,
Graciosa boca, cuyos gruesos labios
Parecen hechos de coral purísimo,
Donde á su tiempo la templada risa
Cubre y descubre los ebúrneos dientes,
Cual ricas perlas ó diamantes finos,
Hermoso rostro de color de nieve,
Con fuego y sangre misturado á partes,
Y como al cielo claro lo estrellaban
Algunas pecas como flores de oro,
Por causa de que quizo en su belleza
Naturaleza señalarse tanto,
Que por curiosidad superflua hizo

Exceso tal pasando de sus limites;
Mas fué en ella el error, donaire y gracia,
Que á veces son graciosos los errores,
No su traje y adorno, aunque pulido,
Al uso nuestro, lleno de invenciones,
Era, mas para prueba de belleza,
Pues descompuesta es cierta la hermosura;
Tendida y mal trancada la madeja,
Á partes presa con las pobres cintas
De pieles gamuzadas de cabritos,
Un concurso ó Tamarco, ó Vaquerelo,
Y de lo mismo un apretado cingulo,
Haciendo delicada la cintura;
Y otro que al modo de basquiña ó saya
Debajo le cubria hasta el tobillo,
Y en los pies delicados un calzado,
Como abarcas al justo, y lo traian
Mas por cumplir con el honesto estilo,
Y defender la regalada planta,
Que por arreo del humilde traje,
De pequeñas veneras y conchillas,
Pulidos caracoles y juguetes,
Que cria ó tiene el mar en su ribera,
Llenos por dentro de olorosos ámbares,
Una gran sarta le enlasaba al cuello,
Como cadena de preciosas perlas.
Al fin desde un robusto y alto monte,
Cercano á la Laguna, atenta mira
Del mar inquieto las revueltas ondas,
Contempla en él el bien de su ventura,
Y pensativa y lastimada dice:

Incierto mar, no sé, si es bien, que crea,
Que atesoras el bien de mi esperanza,
Que aunque en creer es fácil quien desea,
Temeraria es la incierta confianza,
Dudosa estoy, como posible sea,
Estar entre tus hondas de mudanza,

Aquel que ha de venir á ser constante
Mi dueño, esposo y verdadero amante.

Las aguas apresura, porque venga,
Con mas presteza, mira que lo espero,
Y es muerte el esperar, no lo detenga
Tu inquieto movimiento, por que muero,
Aplaca ese rigor lo que convenga,
Y traeme á mi amado forastero,
Que lo desea y ama el pensamiento,
Y amar, y desear es cruel tormento.

Mucho puede el cuidado fatigarme,
Y mucho la fortuna concederme,
Mucho amor y deseo atormentarme,
Y mucho el tiempo largo prometerme,
Mucha esperanza firme asegurarme,
Perderse el pensamiento, y mas perderme;
Mas tu solo eres mar, quien el mal junto
Me puede dar; ó el bien de todo punto.

Un pájaro muy grande, estraño ageno
Espero, que vendrá por ti volando.
Oh si volase bien! que por él peno,
Y no pena menor que deseando,
Traerá para mi bien dentro en su seno
La prenda que deseo. ¡Cuando, cuando
Te veré afable, mar, y en tu bonanza,
Seguro y quieto el bien de mi esperanza!

Estando, dando recias voces
Llega Sigoñe el capitan valiente,
Lleno de espanto y confusion terrible,
Y señalando con los fuertes dedos
De la nerviosa mano y diestro brazo
Hacia la mar, turbado, así le dice:

¿No ves infanta bella, junto al Roque

De la punta de Naga, el mar surcando
Quince bultos muy grandes, sin que toque
El uno al otro, cual por tierra andando?
Quien tal verá, que á espanto no provoque
El ánimo mas fuerte? blanqueando
Parecen grandes pájaros, que tienen
Alas de nieve y á la tierra vienen.

Tan suspensa quedó la bella Dácil
Despues que puso los hermosos ojos
En los quince navios españoles,
Que no habló una palabra de turbada,
Y dice el capitan determinado:

Bajarme al mar desde este monte quiero,
Que es una legua corta de camino,
Y te traeré el aviso verdadero,
Veré si es novedad ó desatino;
Espera en la Laguna, que ligero
He de volver; ya parto, ya camino:
Avisa á nuestra gente de tu guarda,
Que no·será mi diligencia tarda.

Parte Sigoñe y mas ligero corre,
Que vuela su alterado pensamiento.
Dácil se queda con los ojos fijos
En las gallardas naves, y en un punto
Le dá mil saltos en el casto pecho
El corazon ardiendo en vivas llamas;
Cercanla amor y miedo, mas no sabe
Á que determinarse, ó que hacerse,
Que es indeterminable la ignorancia
En esta ocasion y coyuntura.
Otra no menos bella, hermosa dama,
Con otra novedad confusa y triste
De amor se siente y en su amor se abraza,
Que habiendo el Rey de Naga recibido,
En respuesta de paces, de Bencomo

El retrato del principe Ruimante
Mandó entregar al punto á la princesa
Guacimara, su hija y sucesora,
Por imitar en ello al rey Taorino.
Pudo el amor rendir su casto pecho
Á la imaginacion de la figura
Por la pintura en poco semejante,
En ella hizo efectos de amor firme.
Era en estremo Guacimara hermosa,
Tenia partes dignas de loarse:
Aunque robusto cuerpo giganteo,
Cabellos rubios, claros, rutilantes,
En proporcion el rostro largo, lleno,
Grave, modesto y agradable en todo,
Alta la frente y arqueadas cejas
Negras y negro en medio un lunar bello,
Que con lustrosos pelos juntaba,
Crecidas las pestañas, ojos grandes,
Negros, alegres, vivos y rasgados,
Rosadas y encendidas las mejillas,
Nivelada nariz, boca pequeña,
Minero de preciosas margaritas,
Cual de coral, cercada de dos labios
Gruesos y cortos, de color de purpura,
Los cuales en moviendose, hacian
Dos burladores hoyos á los lados,
Color moreno un poco, por mas gracia,
Derecho cuello de color de nieve
Y en él organizado de alabastro
Aquel camino, que á las ventas llega,
Donde reposa amor, los pechos albos
Y entreverados con labor cerúleo
De azules venas, do la sangre hierve;
Garvo, donaire, brio, gallardia,
Honestidad, reposo, gentileza,
Discrecion y prudencia, de estas gracias
Era dotada; pero estuvo á punto,
Cuando en su vida obró naturaleza,

El declinarla al masculino género,
Que de ello daba verdadero indicio
Su gran persona y valerosos hechos;
Mas por la falta del calor innato
Quedóse femenina en grado altivo.
Al fin mirando atenta, enamorada,
El retrato del principe, le dice:

¿Que fuego es este, que mi alma enciende?
¿Que imaginar, que tanto me fatiga?
¿Que fé de paz, que á mi pureza ofende?
¿O que amistad ingrata y enemiga?
¿Que novedad, que tanto me suspende?
¿Que cautiverio, que á mi alma obliga?
¿Que áspid basilisco, que veneno?
¿Que bien de tanto mal, que mal tan bueno?

Vana imaginacion, que en cosas malas
Vences al alma, y ciegasla de suerte,
Que la vida mas libre y simple igualas
Á rigurosa pena y triste muerte,
Del pensamiento las veloces alas
Tanto apresuras, que el deseo fuerte,
Que nace de él, me enciende en fuego vivo,
Vencida toda de un amor lascivo.

Mas, ¿quien es este amor, que de él reniego,
Que debe ser algun traidor tirano?
Pero no, sino Dios, pues causa fuego;
Mas Dios no puede ser, porque es humano,
Pero ofende al seguro, como ciego,
Mas, pues sugeta al alma, es soberano
Espíritu del cielo ó del abismo,
O niño, pues se espanta de sí mismo.

¿Es alegria? No, porque es tristeza.
¿Es blando y amoroso? No que es crudo.
¿Es fuerte? No, que es hijo de flaqueza.

¿Es rico? No, que siempre está desnudo.
¿Es mudable su ser? No, que es firmeza.
¿Es sabio? No, que es torpe, ciego y mudo.
¿Es vida alegre? No, que es muerte triste,
Al fin, es todo lo, que en mi consiste.

¡Quien no lo conociese; ay desdichada!
¿Que quiero? ¿Que amo? y diferente
De lo, que suelo, estoy enamorada;
Y mas de quien no habla, vé ni siente?
Mas ¡ay! no es maravilla, pues me agrada
Este retrato, y obra facilmente
El pensamiento al ver, que en cualquier parte
Excederá naturaleza al arte.

Que aunque la mano diestra en la pintura
Tomó del propio orígen el objeto,
Satisfacer no pudo á la figura,
Que lo perfecto excede á lo imperfecto;
Esta imaginacion es, quien apura
Con fé amorosa el corazon sugeto,
Que al fin todo es cuidado el pensamiento,
Causa de á do procede mi tormento.

Ruiman amado, quien pudiera verte
Presente, que los tristes ojos mios
Te dieran parte de mi pena fuerte
Llorando hechos los criminosos rios,
Y para mas á mi dolor moverte,
Suspiros diera ardientes aunque frios
De mi temor, que son de corazones
Lenguas y testimonio de pasiones.

La llaga de este ardiente pecho cierto
Vertiera sangre en agua por los ojos;
Porque presente vos, que me habeis muerto,
Mostrará de su daño los despojos,
Mi esperanza asegura dulce puerto,

En gloria convirtiera los enojos,
Mas ¡ ay ! que estoy de tanto bien ausente
Y tengo por mas daño el mal presente.

Así decia la princesa bella
Al retrato, vencida de su llanto
Sin darle á nadie de su pena parte,
Que el corazon discreto, aunque aflijido,
El rigor de sus males disimula,
Y el prudente amador guarda secreto.
Mas cese aquí voz, porque resuene
Mejor en otro canto, que previene.

Canto cuarto.

El principe Ruiman se muestra enamorado del retrato de Guacimara, y el principe Gueton, amante de su hermana Rosalva, le reprehende, y sobre ellos pasan diferencias; describese la hermosura de Rosalva, celebran en Taoro las fiestas, y llega Sigoñe Capitan con la nueva de la venida de los Españoles.

¿Quien celebrará amor tus obras buenas?
¿O quien podrá huir tus obras malas?
¿Que fácil eres en dificultades?
¿Y en las facilidades que difícil?
¿Que posible y constante en imposibles?
¿Y en los posibles, que imposible y fragil?
Eres engaño de desengañados
Y de los engañados desengaño,
Bien de los males y aun en el mal de bienes,
Osado, ciego y fuerte en el peligro,
Débil y temeroso en lo seguro,
Mitiga mis ardores, rapazuelo,
Porque olvidando ahora males propios
En los agenos tus hazañas cante,
No quieras, que sea solo mi ejercicio
Quejarme en vano, de que soy tu martir,
Olvidate de mí, de tí me acuerdo,
Que, si de tí me acuerdo, á mí me olvido,
Porque no estoy en mí, si en mí consiste;
Sigote ahora, porque no me sigas,
Oye mi canto y mi lamento escucha.
No solo aquel retrato, que fué dado
Del principe Ruiman á Guacimara,
Fué causa para él enamorarse,
Mas tambien el, que della poseia,
En él pudo causar el mismo efecto,

Que se retrata amor dentro en el alma,
Si por los ojos entra leve achaque.
Amanse así los dos por las pinturas,
Ó tambien por la fama pregonera
Y aficionada, que loando á entrambos,
Rendia voluntades en la isla.
Crece en Ruiman el amoroso fuego,
Y acabadas las fiestas de aquel dia,
Ya que la oscura noche se acercaba,
Se aparta solo, á lamentar su pena,
En una fuente cerca del Alcazar
Del Rey su padre, de arboleda espesa,
Mira el retrato y tiernamente dice:

Tieneme en guerra tal el pensamiento,
Que con la misma paz me hace guerra,
Amo la paz, y amor, como es tormento,
Siendo gloria la paz, me la destierra,
Que da en su fuerza amor, y la paz siento,
Que como efecto con su causa yerra,
Que yerra, amor, si ofende, y al remedio
Graves dificultades pone en medio.

Retrato, si eres paz, no me combatas,
Ni me abraces en llamas de amor ciego;
Al vivo estás en mí, y al vivo matas;
Mas eres muerto en mitigar mi fuego;
No paz, guerra te llamo, pues mal me tratas,
Mas que mi queja importa, que mi ruego,
Si estás vivo en mi mal, en mi bien muerto,
¿Cierto á la ofensa, y al remedio cierto?

Estraño mal me procedió de verte,
Que como es excesivo bien gozarte.
Quiere, que pene para merecerte
Amor, porque no soy digno de amarte,
Pero quejome en vano, que á la muerte
Quien se podrá quejar? solo mirarte

Quiero, mas no mover la lengua, ó labios!
Que ausente el reo está de mis agravios.

Pero en oscuridad se vuelve el dia,
Y en clara luz la noche tenebrosa,
El fuego yelo, abrase el agua fria,
Falte la mas segura y firme cosa,
Y no jamas de la memoria mia
El vivo amor de Guacimara hermosa,
Que como ha sido al vivo el instrumento,
No menos viva mi constancia siento.

Apenas daba fin á estas razones,
Cuando entreoyendo los acentos últimos
Del eco de la voz de sus lamentos
El principe Gueton su caro amigo,
Hijo del Rey de Güimar Añaterve,
Llegó á buzcarle por decirle á solas
Cierto cuidado, que le da fatiga,
Que el corazon mas triste y angustiado
Descansa, si sus males comunica.
Á Rosalva, la bella hermana suya,
Amaba tiernamente y en secreto
Con palabra y promesas obligado
Pretende dignamente por esposa;
Y para que Ruiman correspondiendo
Á la fé de amistad, que profesaban,
Condecendiese en ello, y á su padre
Solicitase y persuadiese, quiere
Comunicarle su amorosa pena,
Hallale solo, propio á su deseo,
En la agradable estancia de la fuente,
Mas vele razonar con el retrato,
Haciendo en la pintura, pensativo,
Ciertos estremos de aficion notoria,
Admirase y detienese suspenso,
Duda como hablarle y divertirle
Del imaginativo pensamiento,

Y sin darle á entender lo, que sospecha,
Con disimulo y turbacion le dice:

Ruiman, ¿á solas hablas? caso fuerte,
Que es soledad madrasta al pensamiento,
Pero hablar tan solo y de tal suerte
Negocio debe de ser de gran momento.
¿Mas falta amigo, donde entretenerte?
Cuando imaginacion te dá tormento?
¿Como en tiempos de paces y alegrias,
Haces estremos de melancolias?

¿Que novedad se ofrece á tu memoria?
Ó que desasociego te ha inquietado,
Que, estando el Reino en paz y en alegria,
Vence tristeza tanto tu cuidado?
Si te fias de mí, tu nueva historia
Declara como amigo confiado,
Dí, que tu pecho altera, que prometo
De estar, á darte mi favor, sugeto.

El principe Ruiman atentamente
Oyó á Gueton y así le da respuesta:

Ay principe, que puedo responderte,
Si aunque vivo me ves en tu presencia,
Muero, muriendo estoy, y vida es muerte,
Cuando le aflige el mal sin resistencia.
No estoy, amigo, solo, que aunque es fuerte
La soledad, que siento en triste ausencia,
Un dolor me acompaña y me condena
Á padecer muriendo viva pena.

La gloria al que padece mas ofende,
Si puede entre el tormento imaginarse,
Y así de lo, que aquí contemplo, pende
Mi pena, que no puede remediarse.
Tengo en el pecho el alma, esto lo enciende,

Es muerto, y puede al vivo retratarse,
Para dar muerte, que en matarme cierto
Es vivo, y para darme vida, muerto.

Mira y verás, mas huye no le veas,
Que es el amor traidor y riguroso,
Y puede ser que cual he sido, seas,
Que no hay seguro bien, ni mal dudoso,
En la propia verdad, mas no lo creas,
Si no quieres volver mi amor celoso,
Que como te lo alabo, y lo imaginas
Con celos de su amor me desatinas.

¿Haslo visto, Gueton, ó me entendiste?
¿Amaslo ya? responde, mas que dudo,
Si es ciego y niño amor, que no resiste,
Y en rendir las voluntades crudo.
Alabetelo amigo, en hora triste,
Que amor para seguro ha de ser mudo,
Hablé, puse en peligro el bien, que adoro,
Que es duende amor, cenizas su tesoro.

Gueton confuso de Ruiman se admira,
Infiriendo el suceso y los amores,
Y así le dice con algun enfado:

Ruiman, Ruiman, ó falto de juicio
Estoy, ó tu lo estas, ¿como es posible,
Que una pintura hecha de artificio
Te ha enamorado? casi no es creible,
Lo que un pintor, cumpliendo con su oficio,
Labró, te puede ser apetecible,
¿Y así piensas, que roban corazones
Sus falsas y fingidas perfecciones?

Mira, que te será mal reputado,
Que de tí se presuma tal locura,
Que es loco todo el hombre enamorado,

Aunque ame la mas bella criatura,
Que en cuantas ha el divino sol criado
No se ha visto perfecta hermosura,
Y menos podrá haberla en una tabla
Tan simple, que no entiende, siente y habla.

Tanto Ruiman mostró sentirse desto,
Que airado con enojo le responde:

¡O necio! ¿de esta suerte has respondido?
¿No adviertes, que natura excede al arte,
Y que el pintor, aunque famoso ha sido,
No ha podido pintar la menor parte?
Siempre te conocí ser atrevido,
No quiero mas oirte, ni escucharte,
Ni me respondas mas, ni mas me digas,
Pues mas, cuanto mas dices, me fatigas.

Gueton con gran prudencia y mansedumbre
Le replica á Ruiman de esta manera:

Con ímpetu camina el cristalino
Arroyo de aguas en corriente recia,
Peñas le ciñen, vedanle el camino
Y, adonde mas le impiden, mas se arrecia;
Lo mismo hace un loco desatino,
Que estando firme en pertinacia necia,
Si quieren refrenarle, se apresura
Y crece con mas furia su locura.

Replicale Ruiman lleno de cólera,
Furioso, pertinaz, airado y ciego:

Ya te aviso Gueton, que no maltrates
En esto mas, pues tanto desvarias,
No me enojes á mí, ni á tí te mates,
¿Quien te metió jamas en cosas mias?
¿Hanse visto mas varios disparates?

Loco debes de estar, pues que porfias
En dar consejos con razones locas
Tal, que á furiosa ira me provocas.

Por vida de mi padre el rey te juro,
Si luego no te vas y á mí me dejas,
Pues tu consejo vano no procuro,
Has de ser causa de tus mismas quejas
Y tenme por infame y por perjuro,
Si con tus vanas réplicas me aquejas,
No te hiciere, que de mí te acuerdes,
Pues el respeto á mi grandeza pierdes.

No pudiendo sufrir Gueton rabioso
Las asperas razones y respuestas
Del principe Ruiman, airado dice:

Ruiman, si loco estas, mira, que al loco
La pena y el castigo hacen cuerdo,
Tu sin respeto me has tenido en poco,
Que yo jamas respeto á nadie pierdo,
Tu me provocas, yo no te provoco,
Á mal, que de tus males te recuerdo,
No me amenaces no, que tu amenaza
Satisfaré, aunque esté en tu reino y casa.

Tras estas y otras diferencias tales
Hubo entre ellos discordia y pesadumbre,
Hasta que algunos nobles de la corte
Su furioso rencor apaciguaron,
Aunque quedaron desde allí enemigos.
Era Gueton de afable y noble trato
Y hijo y sucesor del Rey de Güimar,
Mas de su reino desterrado estaba
Por cierto tiempo á causa de un delito,
Que hizo contra el mismo Rey su padre.
Crióse con Ruiman desde su infancia,
Y así continuo fueron muy amigos.

Salió Rosalva, de Ruiman hermana
Y amante de Gueton, al alboroto
De la pendencia desde su aposento,
Supo el suceso por estenso todo
Y estando de ello triste y aflijida,
Temiendo fuese causa de impedirle
El nudo conjugal, sola quejabase
De amor, fortuna y tiempo de esta suerte:
¿Cuando sosegará mi pensamiento?
¿Cuando se ha de ver quieta mi memoria?
¿Cuando ha de tener fin este tormento?
¿Y en batallas de amor habré victoria?
¿Cuando, tiempo, he de ver mi casamiento?
¿Cuando, desdichada, gozaré tal gloria?
Mas, ¡ay! que mi remedio es cosa dura,
Pues lo mejor me falta, que es ventura.

En esto la ve estar junto á la fuente
Entre los resplandores de la luna
El principe Gueton, que estaba cerca,
Llegase con intento de hablalle,
Fiado en que la noche lo encubria,
Ciego de su deseo, que el amante
Con tino se recela de ser visto,
Y siempre se confia de no serlo.
Así Gueton hablar quiere á la infanta
Confiando en que la noche ha de encubrirle;
Pero Ruiman, que á todo le seguia,
Tras él se esconde en la espesura de árboles.
Hace Gueton humilde reverencia
Á su amada Rosalva, y ella finge
Enojo, disimula, y dice á voces
Agena de que está Ruiman oyendola:

¿Como osas mirarme dí inhumano?
¿Piensas, que en mi presencia estás seguro,
Andando en pesadumbres con mi hermano?
Vete, que á mucho riesgo me aventuro,

¿Amor me tienes tu? Habla tirano,
Mas como, con aquesto que procuro,
Ya no pretendas casarte conmigo
Siendo Ruiman mi hermano tu enemigo,

¿En lugar de tenelle afable y grato,
Porque de nuestro bien fuese instrumento,
Le has querido matar ha poco rato?
Mas si es por impedir el casamiento,
No ves, que está en su reino? habla ingrato,
¡Que me has de responder, si el pensamiento
Me dice, que son falsas tus razones,
Pues la fé de mi amor en riesgo pones!

Mudasele á Gueton el color propio,
Pesale ya en el alma del suceso,
Maldice la pendencia y el enojo,
Quiere disculpa dar y no se atreve,
Vuelve y revuelve con los ojos, tímido,
Á una y otra parte; advierte, escucha,
Si visto puede ser, ó ser oido,
Desata al fin la enmudecida lengua
Y á su querida infanta humilde dice:

Rosalva bella y alva rosa mia
Meresca con la fé, con que os adoro,
Que me escucheis un poco, no haya dia
Para mi de placer, eterno lloro,
Y pesar reine en mí, nunca alegria,
Si en cosa alguna le perdí el decoro
Á vuestro hermano el principe Ruimante,
Mas soy en todo desdichado amante.

Es mi desgracia, en quien mi mal consiste,
Mas sin razon estais de mí quejosa,
Vos que mi gracia sois, no hay gracia triste,
Ni vos lo habeis de estar siendo Alva Rosa,
Mi pensamiento en una gracia asiste,

Y vos Rosalva en él, causa forzosa,
Para que no imagine ni pretenda,
Aquello esposa mia, que os ofenda.

Solo le reprehendí con pecho sano
Lo que me pareció, que era mal hecho,
Al principe mi amigo vuestro hermano;
Y en ira contra mí le vi desecho,
De necio me llamó y alzó la mano
Para ofenderme, yo de mi derecho
Perdí por vos, que sin hacerle ofensa
Procuré solamente mi defensa.

Si en esto os ofendí, tomad venganza
En mí, dando castigo é mi inocencia,
Que gloria es cualquier pena, que se alcanza,
Por vos mi bien, templad vuestra violencia,
Dadme esa mano en fé de confianza,
De que sereis mi esposa, que licencia
Me darán vuestro padre y vuestro hermano,
Pues no pierden en ello, aunque yo gano.

Ruiman, que cerca oculto los oia,
Revienta de furor y no pudiendo
Mas reprimirse, sale de á do estaba;
Rosalva, que le ve tan de repente,
Con turbacion, vergüenza y temor huye,
Queda Gueton confuso, sin moverse,
Ruiman le habla y con descuido dice,
Repitiendo su plática y consejos:

¿Gueton á solas hablas? Caso fuerte,
Que es soledad madrasta al pensamiento,
Pero hablar tan solo y de tal suerte
Negocio debe ser de gran momento,
¿Mas falta, amigo, donde entretenerte,
Cuando imaginacion te da tormento?
¿Como en tiempo de paces y alegrias
Haces estremos de melancolias?

¿Mas como osas mirarme? cosa es llana,
Que en mi presencia tu no estás seguro,
Andando en pesadumbres con mi hermana
Vete, que á mucho riesgo me aventuro.
¿Amor me tienes tu? que fé tirana,
Mas como, con aquesto que procuro?
No ves, que te será mal reputado,
Que es loco todo el hombre enamorado.

Pero si loco estas, mira, que al loco
La pena y el castigo hacen cuerdo,
Tu sin respeto me has tenido en poco,
Que yo jamas respeto á nadie pierdo,
Tu me provocas, yo no te provoco,
Mas de esto, que decias, me recuerdo,
Cuando consejo dabas olvidado,
De que rinde el amar todo cuidado.

No habla ahora aquesa lengua ruda,
Que como vé el peligro de la muerte,
Perdió su curso, ya se ha vuelto muda.
Que en la muerte se muda el que es mas fuerte,
En este trance tal no hay lengua aguda,
Que dar disculpas de razon acierte,
Mas no decia toma en mi venganza,
Y ten en fé de esposo confianza.

Venganza de feminea mano quieres,
Gueton, de lo que á un principe ofendiste,
Que aunque á veces son crudas las mugeres,
Fué su flaqueza tal, que la rendiste.
Mas como si por ser su esposo mueres,
Con tanto atrevimiento me dijiste,
No me amenaces no, que á tu amenaza
Satisfaré, aunque esté en tu reino y casa.

Vive el cielo, si cierto imaginara,
Que efecto habia de haber tu pensamiento,

Y que mi justo padre te entregara
Mi hermana por esposa, siento, siento,
Que antes con estas manos la matara;
Pues es la muerte á todo impedimento.
¡Mas como en esto ahora me advierto!
O reniego de mí, pues no te he muerto.

Llegaban ya corriendo á toda prisa
Tigaiga, Arafo, Ancor, Afur, Guayonja
Y otros hidalgos capitanes, deudos
De Gueton y Ruiman, que aquella noche
Les andaban buzcando, porque fuesen
Amigos, y no hallandoles, les dijo
Rosalva, como estaban en la fuente
Revueltos en cuestion, y al mismo tiempo
Llegan, ponense en medio, y se dividen
Unos por una parte, otros por otra,
Mas todos ignorantes de la causa
De su rencor, enojos y pendencias.
Era esta noche alegre y celebrada
La postrera de Abril, solemne víspera
Del deleitoso Mayo, y el remate
De las annales fiestas y placeres,
Que hacian los Reyes de la isla.
Estaba todo aquel umbroso valle,
Corte del Rey Bencomo de Taoro,
Esclarecido así de luminarias,
Como en su competencia las estrellas
Y clara luna desde el alto cielo,
Aunque con mayor luz los resplandores
De las hermosas damas en corrillos,
Juntas en danzas, con solemne música
Celebraban el fin de su alegria,
Resuena el eco de las claras voces,
Y el gran rumor y bailes de mancebos
Con regocijo, barahunda y grita.
Estaba de Bencomo el real Alcazar
Enramado de yerbas olorosas,

Entreveradas de esmaltadas flores,
Ocupado de nobles capitanes,
Lleno de luces de encendidos hachos
De fina tea, como grandes cirios.
Mas todo no era causa de alegrarse
Ruyman, celoso de su bella hermana,
Y de su Guacimara enamorado,
Ni causa de dejar de entristecerse
Gueton de mil cuidados combatido,
Ni parte de consuelo á la fatiga
De la infanta Rosalva, que penosa,
Congojada y corrida de su hermano,
Estaba retirada en su aposento
Vertiendo de sus ojos tiernas lágrimas.
Era Rosalva, aunque en edad muy tierno,
De un año mas que Dácil, y fué siempre
Mucho menos querida de su padre,
No porque fuese Dácil mas hermosa,
Que antes tenia con donaire y gracia
Rostro espacioso de color muy albo
Y algo encendido como de alva rosa,
Proporcionada frente y la madeja
Del cabello lustrosa, bella y larga,
Sutiles cejas, cuyos medios circulos
Eran arcos de amor, en quien á veces
Tocaban las pestañas, descubriendo .
Los ojos zarcos, que sus luces rayos
Tiraban, que eran flechas amorosas
Y llamas, de lo mismo las mejillas,
Nariz en proporcion perfeccionada,
Pequeños labios de color de sangre,
Preciosa hechura de graciosa boca,
Y descubrian dos iguales órdenes
De blancos dientes mas que finas perlas.
Fué su temperamento desta Dama
Templado, aunque sanguino en algun tanto,
Y así sobre las partes que refiero,
Era graciosa, afable, noble, alegre,

Mas siempre se ha llorado los pronósticos
Por adversario al gran planeta Júpiter,
Causa de no tenerle el rey su padre
Tanto amor como á Dácil, que era público.
Mas ya en una ancha cueva del Alcazar
Real del gran Bencomo se congregan
Y ocupan los asientos por su órden
Los grandes del estado y capitanes,
Nobles, ancianos, principales, ricós,
Y entre ellos tiene con supremo trono
La real magestad el regio asiento.
Juntos estan los dos discordes principes,
Disimulando su rencor y enojo
Por el respeto del gran Rey presente.
Ya de la cueva la mas parte ocupan
Serenísimas damas y entre todas
Rosalva triste aunque hermosa y bella,
En medio de dos íntimas amigas,
Que supliesen la falta de la hermana
Dácil, que en la Laguna estaba entonces.
Era la una Gualda, la otra Guajura,
Servia como amante á la primera
Tigaiga capitan y á la segunda
El gran Tinguaro de Bencomo hermano.
Resuena el tono acorde de la música,
Los instrumentos son tres calabazas
Secas y algunas piedrecitas dentro,
Con que tocaban dulce son canario,
Un tamborin de drago muy pequeño,
Una flauta de rubia y hueca caña
Y cuatro gaitas de los verdes tallos
Y nudosos canutos de cebada,
Y con la boca un estremado músico
Hacia un ronco son algo entonado;
Mas suplian la falta de guitarras,
De las biguelas, harpas, plectro y cítaras,
Cánticos de canarios pajaruelos,
Que en los agujerillos y rincones

Del techo de la cueva resonaban,
Y las suaves voces celestiales
De las hermosas damas y doncellas.
Comienzanse ante el Rey bailes solemnes,
No la descomulgada caravanda,
Chacona, gatatumba, ó los menos,
De varias descompuestas ceremonias,
Antes con el recato y cortesía,
Que puede permitirse sin agravios,
De simple honestidad y llano término
Hacian saltos, vueltas y mudanzas.
Salen luego á la lucha dos mancebos
Briosos, bien dispuestos y valientes,
Desnudos, mal revueltos los Tamarcos
Por bien de honestidad á la cintura,
Demuestran lucios los nervosos brazos,
Derechos muslos y bellosas piernas,
Untados con manteca, por que siendo
Asidos y apretados con las manos
Resbalase, mostrando mas sus fuerzas:
Eran los dos gallardos luchadores
El uno Rucaden, otro Calúca,
Midense á brazos, hacen firmes presas,
Garran las uñas en la untada carne
Y esprimen en los dedos la manteca,
Los nervios hinchan de los fuertes miembros,
Armanse el uno al otro zancadillas,
Danse embiones vueltas y revueltas,
Soplan casi gimiendo los anhélitos
Ó por mejor decir medio bramando,
Amarga espuma de encendida cólera,
Afirma Rucaden el pié siniestro,
Carga sobre el cuerpo de Calúca,
Tuercele un poco y con el diestro brazo
Le arroja en tierra de una gran caida:
Admira á los presentes su braveza,
Queda mantenedor en el terreno.
Deja Calúca al vencedor ufano,

Salese de la cueva de corrido,
Loan á Rucaden, y antes que un punto
Tome resuello el angustiado aliento,
Se opone á la venganza del vencido
Arico, amigo suyo y su pariente,
Rucaden le recibe entre los brazos,
Y con facilidad de maña y fuèrzas
Del primer embion lo arroja al suelo.
Llega Godoto á la venganza altivo
De Arico hermano, de pequeño cuerpo,
Pero de gran valor, fuerzas y brio,
Diestro en la lucha, señalado en todo
Cierra con Rucaden, partense abrazos,
Muestran sus fuerzas que, cualquier que venza,
Gane debido lauro y premio justo,
Andan furiosos y los pies afirman,
Arraigando las plantas en el suelo.
Hacen temblar la tierra, si se mueven,
Las carnes garran con las fuertes manos,
Cubre el sudor de los abiertos poros
Los mantecosos miembros, y la untura
Mesclada en él con el calor desecha
Corre bañando á gotas todo el sitio.
Andan á vueltas, danse recios golpes
En los tovillos con los pies ligeros,
Haciendo mil corcobos con las zancas,
Abarcanse los cuerpos con los brazos,
Crujen los huesos y de un golpe juntos
Miden la tierra con tan gran caida,
Que pareció hundirse en el profundo.
Llegó primero Rucaden al suelo,
Y aunque cayeron ambos sin ventaja
Dice Godoto á voces, que ha vencido;
Alega Rucaden en favor suyo,
Y estando en esta duda los jueces,
Ya que piden licencia, deseosos
Para zapatear los bailadores,
Entrase junto por la cueva súbito

Un gran tropel de gente rempujandose
Con alboroto y temerario escandalo.
Entre ellos llega el capitan Sigoñe,
Que con la infanta Dácil en el bosque
De la Laguna estaba entretenido,
Demudado el color y de cansancio
Á prisa exala espeso un tibio aliento,
La boca abierta anhelada y seca
Para resuello del ardiente espíritu.
Tiende en el duro suelo el cuerpo flaco,
Porque lo angustian los sudados miembros;
Turbanse al verlo así los circunstantes,
Suspendese la música y contiendas,
Mandale el Rey, que hable y que le diga,
Que le causa venir de aquella suerte,
Y él desatando la sedienta lengua,
Dando un suspiro para alivio, dice:

No solo es el cansancio, el que me impide
La habla, aunque me aflije, ni el recelo,
De cuantas cosas espantosas vide,
Ni el dejar á la infanta en desconsuelo,
Que, aunque notable sentimiento pide
Cualquier causa de estas, sabe el cielo,
Que lo, que me fatiga y me dá pena,
Es no traerte Rey nueva mas buena.

Ayer salí con Dácil de la corte,
Que fué á tomar placer á la Laguna,
Mas suele dar en los placeres corte
Con desastrados fines la fortuna,
Dejad, dejad, que un poco me reporte,
Dad perdon á mi culpa, si hay alguna,
Porque no la merece el mensagero,
Si el aviso es forzoso y verdadero.

Cuando hoy del sol los rayos se esparcian,
De aquellos montes hácia el mar mirando

Muy grandes bultos ví, que parecian
Pájaros negros, por el agua andando.
Con alas blancas todos se movian
Hácia la tierra juntos se acercando,
Causóme admiracion, y á que los viese
Quiso la infanta, que hasta el puerto fuese.

Ví que llegaron cerca de la orilla
Y aquellas alas blancas encojieron,
Temor me dió, y por ver tal maravilla
De suerte me escondí, que no me vieron
Luego en la mar, que pareció hundida,
Rayos, truenos, relampagos vertieron
Los pájaros de sí, como en invierno
El Cielo arroja hasta el hondo infierno.

Sin alas otros pájaros pequeños
Salieron de entre esotros al momento,
Con pies y manos como grandes leños,
Que el agua azotan con furor violento,
Dentro de sí traian á sus dueños,
Hombres, personas son á lo que siento,
Mas no son hombres no como nosotros,
Que el talle tienen de hombres, pero de otros.

Llegaron prestos á pisar la arena,
Y el, que primero en ella los pies puso,
Sacó una insignia en brazos, mala ó buena,
Con gran exceso, de que estoy confuso,
Dióme temor mirarla, mas no pena,
Que antes á cierto gozo me dispuso.
Dos palos son no mas, pero cruzados,
Y no sin causa de ellos respetados.

El cabo del madero mas cumplido
Hincaron en la arena y lo adoraron,
Digo adoraron por lo, que he sentido,
Que devotos ante él se arrodillaron,

Formaron luego un escuadron lúcido
Y con armas no vistas se adornaron,
Hubierame yo holgado de entendellos
Para poderos dar noticias dellos.

Algunos dellos de color de cielo
Se visten justos y resplandecientes,
Parece los cristales, que del hielo
Cubren las aguas de las claras fuentes,
Yo os mostraré de que, que á su modelo
Traigo (aunque son en algo diferentes),
Aquí una pieza, que se llama espada,
Que por milagro fué de mi hurtada.

Y sucedió así el hurto, que su dueño,
Gallardo personaje, convencido
Del trabajo del mar, se entregó al sueño,
Junto de adonde estaba yo escondido.
Viendolo allí, atrevíme como isleño,
Á llegar cerca dél, sin ser sentido,
Y entre otras prendas esta aficionado
Hurte y volví á esconderme con cuidado.

En la espesura apenas me escondia,
Cuando luego despierto voceando
Las yerbas de aquel prado revolvia
La espada (á lo que entiendo) procurando.
Oí que espada, espada repetia,
Y así el oscuro nombre decorando,
Vine á entender, que debe de llamarse
Espada y que es muy digna de estimarse.

Vestida viene, veisla aquí desnuda,
Solo la tome el Rey, que así conviene,
Mirad que filos tiene, que aunque es muda,
Hechura propia de una lengua tiene;
No poco es dura, bien parece cruda,
Dejadla, os daré cuenta de otras cosas
No menos temerarias y espantosas.

Tienen un ave, ó animal hermoso,
Manso, gallardo, guerreador, dispuesto,
De cuatro pies, y pisa tan brioso,
Que corre, ó vuela, que es ligero y presto,
Sube sobre su dueño belicoso,
Y espanta solo verlo encima puesto,
Que á su gusto le rige facilmente,
Y acá, ó allá le lleva diligente.

Un arco traen, que cierta cuerda enlaza
Con artificio tal, que lejos tira
Un pequeño instrumento, que traspasa
Aquello, á que se apunta por su mira:
Hace un ruido, cuando el aire pasa,
Que de temor, y á quien lo advierte admira:
Y otra mas larga tienen, que la espada,
Que á dos manos parece ser jugada.

Y sobre todo aquesto, que os alabo,
Otro instrumento traen, que me ha admirado,
Largo hasta seis palmos, corvo al cabo,
Y tiene la hechura de cayado,
Arroja fuego y humo, ved si es bravo,
Que un trueno da repente, y he notado,
Que deben ser los dueños soberanos,
Pues fácil lo disparan con las manos.

Con otro hacen son de guerra fiero,
Y es redondo, de pieles y madera,
Que el ánimo gallardo del guerrero
Anima, sobresalta y acelera,
Y otro resplandeciente y vocinglero,
Que tocan con la boca de manera.
Que parece, que habla y los concierta,
Los junta, llama, avisa y los despierta.

No son como los nuestros sus vestidos,
Ni andan los brazos y los pies desnudos,

Que antes son muy bizarros y pulidos;
No son groseros, ni parecen rudos,
Al fin vienen en todo tan lúcidos,
Que pone espanto, mas parecen mudos,
Porque, aunque hablan es confusamente,
Ó debe ser su habla diferente.

Noté muchas palabras, que decian,
Algunas dellas traigo de memoria,
Cruz dicen, no sé á que, y aun repetian
Jesus, palabras dicen, que dan gloria,
Los ojos hácia el cielo revolvian,
Unos diciendo Dios, otros victoria,
Y la tierra besaban de rodillas,
Mirad, que soberanas maravillas.

Salió luego una escuadra de cincuenta,
Tras de los cuales vine, aunque escondido,
En la Laguna quedan á mi cuenta
Dos horas ha que desde allí he partido;
Lo que mi pena (gran Bencomo) aumenta,
Es Dácil, que hallarla no he podido
En el bosque y Laguna, en procuralla
No me detuve, mas iré á buscalla.

Cien soldados la guardan de los mios,
De quienes puede hacerse confianza,
Todos saben la tierra, bosque y rios;
Y no podrá ser mucha mi tardanza,
Que, aunque cansado estoy, me sobran brios
Para volver, sabré donde habitanza
Hacen los benedizos extrangeros,
Y os enviaré de todo mensageros.

Es la soberbia una altivez de espíritu,
Que á ciega presuncion incita el ánimo,
Tanto, que desvanece al pensamiento
Cebado en loca y necia fantasía,
Es osadía incrédula al peligro,

Y de las cosas graves menosprecio:
Así en el bravo Rey soberbio, altivo
Ningun temor causó la estraña nueva,
Mas toda la demas gente del Reyno
Se alborotó del repentino caso.
Toma Bencomo la desnuda espada,
Admirase de verla y cònsiderala,
Manda, que vuelva dentro de una hora
Aquella misma noche á toda priesa
El Capitan Sigoñe á la Laguna
Con otros cien soldados por la infanta.
Cesan las fiestas, crece el alboroto,
La nueva en alas de la fama vuela,
Muda colores y colores cobra,
Que se suele mudar de formas varias,
Por no ser muda y nunca enmudecerse.
Muchos se acuerdan del castigo injusto
Del difunto agorero y del pronóstico,
Cuyos principios ven en breve término,
Y recelan al fin el fin futuro.
Solo Bencomo no se sobresalta,
Llega á la luz de un encendido hacho,
Mira el fulgente acero de la espada,
Pasa los dedos con cuidado y tiento
Por sus agudos filos, y apretandolos
Cortase sin sentir, queda confuso
De ver la roja sangre, que derrama,
Ambos ojos ènarca, el pelo eriza,
La frente arruga y á la espada dice:

¿Que es esto agudos filos atrevidos?
Heris mis dedos, y verteis mi sangre?
Venis hambrienta? Ó los recien venidos
Quieren, que en vos mi cólera se sangre?
Mas, como siempre en sangre estais teñidos,
No estrañeis que la mia se desangre
En vos, aunque es de Rey, y tanto os baña,
Porque lo, que es costumbre, no se estraña.

Valor teneis, y aunque antes fuera poco
Ahora, que en mi sangre estais bañada,
Y en vuestro puño con mi mano toco,
Sois espada de Rey, de ley honrada,
Á belicosa furia me provoco,
Y en veros con mi sangre matizada,
Mas respetadla con fiel decoro,
Que luce en vos como en la plata el oro.

Diciendo el Rey soberbio estas razones,
De un golpe clava la viuda punta
En un robusto tronco, aprieta el puño,
Carga con fuerza, hacele un arco,
Admirase, y aflojala, enderezase,
Y con mayor admiracion le dice:

Como buena sufris, pero sin mengua,
Que os doblais y volveis á estar derecha,
Que sufre la bondad y no se amengua,
Y el bien con mengua menos aprovecha,
Sigoñe dijo bien, que como lengua
Es vuestra hechura, que me dais sospecha,
Que, como el ser de lengua al vuestro iguala,
Sois buena á veces, pero á veces mala.

¡Cuantas habrá entre aquellos forasteros;
Que, como vos se venden por honradas
Haciendo como tiesas bravos fieros
Y en la ocasion se quedaran dobladas!
Otras habrá mas manzas que corderos,
Y por doblarse, humildes, desechadas,
Que al menester se vuelvan y enderecen,
Que en las obras las buenas permanecen.

Con todo os tengo dende hoy, mas por buena,
Que en lo presente juzgo lo futuro,
Mas, pues en mí habeis hecho prima estrena
Por la sangre real, que os baña, juro,

Que, si esa gente, que ha venido, ordena,
Poner en riesgo mi valor seguro,
He de probaros, si sois buena ó mala,
Y si la obra á la apariencia iguala.

Cesa con esto y manda juntar luego
Á consulta los grandes de su estado
Sobre la prevencion de su defensa.
Cumplese al punto, hacen su consejo,
Tan varios pareceres sobre el caso,
Y al fin se acuerda, que se envie aviso
Á esotros ocho Reyes de la Isla,
Y que Bencomo mismo de paz vaya
Con su gente de guarda á la Laguna
Á ver y visitar los estrangeros,
Y sepa dellos la intencion, que tienen,
Y que es ló, que demandan en sus tierras,
Si quieren paces, ó pretenden guerras.

Canto quinto.

El Capitan D. Gonzalo del Castillo reconoce el bosque de la Laguna: Halla á la infanta Dácil, enamorase de ella, quitansela sus guardas: Visita el Rey Bencomo á los Españoles; tratan de paces, quedan discordes: Hacese junta de todos los Reyes, hay entre ellos diferencias: Prometele Beneharo Rey de Naga á Tinguaro su hija por esposa, si vence á los Españoles, ella lo rehusa, y el padre la persuade.

¿Ciego, rapaz amor, tirano, ingrato,
Mas como así le trato, si le invoco,
Y sus grandezas toco? vuelvo y digo,
Gigante, Dios, amigo, pio, afable
Á tu deidad loable le dirijo
Mi humilde voz y elijo el favor raro
De tu valor y amparo ahora en cuanto
Tus maravillas canto, dame audiencia
Y auxilio con clemencia, y el tormento,
Autor de mi lamento, un poco enfrena,
Diré tu gloria y callaré mi pena.
En los felices términos Atlánticos
Ya el rojo Oriente en su balcon lucífero,
Á las tinieblas de la noche opósito,
Entre dorados tornasoles lúcidos,
Mostraba el alba bella tan claríficа,
Que deslustraban de las nubes célicas
El inconstante resplandor lunático.
Salva le hacen con acordes músicas
Varias aves voláticas armónicas,
Dandole á su venida alegre el pláceme
Los dulcísimos coros de sus cánticos,
Señalandose mas las voces únicas
De los sonoros y canarios pájaros.

Ya del soberbio Teide celebérrimo
Refulgente se vé la cumbre altísima,
Que en los cristales de su nieve cándida
Luce del sol el resplandor flamígero,
Como en la plata el oro preciosísimo.
Ya de las frescas yerbas salutíferas
Y de las bellas flores aromáticas
Van en los claros rayos deshaciendose
Los trasparentes nácares y aljófares,
Con que las baña el cielo, enriqueciendolas;
Al fin ya todo es luz lo que era umbrífero
Y sube Apolo con su carro alígero.
Esta mañana alegre y deleitosa,
Primero dia del florido Mayo
Estaban los navios españoles
Surtos en el seguro y quieto puerto
De Naga, al dulce abrigo de la tierra,
Y en ella en larga playa el grueso ejército
Con gran concierto y militar recato.
El capitan Gonzalo del Castillo
Con veinte de á caballo, de á pié treinta,
Estaba en la espaciosa vega y bosque
De la Laguna, que del puerto distá
Tres millas, bien ageno del peligro,
Que pudiera venir á ocasionarle
Aquella noche la soberbia gente,
Que guardaba á la bella infanta Dácil
Y las demas, que trajo al mismo puesto
Para lo propio el capitan Sigoñe
Del reino de Taoro, que eran todos
Doscientos valerosos naturales;
Estaban retiradas estas guardas
En lo postrero del espeso valle,
No por haber sentido en él la gente
Del capitan Gonzalo del Castillo,
Mas por la confusion y espanto grande,
Que á todos dió la vista de la armada,
Que divisaban desde aquellos riscos

La mar, el puerto, playa, y grandes naves.
Llega Sigoñe con los cien soldados,
Á donde estaba en el ameno sitio
Esotra gente con la bella infanta:
Muestra de hallarlos un placer gozoso,
Preguntales por Dácil, y le dicen
Su alegre estancia cierta y él camina
Aprisa, deseoso de encontrarla.
Dácil estaba cerca de una fuente,
Que tiene en sí la falda de una sierra,
Cuyas vertientes claras descendiendo
Al lago llevan bullicioso arroyo;
Y era el espeso bosque tan cerrado,
Que no se divisaba en él la gente:
Cerca de aquel lugar en la ladera
Junto á la fuente la española escuadra
Hacia una gran presa de ganado,
Para llevarla sin ruido al puerto;
Ocupanse los unos en juntarlo,
Otros sirven de espías y atalayas
Para seguridad de sus personas.
Apartase Castillo á entretenerse,
En tanto, por el bosque y prado ameno,
Mide con cortos y vagantes pasos,
Acá y allá mirando el gran repecho
De aquella cierra, y las vertientes sigue
Del agua, que desciende de la fuente,
Á quien cercaban arboles espesos.
Era el estanque de la fuente grande,
Largo, espacioso y hecho de artificio,
Con cantos enterrados en la arena,
Y con el masapez bien embarrados,
Dando comodidad una gran peña
De la parte de arriba, á quien cubrian
Diversas yerbas y esmaltadas flores
Y á quien cercaban de frondosos árboles
Entretejidas ramas, defendiendola
De la violencia de los tiempos varios.

Como á manantial del agua clara
Gozaba Dácil del alegre sitio,
Sentada encima de la peña misma
En lo mas alto de ella, entre las flores,
Mirandose en las aguas de la fuente,
Endonde hacia una agradable sombra,
Como en espejo de cristal purísimo,
Oia el murmurar del claro arroyo,
Que desde allí tomando su principio
Bajaba al hondo y espacioso valle,
Y de las aves la sonora música,
Mas pensativa estando, sola y triste,
Con el cuidado del suceso nuevo
De los recienvenidos mira atenta
Y vé subir hasta la fuente un bulto,
Estraño al parecer de su ignorancia.
Era el famoso Capitan Castillo,
Que ageno de ser visto y descuidado
Jba llegando cerca de la fuente,
Y así diciendo lleno de alegria:

O isla afortunada, o fértil tierra,
Cuan grata y bella, que á mis ojos eres,
Mayores glorias tu pobreza encierra,
Que España con sus prósperos haberes,
Desecho los cuidados de la guerra,
Que promete tu paz dulces placeres,
Y contemplo tu vega, monte y prado,
De flores matizadas esmaltado.

Con justa causa bien afortunada
Te nombran los, que gozan tus recreos,
Y con mucha razon eres llamada
Los deleitosos campos Eliseos,
Pues das de tantas glorias adornada
Hartura como cielo á los deseos,
Que claras aguas, cuan hermosa fuente:
Excesivo placer mi alma siente.

Diciendo aquesto estaba ya muy cerca
De la agradable fuente; pero Dácil
Tiene los ojos puestos en su aspecto,
Turbase al ver aquel gallardo brio,
Pulido traje y militar arreo,
Tan diferente en todo á su costumbre,
Que con dificultad juzga ser hombre,
Quiere huir y teme y así dice:

¡Cielo! ¿que será aquesto, que aqui veo?
¿Que puedo hacer? ay triste, si me siente,
¿Quiero huir? pero que es hombre creo,
¿Hombre? Sí, mas estraño y diferente,
Combate mi temor con mi deseo,
Un estrangero tengo ya presente,
¿Veréle bien? mas temo de miralle,
¡Que lindo, que gâlan, que de buen talle!

Y mientras entre sí Dácil forjaba
Aquestos y otros tales pensamientos,
Llegó Castillo á la agradable fuente;
Deleitase con ver el agua clara,
Descalzase los guantes de gamuza,
Baña las manos y refresca el rostro,
Saca el lenzuelo, enjugase y descansa,
Contempla el agua pura y clara en ella
Al vivo la figura de su sombra
Y advierte junto á sí la, que la infanta
Hace tambien de encima de la peña,
Á todas partes mira, quien la causa,
Pero no puede verla, que lo impiden
Las verdes ramas de los frescos árboles,
Y así confuso y admirado dice:

Un bulto solo soy, pero dos sombras
Veo en el agua, aquesta cierto es mia,
¿Mas tu quien eres sombra, que me asombras?
¿Que es esto loca y vana fantasia?

Entre las flores como sobre alfombras
Bordadas de preciosa pedrería
Parece esta sentada una pastora,
¿Pastora? Sí, y mas, se mueve ahora.

Vista notable, pero en el contorno
De aquesta fuente solo á mí me veo,
¿Aguas que es esto? mas á mirar no torno,
Allí la sombra está, y aunque el arreo
De la zagala es poco y sin adorno,
Su imágen, aumentando mi deseo,
Parece clara con la sombra oscura
Y peregrina y rara su hermosura.

Loco debo de estar, ¿que es esto? ¿acaso
Es Narciso á sí mismo aficionado?
¿Ó aquesta aquella fuente del Pegáso,
Y este lugar de ninfas encantado?
¿Es esta alguna musa del parnaso
Monte por hechicero celebrado?
O ¿que es aquesto, cielos soberanos?
Al fin no es esta tierra de cristianos.

Mira con esto acá y allá solícito,
Vuelve y revuelve las espesas ramas,
Que al rededor estaban de la fuente,
Pero no puede ver la infanta bella,
La cual entre sí hace este discurso:

Ya del deseo está el temor vencido,
Verlo y mirarlo mas, y mas me place.
Mas como está en el agua embebecido
Mucho le agrada, ó mucho le displace.
Pero no haberme visto mucho ha sido,
Que á todas partes mira, si lo hace
La rama del laurel, que aquí me encubre;
Mas ay, que ya la aparta y me descubre.
Tanta fué de Castillo la porfía,
Que no pudo cubrirsele la infanta,

Que al fin quitó las ramas con las manos,
Que le impedian su agradable vista,
Y admirandose al verla á voces dice:

No se engañaba, no, mi pensamiento,
¡O santo cielo! ¡que zagala bella!
Sin duda que lo es, y á lo que siento
Muestra ser noble el grave aspecto della,
Mirame, aunque turbada, y de su asiento
Se ha levantado ¿irase? es una estrella,
No la quiero perder antes seguilla,
Que su beldad me llama y maravilla.

Habiase ya Dácil levantado,
Viendo, que la miraba el caballero,
Mas él dejó la fuente y fué siguiendola
Con presurosos y turbados pasos,
Llegase cerca della, considera
Su traje estraordinario y sobre todo
La rara y no compuesta hermosura,
Y ella se estaba en él embelesada,
Vencida y llena de vergüenza honesta,
Sienten los dos un no sé que de gloria
Mesclado aun si se puede pena y ansia,
Saltos da el corazon dentro en sus pechos,
Y ambos se juzgan por aficionados.
Quiere Castillo hablar, mas dificulta,
Que le pueda entender, ni responderle,
Cierto de que sus lenguas son contrarias;
Mas vencido de amor y del deseo,
Que á lo, que es mas difícil, persuaden
Le dice tiernamente estas palabras:

Ángel, ó serafin en forma humana,
Ó cifra de la misma hermosura,
En la belleza y partes soberana,
Y solamente humana en la figura;
Si mi humildad vuestra grandeza allana,

Ved, que mi alma en vos se transfigura
Para gozar de vuestra vista bella,
No lo estrañeis, transfiguraos en ella.

Es poderoso amor como la muerte,
Que, si la muerte aparta lo muy junto,
El junta lo apartado en union fuerte,
Y así con vos me prende en este punto:
Direis quiza, que no es posible suerte,
Mas los efectos, que de muerte apunto
Suelen ser muchas veces impensados,
Y mas repente amor en los cuidados.

Es propio á la humildad siempre vencerse,
Y es de suyo agradable la belleza,
Y es lo, que agrada, fácil de quererse,
Y el querer es amor y amor firmeza;
No permitais, que vea yo perderse
Amor, que me inspiró vuestra pureza:
Ángel sois vos y fuego, en que me inflamo,
Miradme amando, entendereis que os amo.

No ignoro, que estrañais mi oscura lengua,
Pues no me respondeis, mas el concepto
De la fé de mi amor no queda en mengua,
Pues entendeis del alma lo secreto;
Testigos son mis ojos, como lengua
Del corazon, del amoroso efecto,
De que sois causa en mí; ¿pero estoy loco?
¿Que es esto, á que me incito y me provoco?

Maldigo, o Babilonia, el devaneo
Del soberbio edificio, que existe,
Por donde al general hablar hebreo
En variedad de lenguas repartiste:
Como tu torre ahora mi deseo
Conquista al cielo, pero ¿como? ¡ay triste!
Que igual á tí el castigo se me ordena,
Pues lenguas diferentes son mi pena.

Á todo aquesto Dácil pensativa
Dudando estaba á que determinarse
Y en confuso discurso entre sí dice:

Parece, que me habla aficionado,
Mas no le entiendo en cuanto dice, nada,
Sin duda debe ser enamorado,
Pues con tal brevedad de mí se agrada,
¿Que le responderé? mas si ha hablado
Sin entenderle yo, desengañada
Estoy de que tampoco á mí me entienda,
Mas ay, si es este aquel de quien soy prenda.

Castillo sin temor, de amor vencido,
Larga la rienda á su deseo y llega
Á tomarle la mano con la suya,
Dácil consiente y para demostrarle
Algun amor la aprieta, y él le dice:

¿La mano me apretais? con ese aprieto
(Prenda dichosa) rematais mi alma,
Bien habeis entendido su conceto,
Aunque nos tiene así la lengua en calma,
Á vuestro amor rendido estoy sugeto,
Vos consentis, pues ya me dais la palma,
Conmigo ireis, que vais conmigo, quiero,
Que está mi vida en vos, y sin vos muero.

Llevandola con esto de la mano,
Ella no lo consiente y porfiandola
Al fin camina con turbados pasos,
Teme Dácil dudosa á do la llevan,
Congojase de verse así forzada,
Ya anda, ya se para, ya revuelve
Á una y otra parte con la vista,
Para ser socorrida de sus guardas;
Mas era el bosque espeso tan cerrado,
Que, aunque tan poco espacio de la vega

Andaba tanta gente diferente,
Los unos no se vian á los otros.
Dácil se aflije en verse sola, siente,
Siente su gran peligro, disimula,
Quiebra la sarta larga, que traia
Puesta por rico adorno al blanco cuello
De caracoles, conchas y juguetes,
Y deja en las veredas del camino
Seguido rastro, conocido y cierto
Para ser socorrida de los suyos.
En esto ya llegaba el gran Sigoñe
Á la fuente, buscando diligente
Á Dácil, que siguiendo otra vereda
Subió por la otra parte del arroyo.
No la halla, se admira y reconoce
El rastro, va siguiendo sus pisadas
Con tal solicitad, que en breve tiempo
Alcanza á divisar de allí muy cerca
Al caballero y á la bella infanta,
Turbase el fuerte y valeroso mozo,
Detiene el paso, considera y mira
Lo que puede entender del estrangero;
Alza la voz con espantosos gritos,
Oyendo sus soldados que le siguen,
Y acuden todos á librar su infanta.
Vuelve el noble Español atras los ojos,
En blanco pone la fulgente espada
Y ofrecese animoso al gran peligro;
Dácil le mira atenta, alborotada
De ver luciendo el refulgente acero,
Pero del caballero condoliendose
Le hace á prisa señal de que se vaya,
El llama á voces su cercana gente
Oyendo, todos van á socorrerle,
Mas no con la presteza necesaria,
Y así viendo el peligro de perderse
Sin Dácil se retira en la espesura
Y juntase al momento con los suyos.

Rabietan de furor los naturales,
Quieren acometer á los de España,
Mas Dácil se lo impide y los detiene
Y le manda á Sigoñe, que no excedan
So pena de la vida de su órden.
Salen los Españoles brevemente
Del bosque á lo mas raso de la vega,
Tocan las cajas y los altos pífanos,
Resuena el fiero son del bravo marte,
Hundese todo el valle y alborotanse
Los ganados, pastores y soldados;
Mas Dácil, porfiando en refrenarles,
No les deja salir del bosque espeso,
Antes les dice huyan y la lleven
Al reino de Taoro y que se guarden,
Que corren gran peligro en aquel término.
Marchan los Españoles hácia el puerto,
Llevan delante gruesos recentales
De los ganados mansos de la vega,
Alegres, sin contienda, ni recelo,
Solo va triste el capitan Castillo
Sintiendo el fin adverso de su suerte
Y el mucho amor de la hermosa infanta.
No menos ella con notable pena
Se siente enamorada y arrepiente
De no seguir cual pudo al estrangero,
Sale con los soldados de su guarda,
El bosque, vega y la Laguna deja
Y camina á la corte de su padre.
Estaba en esto el Reino de Taoro
Con gran alteracion, y el Rey soberbio
Con cuatrocientos hombres valerosos
Trataba de partir al puerto y playa,
Á visitar de paz los estrangeros
Segun que fué acordado en la consulta,
Previene lo importante á su camino,
Ordena, traza, manda, solicita,
Avisa, encarga, acuerda y aconseja

Á todos sus valientes capitanes,
Poniendo centinelas y atalayas
En las partes donde era necesario.
El capitan Sigoñe con la infanta
Llega y al Rey refiere puntualmente,
De como fué cautiva y libertada,
Y á todos da placer con su presencia.
Pasó el silencio de la noche oscura,
Amaneció la luz del claro dia,
Víspera de la Santa Cruz de Mayo,
Celebraron la fiesta los de España
En el puerto de Naga, á quien pusieron
Desde aquel dia el venturoso nombre
De Santa Cruz, así por esta causa,
Como porque en el punto deseado,
Que saltaron en tierra, don Alonso
El general sacó una cruz hermosa
En los brazos á tierra por principio
De la predicacion del Evangelio
Y por memoria la fijó en la playa,
Costumbre, que se guarda en otro tiempo.
El cuarto dia de aquel mes florido
Á la mañana alegre, resonando
Las cajas, los trofeos y altos pífanos,
El español ejército en buen órden
Salió marchando, en escuadron formado,
Descubriendo la tierra hácia el bosque,
Donde tiene su asiento la Laguna,
Que es una legua de agria cuesta,
Y al fin llegando cerca de los montes
De la agradable vega en un repecho,
Donde despues fundaron una Hermita
Á la sagrada Encarnacion de Cristo,
Que la vírgen de Gracia se intitula,
De que es Patron el noble caballero
Don Garcia de Aguijo, veinte y cuatro
De la famosa y gran ciudad Sevilla,
Asentóse el real en aquel puesto,

Porque dieron noticia las espías,
De que en el bosque andaba grande número
De gente armada de los Naturales,
Y ser el sitio en algo acomodado
Al bien y utilidad de su defensa.
Forman el batallon con buen concierto
En campo raso y entre dos quebradas
Por mas seguridad y en breve punto
Descubren á la parte de aquel bosque
Gran número de gente, que acercandose
Con órden poco á poco caminaba,
Esperan las batallas prevenidos,
Tocan las cajas, y repican pífanos
Y suenan las trompetas retumbando
Del fiero son el eco en hondos valles.
Los que llegaban era el Rey Bencomo
Con cuatrocientos hombres, que venia
Á visitar de paz los Españoles,
Que verlos grandemente deseaba.
Hace con su escuadron mal ordenado
Alto bien cerca del hispano ejército,
Contempla desde allí sus enemigos
Y estas palabras arrogante dice:

Bravo bullicio tienen, que alboroto,
Que vocería y que rumor levantan,
Mas su poco valor infiero y noto,
De que apenas me ven, cuando se espantan,
Á soberano cielo hago voto,
Que si escuadrones en mi tierra plantan,
Han de pagar su vano atrevimiento,
Para que á otros sirva de escarmiento.

Amada y dulce patria, ¿que buen celo
Podrá sufrir, que gentes estrangeras
Huellen y pisen tu dichoso suelo
Con bravas invenciones de armas fieras?
Juro á los huesos de mi honrado abuelo,

Que han de dejar al punto estas riberas
Por mal, si no quisieren de buen grado,
Que así resuelto estoy determinado.

Por mal, no les arriendo la ganancia,
Que hasta las piedras han de levantarse
Para rendir su bélica arrogancia;
Que es difícil el mal de conservarse,
Saber su pretencion es de importancia,
Por ver, sí pueden daños escusarse,
Que se suelen seguir de cualquier guerra;
Vayanse en paz, y dejenme en mi tierra.

Deja su gente, puesta en buen concierto,
Y con Tinguaro su valiente hermano
Se llega cerca del real de España,
Haceles desde afuera ciertas señas
De paz, segun usaban á su modo,
Salen las lenguas á saber su intento,
Que así del general les fué mandado,
Lleganse para hablarse y juntos todos
Los unos á los otros se saludan,
Y despues de decirse otras razones
Estas propone el Rey á los de España:

Decid al noble capitan valiento,
Á quien sigue ese ejército famoso,
Que quiere en estas tierras con su gente,
Siendo de ellas el paso peligroso,
Declare su intencion abiertamente,
Que yo se lo suplico deseoso
De su amistad, y por mi gente fiera
Se lo requiero así de esta manera.

Las lenguas españolas brevemente
Al general le dieron la embajada,
El cual pensando á paces reducirlos
La respuesta les da de esta manera:

Responded, que agradesco su embajada
Y que para su bien tres cosas quiero,
La paz, que pues os dice que le agrada,
La pido en amistad, que es lo primero,
Lo segundo, que admitan la sagrada
Fe, que en salvarse es medio verdadero,
Y así cual los isleños comarcanos
Se quieran bautizar y ser cristianos.

Lo tercero les pido y les declaro,
Que la obediencia den al Rey de España
Y tendran su valor por firme amparo,
Que en darlo al mas estraño no se estraña,
Antes con generoso amor, no avaro,
Á él y á toda la demas compaña,
Hará grandes mercedes, y con esto
Me volvereis con la respuesta presto.

Vuelvense los dos lenguas, donde estaba
El bravo Rey y su valiente hermano,
Hacenle relacion de la respuesta,
Y con enojo y cólera responde:

Á lo que el Capitan determinado
Me pide, os doy respuesta, lo primero,
En cuanto á la amistad de muy buen grado
La acepto, que la paz es lo que quiero,
Solo niega amistad el que irritado
De otro fuere sin justicia, pero
Será la paz dejando nuestras tierras,
Porque asistiendo en ellas habrá guerras.

En cuanto á ser Cristianos solo pende
De voluntad, nosotros no sabemos,
Que cosa sea, porque no lo entiende
Ninguno, mas en ello acordaremos,
Y si ha de ser de grado, me suspende,
Nos lo pida por fuerza, y con estremos

De querer obligarnos, será justo
Ver, si nos está bíen, ó si es injusto.

Y en cuanto, á darle la obediencia, toca
Al Rey, que dice, todos lo negamos,
Que solo imaginarlo nos provoca,
Á que luego la paz interrumpamos,
Nuestra fuerza no es tan flaca y poca,
Que de la suya no nos defendamos;
Yo nací Rey y Rey morir pretendo,
Honor, patria y vasallos defendiendo.

Esta respuesta al general fué dada,
Que no quedó admirado poco de ella
Por la arrogante discrecion del Bárbaro;
Pero aunque respondió muy llano á todo.
Quedaron diferentes y discordes
Y aun casi amenazados de ambas partes.
Aquella espada, que llevó Sigoñe
Á córtes de Taoro con la nueva
De la venida de los Españoles,
Era del valeroso caballero
Hernando de Trujillo, y los dos lenguas,
Viendo, que la traia el Rey Bencomo
Metida por el cinto, lo dijeron
En su real, y sospechando, que era
La suya, el noble dueño habia llegado
Adonde el Rey estaba, conocióla
Con gran admiracion, de que ella fuese,
Y en tanto, que los lenguas razonaban
Sobre la paz, no quiso hablar pidiendola
Por no enojar al Rey, mas al fin viendo,
Que á todo se mostraba tan estraño,
Altivo, airado y de soberbia lleno,
Y que la paz quedaba en diferencia
Remitida á las armas, determinó
Pedir la espada el mismo, que la lengua
Bien entendia, y no muy mal hablaba,
Y así muy comedido al Rey le dice:

Oyeme, noble Rey, por cortesía,
Hurtaronme esa espada allá en el puerto,
Cuando llegamos, mientras que dormia,
Que no fuera posible á estar despierto.
Manda, que se me dé, que cierto es mia,
Y la aprecio y estimo, porque he muerto
Con ella Turcos, Moros y paganos,
Y me afrento de verla en otras manos.

Miralo el Rey, alterase y recatase,
La espada empuña y con gran pausa dice.

Quisiera en lo que pides complacerte,
Pero perdonarás, que es imposible;
Si esta espada fué tuya, agora advierte,
Que es mia con razon llana y creible:
Perdióla tu descuido y de una suerte
Entre valientes poco acontecible,
Que no se ha de fiar del sueño prenda,
Que defiende el honor, vida y hacienda.

Erraste en el peligro confiado,
Que el que se fia en el peligro, yerra,
Y no debe dormirse descuidado,
Quien viene á conquistar á nueva tierra,
Celoso debe ser el buen soldado
Y vigilante, que la buena guerra
No es otra cosa, que continua vela
Fundada como en fuerza y en cautela.

Bien echarás de ver, que mal dormias,
Aunque al cuidado dabas larga rienda,
Cuando algun cuidadoso, á quien no veias,
Te hurtó (si es hurtar) tan buena prenda;
Y aun, si quisieran rematar tus dias,
Te pudiera matar, sirva de enmienda
Aquesto, que la espada no he de darte,
Porque su falta puede escarmentarte.

Demas de que en mi sangre está bañada,
Y fuera hacer de ella menosprecio,
Volverla á quien la trajo mal guardada,
Y así, yo que la guardo; mas la aprecio
Por mia, con mi sangre está sellada,
Guarda la, que ahora tienes, si es de precio,
Porque son las espadas como leyes,
Que el que las guarda, mas ofende á Reyes.

Llegó de tu descuido á mi quejosa,
Soy Rey y de derecho he de amparalla,
Y á ser tu mi vasallo ley forzosa
Te condenara por tan mal guardalla;
Tambien llegó hambrienta y deseosa
De sangre, y yo le dí por sustentalla
La mia propia, mira, si sustento
Razon en defender lo, que alimento.

El valiente Español, que reventaba
En ira ardiente, al bravo Rey replica:

Aunque me han tus razones enojado,
Porque te llaman Rey, con gran paciencia
Oyendote mi enojo he refrenado,
Mas para responder me da licencia:
Soy, aunque te he sufrido, Hidalgo honrado,
Y es Trujillo blason de mi ascendencia
Por vencer á un hinchado, que al rendillo
Mi abuelo, un Rey, ese es Trujillo.

No salgo de propósito con esto,
Porque suele un Trujillo ser temido,
Y para responder á lo propuesto
Y que entiendas, quien soy, lo he referido.
La espada dices que perdí, dispuesto,
Á poderme matar, como dormido,
Durmiendo yo la tierra atemorizó,
Como lo sabe, quien el hurto hizo.

Guardas hacia en el campo y centinelas,
Que es estilo de guerra acostumbrado,
Que duerman unos y otros hagan velas,
Y así no fué descuido mi cuidado,
Ni bastaron al hurto sus cautelas,
Si como á esta la tuviera al lado,
Que al lado fué el ladron, y al lado estuvo,
Y aunque atrevido, el hado que alas tuvo.

Mira que espada es Cruz y la Cruz muerte,
Ó tormento, que aquesto significa,
Y Cruz ha de ser tuya, y de esa suerte
Á de sangrarte, como ves, se aplica,
Juzga, si te lastima como fuerte,
Y como en desangrarte verifica,
Que puede ella matarte, aunque su dueño
Esté cual dices descuidado en sueño.

Si á tí llegó hambrienta, es cosa llana,
Que la traigo á hartarse acostumbrada
En sangre de paganos, y es pagana
La tuya, y así en ella está bañada,
Agraviase de ver, que la profana
El poder tuyo, y para ser vengada
Procura rematar como Española
Tu sangre, aunque sin mí se siente sola.

Llamaste Rey, y mas que á tu corona
Estimo la espada, que demando,
Y con ella la gana mi persona
De gloria, honor y fama peleando,
Mas porque hace poco el que blasona,
Y suelo señalarme solo obrando,
Dame mi espada y mira, que respeto,
Á que eres Rey (aunque bárbaro) en efecto.

Vieron dende el real los Españoles
La mucha diferencia y pesadumbre

Del Rey y de Hernando de Trujillo,
Y el noble Lope Hernandez de la Guerra
Como Maestre de campo del ejército
Llegó á impedir su pertinaz porfía,
Á Trujillo le dice, se reporte,
Con persuaciones lícitas y ruegos;
Y en tanto el Rey bramando se despide,
Con grandes amenazas de ambas partes,
Quedando allí por enemigos.
Vuelvense á su real los Españoles,
Dando Trujillo voces de coraje,
Mas todos los valientes Caballeros
Lo aplacan, lo consuelan y sociegan.
Partese el escuadron de Naturales,
Encubrense en el bosque brevemente,
Caminan á Taoro á toda prisa,
Y al cabo de seis horas, no muy largas,
Entran en la gran Corte con Bencomo.
Salenlo á recibir todos los grandes
Y nobles del Estado, sus dos hijas,
Las damas y los principes contrarios,
Cercados del concurso de la gente.
Estaba el real alcazar de ambas cuevas,
Curioso, bien compuesto y adornado,
No con tapices, lienzos, ni doseles,
Sino de verdes cañas, juncos, ramos,
De frescas yerbas y olorosas flores,
Con que estaba mas bello y aromático,
Que con brocados y perfumes de ambar.
Los palacios insignes fabricados
Eran sus suntuosos edificios,
Donde la prima de la arquitectura,
En jaspe y marmol, suele demostrarse;
Que toda la real pompa y ornato
Fué una gran cueva, en muchas dividida,
En las quebradas y cabos de un risco
Y de edificio tosco alguna parte,
Con cantos mal labrados, bien compuestos,

Cubiertos de madera, paja y tierra;
Era el lecho real no rica cama
De blanda lana, ó regalada pluma,
Sino amorosas pieles de cordero
Sobre helechos secos, heno, y paja
Y con esteras hechas de tablillas
De cañas como empleytas rodeado
Á modo de cortinas y tapices;
Eran las sillas ricas y bordados
Cantos muy grandes, ó esquinadas piedras
Puestas en buen concierto por su órden.
Entra el concurso y gran tropel de gente,
Pisan la superficie de la tierra,
Juncos, hinojo, asander, y mastranzos
Con otras yerbas y esmaltadas flores,
Apénas socegaba el gran Bencomo,
Tomando algun alivio al cansancio,
Cuando llegaron juntos á su corte
Todos los demas Reyes de la isla
(Excepto el de Güimar, que intentaba
Ser firme amigo de los Españoles).
Dieron de su venida luego aviso
Al gran Bencomo, sale al mismo punto
Á recibirlos cerca de su cueva,
Danle tiernos abrazos comedidos
Los unos á los otros saludandose,
Que, aunque entre ellos habia disenciones
Y continuas rencillas y discordias,
Fuerzales la ocasion á ser amigos,
Mostrando en verse todos alegria.
Ordenan luego de tratar las cosas
Tocantes á la defensa de sus reinos,
Entran aquella tarde en el Tagoror
Y hacen gran consulta con sus grandes
Sobre el modo mejor de defenderse,
Y conservar honor, la patria y vidas.
Antes que nada voten, ni propongan,
Prometen en solemne juramento

Seguir aquello, que mas útil sea
Al bien comun y pro de sus Repúblicas,
Y hecho con antiguas ceremonias
El juramento, luego en tono humilde,
Desde el Rey mas anciano, al que es mas jóven
Van dandole á Bencomo agradecidos
Las gracias cada uno del cuidado
Y la solicitud, con que aquel dia
Habia visitado á los de España,
Pareciendole á todos conveniente
Haber sabido de ellos su propósito
Para mas á su salvo prevenirse.
Habló primero el viejo Rey de Naga,
Tras él Romen, que gobernaba en Daute,
Despues Adjoña, Rey de Abona, y luego
Belicar, el de Ycod, y Guantacara
Señor de Teno, y Polinor de Adeje,
Y al cabo Acaimo, Rey de Tacoronte.
Siente Bencomo gran placer y gozo,
Á todos satisface comedido,
Y tanto brio y arrogancia cobra,
Que hacer pretende con sobrada industria,
Que todos le obedescan por supremo;
Muestrase valeroso y no vencible,
Y encareceles mucho el gran peligro,
Que corre de perderse, sino ponen
Por obra la defensa diligentes,
Y despues de tratar otras razones
Á todos habla y dice de esta suerte:

No sufre el pecho noble y sangre honrada
Hierros de ignominioso cautiverio,
Que antes muerte cruel de aguda espada
Padece, que afrentoso vituperio
Y mas la real sangre acostumbrada
Á cetro y á corona, regio imperio,
Que sugetarse á estraños le es mas fuerte,
Que padecer mil veces cruda muerte.

Si aquesto, o Reyes, vuestros pechos sienten
Y á la furia y la cólera os incitan,
Quien duda, que en furor justo rebienten,
Viendo que estado y libertad os quitan,
Y aunque los estrangeros guerra intenten,
(Como falsos agüeros facilitan)
Será su intento vano, trabajoso,
Que codiciar lo ageno es mal dañoso.

Tres cosas me pidieron mal fundadas
Sin tiempo, sin razon y sin justicia,
De mí le fueron todas denegadas,
Que poco bien alcanza la codicia.
Paces pidieron, de ambicion guiadas,
Y por cubrir con bienes su malicia,
Que la ley, que profesan, acetemos,
Cosa que, aunque sea buena, no entendemos.

Mas luego descubrieron al fin de esto
De su alevoso pecho la insolencia,
Pidiendo con maligno prosupuesto,
Diesemos á sus Reyes la obediencia;
Aquí perdió mi sufrimiento el resto
(Si alguno me quedaba) de paciencia,
Que un repentino enojo de esta injuria
Me provocó á repente saña y furia.

Á su dañada pretencion y celo
La respuesta le dí, que convenia,
Con libertad, agena de rezelo,
Y templada modestia y cortesía.
Ved, que fué el gran Tinerfe nuestro Abuelo
Y no es razon, se sienta cobardía
En sangre, que desciende de su sangre,
Aunque en sangrientas guerras se desangre.

Es lo que ahora importa, que se elija
Un solo capitan, que á todos mande



Y con su disiplina nos corrija,
Por que en su punto cada cosa ande;
No es bien, que en la batalla ordene y rija,
Uno que mande y otro que desmande,
Que mal acertaran los servidores,
Siendo en mandarles muchos los señores.

Bien es, que cada Rey rija su gente
Y cada capitan á sus soldados,
Y habiendo sobre todos un regente,
De quien superiormente sean mandados,
Y aunque el tal cargo trae continuamente
Dobladas las pasiones y cuidados,
Yo me ofresco á ejercerlo, por dar muestra
De que deseo la defensa nuestra.

Y si esta razon justa os satisface,
El cargo grave, como os digo, acepto,
Asegurado de que no os displace,
Pues no siento de mí ningun defecto;
Y si esto así se ordena, cumple y hace,
¿Quien bastará á ponernos en aprieto?
Y aunque fortuna ingrata sea contraria,
Podrá arruinar las fuerzas de Nivaria?

Fué tal y tan notable el grave escándalo,
Que las razones dichas por Bencomo
Movieron en algunos de los Reyes,
Que él mismo quedó atónito y suspenso,
Pues Belicar, Romen y Guantacara,
Adjoña y Pelinor reconocieron
Esta propuesta aleve y maliciosa:
Que so color de defender la tierra
Queria avasallarlos de esta suerte,
Para despues alzarse con los reinos:
Unos con otros entre sí trataban
Contradecir su pretencion dañosa;
Y al fin el Rey de Teno Guantacara,

Anciano en años y en edad decrépito,
Le respondió con juveniles brios,
Negandole del todo su demando;
Sobre que hubieron grandes diferencias,
Tanto, que se salieron del Tagoror
Los cinco Reyes juntos con sus grandes,
Diciendo: cada uno defendiese
Aquello, que á su estado le tocase,
Cuando le contrariasen enemigos,
Y así se despidieron en discordia.
Quedóse el Rey Acaymo y Benejaro
En el Tagoror con el gran Bencomo,
El cual viendo frustrada su esperanza
Y en los reveldes reyes la aspereza
Estaba en furia y cólera encendido,
Y los dos, como amigos conjurados,
Con afables razones aplacaban
La ira intolerable de su enojo,
Que, como aquellos en mayor peligro
Estaban y tenian sus estados
Mas cerca del lugar, asiento y puerto
De los de España, y se temian tanto
De perdicion, así por esta causa,
Como por el poder del Rey Taorino,
De consuno con él se conformaron,
Tratando su defensa necesaria
Y casi en algun tanto consintiendole
Por superior en cosas de la guerra.
Tratóse, que á sus Reynos se volviesen
Hasta ver la intencion de los Cristianos
Y que Tinguaro, hermano de Bencomo,
Con tres ó cuatro mil hombres de guerra
Esperase en el paso de Centejo
En emboscada, que es entre altos montes
Fragosos de espesísima arboleda
Un malpais de guijarrales ásperos,
Que necesariamente han de pasarse,
Para poder entrar la tierra adentro,

Que estando á punto en aquel puesto cómodo
Les diese en él el repentino asalto,
Y en tanto con su aviso el Rey Bencomo
Llegase á socorrerle en la batalla,
Y á su salvo alcanzasen la victoria:
Y para que aquesto ser pudiese,
El Rey de Tacoronte y el de Naga,
Estando convocados con los suyos,
No perturbasen á los estrangeros,
Antes les diesen paso hasta que entrasen
Por sus estados al peligro y bosque,
Pero despues con militar recato
Saliesen con sus gentes al camino,
Y ocupando las sendas y veredas
Los esperasen con ardid y aviso,
Para que si huyesen de sus manos,
Escapar no pudiesen de las suyas;
Estableciόse mas, por fin de todo,
Que si en aquella empresa la victoria
Ganase el noble capitan Tinguaro,
Acaymo y Benejaro agradecidos
Un presente de estima le hiciesen,
Y quedó tan ufano el Rey de Naga,
Pareciendole cierto su propósito,
Que en presencia de todos dijo aquesto
Á Tinguaro, que atento lo escuchaba:

Siento en mí tan segura aquesta empresa,
Valeroso Tinguaro, satisfecho
De que tu gran valor á mas alcanza,
Que no me aflijira peligro estrecho,
Y porque entiendas, que esta confianza
Nace de amor de agradecido pecho,
Te ofresco de presente en tal victoria
Á Guacimara, que es mi bien y gloria.

Desde aquí te la otorgo en casamiento,
Que quiero que, pues es mi sucesora,

Contigo suba á mas merecimiento,
Y sea de mi reino posesora;
En tí y en ella, pues me viene á cuento,
Renunciaré mi estado desde ahora,
Por ella doy la mano y te prometo
De estar á lo cumplir llano y sugeto.

Tanto gozo sintieron los presentes
Con las razones del anciano viejo,
Que les pudo borrar del pensamiento
El enojo pasado, que en placeres
Se olvida la memoria de los males,
Y el Rey Bencomo alegre, agradeciendo
La oferta del de Naga así le dijo,
Dandole de ello las debidas gracias:

No menos confianza yo tenia
De ese tu hidalgo pecho ennoblecido,
Esta merced estimo como mia,
Y así te rindo el alma agradecida,
Y tan inmenso gozo y alegria
Con bien tan singular he recibido,
Cuanto pienso mostrar, si victorioso
Mi hermano llega á estado tan dichoso.

Quedó aqueste concierto efectuado,
Tomando fe, palabra y juramento
Para seguridad de ser cumplido,
Encargandole á todos el secreto;
Y así salieron todos del Tagoror,
Tratando necesarias prevenciones,
Para que el gran Tinguaro con su gente
Fuese á emboscarse en la montaña espesa,
Y los Reyes Acaymo y Benejaro
Á sus dos reinos juntos se volvieron,
Quedando muy ufano el gran Bencomo
Viendo cuanto los Reyes le temian,
Pues acudieron todos á su Corte
Á general consulta obedeciendole;

Y aunque el Rey Pelinor y Guantacara,
Y Adjoña y Romen se amotinaron,
Cuando pidió, que todos de consuno
Como á su general le obedeciesen,
Bien conocia, que era por temerle,
Y recelosos de su gran potencia
No consintieron por no ser sugetos;
Solo estaba quejoso y admirado
Del noble Rey de Güimar Anaterve
Por no haber asistido á la consulta
Y así desvanecido y pensativo
Aquesto discurria en su memoria,
Teniendo siempre puesto el pensamiento
Con temerario ahinco en los de España:

O si supiesen bien los estrangeros
El gran valor, que en mi poder se encierra,
Y como valen poco los aceros,
No habiendo corazones en la guerra,
Aunque leones son, como corderos
Dejarán de afligir la fuerte tierra,
Que no conocen mis furiosos brios,
Ni estos quebrantadores brazos mios.

Mal saben, que el Banot, que aquesta mano
Cual furibundo rayo al aire arroja,
Puede abatir su pensamiento vano
Y dar satisfaccion á mi congoja;
Y si de mi valiente y caro hermano
Sintiesen el furor cuando se enoja,
No se mostraran arrogantes tanto,
Movidos de temor, horror y espanto.

Mas bastales, al fin, no conocerme,
Que á muchos hace osados la ignorancia,
Y quien me admira y llega á suspenderme
Es del Rey de Güimar la arrogancia;
Siempre ha estimado en poco complacerme

Fundado (no en poder) sino en jactancia,
Pues todos en mi corte se han juntado,
Y él solo mas altivo se ha mostrado.

Pero confio en mi Taorina gente,
Que he de tomar de todos la venganza,
Dél, por mostrarme tan altiva frente,
Incitado de vana confianza,
De esotros Reyes, porque injustamente,
Sin respetar lo, que mi brazo alcanza,
Negaron, que de mi fuesen regidos,
(No de valor) mas de temor movidos.

Que si mi hermano sale con la empresa,
Y del Reyno de Naga se apodera,
Juntando mi valor con su grandeza
Seré absoluto Rey, y de manera
Que sientan en su daño la braveza
De mi pecho cruel, cuando se altera,
Pues, cuando les rogué, fueron esquivos
Mostrandose aunque tímidos altivos.

Hay muchos, que rogados son terribles,
Y humildes, si por mal son apremiados,
Mostrandose á los ruegos imposibles,
Queriendo ser al bien por mal llevados,
Y otros hay obstinados insufribles,
Que temen y se fingen muy osados,
Y estos tales al cabo el daño sienten,
Cuando ya sin remedio se arrepienten.

Tales conmigo son mis enemigos
Así estrangeros como naturales,
Rebeldes, si los tratan como amigos,
Sin rendirse á razon como brutales,
Y tímidos de haber justos castigos
Se muestran en esfuerzo desiguales;
Mas darselos pretendo de tal suerte,
Que sea el menor de ellos cruda muerte.

Que de los Españoles fanfarrones,
Mas soberbios, profanos é insolentes
Y codiciosos de domar naciones,
Que esforzados, briosos y valientes,
Yo postraré por tierra los pendones,
Triunfando de sus mallas refulgentes,
Que quien aceros viste en la batalla,
Desnudo á veces de valor se halla.

Yo les haré entender, quien Bencomo,
Y de mi brava gente la violencia,
Y de que suerte, en que manera y como
Me piden, que á su Rey dé la obediencia,
Que el furor solo, que de aquesto tomo,
Basta, sin que les baste resistencia,
Y hacer en los suyos crudo estrago,
Dando á su atrevimiento el justo pago.

Aquestas y otras tales arrogancias
En su desvanecida fantasía
Representaba su animoso espíritu;
Mas el Rey de Güimar, Anaterve,
Que no asistió en su reino á la consulta,
Porque como en el suyo residia
La santa imágen de la Candelaria,
Á quien (aunque no era bautizado
Ni en catecismos de la fe instruido)
Amaba tanto, que por causa suya
Tenia el mismo amor á los Cristianos,
Sabiendo, que eran fieles siervos suyos;
Indicios claros de que los Nivarios
Fuesen como eran ciertos Españoles,
Pues mas, que otra nacion alguna, fueron
Devotos los de España de la Vírgen,
Y el primer templo, que le fué fundado,
Fué en Zaragoza como es cosa pública,
Cuya insigne Capilla fué labrada
Por celestiales Ángeles divinos;

Y así viendo Anaterve, que en Anago
Puerto de mar, en términos de Naga,
No lejos de los suyos los cristianos
Estaban, y sabia, que querian,
Que fuesen sus amigos los Nivarios,
Y que se bautizasen, parecióle
Cómoda y oportuna coyuntura
Para mostrar de tanto amor las obras,
Ir quiso á visitarlos como amigo
Y habido su consejo con los grandes,
Do asistieron tambien nobles hidalgos,
Partió determinado de su Reyno
Para el puerto de Naga por la costa,
Adonde Don Alonso con su gente,
Habiendo alzado ya el real del puerto,
Do tuvo con Bencomo diferencias,
Vuelto se habia y fabricado un fuerte
Ó torrejon para defensa suya,
Y por ser el lugar sin agua, ó fuentes,
Estítico, y haber notable falta
Hizo abrir pozos luego con presteza,
Y aunque en aquesto andaba entretenido
Entraban los soldados en escuadras,
La tierra adentro, en los cercanos términos,
Haciendo buenas presas de ganados.
Y así los Nagas á su Rey quejosos
Dieron aviso de ello, cuando alegre
De Taoro llegó á su Reyno y corte;
Mas como ya esperaba haber venganza
De estos nocivos daños descuidado,
Llegó do estaba su querida hija,
Para decirle como al gran Tinguaro
Estaba prometida por esposa,
La cual movida del amor ardiente,
Con que á Ruyman amaba, aflicta y triste
La encontró sollozando y pensativa,
De amarillez cubierto el bello rostro,
Y como el Rey la amase con estremo

Admirado y penoso la aliviaba,
Ignorando la causa de su pena.

¿Como mi Guacimara, siendo Reyna
De los Nivarios Nagos valerosos,
Sin causa en tí melancolía reina,
¿Que humedeces los ojos lastimosos?
¿Pues ya el rubio cabello no se peina?
¿Y das de mano á los continuos gozos?
Y á los placeres con sentida pausa,
¿Dime, querida hija, que es la causa?

Si el deseo de esposo te combate,
Ó te aflijen las guerras de presente,
Hacer tal sentimiento, es disparate,
Pues aun vive tu padre con su gente
Y esposo tienes, si venciendo abate
Tinguaro al Español, que diligente
Espera hacer de su furor victoria
Para gozarte, en premio de tal gloria.

Es valeroso jóven, y es hermano
Del bravo Rey Bencomo de Taoro;
Mira lo mucho, que en la empresa gano
Con un varon, que iguala á tu decoro,
Que, si cual digo vence al Castellano,
En menosprecio de su plata y oro
He prometido en premio venturoso,
Que seas tu su esposa y él tu esposo.

Mi palabra real se lo ha otorgado,
Cierto de que saldrá con la victoria
Y de tu voluntad asegurado,
Que con él sí darás á mi alma gloria,
He de ver á Tinguaro coronado,
Quedando Rey para inmortal memoria
De Naga, que aun mas puede, pues mas vale,
Sí con la empresa que confio sale.

Cual suelen los nublados del eclipse
Oscurecer del rutilante Apolo
La faz lustrosa y resplandores claros,
Entristecieron mas de la princesa
El rostro hermoso lo, que el Rey su padre
Pensando consolarla le propuso:
Y como á su Ruiman solo adoraba,
Negando la demanda de su padre,
Vencida de pasion y angustias dijo:

Mucho, padre, me admira, que ofreciese
Tu discrecion promesa tan terrible,
Sin que en ello mi gusto precediese
Pues forzarlo disgusto no sufrible;
Cuando señor yo esposo te pidiese,
Ó presumieras me era apetecible,
No me admirara tanto; pero advierte,
Que antes que tal, me puedes dar la muerte.

¿Tan vieja te paresco? pues entiendo,
Que de los veinte años no he pasado
Para que en tal cuidado te poniendo
Sin la mi voluntad me hayas casado,
Esté en buen hora el Capitan rompiendo
El escuadron del Español airado,
Pero no es justa ley que amor gozoso
En premio se dé á Marte sanguinoso.

Y si tanto te importa la victoria,
Dame una sunta y un banot, y espera
Hazañas haré dignas de memoria
En la estrangera gente brava y fiera,
Morir en trance tal tendré á mas gloria
Que sugetar mi voluntad entera,
Á quien no tengo amor, que amor forzoso
Amor no es, sino rencor odioso.

Bien puedes, pues le diste la palabra,
Darle otra voluntad de que sea dueño,

Adonde el gusto suyo cierre y abra,
Que para Rey tan franco es don pequeño,
Porque en la mia desde ahora labra
Tal odio contra él, que mi fe empeño,
Que si á la suya en sugecion me viera
Muerte cruel para mi vida fuera.

Viendo tal estraneza Benejaro
En su princesa y regalada hija,
Ageno de la causa de su pena
Procura con razones y consejos
Aplacarla y moverla á su propósito
Por cumplir su palabra con Tinguaro
Y su deseo en verla desposada,
No se le muestra en todo riguroso,
Que el rigor, de quien pide causa enfado,
Ni menos muy afable y blando en ruegos,
Que el ruego humilde á veces se desprecia,
Y en los Reyes y padres es impropio:
Mas con prudencia rara, aunque enojado,
La incita y persuade á su deseo
Proponiendole así razones lícitas.

La muger pertinaz es enfadosa,
Y tu lo estas, ¿que hija habrá, que sea
Al gusto tan estraña y rigurosa
De un padre, que su bien solo desea?
Á la dama mas grave y mas hermosa
La mala condicion suele hacer fea,
Que el sentido del gusto se prefiere
Al de la vista, y lo gustoso inquiere.

Serás, aunque eres bella, aborrecible,
Usando de rigor tan libertino,
Y dejar de casarte es imposible,
Que es justo, tenga sucesor mi estado,
Lo que te mando y ruego convenible,
Y á tu valor igual el desposado,

Tu gusto iguala pues, que el casamiento
Igual es gusto, y desigual tormento.

Es la belleza flor llena de abrojos,
Sugeta sin marido á desventura
De infames lenguas y atrevidos ojos,
Y en la muger casada está segura;
No dobles mis cuidados con enojos,
Mi buen deseo advierte, que procura
Verte Reyna absoluta obedecida
Y con tan noble esposo ennoblecida.

Muda intencion, que no es difícil cosa
Mudarse una muger, cuando es rogada,
Muestrate alegre, afable y amorosa,
Que es propia condicion de desposada:
No seas tan esquiva y rigurosa
Cual muger pertinaz determinada,
Que niega el bien, que por su bien le piden,
Y al mal se inclina, cuando el mal le impiden.

Guacimara obstinada en su porfía,
Forzada del amor, con firme pecho
Replica, aunque es honesta libertad,
Que amor hace á los flacos atrevidos:

¡Cuantas doncellas de bondad dechado
Ay! que tu gusto con disgusto agravia,
Que virginal pureza han conservado,
Dando á locuaces lenguas mortal rabia?
Segura, sin peligro y sin cuidado
Vive la casta vírgen, cuerda y sabia,
Guardando en tentaciones de deshonra
Mas digna de loor su fama y honra.

Penosa vida muere la casada
Y alegre muerte vive la doncella,
Sin tener de que estar sobresaltada,

Pues celos, ni recelos no hay en ella;
En esto, padre, está determinado
Mi voluntad, no trates ofenderla,
Que ofensa es hacer fuerza á mi albedrio
Libre, en que tengo sola señorío.

Con esto entristecido el rostro bello,
Humedeciendo los hermosos ojos
Cesó, vertiendo en ellos ricas perlas,
Cortando el llanto á su razon prudente,
El hilo, con suspiros y sollozos.
El padre, aunque aflijido y enójado,
Ya condolido de las tiernas lágrimas,
Procura no aumentar su angustia y pena
Cesando en porfiarla por entonces,
Que la muger rebelde y obstinada
Por muchas veces quiere ser rogada.

Canto sesto.

Sale Tinguaro de Taoro con su gente, ponese en celada en el bosque de Centejo: Olvida á Guajara su amante: Anaterve Rey de Güimar visita á los Españoles, asienta con ellos paces: y el viejo Anton les cuenta el orígen, aparecimiento y partes de la santa imágen de Candelaria.

Ahora es tiempo, que el favor que os pido
Me deis cumplido, Musa sacrosanta,
Mi voz humilde canta, aunque es indigna,
La inmensa y peregrina maravilla,
Que admira oirla del dichoso dia,
Que se vió la alegria en la Nivaria.
Vos fuisteis Candelaria y vuestras luces,
Primero que las cruces conquistaron
Sus Reyes y humillaron corazones
De indómitos varones, su violencia
Hizo vuestra presencia paz sincera;
Dadme pues gracia y luz, vírgen entera.

Salió el famoso capitan Tinguaro
De cortes de Taoro con la gente
Mas valerosa del gran Rey, su hermano,
Y como fué acordado en la consulta,
Ocupó lo mas alto y mas fragoso
Del bosque de Centejo, no muy lejos
Del áspero camino, por adonde
Es forzoso pasar de la Laguna,
Para entrar en los llanos de Taoro.
Y en los demas distritos de la isla
Puso, sus centinelas y atalayas
Con recelo y recato, deseoso
De haber de los de España la victoria,

Así por la defensa de su patria,
Interes y el honor de su persona,
Como por alcanzar el dulce premio,
Que Benejaro el viejo Rey de Naga
Le prometió, que fué su estado y reino
Y su querida hija por esposa.
Tanto podiá en él esta esperanza,
Que ya la amaba con notable estremo
(Que amor es fácil en determinarse.)
Y Guajara su amante, acongojada,
Triste y quejosa del ingrato olvido,
Supo el concierto hecho en la consulta,
Y que Ruiman amaba á Güacimara,
Y para su consuelo determina
Avisarle, que impida el mal designio
De su competidor y la apadrine
Como quien es interesado en ella.
Mas ya en la playa y términos de Naga
El famoso Anaterve, Rey de Güimar,
Llegaba á Santa Cruz, cristiano albergue,
Acompañado de su gente noble
Y de seiscientos hombres de su guarda
Á visitar de paz los Españoles.
Divisan las espías y atalayas
La multitud y danle dello aviso
Al general, alterase el ejército,
Aprestanse, convocanse y ordenanse,
Pensando cierto, que eran enemigos:
Llegase cerca un natural anciano
Bautizado, que Anton por nombre tiene,
Y en clara lengua castellana á voces
Altas propone á la española gente:

Si os asegura amigos y señores
Mi fe, pues cual vosotros sois cristianos,
Cesen de Marte ahora los furores,
Que de amistad y paces doy la mano;
Estos que veis son vuestros servidores,

Creedme pues os hablo castellano,
Que quieren (aunque estraños naturales)
Pediros paces y amistad leales.

Anaterve, que en Güimar coronado
Es por supremo Rey obedecido,
Os viene á visitar de Dios guiado
Y de mis persuaciones conmovido,
Que de la imágen santa enamorado,
Que ha en su reyno y tierra aparecido,
Procura serle grato y por servicios
Hacer á los cristianos beneficios.

Agradecido de ellos y gozosísimo
El general ilustre acompañado
De los mas principales del ejército
Sale al recibimiento de Anaterve,
Allí se ve y señala el noble término,
La cortesía y discrecion prudente,
Comedidos y humildes se saludan,
Danse los brazos como amigos firmes;
Hacen luego la salva de alegria
Con gruesa artillería los navíos
En la mar, y en la tierra arcabuceros,
Pífanos, cajas, trompas y clarines,
Juntanse naturales y Españoles
Notandose los trajes, y admirados
Los naturales del estilo, del órden
Y concierto de guerra, consideran
Las varias armas, picas y arcabuces,
Las espadas, montantes y ballestas,
Adargas, alabardas, los caballos,
Las ingeniosas sillas, riendas, frenos,
Estribos, acicates y grandezas,
Que suspendian á los fuertes bárbaros.
Era en su punto casi medio dia,
Ponen las mesas bajo una enramada
De los pimpollos tiernos de los árboles,

Componen los bufetes, llegan sillas
Y sacan los servicios de la plata,
Ponen reciente pan, seco vizcocho
Y regalados vinos odoríferos
De Jerez y Cazalla, que ahora fueran
Mejores de Tegueste, ó de la Rambla,
Admirable aparato estraordinario
Á la ignorancia de los naturales.
Sentóse el general, el Rey y algunos
Capitanes famosos de ambas partes,
Y á esotros naturales convidaron
Los demas Españoles y comieron
Con supremo placer y regocijo,
Haciendose mil burlas engañosas
Los unos á los otros, admirandose
Los naturales de las invenciones
De los manjares á su gusto estraños.
Alzan las mesas, pasan largo tiempo
Con graciosas preguntas y respuestas,
Riendose los unos de los otros:
Tratan el general y el Rey, su amigo,
De las cosas tocantes á la guerra,
Para buenos sucesos de conquista
Con avisos y ardides de importancia;
Promete el Rey al general de darle
Socorro, ayuda, gente, proveyendole
De cebada, de quesos y ganados,
Y sobre todo avisale se guarde
Del soberbio Bencomo de Taoro;
Despues celebran el alegre dia
De amistades y paces inviolables,
Y á gusto y beneplácito de todos
El Rey con voto y juramento rinde
Su poder al católico Fernando,
Prometiendo de darle la obediencia
Y bautizarse en siendo tiempo cómodo;
Hacen despues de esto grandes fiestas,
Bailes, carreras, pruebas, luchas, saltos

Con placer, regocijos y alegrias;
Suben luego á caballo los jinetes,
Escaramuzan, pasan la carrera,
Juegan las cañas, corren la sortija,
Y hacen todos alarde de sus gracias.
El noble Don Alonso deseoso
De saber con verdad estensamente
El orígen, misterios y grandezas,
Las partes, proporcion y compostura
Del aparecimiento y los milagros
De la devota imágen Candelaria,
Que estaba en aquel reino de Güimar,
Le dijo al natural Anton anciano,
Se lo contase todo por estenso,
Y tambien le dijese, de que modo
Decia ser cristiano y como hablaba
La lengua castellana diestramente,
Si segun se entendia era nacido
Allí en aquella isla entre gentiles.
Y así le dice Anton obedeciendole:

Siendo yo de diez años rapazuelo
En términos de Güimar, solo andaba
Pescando en una playa sin recelo
Del mal, que por mi bien se me acercaba,
Cuando ví, que una nave en presto vuelo
Al mismo puerto á prisa caminaba;
Quise huir, pero quedé admirado
Puesto solo en mirarla mi cuidado.

Á tierra luego en un batel llegaron
Como treinta soldados, que me vieron,
Y atado de las manos me llevaron
Á él, á donde preso me pusieron:
Otros muchos cautivos embarcaron
Y suma de ganado, que cojieron,
Y con la presa ufanos de la tierra
En paz salieron sin batalla ó guerra.

Caudillo y Capitan de aquella nave
Era, que mis lamentos aplacaba,
Hernan Peraza, personaje grave,
Que Rey de las Canarias se llamaba,
Y como el blando céfiro suave
Con alhago dulcísimo soplaba
Las velas, siguió á popa y larga escota
De Lanzarote en salvo la derrota.

Allí desembarcámos á otro dia
Y ni señor Peraza, condolido
De mí, grandes regalos me hacia,
Y fuí siempre de todos bien querido,
Usó conmigo de clemencia pia,
Que habiendome en la fe santa instruido
Para ser bautizado, quiso el mismo
Ser, y fué mi padrino en el bautismo.

Supe en muy poco tiempo distraerme
Hablar la fácil lengua castellana
Y estoy en ella esperto y suficiente,
Aunque sin conservar gente cristiana,
Y como el bien no se conoce ó siente,
Hasta que al fin se pierde, es cosa llana,
Que ingrato al bien inmenso que gozaba
Verme en mi amada patria deseaba.

Siete años dichosos allí estuve
Como si libre y no cautivo fuera,
Y despues que este tiempo en corte anduve,
Fué mi Señor Peraza á la Gomera.
En el viaje traia y órden tuve
De ausentarme, que con borrasca fiera
El navío arribó en aqueste puerto,
Donde de industria me quedé encubierto.

Reconocí la patria propia mia,
Trajo amor su dulzura en mi memoria,

Escondíme, y libréme en aquel dia
Alcanzando al deseo la victoria,
Lleno de aquel contento y alegria
Por verme en libertad con gozo y gloria,
Seguí el camino á Güimar presuroso,
De ver á mis parientes deseoso.

Habiendo ya una legua caminado
Ví que la nave, en que yo vine, alzaba
Las áncoras, surcando el mar salado,
Y al fresco viento el largo paño daba;
Halléme del suceso congojado,
Pues mayor bien perdia, que cobraba,
Y traje á la memoria arrepentido
Lo mucho, que por poco habia perdido.

Dije con pena y llanto, ay de mí triste,
Que te negué señor de mi albedrío,
Y en premio de los bienes, que me hiciste,
Pudo caber en mí tal desvarío?
Á Dios, que este dolor, que en mi alma asiste,
No da lugar al sufrimiento mio
Para verte partir, y con aquesto
Seguí el camino, al bien ó al mal dispuesto.

Algunos naturales, que me veian,
Con talle de España y estraño traje,
Para darme la muerte acometian,
Mostrando contra mí furia y coraje;
Mas, como hablar su lengua bien me oian
Y noticia les dí de mi linaje,
Alegres y gozosos me abrazaron
Y luego á mis parientes me llevaron.

Todo el Reyno de Güimar se alegraba,
Dandome el parabien de bien venido,
Que alegre cada cual me visitaba,
Juzgando por felice mi partido.

La fama se estendia y divulgaba,
Y el gran pesar de lo, que habia perdido,
Causaba tan estraño sentimiento,
Que no sentí jamas en mi contento.

Dadarmo, Rey en Güimar coronado,
Supo todo el suceso y muy gozoso
Mandó le visitase, y su mandado
Cumplí pues siendo Rey, como forzoso,
Al verme se mostró regocijado
Y luego diligente y cuidadoso
Me metió en una cueva, á do tenia
La celestial imágen de Maria.

Y dijo, Anton, pues eres ya cristiano
Y alcanza mas saber tu entendimiento,
Declara con intento fiel y sano
El misterio, que está en este aposento,
Bien sé, que es celestial y mas que humano,
Pues tales maravillas de ello siento,
Que me tiene suspenso, enamorado,
Y causan aficion á mi cuidado.

Al punto vieron mis indignos ojos
La celestial imágen, que vertia
De resplandor y luz tales despojos,
Que el oscuro aposento esclarecia.
Allí se fenecieron mis enojos,
Cobrando nuevo gozo y alegria,
Y rayos de su luz tan fuerte echaba,
Que los mortales ojos deslumbraba.

Como el sol, que en los ojos corporales
Reverberando les arroja y tira
De refulgente luz saetas tales,
Que ofuzca, entrampa y ciega, á quien le mira,
Luego de acordes voces celestiales
Cual manso y sutil viento, que respira,

El eco resonaba en los oidos,
Á todos suspendiendo los sentidos.

Y tanto fué el olor y la fragancia,
Que de la oscura cueva esclarecida
Salia, que en un cielo aquella estancia
Estaba transformada y convertida;
Sintió de viva fe mi alma una ansia
Tal, que de gloria inmensa conmovida,
Mis parpados de amor divino rojos
Vertieron tiernas lágrimas los ojos.

Y estando los presentes admirados
De aquellas milagrosas maravillas,
Por verme arrodillar, arrodillados,
De llanto humedecieron sus mejillas;
Yo al fin me levanté: todos postrados
Devotos me escucharon de rodillas,
Que como pude y supe, aunque suspenso,
Les declaré misterio tan inmenso.

Sabed (les dije), que el Señor del cielo,
Despues que formó el mundo, al hombre hizo,
Que fuese su teniente en este suelo
Y señor del terreno Paraiso,
Y para mayor parte de consuelo,
Darle muger por compañera quiso
Y les dotó de tres potencias tales,
Que á él semejantes fuesen racionales.

De gracia les cumplió y libre albedrío
Y porque obedeciendole le amasen,
Para reconocer su poderío,
Estableció preceptos, que guardasen,
Y cupo en la muger tal desvarío,
Que hizo sin temor le quebrantasen,
Y así fueron sugetos á los males
Y les son los trabajos naturales.

Y como fué infinito este delito
Contra Dios infinito cometido
Y el hombre pobre y de caudal finito
Por sí no pudo ser restituido,
Hasta que el mismo Dios como infinito
Pudo, de infinidad de amor vencido,
Bajar al suelo, en hombre transformado,
Para mejor librarle del pecado.

Que aunque su omnipotencia bien pudiera
De otra suerte ordenarlo, así convino,
Que Dios hecho hombre padeciera
Pagando tan enorme desatino,
Porque como, es justicia verdadera,
Rectísimo Juez y Dios divino,
Pudiese el mismo dar á su justicia
La justa paga de tan gran malicia.

Y para que esto así se ejecutase,
Convino, una muger tan santa hubiese,
Que de ella humana carne Dios tomase
Y que ser madre suya mereciese,
Y tal, que el grave daño restaurase
De la primera en todo y concibiese
Á Dios y lo pariese, sin que ella
Faltase el quedar Vírgen y doncella.

Que muger sin muger de hombre nacida
Causó así, y al hombre eterna muerte:
Y nació de muger, por darnos vida,
Hombre sin hombre de la misma suerte,
Mas como madre electa y escojida,
Tan santa, y en virtud tan justa y fuerte,
Que fué desde Ab-eterno preservada,
De especie de pecado no manchada.

Por gracia concebida de pecado
Y en ella, Dios por gracia concebido

Y como por su gracia fué encarnado
Por obra de su gracia fué nacido,
Quedando el vientre Virginal Sagrado
Entero y no del parto dolorido,
Pues de la maldicion de Eva agena
Fué de infinita gracia toda llena.

Aquesto pues, que aquí teneis y veo,
Es una imágen suya milagrosa,
De perfeccion tan rara, que yo creo,
No hay en el mundo una mas preciosa,
Mas da satisfaccion á mi deseo,
¿Como á vuestro poder vino tal cosa?
Decidlo, porque pueda con claricia
Daros de sus misterios mas noticia.

Suspenso el Rey devoto arrodillado
Me dijo: Anton, de todo lo que digo,
Y fuere con verdad de mí contado,
Á ella propia pongo por testigo.
Y así me fué el misterio declarado,
Segun que á declararlo me obligo,
Si permitis, que supla el buen intento
Las faltas de mi rudo entendimiento.

Habrá ciento y tres años, que se oia
En la playa de Güimar, adonde ahora
Está la santa imágen, cada dia
Música acordadísima y sonora;
Y luego en siendo noche parecia
Con grande admiracion á cierta hora
Procesiones con lumbre, gozo y canto
Convirtiendo la tierra en cielo santo.

Si á la mañana el rastro procuraban
En la arena, por ver, que aquello fuera,
Estampas de pisadas encontraban,
Si no velas y gotas de la cera

Para memoria de ellos las guardaban;
Y no de seda, algodon, ni lino era
(Ni aun se entiende, que sea) del pábilo
Aquel curioso y delicado hilo.

Despues en Chimisay, donde pastores
Seguros recojian sus ganados,
Campo inútil, sin aguas, yerbas, flores,
Do son del sol los rayos destemplados,
Pareció con celestes resplandores
Á dos simples zagales descuidados
Á boca de un barranco una mañana
En pié sobre una peña al mar cercana.

Hay una cueva de diluvios hecha,
Que, por estar del risco y mar cercada,
Es de una sola entrada muy estrecha
Y era de ganadores frecuentada,
Allí los dos pastores sin sospecha
De tan alto suceso su manada
Como en aprisco siempre la ordinaban
Y así para la cùeva caminaban.

Pasando pues al punto acostumbrado
Las cabras comenzaron á espantarse,
Que indignas ya de aquel lugar sagrado
No querian pasar, mas retirarse;
Ellos confusos, de que su ganado
Remolinase y diese en alterarse,
Con él lidiaron fatigados tanto,
Que verlo así espantar le causó espanto.

El uno de ira y cólera movido
Se adelantó, por ver, que causa hubiese,
De aquel ganado manso detenido,
Pasar, como solia no quisiese,
Y como fuese necio y atrevido
Y de cerca la imágen santa viese,

Vencido (aunque confuso) del coraje
Osado hizo un desigual ultraje.

Que como ley precisa se guardaba,
Que si alguna muger sola por suerte
Con hombres en caminos se encontraba,
Se apartasen so pena de la muerte,
Y como el Jesus niño contemplaba,
Que de la luz divina rayos vierte,
Y el traje de muger le parecia,
Que se apartase á voces le decia.

Y viendo, que no hacia mudamiento
En quitarse del paso del barranco,
Ni en responderle, con furor violento,
Pálido se volvió su rostro blanco:
Arrebató con bravo atrevimiento
Una piedra y quedó al tirarla manco
Del brazo, que al hacer el tiro incierto
Se le tulló, encojido, seco y yerto.

De maravilla tal turbado el necio
Volvió, á do estaba el otro compañero,
Que no menos su cólera y desprecio
Fué castigada, como en el primero:
Partió determinado, osado y recio
Y á ver la imágen se llegó ligero
Por entender, que fuese, y en llegando
Quedó admirado en ella contemplando.

Y aun como sus partes imagina,
En ellas se suspende, admira, encanta,
Con bárbara inocencia determina
Cortar un dedo de la mano santa,
Porque vertiendo sangre roja y fina
Supiesen, si era viva, mas fué tanta
La grandeza de Dios, que cuando heria,
Sus dedos se cortaba y no sentia.

El cabello crecido se le eriza,
Si el suyo toca el dedo delicado,
Y cuanto mas y mas lo corta á prisa
Siente su mismo dedo mas cortado,
Aquesta novedad atemoriza,
Al uno manco, al otro lastimado
Y el ganado dejando de improviso
Al Rey Dadarmo dieron luego aviso.

El Rey del caso atónito y suspenso
Con sus grandes desciende á la marina
Con voluntad y ánimo dispenso
De ver cosa tan rara y peregrina.
Llegando luego el puro amor inmenso
De la figura celestial divina
Le inflama y con acato y reverencia
La habla y la suplica le de audiencia.

Preguntale¿ quien es? y que es la causa
De venir á su tierra? y que pretende?
Y viendo, que silencio eterno empausa
La lengua, cuerpo y miembros le suspende,
Mayor temor y admiracion le causa
Como quien de ello nada entiende,
Y aquella gravedad, que representa,
Y el traje estraño su temor aumenta.

Entraron en acuerdo por dar traza
Á lo, que en caso tal se ordenaria,
Y acordando la lleven á la casa
Del Rey, dudaron quien la llevaria,
Cada cual se acobarda y amenaza
Y de llegarse á ella se temia,
Porque, como á los dos, daño no hiciese
Al que ponerle mano se atreviese.

Con esto el Rey mandó determinado,
Que aquellos dos, que ya heridos fueron,

Mano le echasen, porque ya han llevado
Lo, que por atreverse merecieron;
Los dos obedecieron su mandado
Y así como las manos le pusieron
Quedaron sin lesion, como antes sanos,
Con gran admiracion de los paganos.

Y aunque confusos de esto, agradecidos
Los dos y los demas, que los imitan,
Comienzan á dar silvos y alaridos
Y con estraño gozo al cielo gritan
Viendo sanos los mancos y heridos,
Tocarle luego todos facilitan
Cantandole loores y canciones,
Porque reinaba ya en sus corazones.

Antiguo estilo, modo de alabanza
Es la música y canto en los humanos,
Porque de cualquier bien, que el alma alcanza,
Son agradecimientos soberanos,
Y así lo hicieron, porque su esperanza
Tienen puesta en el cielo, aunque paganos,
Y el bien conocen, que de allá reciben
Salud, vida y sustento, con que viven.

Moises con Israel, que hubo pasado
El mar Bermejo, vemos, que alababa
Á Dios, despues con canto sublimado,
Cuando del beneficio gracias daba:
La madre de Samuel hijo alcanzado
Con devota oracion, que frecuentaba,
Las gracias al señor, despues le dando
Se las daba con música cantando.

El mundo, que engendró la voz clamante
De la palabra divinal, que pudo
Hacer cual hizo, que en un breve instante
Hablase esperto y claro el mismo mudo

Con voz sonora y ánimo triunfante,
Ya desatado de su lengua el nudo,
Viendo al profeta de Israel nacido,
Á Dios las gracias daba agradecido.

No menos Simeon, el viejo santo,
Viendo en sus brazos á Jesus le adora
Y habiendo el verle deseado tanto
Alzó la voz con música sonora,
Diciendo en su devoto alegre canto:
Ahora partiré, señor, ahora
De buen grado, pues han mis ojos visto,
Gozando de esta paz, á Jesucristo.

En fin la sacratísima Maria,
Viendose sierva de su Dios, le daba
Las gracias del gran bien, que en sí sentia,
Con cánticos solemnes, que cantaba,
Devota de su magnificat decia,
Con que en su alma á Dios glorificaba,
Como quien bien sabia, que á su hijo
Causa la voz del alma regocijo.

Así pues vemos, que la Iglesia santa
Á los antiguos padres imitando
Himnos y loores á su esposo canta
Del bien, que de él recibe, y gracias dando
Tanta fué pues la devocion, fué tanta
En esta gente el bien, considerando,
Que con voces y canto por benedita
Loaron su divina Margarita.

El Rey mandó, que todos se apartasen,
Que como á Estrella celestial preciosa,
Que el mismo con sus grandes la llevasen,
Era mas justa y mas decente cosa,
Y dijo, que antes todos contemplasen,
De á do les vino prenda tan hermosa.

Y así en contradictorias diferencias
Hubo estos pareceres y sentencias:

Dijeron unos, si por dicha era,
Que alguna de las naves, que pasaban,
Se perdió y la arrojó la mar afuera,
Y otros contradiciendo replicaban,
Que cuando de tal suerte sucediera,
No la hallaran en pié, como la hallaban,
Encima de la peña y no agraviada
De la resaca de la mar airada.

Otros dijeron, si quiza de España
Alguna gente habria allí venido,
Que la dejasen, mas de tal hazaña
No fué ningun prudente persuadido,
Porque alegaban, que la gente estraña
Robarles siempre habia pretendido,
Y no jamas dejarles cosas tales,
Do caben tantas partes celestiales.

Otros de mas devotos corazones
Decian, que las voces y armonía,
Músicas, cantos, lumbres, procesiones
Con aplauso y acorde melodía
Eran á causa suya, y los varones,
En quien mas parte de prudencia habia,
Dijeron ser del cielo alguna estrella
En traje de muger hermosa y bella.

Y al fin todos conformes confesáron
Ser cosa celestial, aunque era muda,
Y con sonoros cantos la lleváron,
Segun que pudo discrecion tan ruda,
En la casa del Rey la aposentáron,
Porque de Reina ser, ninguno duda;
Á do me la mostráron, y mirando
Fuí sus divinas partes contemplando.

Es de mazonería bien labrada,
Pues otra tal no entiendo hallarse pueda
De maciza madera colorada,
Y cual es no se entiende, antes se veda:
Y es de estatura bien proporcionada,
De cinco palmos, y de paño ó seda
Revestida no está, porque su ornato
De lo mismo le sirve de aparato.

Su rostro es largo, en proporcion perfecto,
Los ojos grandes, negros y rasgados,
De tanta gravedad, que con aspecto
Á cualquier parte siempre estan clavados,
Su perfectó color es imperfecto,
Pues unos y otros muestra variados,
Y sus mejillas son purpureas rosas,
Con el color rosado mas que hermosas.

Mirar de hito el rostro y ojos bellos,
Á ninguno jamas le es permitido,
Pues tánta gravedad demuestra en ellos,
Que á muchos ha por veces sucedido
Erizarsele tanto los cabellos,
Que encojiendo los hombros sin sentido
Conocen ser indignos los mortales
De contemplar sus partes celestiales.

En cabellos está sin toca, ó manto,
Que es mas bello, que el sol rubio y dorado,
Aunque de oscuro toca en algun tanto
Y en cinco lazos puesto está trenzado,
Tendido atrás, y tiene un niño santo,
Desnudo, bello y lindo al diestro lado,
Que en ambas manos prende un pajarillo,
Que cual Canario toca de amarillo.

Sentado el niño sobre el diestro brazo
La madre con la mano le sustenta,

Y de una vela verde un gran pedazo
Tiene en la otra, que el misterio aumenta
Y siendo bien considerado acaso
La purificacion nos representa,
Y así es justo se llame Candelaria
Patrona de las islas de Canaria.

Larga y dorada ropa la reviste,
Por los pechos con cinta azul ceñida,
Y el manto no la cubre, porque asiste
Solo en los hombros, y así está esparcida,
Color de azul el manto así consiste,
Y de florones de oro guarnecida
La ropa, por la falda á maravilla
Del pié izquierdo descubrese la hebilla

Es la graciosa hebilla colorada
Y de siete letreros, que no entiendo,
Está toda compuesta y adornada;
Algun misterio en ellos prometiendo
El oro fino, de que está dorada,
Aunque es antiguo nada desdiciendo
Cada punto parece renovado,
Señal, que fué por ángeles labrado.

Y aunque suspenso, y casi sin sentido
Habiendo yo con atencion notado
Del Rey la relacion, y conmovido
De fe y amor sus partes contemplado,
Con exageracion mayor encarecido,
Les fué de nuevo el caso declarado,
Y devotos á Dios las gracias dieron
Agradeciendo el bien, que recibieron.

Divulgóse la nueva en la Nivaria,
De que era de Dios madre gran señora,
Y como se llamaba Candelaria,
Con el sumo Anchoron intercesora,

Y así con devocion extraordinaria
Dos veces en el año, aunque hasta ahora
Se juntan, como entonces se juntáron
Y fiestas y alegrias celebráron.

Juntos los nueve Reyes cierto dia,
Dadarmo, por mostrarse generoso,
Ó porque al de Taoro le temia,
Que siempre ha sido Rey mas poderoso,
Le dijo usando negra cortesía,
Que por participar ambos del gozo
En su Reino seis meses la tuviese
Del año, y otros seis se la volviese.

Él respondió: Dadarmo, injusto fuera
Estimar en tan poco el valor suyo,
Que si mi pobre reino le aplaciera,
En él apareciera, y no en el tuyo,
Servirla y visitarla hasta que muera
Pretendo y lo, que has dicho, yo rehuyo,
Que mas justo será venir á vella,
Y no, que vaya á mis estados ella.

Reprendí á Dadarmo su inocencia
Yo, que presente á todo aquesto estaba,
Y alabé el noble término y prudencia
Del Rey Taorino, que devoto hablaba,
Díles mi parecer, que era indecencia,
Que allí, á do tanta gente frecuentaba
La casa de Dadarmo, la tuviesen,
Y que morada de por sí le diesen.

Juzgaron mi razon todos por buena,
Y en la cueva cercana al mar y playa,
Junto á do pareció, luego se ordena,
Que con solemne procesion se traya,
Do mi alma de gloria inmensa llena
Para servirla tanto los ensaya,

Que aunque no son, ni han sido bautizados
Están de su valor muy enterados.

Á menudo la música suave
Con celestial aplauso y luminarias
Es allí mas continua, y mas grave
Su devocion, con ceremonias varias,
Y al fin Don Sancho de Herrera en una nave
Con apariencias (de intencion) falsarias
Tomó puerto en la playa, prometiendo,
Que venia de paz, paces finjiendo.

Por que su padre Diego de Herrera,
Yerno de mi señor Peraza, habia
Tratado con los Reyes paz sincera,
Y así al seguro de esta paz venia,
Y como conocí, que nieto era,
De quien tan obligado me tenia,
Le hospedé en otra cueva luego al punto,
Que de la imágen está junto.

Mas él aquella noche determina
Robar la santa imágen y en la cueva
Entra con gente (aunque cristiana) indigna.
De adonde á su navío se la lleva
Con robo tal, surcando el mar camina
Á Lanzarote, do su gente aprueba,
Que en ello habia emprendido heróico hecho,
Mirando solamente á su provecho.

Cuando fué á la mañana el Rey conmigo
Á visitar el huesped Castellano,
No lo encontrámos, el finjido amigo
Engaña, falta y burla al pecho sano;
Mas yo como de vista soy testigo,
Que nunca conocimos ser tirano,
Por que no hallámos á la imágen santa
Menos de su lugar, cosa que espanta.

Despues de algunos dias ya pasados
Volvieron otra vez al mismo puerto,
Y con largas razones descuidados,
Perdon pedian del agravio incierto.
Y por estar del caso descuidados,
Aunque lo referian, no de cierto,
Ninguno pudo creer lo que dijeron,
Hasta que en su batel la imágen vieron.

Todos confusos fuímos al momento
Á la cueva, do estaba, y no la hallámos,
Y así el robo creimos fraudulento
Y á la cueva devotos la llevámos,
Y aunque no habia faltado de su asiento,
La causa de volver la preguntámos
Y fué, que quizo Dios, que padeciesen
Pestilencia cruel ó la volviesen.

Con estas y otras raras maravillas
Tanto la quieren, aman y la estiman
Estas devotas ánimas sencillas,
Que á le servir de corazon se animan,
Adoracion le ofrecen de rodillas
Y su valor con cánticos subliman;
Y aqueste es el misterio en breve cuento
De aqueste orígen y aparecimiento.

Al cabo del gustoso y largo espacio
Devoto Don Alonso y los presentes,
Llenos sus ojos de agua de alegria,
Le dieron gracias á la Candelaria
Y á Dios por tan inmensas maravillas,
Con un deseo en sus fervientes pechos
De ver la santa imágen victoriosos.
Luego Añaterve, habiendo ya informado
Al general de cosas de importancia,
Tocantes á ejercicios de la guerra,
Dél se despide con ofertas grandes,

Quedando muy prendados los de España
Del trato y noble término Nivario
Y todos los Nivarios satisfechos
De la razon y nobleza de Españoles,
Prometiendo de verse con victoria
Por dar al gusto mas colmada gloria.

Canto séptimo.

El Capitan Tinguaro está en la emboscada: Quejase Guajara, su dama, de su olvido y Ruiman á su padre: Llegan á la Laguna los Españoles: Pide la isla Nivaria á la Fortuna, le favorezca contra España, y la Fortuna se lo suplica al Dios Marte, concedeselo, y la furia Alleto embravece en sueños á Tinguaro en el bosque.

Ó santa y soberana paz amada,
De la deidad sagrada, fundamento
De todo bien, contento, salud, vida,
Alma á bondad unida, semejanza
De la bienaventuranza, real corona,
Á quien Dios mismo abona y la palabra,
Con que en las almas labra el amor suyo.
Imágen sacrosanta, que enamora,
La gracia en la paz mora, paz es gracia,
(Que discordia es desgracia) es alegria,
De las virtudes guia y el gobierno
Del mundo, cielo eterno, en que se gloria,
El justo paz es gloria en cielo y tierra.
O tiempo, quien destierra de Nivaria
La paz tan ordinaria como el dia,
Que amanecer solia y anochece
Á hora, que en las guerras no amanece.
Tirano Marte, acérrimo, impacífico,
Cupido, niño Dios, ciego diabólico,
Porque con ira el uno ardor colérico,
Y el otro con amor furor de espíritu,
Volveis la paz tranquila en guerra, escándalos,
En odios, en rencores, tiempo mísero,
Nocivo al bien y siempre á males cómodo,

No te demuestres á mi canto opósito,
Dame lugar, que acabe mi propósito.

Revuelvense en rencor en Tenerife
Reyes, Principes, Nobles, Capitanes,
Los soldados, amantes y las damas.
Guacimara se abraza en amor ciego
Del principe Ruiman, él persevera
En amarla, adorando su retrato,
Y persigue á Gueton, traza y procura
Como vengarse de él y de Rosalva;
Quiere Gueton pedirla por esposa
Y por las inquietudes no se atreve,
Amanse mas, y doblase su pena.
Dácil llora la ausencia de Castillo,
Y el tiene en ella preso el pensamiento;
Brama Bencomo airado contra España,
Y España espera haber de él la victoria.
Tinguaro aguarda en el espeso bosque
El repentino asalto y coyuntura
Para gozar la esposa prometida.
Guajara de sus celos agraviada
Remedio á su deshonra solícita,
Sintiendo la inconstancia de Tinguaro,
Sale aflijida y sola una mañana,
Buzca á Ruiman por una y otra parte,
Para decirle á solas el concierto
De dar á la princesa Guacimara
Par esposa á su tio, si vencia
El gran poder de España allá en Centejo,
Para que, pues amaba á la Princesa,
Les pudiera impedir el casamiento,
Y así decia y se quejaba triste:

¿Que angustia podrá haber mas rigurosa
Ó que rigor, que pena ó que agonia
Mas fuerte, que pasion de amor celosa?
¿Y cual se igualará con esta mia?

Malhaya la muger de honor, odiosa,
Que en hombres cree y en sus votos fia,
Que como son de antojadiso gusto
Pagan cualquiera gusto con disgusto.

Hay siempre en el varon mas fortaleza,
Y mas flaqueza en la muger consiste,
El hombre no se rinde á la flaqueza
De amor, que como fuerte se resiste,
Mas como en la muger menos dureza
Miente amor tierno si furioso embiste,
La vence mas, ý á veces de tal suerte,
Que es mucho mas, que el hombre en amor fuerte.

Y cuando amor y celos, cruel veneno,
Tienen su corazon emponzoñado,
Larga tan flaco á la pasion el freno,
Que es un infierno en penas de cuidado.
Tal es el mal, en que padesco y peno,
Que el corazon de amor martirizado
Celos padezco, y celos me persiguen,
Que como sombras del amor me siguen.

¡Tinguaro ingrato, desleal, tirano!
¿Es aquese el amor, en cuya prueba
Diste de esposa á mi lealtad las manos?
Mas ¿que fe habrá, que un pecho ingrato mueva?
Frustrada queda mi esperanza en vano,
Que siempre el desleal huye y reprueba
El bien de la lealtad, y solo siento,
Que aquello, que era amor, es ya tormento.

Todo el pasado amor, que me enloquece,
Es ahora martirio á mi memoria,
Mudase en celos, que el tormento crece,
Si en él se acuerda la pasada gloria;
Ya contra mí Tinguaro se embravece
Determinado de alcanzar victoria,

Para gozar en premio los despojos
De la, que causa es de mis enojos.

Mas, pues Ruiman á Guacimara adora
Y está ignorante del concierto hecho,
Él ha de ser la espada vengadora,
Que dejará mi enojo satisfecho,
Contaréle el suceso luego ahora
Y él con las ancias de su ardiente pecho
Será del matrimonio impedimento
Y alivio de mis males y tormento.

Estando en el estremo de estas lástimas,
El Principe Ruiman pasaba solo
Imaginando en su amorosa pena;
Guajara, que lo vió determinado,
Despues que con humilde cortesía
Hizo el acatamiento á su persona,
Le dijo entre sollozos y suspiros:

No es posible, que el médico ignorante
Conozca el accidente de la llaga,
Temple, ó corrija el mal humor pecante,
Y cura saludable aplique y haga,
Ni pueda una sentencia ser bastante,
Y tal, que á la justicia satisfaga
Mandada por el Juez sin suficiencia,
De ciencia, de virtud y de experiencia.

Así en amores, quien de amor no sabe,
Muy mal podrá juzgar, principe caro,
Por ser materia tan heróica y grave,
Que su derecho es, en hechos raro;
Mas porque tanta parte de amor cabe
En tu constante pecho, te declaro
Como á Rey y señor y firme amante
La causa, que es de mí aflijir bastante.

Cuatro infelices años de amor tierno
Con voluntad rendido el albedrio
Me debe, y paga ya en tormento eterno
Tinguaro desleal tu ingrato tio,
Volvióse gloria tal en tal infierno,
Que cuando mas fiaba en que era mio
Le ha hecho olvido y desamor ageno,
Largando á nuevo amor la rienda y freno.

Sabrás, que adora y quiere á Guacimara,
Hija del Rey de Naga, y prometida
Le está, si alcanza aquesta empresa rara
De ser la estraña gente dél vencida,
Ya para ser su esposo se prepara
Y ella como forzada y compelida,
(Aunque sin voluntad) ha de otorgarlo,
Porque no es en su mano de negarlo.

Confieso su valor, porque es tan bella,
Que aspira á mas su gran merecimiento,
Y que gana Tinguaro en pretendella
Lo, que pierdo, si sale con su intento.
Mas quedaré afrentada y con querella
Y él con descomedido atrevimiento,
Indigno poseedor de lo, que es tuyo,
Queriendo hacer por fuerza lo, que es suyo.

Aquí donde el valor de ser quien eres,
Es justo se señale y la firmeza,
Con que á la bella Guacimara quieres,
Y cuanto eres mas digno de esta empresa.
Mira, que dar favor á las mugeres
Es propio natural de tu nobleza,
No permitas, que sea cual pretende,
Pues mi remedio y honra de tí pende.

Suspenso, entristecido y muy airado,
El Principe Ruiman del caso dijo:

Furioso ardor de intolerables penas,
Zelosa furia, desigual tormento,
Severo amor, que á tal pasion condenas
Mi aflicto y combatido sufrimiento,
Ya que las libres almas encadenas,
¿Porque permites con dañado intento,
Que esta rabia celosa, infernal furia,
En ellas haga tan dañosa injuria?

Al fin eres Dios niño antojadizo
Sin ley y sin justicia y sin derecho,
Sueño, embeleso, frenesí y hechizo,
Sin fin y sin virtud y sin provecho.
Yo estimo en mucho Guajara este aviso,
Tu honor será sin duda satisfecho,
Aunque á Tinguaro y aunque al mundo pese,
Pues defiendo tu honra y mi interese.

Guajara confiada en las razones
Del Principe Ruiman, alegremente
Se despidió, y él triste quedó solo
Y en viva furia y zelos inflamado
Decia, en tiernas lágrimas quejoso:

O zelos, ó amor crudo, ó triste suerte,
O lástimas, ó angustias, ó furores,
O muerte vida triste, ó viva muerte,
O tiempo adverso, hados y rigores,
Todos haceis mi mal tan grave y fuerte,
Que llega á ser mayor, que los mayores,
Pues por quien no conozco amando peno,
Y zelo por mi mal el mal ageno.

¿De quien me quejaré? de mis antojos,
¿Quien tanto me ha injuriado? mi locura;
¿Quien causó daño tal? mis ciegos ojos,
¿Quien me persiguió así? mi desventura,
Bastantes causas son de mis enojos,



Mas yo contrastaré su fuerza dura
Y pagará Tinguaro lo que debe,
Y frustrado verá su intento aleve.

En este punto estremo de sus ancias,
Llegó Hanugo siervo de Bencomo,
El Rey su padre, que á buscarle andaba
Por su mandado, y de ello le dió aviso
Y aun tambien le informó, como á su padre
Gueton habia pedido humildemente
Á Rosalva, su muy querida hermana,
Por esposa, y que el Rey se satisfizo
Y el caso remitió á su gusto de ella,
Dobló su pena, recreció su enojo,
Largó la rienda á su furiosa cólera,
Y así con prestos pasos presuroso
Llegó á do estaba el bravo Rey su padre,
Y demudado ante él con sobresalto,
Arrodillado estas palabras dijo:

Agraviado, quejoso y ofendido,
Padre inclemente, á tu presencia salgo
De mí, de tí, y aun del honor corrido
Por ver lo poco, que contigo valgo,
Como la sangre real no te ha movido,
Que salta y hierve en este pecho hidalgo,
Ó tu hijo no soy, que ser lo dudo,
Que no hay con hijo noble padre crudo.

¿No sientes, que el valor, que en mí se encierra,
Promete, muestra claro y asegura
Hacer en bien ó en mal, en paz ó en guerra
Propicia, firme y cierta mi ventura?
Ya todo el vulgo en este estado y tierra
De otra cosa no trata, ni murmura,
Sino que á mi derecho le has quitado,
Lo que á Tinguaro sin razon has dado.

Mira, que el Reyno tuyo se abandona,
Unos y otros diciendo, que en mi tio
Transferiste el honor de tu corona,
Que por derecho natural es mio.
¿Faltaba por ventura en mi persona
Sangre real, valor, esfuerzo y brio,
Para ser general de aquella gente,
Cargo á mi digno brazo competente?

¿En que ocasion mas alta y venturosa
Pudiera asegurarse la esperanza,
Que tienen en mi sangre valerosa
Los, que notan tu poca confianza?
Tinguaro es capitan digno de esposa,
Él es el Rey, pues suya es la privanza,
Pruebe suerte, combata, haga guerra
Y el defensor se llame de esta tierra.

Quede Ruiman en sempiterno olvido,
No llegue á señalarse su nobleza,
Sea Tinguaro el mas favorecido,
Hagale Rey de Nagas esta empresa,
Y por que sea Ruiman mas ofendido,
De otra cosa se trate, aunque le pesa,
Sea Gueton de su Rosalva esposo,
Aunque al Reyno le sea mas dañoso.

¡O cielos, el remedio vuestro imploro!
¿Que un hijo de Anaterve el revelado,
Que no guarda á la patria fiel decoro,
Y es su enemigo fiero conjurado,
Se junte con la sangre de Taoro
Y de mi hermana sea desposado?
Por el supremo Teide, que pretendo
Morir tal injusticia defendiendo.

Aquestos dos agravios siento tanto,
Señor, que han acabado mi paciencia,

Perdoname, que sabe el cielo santo,
Si es mi intencion perderte la obediencia,
Mas no la pierdo, padre, ni quebranto
El respeto debido á tu presencia,
Que la mucha razon con sinrazones
Altera los humildes corazones.

El sabio Rey alegre, aunque suspenso,
De ver indicios de valor tan raro
En su querido hijo, respondióle
Con mansedumbre y descrecion altiva:

Ruiman, esa soberbia y arrogancia
No culpo, porque en ella me asemejas,
Estraño estremo muestras de jactancia,
Pues como anciano sabio me aconsejas;
Mas mira, que es tu juvenil infancia,
Quien hace injustas tan loables quejas,
Que no es posible, pueda haber gobierno
De guerra en capitan de edad tan tierno.

No pienses, hijo, que tan facilmente
Se deja combatir la gente estraña,
Es venturoso en armas, eminente
Y no vencible el gran poder de España;
No niego tu valor, que eres valiente,
Mas importa, que tenga ardid y maña,
Capacidad, industria y esperiencia,
Quien pretendiere hacerles resistencia.

Tu tio es hombre en todo tan esperto,
Que de arruinarlos y alcanzar victoria
Estoy con firmes esperanzas cierto,
Y tuya habrá de ser la fama y gloria.
Mira, que está á peligro de ser muerto,
Y es su nobleza digna y meritoria,
De que estimes en mucho el valor suyo,
Pues defiende á su riesgo el Reyno tuyo.

Tu oficio como Rey será mandallo,
Y como mas convenga disponello,
Y el suyo obedecer como vasallo,
Del todo en todo, todo á todo hacerlo,
Y para con mas véras obligarlo,
Es bien lo que hiciere agradarlo,
Dando á servicios dignos justa paga,
Que en remuneracion le satisfaga.

Cuanto á lo de Gueton, si se tratara,
Sin que tu gusto en ello precediera,
Cuando lo que has propuesto no bastara,
Era posible cosa, que se hiciera.
Tu celo es justo, la razon lo aclara,
Cese el enojo, la pasion modera
Y el cielo me conceda, hijo amado,
Verte en toda Nivaria coronado.

Dió tras esto un abrazo al caro principe
Alegre el bravo Rey, considerando
Su perfecto trasunto semejante
En la conservacion de su individuo.
Consuelase Ruiman con las razones
De su prudente padre confiado
En su valor, en el amor paterno
Y en la justa demanda, que ponia
Guajara de su honor al gran Tinguaro.
No dijo al Rey sus quejas y lamentos,
Que aguardando oportuna coyuntura
Quiere dejarlo para mas despacio
Y ver el postrer fin de la batalla,
Que lo, que mas importa en los negocios,
Es la comodidad del tiempo lícito,
Que hasta en pedir justicia ha de guardarse.
Así tambien el capitan isleño
Tinguaro el valeroso con su gente
Lo espera en la montaña, deseoso
De haber victoria de la invicta España,

Para gozar en regalado tálamo
Á la hermosa princesa por esposa.
Y no menos tambien Gueton espera,
Aunque agraviado de Ruiman, que el tiempo
Le dé comodidad tal, que á Rosalva
Goce solicitado del deseo
Y de amor incitado, que amor hace,
Que aunque sea tormento la esperanza
Descanse el amador, que persevera.
En el espacio, en que el dorado carro
Nuestro emisferio alumbra al mismo punto,
Que en el balcon de oriente el alva bella
Mostraba de su luz los resplandores;
Un mártes, Marte al fin propio á desgracias,
La marítima playa, puerto y sitio
De Santa Cruz, desocupado en órden,
El español ejército, marchando
Aquella corta legua, que distaba
El bosque de la célebre Laguna,
Era del general firme propósito
Talar la tierra y descubrir el campo,
Pasar los bosques, cerros y montañas
Hasta llegar al reyno de Taoro,
Porque rindiendo así la gran soberbia
Del Rey Bencomo, fuera cosa fácil
Traer á los demas á su obediencia.
Llegan al fin á la agradable vega,
Entran por la espesura de los árboles,
Pisan y huellan las estrañas plantas,
El prado ameno y las hermosas flores
De aquellas frescas y olorosas yervas.
En lo mas llano del alegre sitio
Descubren la Laguna celebrada,
Y para dar á los cansados cuerpos
Algun alivio en la agradable estancia,
Con militar concierto hacen alto.
Forman cuerpos de guardia, ponen postas,
Y ordenan centinelas y atalayas.

Tomando varios modos de placeres,
Unos pensando, que en las claras aguas
Peces habian, cortan de los árboles
Largas y rectas varas y las echan
Como cañas al agua, prevenidas
De anzuelos curvos y sutil alambre,
Mas burlóles del todo su deseo,
Que solas ranas cria y no pescado.
Y otros con ballestas y arcabuces
Tiran y asestan á las varias aves,
Unos derriban ánades y garzas,
Y otros matan palomas, y otros tórtolas,
Otros cabritillos y corderos,
Largando al gusto y al placer las riendas.
Habia entre los árboles algunos
Cargados de mocanes, dulce fruta,
Á quien entonces era propio el tiempo,
Y como hubiese dellos abundancia,
Y algunos los gustasen, al instante
Cogen á prisa muchos, y á porfía
Golosos comen de la fruta nueva;
Mas un gracioso engaño les sucede,
Que, como de ordinario en aquel bosque
Se apacentaban cabras, todo el suelo
Cubrian por debajo de los árboles
Las negras pelotillas ó avellanas,
Que suelen dar por escremento craso
Los intestinos de su vientre estítico,
Y son tan parecidas en la forma,
En color y tamaño á los mocanes,
Que con dificultad se diferencian,
Salvo en el gusto y verdadero tacto.
Así los, que cojian y gustaban
La dulce fruta, por mayor presteza
Los árboles á prisa sacudian,
Cogen despues del suelo y en mistura
Comen y hallan diferente el gusto
Y al fin conocen su notable engaño.

Solo el gallardo capitan amante
Como Castillo, firme en su constancia,
Hace memoria de la bella Dácil
Y siente la desgracia de su pérdida.
Mas siendo ya las diez de la mañana,
Al cabo de dos horas de descanso
Tocáron á marchar la trompa y cajas;
Y así siguieron luego la derrota
Hácia el Taorino reyno de Bencomo,
Sin que hallasen gente, que el camino
De sus desdichas les contrariase,
No porque el Rey Acaimo y Benejaro
No estaban con cuidado prevenidos
Con mas de tres mil hombres de pelea,
Mas erales forzoso darles paso,
Hasta llegar al bosque de Centejo,
Y quedar esperando en la Laguna,
Por no exceder un punto de la órden,
Que les dió el Rey Bencomo en la consulta.

Mas viendo la Nivaria en arduo tránsito
Su libertad, poder, su fama y honra
Aflicta, recelosa y congojada,
Determina quejarse á la fortuna,
Patrona y madre suya, á cuya causa
De bien afortunada goza el título;
Y así en el alto Teide, ó sacro Olimpo,
Á do su habitacion continua tiene,
La Nivaria llegó y arrodillada
En su presencia dijo estas razones,
Vertiendo tiernas lágrimas sus ojos,
Haciendo estremos de penosas lástimas:

Piadosa madre, si este nombre basta
Á mover cualquier pecho endurecido,
¿Como cuando el contrario me contrasta
Me das de mano y pones en olvido?
Obras son estas de cruel madrasta,

Que corresponden mal al apellido,
Que das de afortunada á mi persona,
Por quien de gloria el suelo me corona.

Duelete, que á tus hijos inocentes
Persiga airada con furiosa saña
Nacion contraria de estrangeras gentes,
De la invencible y domadora España;
Si parte del dolor, que siento, sientes
Y mi desgracia no te ha hecho estraña,
Dale el castigo á la soberbia suya
Y advierte, que esta ofensa es propia tuya.

Tu haces á los dioses prosperados
Y de tu mano el bien ó el mal procede,
Que es quien suele humillar los levantados
Y sublimar á los humildes puede;
Á tí obedecen los fatales hados
Y tu poder cualquier supremo excede,
Sola tu voluntad al mundo rige,
Pues ella es, quien lo alegra y quien lo aflije.

¿Porque de tanto bien tu isla amada
Ha de vivir con tanto mal ageno?
¿No soy Nivaria yo, la afortunada,
Que un tiempo solia ser de gloria llena?
¿Como tan perseguida y arruinada?
Espero verme en sempiterna pena,
Y mi arrogancia y presuncion altiva
De ageno dueño teme ser cautiva.

Muevate, madre, mi dolor terrible,
Si puede ser de condolerte parte,
Mira, que es propio tuyo ser movible,
Y suele cualquier lástima mudarte,
Muestrate en mi favor, y si es posible,
Pide pues puedes al supremo Marte,
Juez en esta causa, no permita,
Dejarme con notorio agravio aflita.

Fortuna condolida y lastimada
De las sentidas quejas y lamentos
De la Nivaria, su querida hija,
Le respondió movida á consolarla:

Amada hija, tan de véras siento
Verte con tanta lástima afligida,
Que recibo por propio este tormento,
Por no poder de mí ser socorrida,
Ha puesto en el continuo movimiento
De mi rueda, que suele ser temida,
Tal clavo el Rey Católico Fernando,
Que no á mi gusto, mas al suyo ando.

¿No ves como al poder del Mahometo
Y aquella sangre ilustre Granadina
Puso en tal trance y peligroso aprieto
Haciendo en el mortífera ruina?
Y á su valor rendido está sugeto,
Y por la gracia celestial divina
Es tanto su poder, que á gloria tanta
El hispánico honor sube y levanta.

De aquesto solo me recelo y temo,
Que cuando otro poder te combatiera,
Aunque fuera mas alto y mas supremo,
Que el tuyo, es imposible te aflijiera:
Mas pues está el negocio en tal estremo
En las manos de Marte, aguarda, espera,
Yo le daré las quejas, y de suerte,
Que puedan obligarle á socorrerte.

Dame un abrazo hija, y ten sosiego,
No te aflija este trance, aunque es terrible,
Que pues es justa mi demanda y ruego,
Llegará tu remedio á ser posible,
Vete en buen hora, que yo parto luego
Á remediar tu lástima insufrible,

Déte Jupiter gracia tan copiosa,
Que indómita te hagay venturosa.

Nivaria consolada de su pena
Se fué de la presencia de su madre,
La cual se vistió al punto un triste luto
Y acompañada de los varios hados
Subió al celeste asiento del dios Marte,
Á cuyos pies postrada humildemente
Dijo con sentimiento la fortuna:

¿Como es posible soberano Marte,
Que un hombre tanto, tanto un hombre pueda,
Que con su regio cetro y estandarte
Rinda á su gusto el curso de mi rueda?
¿Cual Dios supremo ha sido jamas parte
Para hacerla estar tan firme y queda,
Propicia al favor suyo de tal modo,
Que está en su voluntad poderlo todo.

¿Es hijo el Rey Fernando de Saturno,
Dotado de valor esclarecido?
¿O acaso Eneas contra Juno y Turno?
¿Es Nivaria Cartago, soy yo Dido?
Ya el lago estigio de Charon noturno
Y el roto y viejo esquife denegrido
Está de Mahometas almas lleno,
Que por él muertas van á infernal seno.

¿Cual ha de ser el fin de esta privanza,
Pues llega á ser mayor, que las mayores?
Ya España le asegura la esperanza
De no menos supremos sucesores,
Tanto de su valor es la pujanza,
Que no recela hados, ni rigores
De tiempo adverso, ni fortuna impia,
Y suya es toda la grandeza mia.

Ya le temen los Indios del oriente,
La plata, oro y perlas se le humilla,
Haciendo mas supremo eminente
La insignia y estandarte de Castillo;
Y aun quiere ahora su soberbia gente
Causando mortal lástima y mancilla,
Hacer (contra derecho) tributaria
Á mi querida hija la Nivaria.

Á esotras seis, que un tiempo dije mias,
Tambien á mi pesar ha sugetado
Y no contento intenta por mil vias,
Quitarme la, que sola me ha quedado.
Esta es consuelo en mis melancolías,
Y para mi regalo la he guardado,
Que en este Teide asisto de ordinario,
Postrero bien de todo el bien Canario.

Mas, pues te consta, o Marte, su injusticia
Y está en tu mano darles cruel castigo,
Suplicote condenes su malicia,
Si en algo puedo ó valgo yo contigo:
No es lícito sufrirse tal codicia,
Ni que no te conmueva lo que digo,
Que confiada en tí con esto ceso
Y espero la sentencia del proceso.

Pudieron tanto en Marte estas razones,
Que la Fortuna dijo en su presencia,
Que le dió favorable así respuesta:

Fortuna, no teneis de que aflijiros,
Por que yo debo en todo obedeceros,
Propio de mi deseo es el serviros
Y en todo lo posible socorreros;
Refrenad la pasion, bien podeis iros,
Que mi palabra doy de complaceros,
Y, aunque es grande el poder, que la contraria,
Victoriosa será vuestra Nivaria.

Así respondió Marte, y la Fortuna,
Agradecida al bien de estas mercedes,
Humilde á su deidad le dió las gracias
Y despidióse alegre, cuando al punto
Sube en triunfante carro el dios flamígero,
Al cual; tirando alípedos caballos,
Al ronco son de vocingleras trompas,
Retumbantes tambores y altos pífanos,
Hace romper los aires con violencia,
Hasta llegar entre cerúleas nubes
Al alto pico y cumbre del gran Teide.
Ved desde allí marchar en ordenanza
El escuadron del español ejército
Por el fértil Peñon, que es vega llana
Cerca del áspero bosque de Centejo,
Donde el soberbio Capitan Tinguaro
En celada esperaba con su gente.
Parecele excesivo atrevimiento
La pretencion de la invencible España,
Brama en odio y furor, quebranta y rompe
Las tenebrosas y perpetuas carceles
Del Reyno de Pluton, desencadena
Las perniciosas furias infernales,
Que son de su furor ejecutorias,
Y mandales alteren los espíritus
De los Nivarios, y asolado dejen
El poderoso ejército de España.
No satisfecho con aquesto, influye
Su ira, ardor colérico en los ánimos,
Hace, que vaya la discorde Allecto
Al bosque, adonde estaba el gran Tinguaro,
Para que en él y en sus soldados vierta
Venenoso furor de su ponzoña.
Incontinente la violenta furia
Quebranta la prision de su caverna,
Y desde lo profundo del abismo
Por grieta estrecha del precelso Teide
Sale entre llamas, humo y piedra azufre,

Ligera corre, vuela por los aires,
En el turbion de un remolino espeso
Llega al áspero bosque diligente,
Halla los emboscados naturales,
Que aguardan el aviso de atalayas
Para embestir con repentino asalto
Al paso mas fragoso á los de España;
Desmelena y arranca sus cabellos,
Que son culebras, áspides y vívoras,
Y emponzoñando los valientes pechos
En ellos los esparce, y los incita
Á bélico furor, halla á Tinguaro,
Que reacostado á la sombra de un gran pino
Reposaba, vencido de Morfeo;
Pesale de hallarle perezoso,
Y huelgase que estaba acomodado
Á mejor persuadirle, determina
Agonizarle con furiosas ancias,
Ocupale la altiva fantasía,
Y en el confuso y engañoso sueño
Soberbia vanidad le representa;
Ó le ofrece, ó acuerda los peligros
Y daños, que se siguen de la guerra,
El leonino valor de nuestra España,
Armas, ardid y fuerzas del ejército,
Poder y magestad del Rey Católico,
De Lugo el General esfuerzo y ánimo
Bastante á sugetar pechos indómitos,
No del maestre de campo Lope Hernandez,
Y de sus dos sobrinos valerosos
Supremos Guerras, el guerrero espíritu;
No del noble Hernando de Trujillo,
Del fuerte Andres Suarez Gallinato,
Del invicto Valdes, del gran Vergara
Y del bravo Solorzano de Hoyos
Los varoniles y gallardos brios,
Ni le nombra un Mejia, un Castillano,
Un Anton viejo, en el esfuerzo jóven,

Pimenteles, Perdomos y Cabreras,
Benitez, Gorvalan, Viñas, ni otros,
Que siguen del gran Lugo el estandarte,
Porque como en ganarle es su designio,
Y el engaño es mentira, y sueños chismes,
Ántes le eran contrarias las verdades,
Mas dorando lo amargo de la píldora,
Con lisonjero estilo así le dice:

¿Como famoso Capitan nivario
Duermes tan descuidado en coyuntura,
Que osado y cuidadoso tu contrario
Marcha y se acerca á la montaña oscura?
¿Parecete el asalto temerario
Ó no quieres gozar la hermosura
De la bella princesa, reyno y tierra,
Que te espera por premio de esta guerra?

¿Podrá sufrir tu pecho valeroso
La patria en sugecion de gente estraña,
Siendo valiente, honrado y belicoso,
Y no sufrible á la ambicion de España?
¿Que se dirá de tí, si presuroso
No bañas este bosque y gran montaña
Matizando sus yervas de arreboles
Con sangre de atrevidos Españoles?

Desde su empireo cielo la victoria
Te asegura y promete el bravo Marte,
Que con excelso triunfo en su memoria
Quiere de palma heróica coronarte.
La esposa, y alto estado en suma gloria,
Gozarás vencedor, ¿que aguardas? parte,
Despierta pues, levanta, que ya España
Marcha sin órden por la gran montaña.

Previene y junta tu animosa gente,
Que la ocasion Fortuna te ha ofrecido,

Al arma, al arma, capitan valiente,
Resuene el grito, silvo y alarido,
Vuele la piedra y dardo de repente,
Y muera el Español como atrevido,
Que si tal hecho emprendes, por su daño
Sabrá de tu valor el desengaño.

Diciendole la furia estas razones,
Bramaba el fuerte capitan soberbio,
Y con angustia y fatigadas ancias
Hacia natural el movimiento
De miembros, que de suyo es voluntario,
Gemidos daba su oprimido espíritu
Por despertar el soñoliento cuerpo,
Recuerda y dice con turbadas voces:

Pesado sueño, imágen de la muerte,
Si vida me prometes, me la quitas,
Con suspender así mi cuerpo fuerte:
Pero, pues mis deseos facilitas,
Detente, mas ¿que aguardo de esta suerte?
Si mi valor á fama resucitas,
Al arma, al arma, á defender la tierra,
Que el Español se acerca por la sierra.

Canto octavo.

Los Españoles llegan al bosque, asaltales Tinguaro, dase la batalla con varios sucesos y victoria de los naturales: el Rey Bencomo da libertad á muchos de los Españoles y entre ellos al Capitan Castillo: reciben en el puerto presentes y regalos del Rey de Güimar, asaltales Haineto en el Torrejon: vencenlo los Españoles y embarcanse en los navíos.

No pido á Marte desleal ingrato
Auxilio, que en su trato no hay clemencia,
Mas grata audiencia á vos ilustre Guerra,
En quien se encierra sangre noble y clara,
Que aquí por suerte avara fué vertida,
Así tranquila vida y quieto estado
Goceis, que si el enfado de mi verso
Á todo gusto adverso no os fatiga
Y mis faltas castiga, que entre tanto,
Que dan luz á este canto vuestros ojos,
Pongais de amor antojos en el alma,
Para que con su calma en la tormenta,
Que aquí se os representa vais notando
Del gran Lope y Hernando, que los cielos
Os dan por visabuelos, la nobleza,
Constancia y fortaleza, cuya muestra
Queda por gloria nuestra señalada
Con sangre derramada, y no os conmueva
Á lástima, que es prueba de hidalguía
La noble valentía: estadme atento
Al canto, que mejor diré lamento.
Aquel amargo y desastroso dia
Á las dos horas justas de la tarde
Entraba ya por la montaña oscura
El español ejército, y habiendo

Caminado dos millas de arboleda,
Al descubrir los llanos de Taoro,
Estando en el distrito de Centejo,
Llegáron dos espías, que delante
Yban á descubrir la tierra y monte,
Y al General en relacion dijeron:

Toda la sierra hemos travesado
Y el llano de Taoro descubierto,
Mas no gente ninguna, ni poblado,
Que todo, como veis, está desierto;
Hay rebaños y cria de ganado,
Sin quien lo guarde, y no camino cierto,
Que es todo una gran cuesta montuosa,
Muy agria, desusada y trabajosa.

Está por todas partes enredada
De estrechas sendas llenas de zarzales,
Con dos barrancos ásperos cercada,
Y ocupanla fragosos peñascales:
La gran Sierra Morena tan cerrada
No es, ni de tan fuertes guijarrales;
Por la parte de abajo el mar la baña,
Y ciñe la de arriba la montaña.

Saliendo de este paso peligroso,
Que tiene una gran milla de distancia,
Un verde campo llano y espacioso
Ofrece afable y deleitosa estancia.
Negocio podrá ser no peligroso
Haber de caminar con tanta instancia
Ahora por el bosque, aunque á la vista
No hay cosa, que lo impida, ni resista.

Hubo luego en el caso diferencias
Con indeterminados pareceres,
Unos aconsejando, que pasasen
Y el real asentasen en el llano,

Ántes que el enemigo lo sintiese
Y pusiese cuidado en resistirse,
Creyendo estaba entonces descuidado.
Otros que ántes que entrasen diesen órden
De asegurar el paso y las espaldas
Por lo que sucediese, mas Fortuna
Al fin abrió camino á sus desdichas.
Acordóse, que entrase todo el campo
Con el concierto y órden, que pudiesen
Hasta llegar, do estaban los ganados,
(Ganando al fin codicia de ganancia)
Y que haciendo presa se volviesen
Al llano del Peñon aquella tarde.
Con este acuerdo marchan por el bosque
Y no hallando impedimento alguno,
En su valor y esfuerzo confiados,
Descubriendo los llanos de Centejo,
Se ponen sin recelo en el peligro;
Llegan donde el ganado está apastando,
Que fué del Capitan Tinguaro industria
Para comodidad de su propósito,
Cercan en breve tiempo un gran rebaño,
Y para bien hacerlo se dividen
Desordenando el escuadron formado,
Por unas sendas van de cinco en cinco,
Por otras tres á tres y cuatro á cuatro,
Cojiendo en medio toda la manada.
Queriendo dar la vuelta con la presa,
Estando en lo mas áspero y fragoso
Incómodos al bien de su defensa
Y mas dispuestos á peligro y daño,
Con sobresalto y repentina furia
Alzan los gritos, silvos y alaridos
Los naturales y ligeros bajan
De la alta cumbre con terrible estruendo,
Investigados de infernal ponzoña,
Que sembró en ellos la discorde Alleto;
Retumba el eco de las roncas voces

Y de las cajas, pífanos, y trompas;
En altos montes y profundos valles
Alteranse los ánimos viriles
De los sobresaltados Españoles,
Espantase el ganado incontinente,
Huye remolinando á todas partes,
Desordenando mas lo que lo cercan.
Viendose los leones valerosos
En tal paso, se juntan como pueden,
Animales á voces el buen Lugo,
Y volviendo la vista á sus Canarios
Vió en el valiente Pedro Maninidra,
Su capitan, un admirable estremo,
Que el cuerpo y fuertes miembros le temblaban,
Batiendole los dientes, y creyendo
Ser de temor, el general le dice:

¿Que es eso, Maninidra, buen Canario?
¿Así vence el temor tu fortaleza?
Mas, pues tiemblas de ver á tu contrario,
Fortaleza no es, sino flaqueza;
No muestra en el peligro temerario
El fuerte corazon fragil tibieza,
Ni se puede llamar valiente el hombre,
Que tan cobarde del temor se asombre.

Era aqueste Canario de gran fama,
Tenido y estimado por valiente;
Sintióse oyendo aquello y sonriendose
Altivo y grave al General responde:

Si el colérico ardor se desenfrena,
El natural calor se junta y llama
Á su centro, y entonces se enagena
De los miembros, do el yelo se derrama,
Y así no es el temor, quien esto ordena,
Sino el furor, que al corazon inflama,
De que hacen las carnes sentimiento
Hasta encenderse de su amor violento.

Con esto á los oyentes satisfizo,
Y animando la gente de su bando
Se enciende en rabia, cólera y enojo,
Y espera con esfuerzo al enemigo;
Mas el buen general como animoso
Congrega á sus soldados y les dice:

Ea, leones fuertes valerosos,
Ánimo, amigos, nobles caballeros,
Que, aunque pocos, seremos victoriosos,
Pues menos son los enemigos fieros,
Salgamos á lo llano presurosos
Todos los de á caballo y los piqueros,
Y arcabuces, en tanto, y las ballestas
Á sus dardos y piedras den respuestas.

Viendo el Maestre de Campo, que el contrario
Ya se acercaba, al general replica,
Y animando la gente, á voces dice:
No da el tiempo lugar, mas sin recelo
Esperemos los golpes de sus manos
Como Españoles fuertes, y del cielo
Victoria, mueran, mueran los paganos,
Haced temblar el insulano suelo
Con armas y furor bravos Hispanos,
Que con favor de vos alcanzaremos
Victoria, que son pocos los, que vemos.

Oyólo Diego Nuñez el valiente
Y con soberbia necia le replica:

Yo, voto á Dios, que pienso sin su ayuda
Salir de tan vil gente victorioso,
Que, aunque sea la muerte acerba y cruda,
Confio en este brazo valeroso;
No habemos menester, que Dios acuda
Con su favor aquí, que es poderoso,
Y para tan ruin gente desarmada
Yo basto solo con aquesta espada.

Todos los, que blasfemia tal oyeron,
Conocieron el fin de su desdicha
Cuando llegando ya rompiendo el aire
Las nubes de los dardos y las piedras,
Como turbion espeso de granizo.
Salió Bravato en su feroz caballo
Con la afilada espada en blanco puesta
Y acometió de todos el primero,
Haciendo menosprecio del contrario;
Pero Tinguaro el capitan valiente,
Que de la infernal furia embravecido
Llegaba cerca, viendole delante
Un dardo le arrojó, y pasóle el pecho
Derribandole á tierra del caballo,
Y acudiendo sobre él alzó la maza,
Con que le dió tal golpe en la cabeza,
Que le hundió los cascos en los sesos,
Y aun apretando entre los dientes fijos
La torpe lengua con el recio golpe,
La dividió en dos partes con gran lástima,
Y fué el primero que murió de todos.
Revuelvese en un punto la batalla,
Retumba el fiero son del bravo Marte,
España, Santiago, aprisa invoca,
Nivaria dice, libertad, airada!
Rompe Tinguaro, embiste, parte, hiende,
Mata, atropella, hiere, alcanza, corta,
Destroza y desbarata con la maza,
Siguenle Rucaden, Tigayga, Tauco,
Godeto, Badayco, Afur, Caluca,
Golpean, rajan, rompen y derriban
Con infernales y soberbios brios.
Muestranse los leones valerosos,
Aunque aflijidos en tan agrio bosque,
Valientes, invencibles y esforzados
Y con furor, ardid, destreza y maña
Resisten del contrario la violencia
Y estrago hacen en su ardiente sangre.

Encuentranse los unos con los otros,
Embistense, desgarranse, golpeanse,
Hierense, al fin ofendense y lastimanse;
Cual juega á todas partes con la pica,
Cual taja y corta usando del montante,
Cual con la cortadora espada embraza
El acerado escudo y la rodela,
Cual con el arcabuz dispara y tira,
Y cual con la ballesta asesta y mata,
Cual atropella con veloz carrera
Del guerrador caballo, cual despide
Rollizas piedras de la fuerte mano,
Adargas rompe y morriones pasa,
Petos abolla y los escudos parte;
Cual juega diestro del leonino dardo,
Cual con la maza hiende y desbarata,
Cual está en un instante sin sentido,
Cual sin cabeza, cual sin pierna ó brazos,
Cual ya difunto, cual pasado el pecho,
Cual pide ayuda, cual se anima á darla,
Cual se señala mas, cual mas combate.
Cubrese Apolo de funesto luto,
Niega su clara luz á la campaña,
Por no ver del estrago la ruina,
Queda en tinieblas de lamento eterno
El Martes triste en los tormentos mártir,
Y en los rigores y crueldades Marte.
Pero si cantas, no lamentes, musa,
Del mal lo menos, basta que se cuente,
Abrevia ya tu canto lastimoso,
Que cuanto mas dilatas su discurso
Mas enterneces mi sentido llanto.
Andando en el furor de la batalla
El General en su feroz caballo,
Un natural ligero y atrevido,
Salta en las ancas, hacen firme presa
Sus fuertes piernas y carnosos muslos,
Y con los brazos y las manos garra,

Ciñe y aprieta el bien dispuesto cuerpo
Del valeroso y esforzado Lugo,
El cual reconociendo su peligro,
Bate las piernas, el caballo aprisa
Corre ligero en el fragoso bosque,
Y el natural, no diestro en la gineta
Se ocupa en sustentarse y no caerse,
Sin poder ofender al caballero;
Sube el caballo la ladera á saltos,
Y el general se quita y desarrolla
Del pescuezo un cordel, que le prendia,
Traza y ordena con notable industria
Un corredizo lazo y se lo arroja
Al natural por la cabeza al cuello:
Tira y aprieta, y aunque le angustia,
Mover no puede las asidas manos,
Por no caerse del caballo al suelo:
Hace otro lazo Don Alonso aprisa
Al cabo del cordel, llegase al tronco
De un alto brezo y prendele de un gajo;
Hiere al caballo y arrancando deja
Al natural colgado, perneando;
Vuelve las riendas, y la fuerte espada
Á pocos golpes le cortó los brazos.
Ufano el general con este hecho
Vuelve al furor de la cruel batalla
Y halla á Pedro Mayor, que así le dice:

Invicto General, esa librea,
Que os cubre el fino arnes con lo encarnado,
Conoce el enemigo, que desea
Tomar venganza en vos determinado,
Y porque su intencion frustrada sea
Conmigo la trocad, será acertado;
Tomad la mia, y me pondré la vuestra
Por él enves, que otro color demuestra.

No lo consiente el general gallardo;



Mas por la persuacion de otros amigos
El trueque hacen brevemente y vuelven
Al sangriento furor, donde el combate,
Cuanto con mayor daño de las vidas
Los cuerpos ofendia y maltrataba,
Mas encendia los valientes pechos.
En un veloz caballo el valeroso
Maestre de Campo Lope Hernández Guerra
Con la lanza y adarga por el bosque
Andaba entre la furia del contrario
Haciendo estrago y animando á todos;
Ponesele delante el fuerte Tauco
Con una gruesa pica de un difunto,
La cual blandia con las fuertes manos,
Amenazando á la española gente.
La lanza enristra el valeroso Guerra,
Y desviando el golpe de la pica
El hierro agudo le escondió en el pecho;
Mata tras él al fuerte Badayao,
Luego á Godeto y Calvea deja
De dos lanzadas travesado un muslo,
Y entrase en medio del mayor peligro,
Sembrando el suelo de difuntos cuerpos.
El valiente Hernando de Trujillo
Haciendo andaba en la Nivaria gente
Por todas partes temerario estrago,
Dando de su valor bastantes pruebas,
Ánimo á todo el español ejército,
Muerte y temor al atrevido isleño,
Huyen su furia los que á verle alcanzan,
Y el capitan Afur embravecido
Les incita, reprende, llama y dice:

Valerosos isleños esforzados,
¿Que furor haber puede, que os asombre
Tanto, que os retireis desconfiados
De ganar con victoria eterno nombre?
Si aquel, que tiene algunos derribados,

Os acobarda, ved, que es solo un hombre,
Llegad, llegad, vereis, que entre los brazos
Con esta punta le haré pedazos.

Vuelven los atrevidos naturales
Con esta persuasion y el buen Trujillo
Siguen y cercan con notable furia;
Toma el soberbio Afur un dardo agudo,
Despidelo veloz la fuerte mano,
Reparase el valiente caballero,
Da la tostada punta como rayo
Con recio golpe en la africana adarga,
Y como bala de esmeril ó bronce
La pasa, rompe y saca fina sangre.
Llueven sobre el gallardo Jerezano
Otros mil dardos y rollizas piedras,
Hiere el caballo con el acicate
Y el diestro brazo con la gruesa lanza,
Hace en los naturales crudo estrago,
Rompe de Afur los pechos y cabeza,
Mata á Guayonja, á Hucanon, á Redo,
Hiere á Hañugo y á Badel derriba.
Gerónimo Valdes, noble y valiente,
Hace tambien cruel carnicería.
Todo el contorno de un pequeño llano
Tiene cubierto de difuntos cuerpos,
Llega al encuentro de su fuerte lanza
Aquel gallardo Rucaden brioso,
Juega la gruesa maza y con mil círculos
Y la destreza del ligero cuerpo;
Atajos forma, que á la lanza impiden,
Procurando metersele en estrecho;
Mas el noble Español en breve espacio
Los muslos le atraviesa y en la tierra
Derriba y mata al gigantazo fiero.
El invicto Xuarez Gallinato
Y el invencible Pedro de Vergara,
Ambos dandose ayuda el uno al otro,

Entre los mas furiosos naturales
Y en los no menos peligrosos pasos
Hacian maravillas memorables.
Un padre anciano de soberbios brios
Y siete hermanos, hijos suyos, todos
Medio gigantes, de terribles fuerzas,
Cercan y siguen á los dos amigos,
Mata Vergara á dos, los mas valientes,
Y Gallinato á tres, otros dos quedan,
Que con infernal furia se defienden,
Atropellanlos con los caballos,
Hieren al viejo y valeroso padre,
Huye, siguenlo aprisa, y determina
Por no morir rendido á sus contrarios,
Darse desesperada y cruel muerte,
De un guijarral abajo se despeña,
Quiso volar, y aunque era tan ligero
Se hizo entre las piedras y zarzales
(Rematando su vida) mil pedazos.
Hernando Estévan Guerra y Hernan Guerra
(Primos, sobrinos del valiente y noble
Maese de Campo, aunque en sus años verdes,
Imitando al gran tio en las hazañas)
Mostráron con las obras de sus manos
De la edad juvenil la fortaleza
Y de la sangre hidalga el testimonio.
Mata Hernando Estévan (aunque mártir
Entre las piedras) al valiente Sexo
Y al gran Xerdeto, á Tuquizen derriba
Y hace despeñar á Guadituco,
Hernando quita á Bendalut la vida
Y á Beurrimon y á Gualdaroto hiere,
Todos parientes y de sangre noble.
Crece el incendio y el furor de Marte,
Mata Tinguaro á Diego de Baena,
Á Felipe Lorenzo, á Pedro Ortuño,
Á Rodrigo de Cala, á seis canarios
Cristianos de valor inexpugnable.

Hiere al famoso capitan Castillo,
Viendo que á pie sin lanza y sin caballo
Con la espada y adarga entre los suyos
Destrozaba, heria y maltrataba.
Solorzano de Hoyos, Anton Viejo,
Los Lugos, Gorvalan y Castellano,
Diego, Bartolomé y Pedro Benitez,
Valdespino, Alarcon, Armas, Olivos,
Barrete, Berriel, Vilches, Llerena,
Todos en una escuadra valerosa,
Resistiendo la furia del contrario,
Hacian raras y contrarias suertes,
Y en otra el buen Perdomo, acompañado
De Aguierre, Ortega, Pimentel, Cabrera,
De Rojas, de Vallejo y de otros muchos
Gallardos y valientes Españoles,
Llevando lo mejor de los combates,
Hiriendo, acometiendo y destrozando,
Quebrando brazos y rompiendo piernas,
Quitando vidas, acreciendo muertes.
Tuhoco tira á Diego Lopez de Aza
Un dardo, que le pasa el fuerte pecho,
Saca el noble Español como animoso
El dardo y da con él respuesta al mismo,
Rompióle el pericardio y los pulmones,
Y entrambos mueren en un propio punto.
Dudosa estaba en esto la victoria,
Aunque el espacio de dos horas largas
Hacia, que en el bosque combatian,
Con excesivo daño de ambas partes
Y pérdida mayor de nuestra España.
Que como tan sin órden, ni concierto
En paso tan fragoso fué el asalto
Las piedras y los dardos y bastones
Exedian en mucho á las espadas,
Montantes, picas, lanzas y ballestas,
Con mayor daño de los de á caballo,
De mas de que los fuertes naturales

Andaban y corrian por el bosque
Mas facilmente y como mas ligeros
Y en las sendas y riscos mas usados,
Corren descalzos por los malpaises
Cual por la llana vega el ciervo, ó gamo,
Saltan veloces en las altas peñas,
Hurtan el cuerpo á las blandientes picas
Y hacen en los aires cabriolas,
Tiran furiosos las rollizas piedras,
Abollando grabados morriones,
Arrojan dardos mil de fina tea,
Pasan adargas y los pechos rompen.
Ufano el gran Tinguaro, aunque herido,
Juzgando ya por suya la victoria,
Se apartó del furor de la batalla
Diciendo aquesto con subidas voces:

Tomad, tomad, isleños venturosos
Ahora con las armas la venganza,
Acometed, herid, matad furiosos,
Que ya victoria el valor vuestro alcanza.
O fuertes extrangeros belicosos,
Vereis, si hay, quien resista la pujanza
De vuestras armas en la pobre tierra,
Que habeis querido combatir con guerra.

¿Mas que valor, que esfuerzo, que osadía,
Que ánimo invencible, que destreza,
Que brio, que furor, que valentía,
Que corazones tienen, que braveza?
Dejando aparte la congoja mia,
Sabe el piadoso cielo, si me pesa
De verlos lastimar, aunque en su muerte
Consiste el bien de mi dichosa suerte.

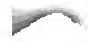
Ha sido el sitio y bosque acomodado
Á mi valiente, suelta y diestra gente,
Aquesto la victoria nos ha dado

Y haber salido á tiempo conveniente.
¡Con que valor y esfuerzo han peleado!
Digo, que es la nacion noble y valiente,
Y aunque dura el combate, me asegura
El monte espeso y la montaña oscura.

El alboroto suena y golpes fieros.
¿Que con estar del todo destrozados
No se quieren rendir? bravos guerreros,
Y aunque vencidos, deben de ser loados,
Hagan su oficio allá los carniceros,
Que ahora entre los bélicos cuidados
Me quiero contemplar con la victoria
De Guacimara esposo en suma gloria.

Cumplirá su palabra Benejaro,
Gozaré la princesa prometida,
Del gran reino de Naga seré amparo
Y en él mi voluntad obedecida
Todos me llamarán el Rey Tinguaro
Y quedará Nivaria agradecida
Al gran valor, que aqueste pecho encierra
Por la memoria desta cruda guerra.

Llegó en esto Bencomo el Rey, su hermano,
Que como tuvo del asalto aviso
Salió con seis mil hombres de socorro;
Descubren de los llanos de Centejo
El incendio y furor de la batalla,
Suben aprisa por hallarse en ella
El bosque espeso de la gran montaña,
Corren bramando con soberbios brios
Á ejecutar la ira de su cólera.
Halla Bencomo á su valiente hermano
Sentado encima de una excelsa peña,
Tomando algun refugio del cansancio,
Vertiendo fina sangre sus heridas,
Y tinta en la española una alabarda



Tiene á su lado, que ganó en la guerra.
Viendolo así el soberbio Rey, pensando,
Que dejaba el combate de rendido,
Con sentimientos enojosos dice:

¿Que es esto capitan, tu eres valiente?
¿Tiempo es este de estar sentado ocioso?
¿Ves combatiendo la enemiga gente,
Y estás aquí tan lleno de reposo?
¿La sangre de tu pecho tal consiente?
¿Como, que en este trance peligroso
Das á sentir sentado mal ejemplo
Á los, que notan lo que yo contemplo?

Levantóse Tinguaro altivo y grave,
La frente arruga y el cabello eriza,
Mueve la lengua y á su hermano dice:

Á mi valor no le hace algun perjuicio
Estar sentado tan sin pena en gloria,
Sientome de eso, y del temor, ó vicio
No, que se han sentido en mi memoria,
Como buen capitan hice mi oficio
En dar á mis soldados la victoria,
Hagan el suyo ahora, y carniceros
Quebranten los furores estrangeros.

Alegre el Rey de ver su altivo espíritu
Dale las gracias y le abraza y dice:

No menos confianza yo tenia
De tu insigne valor, dame esos brazos,
Honor de la insulana valentía,
Ligame en ellos como en fuertes lazos,
Y porque importa á la grandeza mia
Á la batalla voy, haré pedazos
Con esta espada á cuantos encontraré,
Seguidme, isleños fuertes, nadie pare.

Veré, si el general me pide ahora,
Que le dé la obediencia al Rey de España
Y Trujillo la espada cortadora;
Probarémos las fuerzas en campaña,
Sabráse el que es valiente, ántes de una hora
Conocerán la furia de mi saña,
Y él, que escapare del furor violento,
Las nuevas llevará para escarmiento.

Entranse todos de tropel sin órden
Por el mayor furor de la batalla,
Recrece en los soberbios naturales
El ánimo, la fuerza, enojo y cólera
Con el socorro de la nueva gente,
Aumentase el combate, daño y pérdida
En los fuertes leones valerosos,
Muestranse embravecidos y feroces
Sacando brio y fuerzas de flaqueza.
Reconocen sus daños y ruina,
Mas no por ello un punto se acobardan.
Brama el furor de la sangrienta guerra,
Y gimen de angustiados los anhélitos;
Hierve el humor ardiente y se destila
Entre el sudor por los abiertos poros,
Baña la sangre la montaña, y corren
Bulliciosos arroyos la ladera,
La muchedumbre de los cuerpos muertos
Cubren del bosque las estrechas sendas,
Las voces, silvos, gritos y alaridos
El valle atruenan y los altos montes;
Ya suenan bajas las subidas trompas
Y destemplados los tambores roncos,
Falta el aliento al tono de los pífanos,
Ventila por el aire el estandarte,
Y tremolan pendones y banderas,
Y aunque mengua el poder de nuestra España,
No el gran valor de su animosa gente.
Saca Bencomo con la aguda espada

La sangre y vidas de los, que á sus manos
Llegan, por fin de su adversaria suerte
Hace con la alabarda el gran Tinguaro
Estrago cruel en todos los que encuentra,
Juega Sigoñe con soberbio brio
El pesado baston, hiere á dos manos,
Siguenle Arafo, Nuhacet, Leocoldo,
Teguayco y otros fuertes naturales.
Muestra el buen Lugo en el mayor peligro
(Aunque herido) su valor y esfuerzo,
Venganza toman los invictos Guerras,
Los unos por los otros de sus daños,
Valdes, Trujillo, Gallinato, Aguirre,
Vergara, Gorvalan, Benitez, Armas,
Mejia, Hoyos, Castellano, Vilches,
Albornoz, Pimentel, Rojas, Cabrera
Y otros famosos caballeros nobles,
Emprenden raros y admirables hechos.
En lo mas alto del repecho y cuesta
Sobre una gran peña como torre
De las, que coronaban aquel risco,
Estaban seis valientes ballesteros,
De allí tiraban con algun seguro
Ligeros pasadores al contrario,
Matando á muchos; viendolo Turceto,
Peligrodono, Cunacen y Sirma
Trazan y ordenan la cruel venganza,
Solícitos de abajo les arrojan
Piedras las hondas, y las manos dardos,
Pero aunque diestros á ninguno ofenden;
Crece en los cuatro el vengativo enojo
Contra los seis, y llegan sin ser vistos
Á los cimientos de la móvil peña,
Hallan que aunque difícil, es posible
Desarraigarla del prestado asiento,
Cavan con largos cuernos puntiagudos
La tierra humedecida y desencajan
Otros, que arrancan con industria y fuerza,

Miran y hacen con presteza y maña
Una gran cava y en un breve espacio
Sienten moverse la robusta peña,
Desvianse á los lados y la prenden
Con los gruesos bastones á su salvo,
Hinchando el nervio de los brazos fuertes,
Haciendo hincapié, y á un tiempo juntos
De un envion la vuelcan y se apartan.
Separase lo unido, al mismo instante
Abrense las entrañas de la tierra,
Desencajase al fin la piedra en súbito
Y se trabuca con notable espanto;
No tan furioso de su excelsa esfera
Suele bajar el rayo entre los truenos,
Ni el negro polvo salitrado arroja
Así del metal rubio y seno cóncavo
Impelido el oculto globo ardiente.
Tiembla el distrito de la gran montaña,
Baja la piedra y coje al primer salto
La militar escuadra de Españoles,
Entierralos y va rodando á vueltas
Y lleva tras de sí para mas daño
Otras muy grandes y otras mas pequeñas.
Destroncan altos y crecidos árboles,
Derriban, matan, hieren y derriscan,
Aplastan, rompen, despedazan, parten,
Hunden y entierran vivos y difuntos
De entrambas partes, aunque con mas daño
De la española y maltratada gente.
Estaba en esto aquel valiente Pedro
Mayor llamado entre enemigos fuertes,
Que como la librea, que se pasó
Del general por él enves, mostraba
El color encarnado, le aflijian,
Pensando todos, que era el noble Lugo.
Llegóse entre ellos el gran Rey Bencomo
Con este mismo engaño, pero viendolo
El general con animoso brio

Revuelvense en cuestion los dos aparte,
No eligen medio en proporcion, ni aguardan
Formar los rectos, ni los curvos ángulos,
Ni los enteros, ni los medios círculos,
Que es la flema contraria de la cólera;
Ántes buzcando el uno el centro al otro
Combaten las espadas y compiten
Los fuertes brazos y las bravas fuerzas;
Tiranse grandes y terribles golpes,
Sacanse sangre con esfuerzo y brio,
Entranse ciegos del furioso enojo
En un pequeño raso desmontado,
Cercado de zarzales en contorno,
Solos allí, sin ser de algunos vistos,
Batallan animosos y esforzados,
Tira Bencomo tajos y reveses,
Repara el diestro y valeroso Lugo
Y alcanzale á herir de una estocada
En los desnudos y sudados pechos;
Muestra el soberbio Rey rabiosa ira,
Las véras de batalla reconoce,
Pretende el general haber victoria
Vengado en él su destrozado ejército;
Pero Sigoñe el Capitan valiente,
Viendo á su Rey en tan urgente trance,
Alza la voz y con subidos gritos
Convoca á sus soldados y acomete
Por librar á su Rey al fuerte Lugo;
Mas ya por la espesura de las zarzas
Llegaban denodados y furiosos,
Cual bandos de sedientos pajaruelos
Á los charquillos de la clara fuente,
Infinidad de Guanches carniceros,
Tintos en roja sangre de Españoles;
Unos tiraban dardos, otros piedras,
Otros con picas, lanzas, con espadas
Llegaban atrevidos á herirle.
Invocó Don Alonso á Santiago

Y á San Miguel, devoto, amparo suyo,
Y á los suyos llamaba á toda prisa,
Mas ninguno llegó á favorecerle,
Sino un Pedro Benitez valeroso,
Que rompiendo, hiriendo y destrozando,
Abroquelado de un escudo fuerte,
Llegó ă Lugo diciendo estas palabras:

Ánimo, caballero valeroso,
Ánimo, general Lugo esforzado,
Que ya, que el hado sea riguroso,
Es bien, que quede el noble señalado.
Mostraos fuerte, varonil, brioso,
Aunque estais tan herido y maltratado,
Que mi brazo acompaña al vuestro fuerte
Y á ambos ha de ser igual la suerte.

En el mayor estremo de estas ansias
Conociendo Bencomo la crudeza,
Con que su gente al general trataba,
El cual pudo vencerle, conmovido
De lástima por verle en tal fatiga,
Con ronca voz vencida, aunque animosa,
Á sus crueles carniceros dijo:

Sosegad, detened la mano airada,
Ninguno al caballero dé herida,
Nadie le tire dardo ni pedrada,
Mirad, que tiene sangre esclarecida,
No es lícito, que sea maltratada,
Pues me pudo quitar corona y vida,
Dejadle: afuera, afuera cruda gente,
Que su injuria mi pecho no consiente.

O valeroso y noble miramiento,
Despecho real, ilustre y generoso,
Pues con efectos de nobleza inmensa
Se puso al lado del valiente Lugo,

Apartando la gente encarnizada,
Que acometia al General, de suerte,
Que como perros, que haciendo presa
En el herido y acosado toro,
Cebados en su sangre, aunque los quitan
Á palos, estirones, golpes, piedras,
Procuran no dejarle, fatigandole,
Tales los fieros bárbaros crueles,
Ciegos de su furor, embravecidos
Estaban en herir al noble Lugo,
Que, aunque su Rey á voces y aun á golpes
Los apartabá, con denuedo crudo
Daban en perseguirle y angustiarle;
Mas tanto pudo el Rey, que obedeciendo
Al fin cesó la barbara canalla,
Y sosegó el buen Lugo, agradecido,
Á la nobleza del gran Rey Bencomo;
Y así con comedido acatamiento
Se despidieron con afable término
Y luego en breve punto los Nivarios
Sacáron á su Rey como pudieron,
Y Lugo con Benitez mano á mano
Saliéron del zarzal y en continente
Vieron á Lope Hernandez de la Guerra,
Á Berriel, Trujillo y Gallinato,
Á Vergara, Mejia y Valdespino,
Heridos, lastimados y aflijidos,
Luego vieron llegar á Ybone de Armas,
Á Gorbalan, á Vargas y Sambrano
Con cuatro ballesteros y con ellos
Un escuadron furioso de contrarios,
En ellos maltratando crudamente,
Y vieron se acercaban de otra parte
Otros ocho piqueros retirandose
Del ímpetu severo y temerario
De un bando y muchedumbre de enemigos.
Mas el valiente general al punto,
Viendo en tránsito tal el resto mínimo

De su famoso ejército arruinado,
Sin cajas, sin trompetas, sin pendones,
Sin órden, sin concierto, sin victoria,
Con ánimo, con brio y sin remedio,
Á pié en el duro suelo arrodillado,
Dando al cielo clamores lastimosos,
Hizo breve oracion, y al punto súbito
Los cielos se oscurecen y alborotan
Haciendo sentimiento de su lástima,
El tiempo se revuelve y acelera,
Y entupecen las nubes, los nublados
Luminosos relámpagos se muestran,
Truenos resuenan con notable espanto
Con estruendos horribles y alborotos,
Y afirman muchos, pero yo lo cuento,
Que una figura apareció en el aire
De un hombre armado, en vivo fuego ardiendo,
Y que tembló la tierra largo espacio,
Y con esto los Guanches sanguinosos
Saliéron de aquel campo y se ausentáron
Amedrentados, aunque victoriosos.
Los Canarios, que aqueste dia hicieron
Hazañas raras de inmortal memoria,
Y algunos Españoles mal heridos
Bajáron la ladera y peñascales
Retirandose al mar de aquella parte,
Y así los, que con Lugo se auyentáron,
Y otros algunos, que despues vinieron,
Hacen tocar á recojer la tropa,
Congreganse cincuenta malheridos,
Y todos proveidos de caballos
Salen de la espesura á toda prisa,
Rompen las sendas del camino estrecho
Y en ellas pisan cuerpos de difuntos,
Huellan cabezas y quebrantan brazos
Y corren los arroyos de la sangre,
Aquí ven al amigo, allí al pariente,
Sin piernas unos y otros travesados

Vierten sus ojos lastimosas lágrimas,
Y salen de aquel bosque á cementerio,
Donde tres horas largas batalláron;
Y murieron quinientos Españoles
Y Canarios católicos trescientos
Y mas de tres mil Guanches, que eran tantos
Los que acudiéron, que segun se afirma
Nueve mil batalláron aquel dia.
Tendió sus alas la nocturna Tetis,
Pero su oscuridad fué favorable
Á todos los de España, que el camino
Perdiéron por su bien los, que seguian
El mismo, que trajeron hácia el puerto,
Y en ello consistió no ser perdidos,
Que el Rey de Naga y el de Tacoronte
Esperaban al paso en la Laguna,
Para acabar del todo á los, que fuesen
Huyendo del furor de la batalla.
Pero no tuvo efecto su propósito,
Aunque estuvieron siempre en vigilancia,
Que como descayéron del camino
Á término y distrito de Heneto
Fueron al punto en salvo, aunque perdidos,
Y trabajosamente á la mañana
Al Torrejon de Santa Cruz llegáron.
Quedóse solo el capitan Castillo
En lo mas bajo y áspero del bosque,
Aunque vivo, metido entre los muertos,
Que aquella tarde con su noble gente,
Estando en el furor de la batalla,
Bajó á lo mas fragoso, y de manera
Acudiéron sobre ellos los contrarios,
Que no quedó ninguno con la vida,
Y cuando el enemigo publicaba
Por suya la victoria, se vió solo
El noble caballero sin remedio
De poder ser de alguno socorrido,
Y como se hallase en tanto aprieto,

Cercado de enemigos, con industria
Dejó caer el bien compuesto cuerpo
En tierra entre esotros ya difuntos,
Y así salvó la vida en aquel tránsito;
Oyó la trompa, cuando á recojerse
Tocó despues del campo ya vencido,
Mas no pudo seguirla, porque estaba
Lejos en lo mas bajo y en peligro.
Otros treinta Españoles valerosos
Tambien siguieron por aquella parte
Hácia la mar, que ciñó aquel lado
Los altos cerros, cerca al mismo bosque
Sin saber como, ó donde recojerse,
Siguenlos y persiguenlos gran número
De naturales para darles muerte,
Trabajan con gallardo esfuerzo y brio
Por escapar las vidas retirandose,
Siguen un cerro por lo mas tajado,
Hallan en lo mas alto una gran cueva
En un anden á la defensa cómodo,
Metense en ella todos, fortificanse,
Animanse, resisten y defiendense,
Hasta que al fin cerró la oscura noche,
Que quedáron cercados de enemigos.
Ciento y veinte Canarios bautizados,
Valiente gente, y cuatro Portugueses
Se escapáron tambien con gran trabajo,
Saliéron con los treinta retirandose
Para aquel mismo cerro, y tantos fueron
Los, que dieron sobre ellos del contrario,
Que toda la mas parte del ejército,
Que publicaba á voces la victoria,
Acudió á ejecutar la furia en ellos;
Bajan aprisa de tropel sin órden
Siguen estrechas sendas desusadas,
Los unos en pos de otros, convocandose
Llegan al llano raso en la ribera
Del alterado mar, no hallan parte,

Ni sitio á do poder fortificandose
Resistir la violencia del contrario.
Ven cerca dentro el mar una gran baja
Como castillo fuerte, que la furia
Del mar no la cubria con sus olas,
Tratan de echarse á nado, que sabian
Todos los mas, arrojanse en el agua,
Ayudanse los unos á los otros,
Llegan aunque con pena y gran trabajo
Adonde deseaban, y congreganse
En lo mas alto de la fuerte roca.
Braman los naturales y con ira
Piensan tambien nadar, y aunque no saben
Echanse al agua muchos y ahogaronse
Mas de ciento y sesenta en breve espacio,
Arrojan luego cantidad de piedras
Para tupir el paso y hacer puente
Y llegar á la roca, mas la noche
Y sentirse cansados del combate
Fué causa que cesasen, con designio
De á la mañana ejecutar su cólera,
Y los fuertes Canarios, aflijidos
De sed, de hambre y frio fatigados,
Con mil dolores, porque en las heridas
Con las aguas del mar se acrecentaban,
Todo el peso estuvieron de la noche
En oracion, pidiendo á Dios remedio.
Mas cuando el sol salia á la mañana,
Las naves, que del puerto desgarráron
Por la gran tempestad del tiempo adverso,
Dando la vuelta á los robustos roques
De Naga, ya pasada la tormenta,
Siguiendo hácia el puerto su viaje,
Viniendo costeando y descubriendo
La tierra y bosque por aquella parte,
Divisáron la gente, que en la roca
Estaban esperando su remedio,
Echáron luego esquifes y bateles

Y dentro de las naves embarcados
Prosiguieron del puerto la derrota,
Dando al divino Dios inmensas gracias,
Que milagrosamente les dió vida,
Y era imposible cosa de otra suerte
Poder haber remedio, porque estaban
En parte muy remota del distrito
De Santa Cruz, lugar do residian
Los Españoles, y en el propio término,
Do frecuentaban mas los enemigos.
Y no en menos peligro, angustia y pena,
Los Españoles, que se recojiéron
En el anden y cueva de aquel risco,
Á Dios con tiernas lágrimas pedian
Remedio en trance tal, porque cercados
De sus contrarios, faltos de sustento
Y de cura y alivio á las heridas
Y de refugio á los cansados cuerpos,
Sedientos, desmayados y molidos
Á punto estaban de perder las vidas.
Mas Dios, que es padre de piedad inmensa,
Permitió, que llegando á la noticia
Del Rey Bencomo su angustiosa lástima,
Movido el noble pecho, aunque agraviado,
Mandó, que de su parte les dijesen,
Que se bajasen del anden y cueva,
Que por su real corona prometia,
Enviarlos libres, do su gente estaba.
Ellos aunque dudosos del partido,
Considerando el trance peligroso,
En que se veian, luego descendiéron
Y fueron ante el Rey, que afablemente
Los recibió y los proveyó de guardas,
Porque con mas seguro fuesen libres.
¿Mas que dolor, que pena, que fatiga
Ygualarse podrá á la menor parte
De la, que el buen Castillo valeroso
Pasaba entre los muertos escondido?

No duerme, ni reposa aquella noche,
Padece hambre, sed, y mas le aflije
La soledad, y verse sin remedio
Quejase del rigor de sus desdichas,
Lamenta triste y de esta suerte dice:

Prolija noche en mis desdichas larga
Y para el bien de mi remedio corta,
Las horas tristes de tu sombra alarga,
Que al curso de mi vida el suyo acorta,
¿Pero vida procuro tan amarga?
La muerte me es mejor, la muerte importa,
Acaba vida, acaba de perderte,
Que pues vida no eres, serás muerte.

La luz del dia es de todos vida,
Muerte la noche con su sombra oscura,
Mas es á mí, al contrario, que me anida
La muerte, y me es la vida desventura.
Ay dulce madre España, mi querida
Y venturosa patria, que locura
De vos me ha desterrado, y á desiertos,
Á donde me dan vida cuerpos muertos.

Ya no os veré mi patria, triste cosa,
Castilla amada, vuestro hijo acaba,
Castillo soy, mas fuéme rigurosa
Fortuna, cuando menos la estimaba,
¿Quien me sacó de vos tierra dichosa?
Mi muerte, al fin mi muerte me llamaba,
Que quien deja su tierra por la agena
Ama el peligro y su tormento ordena.

Mi noble general, amigo Guerra,
Vergara, Gallinato, buen Trujillo,
Si vivos sois, si vais á nuestra tierra,
Y acaso preguntaren por Castillo,
¿Que respuesta dareis? murió en la guerra,

Guerra es mi pena, bien podeis decirlo,
Mas ay si os acordais de mi tormento,
Ó si sentis los males, que yo siento.

¿Tu eres Tenerife la Nivaria
Afortunáda, y campos eliseos?
Mas la culpa fué nuestra y adversaria
La suerte, que engañó nuestros deseos,
O Vírgen de Dios, madre Candelaria,
De mis angustias y pasion moveos,
Sufrimientos me dad, dadme paciencia,
Y es este trance habed de mi clemencia.

Estas y otras mil lástimas y quejas
Decia el buen Castillo aquella noche,
Amaneció la luz del claro dia,
Teme el peligro entonces con mas véras,
Animase y camina, aunque no puede
Por estar mal herido y lastimado
Y no encontrar las sendas del camino
Y ser tan largo y tan fragoso el bosque.
Curase como puede las heridas,
Esfuerza el corazon y una ballesta
Escoje entre las muchas, que allí habia,
Armala y apercibese de todo
Y al fin cayendo y levantando sube
Por lo mejor del bosque la ladera,
Mas doblase al instante su fatiga,
Pierde de su remedio la esperanza,
Ve que mas de cincuenta naturales
Suben al bosque á prisa, que ya llegan,
Y no sabe remedio que hacerse;
Vuelve otra vez con la pasada industria,
Tiende el herido cuerpo entre los muertos
Temerario dolor, lástima grande,
Insufrible tormento y agonia,
Cual estaria el noble caballero
Muerto de su temor entre la sangre

Corrupta ya y las carnes maceradas
Con el pésimo hedor abominable,
Y algunas palpitando medio vivas.
Eran, los que venian enemigos,
Gente, que el Rey Bencomo habia mandado,
Que fuesen á quemar los cuerpos muertos
Y á buzcar el despojo mas de estima
De los soldados muertos españoles.
Llegan bien cerca, á do Castillo estaba,
Comienzan luego á desnudar los cuerpos
Y á hacer grandes fuegos do quemarlos.
Teme Castillo el riguroso trance,
No deja santo en el empereo cielo,
Á quien no invoca en su turbado espíritu,
Y estando en el estremo de sus ancias
Un atrevido natural se llega
Á él, por comenzar á despojarle,
Ve junto á sí primero la ballesta,
Tomala codicioso, por ser toda
Labrada y muy pulida y se detiene,
Considerando atento su artificio,
Juntanse esotros todos, determinanse
En hacer diligencia en entenderla,
Para poder valerse de las muchas,
Que habia entre los muertos Españoles.
Sientanse en contorno todos y en el medio
Queda el famoso capitan Castillo
Sin osar menearse, ni bullirse,
Ni aun resollar por escapar la vida,
Llama en su corazon para su ayuda
Á la devotísima imágen Candelaria,
Andan los naturales atrevidos
Dandole á la ballesta varias vueltas,
Uno contempla el arco, otro se admira
De los labores, otros de la cuerda,
Y al fin, andando en esto bulliciosos,
Uno apretó la llave, ¡santo cielo!
Disparase al instante con espanto,

Da el pasador al otro por los pechos,
Queda con bascas de la amarga muerte,
Y los demas con temerosos gritos
Huyen á prisa, dejan el despojo,
Bajan la excelsa cumbre, y si en las sendas
Del áspero camino ven algunos
Otras ballestas, crece mas su miedo;
Saltan los peñascales por no verlas,
Pensando, que podian ofenderles:
Y que eran animados, van huyendo
Sin que osasen volver atrás la cara,
Resbalan muchos en la yerba y sangre
Y haciendo violentos movimientos,
Corcobos y mudanzas con las piernas
Hozican, dan caidas y lastimanse
Y al fin desparecieron y dejáron
Libre de su afliccion al caballero.
Levantase Castillo, gracias hace
Á Dios y á la divina Candelaria,
Mira la sangre fresca del difunto,
Que agonizando estaba con la muerte,
Comienza luego á descubrir veredas,
Sube la cuesta del espeso bosque,
Vuelve los ojos á diversas partes
Por ver, si puede ser de alguno visto,
Mas de nuevo se altera y se congoja,
Que un escuadron de mucha gente armada
Descubre en lo mas alto del camino
Por hácia el fuerte reino de Taoro;
Hace nuevas plegarias y oraciones,
Maldice sus desastres y fortuna,
Vuelve al seguro albergue entre los muertos
El lastimado cuerpo temeroso,
¡O noble caballero desdichado!
¡Herido, lastimado y perseguido!
Llegan ya cerca de él los, que venian,
Pasan por donde estaba y reconoce
Ser muchos Españoles sus amigos,

Que en paz revueltos iban caminando,
Y muchos mas contrarios naturales,
Encomiendase á Dios y con buen ánimo,
Cuando vió, que ninguno le miraba,
Levantó el flaco cuerpo entre los suyos,
Ellos se admiran pero disimulan,
Y sucedióle bien, que no fué visto
De ningun natural, anda y camina,
Sacando brio y fuerzas de flaqueza,
Y cuenta á sus amigos el suceso,
Como se habia escapado tantas veces,
Ellos se alegran, y le dan noticia
De como en el anden en la gran cueva
Despues de la batalla se valiéron,
Y tanto que pudieron defenderse
De la persecucion de los contrarios,
Y como el Rey Bencomo de Taoro
Les dió perdon y los mandaba libres
Á todos treinta al puerto con cien hombres
De guarda á cargo de aquel gran Sigoñe.
Bien pensáron, que entre ellos siendo treinta
Se pudiera escapar el buen Castillo
Sin echarse de ver, mas ya que estaban
Casi fuera del bosque, hacen alto
Los naturales, y Sigoñe manda
Se asienten á la sombra de los árboles
Y les den de comer, hacenlo todos,
Él vuelve astuto con la frágil vista
En un instante breve y reconoce,
Que hay treinta y uno mas, queda confuso,
Cuentalos otra vez, halla ser cierto,
Á los mas nobles de su diestra gente
Del caso les advierte, escandalizanse,
Y andando en estos dares y tomares,
Triste los mira el buen Castillo aflicto.
Acuerdan los crueles naturales,
Que pues hay uno mas, sepan cual sea,
Y le quiten la vida, resolutos

Los miran uno á uno, mas no pueden
Diferenciar, cual es él, que procuran,
No saben que hacerse, y determinanse
Volver ante su Rey á darle cuenta
Del caso, porque estando allá presentes
Ordene y mande aquello, que convenga.
Hacen confusas señas á los presos
Diciendo en ellas, vuelvan á Taoro,
Quieren como Españoles resistirlo
Y librar el negocio por las armas;
Pero Castillo con razones cuerdas
Les pide, que no hagan tal locura
Por el riesgo, que corren sin las guardas
Y por estar sin armas y heridos,
Y así de mala gana murmurando
De su mucha paciencia y sufrimiento
La vuelta dan al reino de Taoro.
En aquesta ocasion Bencomo estaba
Ufano, recibiendo algunos plácemes
Del dichoso suceso de victoria
Y en sumos regocijos y placeres
La muy revuelta y alterada corte.
Llegó Sigoñe á su real presencia
Y con los treinta y uno le propone
La ocasion de haber vuelto del camino,
Admirase del caso el Rey prudente,
Pone la vista atento en los Hispanos
Y reconoce al punto, que Castillo
Era él, que habia demas, llamale luego,
Preguntale al que dellos mas entiende
De su confusa lengua, de que modo
El caso sucedió, que verdad diga,
Y les dará la libertad sin duda.
Proponenle el suceso enteramente,
Y estando el Rey confuso y pensativo,
Sobre si cumpliria su palabra,
Llegan sus bellas y queridas hijas
Á ver los forasteros con sus damas,

Pone los ojos Dácil en Castillo,
Alterase con verle de tal arte,
Que con dificultad le reconoce,
Acercasele bien, por que la vea,
Los ojos vuelve el capitan gallardo,
Mira y conoce á la hermosa Dácil,
Admirase y consuelase mirandola
Y juzga por felice su tormento,
Cuando entiende, que es hija de Bencomo;
Pero por no causar algun escándalo
Fué forzoso á los dos el reportarse,
Allí de nuevo amor con flecha ardiente
Sus corazones inflamados rinde,
Muestrase al padre Dácil lastimada
Y condolida de Castillo, y tanto,
Que le pide y suplica le perdone
Y le dé libertad, el Rey lo otorga,
Y comedido el Español prudente
Muestrase agradecido, aunque por señas
Al Rey piadoso y á la bella infanta
Con tiernos y amorosos sentimientos.
Manda luego Bencomo, que se vuelvan
Y en su guarda Sigoñe, con aviso,
Que á cuantos Españoles encontrare
La misma libertad conceda y haga,
Que con seguridad de sus personas
Lleguen, donde estuvieren sus navíos.
Parten los Españoles con soldados,
Mas Dácil queda, como enamorada,
Triste, aflijida y tanto, que le pesa
Consentir, que se vaya su Castillo,
No menos el ausente, de sus ojos,
Partió con un notable sentimiento;
Pesale no quedar en cautiverio
El cuerpo, adonde queda presa el alma.
Salen al fin del reino de Taoro,
Vuelven por el lugar de la Matanza,
Acuerdanse de nuevo sus trabajos,

Pero todos los pasan con consuelo.
Llegan á la Laguna en breve espacio,
Pasan el llano y deleitoso bosque,
Y aunque encontraban muchos enemigos,
De quien pudiera resultarles daño,
Las guardas los libraban de peligro
Hasta llegar al deseado puerto
De Santa Cruz aquella misma tarde.
No con poco alboroto los cincuenta,
Que con el general allí asistian,
Temieron ser escuadra de enemigos,
La que vieron llegarse, pero luego,
Que conocieron su esforzada gente,
Excesivo fué el gozo, que sintieron;
Recibense y abrazanse y se cuentan
Los unos á los otros sus desastres.
En este mismo tiempo los navíos,
Que sacaron á esotros de la roca,
Yban llegando al puerto deseado,
Y así se vieron juntos brevemente
Mas de doscientos en la arena y playa,
Despidióse Sigoñe y sus soldados
De los de España, y vuelvense á Taoro.
Sacan algun refresco de comida
De los navíos, tratan de animarse
Y dar alivio á los cansados cuerpos,
Y cuando en mas descanso se juzgaban
Vieron, que se acercaba á toda prisa
Un formado escuadron de naturales.
De nuevo se alborotan los espíritus,
El real estandarte en sangre tinto
Al aire se desplega tremolando,
La caja rota, destemplada y floja,
Y la trompeta ronca al punto suena,
Armanse todos, y aunque mal heridos
Al torrejon se suben animosos,
Porque tan cerca estaban, que difícil
Fuera embarcarse á tiempo, que escapasen

Mas, llegan dos del bando, que venia,
Y dicen, que de parte de Añaterve
Rey de Güimar, su constante amigo,
El pesame les dan de su desgracia,
Y Herbolario diestro, que les cure,
Y un presente aunque pobre, en testimonio
De voluntad, y fuéles presentado,
Doce cerdosos cuerpos y gruesísimos,
Doce carneros mochos, mansos, bellos,
Doce castrados, baifos y cabrunos,
Doce cabritos, doce corderillos,
Doce lechones tiernos regalados,
Doce docenas de conejos bellos,
Doce quebeques grandes de manteca,
Doce quesos añejos, doce frescos,
Doce odres grandísimos de leche,
Doce cueros de gofio de cebada.
Estimó el general mucho el presente,
Y al punto el cirujano se dispuso
Á ejercitar su ciencia en los heridos,
Y estuvo en su compañia cinco dias,
Y al cabo dellos como agradecido
Envió el general al Rey de Güimar
Un morrion lustroso con sus plumas,
Una gorra de fino terciopelo,
Un caballo y jaez, muy estimado,
Una cortante espada reluciente,
Bañada en sangre del Rey Bencomo,
Una banda amarilla con sus borlas,
Una graciosa caja de cuchillos,
Unas medias de seda granadinas,
Seis pares de zapatos pespuntados,
Un borceguí argentado costosísimo
Y sobre todo un rico anillo de oro,
Y en él una esmeralda trasparente
Como en señal de su esperanza cierta,
Y al soberbio Herbolario y demas gente
Dieron diversas piezas y regalos.

Al fin se despidieron muy gozosos
Y apénas se ausentáron de su vista,
Cuando reconociéron otra gente,
Que de Nivaria viene á combatirles,
Y conociendo al Capitan Haineto,
Vasallo del de Naga, alborotados
Quisieron embarcarse en los navíos.
Pero andaba la mar tan alterada,
Que no les dió lugar, y así briosos
Se dispusieron todos á defensa,
Y, aunque todos heridos, todos juntos
Dentro en su torrejon los esperáron.
Llegó Haineto, y con fiereza brava
Persuadiendo á los suyos al combate
Dió al torrejon tres vueltas en contorno,
Procurando la parte acomodada
Para les asaltar, y en un instante
Alzando el silvo y bélico alarido
Saltó Haineto y otros, que le siguen,
Cuando acudiendo los varones fuertes
Se trabó tal batalla de ambas partes,
Que retumbando los furiosos golpes
Atronaban el valle, monte y playa.
Frescas heridas sobre las primeras
Recibiéron los unos y los otros,
Hieren y matan, baten y combaten,
Mas, aunque tan furioso fué el asalto,
Tan valerosamente resistiéron,
Que al suelo descayéron ofendidos
Los, que de salto al torrejon voláron.
Y muchos muertos, muchos sin cabezas,
Muchos sin brazos, piernas desmembradas
De los irresistibles golpes fieros,
Cayó Haineto mortalmente herido
Y el cuerpo revolcando en la arena,
Bañado en sangre suya, aun no cesaba,
Que dando voces á su fiera gente
Los animaba á la batalla cruda,

Indicios dando de gallardo esfuerzo
Y claras muestras de invencible espíritu;
Mas no cesaban no los fieros bárbaros,
Que en vez de escarmentar y acobardarse,
Viendo á su capitan herido y muerto,
Con doblado rencor, saña y enojo
Tiraban desde abajo, no atreviendose
Volver de salto arriba, dardos, piedras
Tales y tantas, que tal daño hacian,
Que hubo de permitir el Rey del cielo,
Que, para que pudiesen socorrerse
Sus cristianos heridos y angustiados,
Cesase el mar, crecida la marca,
Con tal bonanza, que sin riesgo alguno
Llegáron los bajeles á la orilla
Hasta encallar las proas en la arena
Y con las piezas, versos y esmeriles,
Ballestas, pasadores y arcabuces
Auyentáron con notable pérdida
Á los contrarios, que con furia tanta
El torrejon cercaban y aflijian;
Los cuales, viendo su notorio daño
Y el poco, que los nuestros recibian,
Desampararon con afrenta el campo,
Publicando victoria los de España.
Muriéron tres soldados españoles
Y como quince fueron malheridos;
Pero muriéron de los Guanches fuertes,
Que trabajaban mas por señalarse,
Como sesenta y mal heridos ciento;
Aqueste fué el suceso y los combates
De la primera entrada de Españoles,
Cumplióse la sentencia del Dios Marte
Y la derrota y desastrada suerte,
Que sucedió en Centejo á los cristianos,
Por cuya causa aquel término
De la Matanza por la muchedumbre
De gente, que murió de entrambas partes

En aquel bosque, donde aun hoy se hallan
Hierros de dardos, piezas de armas fuertes
Y huesos de difuntos, y es muy público
Haberse ahora hallado en nuestro tiempo
De oro ciertas doblas á lo antiguo,
Y son tantas las cosas, que se cuentan
De aquel tan desdichado y triste dia,
Que por ser temerarias y algo incrédulas
No he querido tocarlas ni escribirlas;
Mas solo digo, porque es bien se crea,
Que batalla mas cruda, mas reñida,
Ni de mayor estrago no se ha visto
En otro tanto número de gente,
Pues que de mil soldados de los nuestros
Muriéron ochocientos poco menos,
Quedáron todos los que se escapáron
Con daño heridos lastimosamente,
Patente indicio, donde claro constá,
Que todos batalláron y ofendiéron,
Pues que todos quedáron ofendidos;
Pero remito aquesto á los discretos,
Porque lo consideren como tales.
Y vuelo al general, que cuidadoso
Entró en consejo con su gente noble,
Por resolverse en lo que hacer debia,
Y aunque algunos quisiéron, se dejase
La pretension costosa de conquista,
Muchos nobles dijeron ser ilícito,
Y al fin Lope Hernandez de la Guerra,
Viendo á su general tan angustiado,
Sin gente, sin dineros, y sin armas,
Se ofreció de ayudarle con su hacienda,
Diciendo venderia dos ingenios,
Que en Gran Canaria poseia entonces,
Para suplir los gastos de la guerra,.
Y que enviase por socorro á España
Con su poder á un hombre honrado y grave,
Para que el rico ó noble, que les diera

Gente, partido hubiese con ganancia.
Aqueste parecer alabó mucho
El discreto Hernando de Trujillo
Y otros varios nobles, y no poco
Se satisfizo de ello Don Alonso,
Tanto, que alegres en sus pechos nobles
Sintiéron tanta parte de consuelo,
Que en el lugar, donde hubo esta consulta,
Prometiéron devotos de fundarle
Á la Vírgen princesa de los cielos
Una suntuosa Ermita intitulada
Consolacion, y al punto se embarcáron
Sigiuendo su derrota á Gran Canaria,
Á do Guerra cumplió lo prometido
Enteramente, cual aquí lo abono
Y segun se verá en el canto nono.

Canto noveno.

Tinguaro pide por esposa á Guacimara, ella no consiente: Sale de Naga, y Ruiman de Taoro; son tenidos por muertos: Hallanse en la Laguna difrasados, no se conocen: envia desde Canaria el General á España por socorro: pierde el juicio Benejaro: Gobierna Tinguaro el Reino: acusan á Gueton y á Rosalva en la muerte de Ruiman y los prende Bencomo sin culpa.

Ya que del fiero Marte los rigores
Y la cruel batalla de Centejo
Se ha declarado y todas las mas cosas,
Que con tan graves daños sucediéron
Al Español, hasta que con propósito
De prevenirse y reformar su ejército,
Habiendose embarcado en sus navíos,
Siguiéron el viaje de Canaria:
Vuelvo á tratar, cerrando este parentesis,
Por no perder el hilo de la historia
Lo que este tiempo sucedió en la isla.
Estaba Benejaro Rey de Naga
Con su gente esperando en la Laguna
Aviso del combate de Centejo,
Y como de Tinguaro la Victoria
Ganó aunque á costa de los naturales,
Luego que se acabó el combate duro,
Movido del amor de Guacimara
Y por gozar del reino prometido
Determina ir á Naga, acompañado
Con cuatrocientos hombres, despidiendose
Del Rey su hermano, que aunque malherido
Ambos estaban, hace la codicia
Del interés sufrible los trabajos.
Fué caminando toda aquella noche,

Sin dar reposo á los cansados cuerpos,
Del bélico furor atormentados,
Y al tiempo propio, que la clara aurora
Añunciaba la luz del mismo dia,
Llegó al lugar, do estaba el Rey de Naga,
Cansado de esperar la noche en peso
Á la española gente con la suya.
Sintiéron el tropel de los Taorinos
Las centinelas del espeso bosque,
Conocen á Tinguaro y se suspenden
De verlos derramar á todos sangre,
Reliquias del furor de la batalla;
Mas como en voces altas los oyesen
Victoria y libertad, que publicaban,
Alegres con placer los recibiéron,
Y al Rey propone el gran Tinguaro altivo:

Ya Benejaro aquestos brazos mios,
Con fuerza belicosa, ardid y maña
Han quebrantado los violentos brios
De la soberbia y domadora España,
De los suyos la furia y desafíos,
No temais ya, que roja sangre baña
Los bosques de Centejo, y destrozados
Quedan vencidos, muertos y arruinados.

Á mi patria libre de ellos triunfando,
Rompiendo los formados escuadrones
Y en sangre suya tintos arrastrando,
Gané sus estandartes y pendones,
Al fin tuve victoria peleando,
Aunque los llaman (con razon) leones,
Pues el ser lo mostráron de tal suerte,
Que fué comun á todos daño y muerte.

Mira, que estas heridas, que vertiendo
La noble sangre, que mi pecho encierra,
Honor, la patria y Reyes defendiendo

Han dado libertad á nuestra tierra,
Y vé, que justamente estan pidiendo,
Poniendo ante sus ojos esta guerra,
El premio á mis trabajos prometido,
Pues dellos tanto bien se te ha seguido.

En riesgo de mi vida y honra he hecho
Lo que quedé obligado á tu persona,
Asegurando el gran peligro estrecho,
En que estaba tu estado y tu corona,
Ahora tu real y franco pecho,
Cómo quien los servicios galardona,
Es justo á mi nobleza satisfaga
Y lo, que prometió, se cumpla y haga.

Que como él, que bien ama, no reposa,
Mi amoroso deseo siente y siento
La dilacion de ver mi cara esposa;
Guerra á donde no basta sufrimiento
Es la heróica palma victoriosa
Y premio de este honroso vencimiento,
Y con ella el estado Reyno y tierra,
Que prometiste en premio desta guerra.

Ufano el Rey, con pecho agradecido,
Dandole un tierno abrazo le responde:

Corone dafne tus lúcidas sienes,
Dame esos brazos capitan famoso,
Columna firme, que mi honor mantienes,
Defensor de la patria valeroso.
Tan obligado á tu valor me tienes,
Que no te pago con hacerte esposo
De mi hija, pues soy, quien gano en ello
Lo mucho, que perdiera en no hacello.

Todo el caudal de la Nivaria es nada
Para satisfacer lo que mereces,

Que libertad no puede ser pagada
Con los mas estimados intereses.
Si por tí de cautiva es libertada,
Y tanto la levantas y engrandeces
Mi vida, cuanto mas mi pobre estado,
Que te diera, quedara á tí obligado.

Mas sabe, amigo, que en aquel momento,
Que llegué de Taoro á mi morada,
Á mi hija traté del casamiento,
Y en no hacerlo está determinada
Y aunque ha sido por mí con sano intento
Rogada, persuadida y aun forzada,
Un no continuo, pertinaz, molesta,
Obstinada y resuelta dá en respuesta.

Cosa imposible (aunque en razon forzosa)
Será, que otorgue en ello, que, aunque es justo,
Que cumpla mi palabra y sea tu esposa,
Ella no quiere, y ha de ser su gusto;
Sin voluntad de parte no es valiosa
La fé de matrimonio á su disgusto,
Contigo cumplo, si la fuerzo en ello
Mas cuanto á padre y Rey no puedo hacello.

Precipitado de rabiosa furia
El gran Tinguaro replicó diciendo:

Ya acaban mi paciencia tus razones
Benejaro, ¿que es esto? mas no digas,
¿Aquestos son los prometidos dones?
¿Con este premio tal te desobligas?
¿Son estos los debidos galardones
De librarte de gentes enemigas?
¿Con palabras, lisonjas y zozobras
Piensas remunerar mis claras obras?

Por el divino sol, si luego al punto
No cumples tu palabra, por entero,

O que este cuerpo ha de quedar difunto,
O ser en sangre tuya can cerbero,
Tinguaro soy, tus maquinas barrunto,
Bencomo, el Rey potente y justiciero
Es mi carnal hermano, y esta afrenta
No es bien, que estando él vivo se consienta.

Modesto, reportado, blando y manso
El Rey por aplacar su enojo y cólera
Afablemente replicó á Tinguaro:

Cuan enojado capitan te alteras,
No adviertes, que es mi gloria complacerte,
Y que estas mis razones son sinceras,
Y fuera yo ofenderme el ofenderte,
En Reyes no hay palabras lisonjeras,
Y no es razon me trates de esa suerte,
Vamos juntos los dos á mi real corte,
Daré en las cosas de tu gusto corte.

Sosegóse Tinguaro con aquesto
Y el perdon demandando satisfizo
Al Rey, y al fin partiéron para Naga,
Á dar próspero fin á su propósito,
Tinguaro de esperanzas tan seguro,
Cuanto dudoso el Rey disimulando,
Y no poco aflijido y cuidadoso
Por saber el intento de su hija.
En aquesta ocasion Ruiman el principe
En cortes de su padre el Rey Bencomo
Andaba en desafíos y pendencias
Con Gueton, que á su hermana pretendia
Y en matrimonio la pidió á su padre,
Al cual le fué negado, porque andaba
Solícito Ruiman en impedirlo,
Y al fin, como supiese, que su tio
Estaba en Naga, con razon pidiendo
La esposa, reino y triunfo prometido,
Receloso y aflicto imaginaba,

Que medio dar á su pasion celosa,
Solicitado del amor firmísimo,
Con que amaba y queria á Guacimara,
Determinó muy secretamente,
Disfrasado con traje de villano,
Salirse de las cortes de Taoro
Y parecer presente en las de Naga
Por dar mas fácil á su mal remedio
Y conocer á la princesa bella,
Pretendiendo impedir el matrimonio
Con la deuda legítima, que á Guajara
Debia el gran Tinguaro, la cual triste,
Como hubiese llegado á su noticia,
Que estaba en Naga el capitan ingrato,
Que le robó su honor y pretendia
Dejandola burlada desposarse,
Pareció en presencia de Bencomo
Y postrada á sus pies amargamente,
Vertiendo tiernas y sentidas lágrimas,
Desmelenando con violenta furia
El dorado cabello rubicundo,
Mesó su delicado rostro hermoso
Pidiendole justicia de su hermano.
Y el justo Rey, movido á tierna lástima,
Le prometió remedio de sus quejas
Contra el valiente capitan, que estando
Con Benejaro en Naga, á do esperaba
La corona del reino y dulce esposa,
Hubo por cierta industria, modo y traza
De hablar en secreto á la princesa,
Do estaba á solas, para persuadirla
De las terribles ancias de su pena
Y ablandar su dureza con razones,
Ageno de las llamas de su pecho,
Con que adoraba al principe Ruyman,
Y al fin como llegase á su presencia,
Haciendo venerable acatamiento,
En secreto silencio le propuso:

Principio de mi mal, fin de mi pena
Felice premio del trabajo mio,
De mi sugeta voluntad cadena,
Cautiverio y prision de mi alvedrio,
Como, pues eres de belleza llena,
Usas conmigo de rigor impio,
Siendo tan propio de la que es hermosa
Ser noble, afable, blanda y amorosa.

Muevate la pasion, con que te adoro,
Y tu misma crueldad, que pues ha sido
La causa de las ansias, con que lloro,
Por ella humilde la piedad te pido,
Que si á crueldad le guardas el decoro,
Pues ves con cuantas véras me ha ofendido
Con ella propia á compasion te obligo,
Que de mis males todos es testigo.

No es justo ser ingrata siendo noble,
Baste con tus crueldades mi tormento,
Que aunque en dureza seas fuerte roble
Te obligará nobleza al mal, que siento,
Doble es mi mal, y advierte, que es mas doble
La razon, pues te obliga un buen intento
Y haber puesto por tí mi vida en trance,
Que basta á que tal gloria premio alcance.

Hazme por solo amarte, aborrecido
Por darte libertad, me la has robado,
Por defender tu reino, me has vencido,
Por alcanzar tu honor, me has arruinado,
Á mi firmeza pagas con olvido,
¿Mas como olvido? si no me has amado!
Que al fin, si en algun tiempo amado hubieras,
Ya fuera menos mal, que aborrecieras.

Conozco, no merezco ser tu esposo,
Y que de gloria tal me hallo indigno

Mas el pecho real y poderoso
Da generosa paga de contino,
Tres cosas tiene el premio generoso,
Una, que al que es premiado hace digno
De recibir, que es propio á los servicios,
Que merecen en premio beneficios.

Otra, que no sea menos, ni sea tanto,
Tercera, que sea mas, agradeciendo,
Y así conforme á esto me adelanto
Á lo que niegas, y te estoy pidiendo,
Permite, que se acabe mi quebranto,
El gusto de tu padre el Rey haciendo,
Que tuyo es hoy y así debes ser mia
Y mudar en amor la rebeldía

Con toda honestidad, prudencia y término
Estuvo atenta la princesa hermosa,
Hasta que respondió de esta manera:

¿De que sirve Tinguaro porfiado
Cansarme con razones, y cansarte?
Imposible es poner en tí el cuidado,
Aunque mas me persigas para amarte,
Si sabes, que el amor es libertado
Y no le obliga la crueldad de Marte,
Porquè quieres, que rinda el gusto mio
Contra mi voluntad á tu alvedrio.

En materia de amor no se usan leyes,
Que las suele violar un pensamiento,
No le pueden forzar Dioses ni Reyes,
Ni yo sufrir tu mucho atrevimiento;
Confieso, que has domado estrañas greyes,
Y conozco tu gran merecimiento,
Mas ¿que razon habrá, que sea forzosa
Y me pueda obligar á ser tu esposa?

¿Díte palabra yo para ser tuya?

¿Es mi padre señor de mi alvedrio?
Si á mí te prometió, yo no soy suya
En voluntad, que soy del gusto mio,
Razon será, que acabe y que concluya
Tu tema, pretencion y desvario,
Que estoy resuelta y firme en este intento
Y no se ha de mudar mi pensamiento.

Tinguaro, que hubo oido tal respuesta,
Con sentimiento y encendida furia,
Le replicó incitado de impaciencia:

¿En quien jamás resolucion tan fuerte
Se vió, y adonde ingratitud tan brava?
Aquí me tienes, dame cruel la muerte
Y mi pasion y tu crueldad acaba,
¿No bastaba por ley de amor quererte
Y librarte de ser perpetua esclava
De la estrangera gente?, di, ¿no es parte
Para poder rendirte y obligarte?

Fuiste al fin muger para vencerme,
Y eres muger al fin para obligarme,
Muger para ser cruda en ofenderme,
Muger, para ser fiera en acabarme,
Muger, para ser fácil en perderme,
Muger, para difícil en cobrarme,
Muger, que no hay sublime, á quien no abata,
Y al fin muger, muger en ser ingrata.

La tierra con ser dura y de estrañeza
Ofrece al labrador agradecida
Por uno ciento, usando de nobleza,
Y alimentando así su mortal vida;
Del mas soberbio perro la estrañeza
Suele mostrarse al dueño condolida,
Si le ve padecer cualquier tormento
Usando el natural conocimiento;

Los árboles con ser insensitivos,
Agradeciendo el bien al hortelano,
Los ramos opulentos y no esquivos
Del dulce fruto rinden á su mano;
Yo, que de mil peligros ofensivos
Pude librarte, juzga que lo gano,
Tu padre me ha burlado, tu ofendido
¿Y me llamas temoso y atrevido?

Apenas acabó de decir esto,
Cuando en la parte, donde estaban solos,
Se oyó el rumor de un alboroto estraño,
De gritos, silvos y espantosas voces,
Que los fuertes soldados de Tinguaro
Andaban en combate á golpes rudos
Con los, que eran de guardia del Rey de Naga,
Y en la corte causó notable escandalo
Por ciertas diferencias y rencillas,
O por ser cosa propia de Taorinos
Hacer mala amistad con los de Naga.
Así le fué forzoso al gran Tinguaro
Acudir al rebato repentino,
Por sosegar los bárbaros furiosos,
Quedando sola la princesa bella,
Que no poco aflijida y congojada
De las prolijas cosas de Tinguaro
Tuvo á buenaventura el alboroto,
Que fué ocasion y causa de dejarla.
Y como al fin se viese perseguida
Del Rey su padre y aun de todo el Reyno,
Para que esposa fuese de Tinguaro,
Discurso hace de aquel gran peligro,
En que del padre la palabra dada
Y el gran poder y fuerzas de Tinguaro
Su libertad tenian, recordandose
Del entrañable amor, con que Ruiman
Amaba, firme en este pensamiento,
Determinó dejar su reino y corte

Y partir en secreto disfrazada
En traje de pastor para Taoro,
Á do pensaba hallar su caro principe
Para darle de sus amores parte,
Agena de la mucha, que en su pecho
Habia, con deseo de ser suya
Y dar remedio al mal de sus pasiones,
Huyendo del peligro, en que se veia.
Y así vencida del amor ordena
Poner este propósito en efecto,
De traje muda y el Tamarco viste
De un rústico zagal, cortó el cabello
Por encubrir la mugeril presencia,
Con que se disfrazó de tal manera,
Que era imposible fuese conocida,
Ni por muger juzgada (que hay mugeres
Perfectas pero astucia en todas ellas).
Así salió de corte sin ser vista,
Rendida del furor del amor ciego,
(Que amor y el interés de un firme intento
Suelen facilitar cualquier peligro,
Venciendo el mas agudo entendimiento
Y son cuchillo de un honesto pecho.)
Mas en el propio tiempo y coyuntura
Su constante amador Ruiman el principe
No menos incitado de los celos
De Tinguaro su tio y de las ancias,
Con que amaba y queria á la princesa,
Que ya por él seguia su camino
De tal ageno, como ya resuelto
De partirse del reino de Taoro
Para él de Naga, do pensó hallarla,
Siguió tambien la via el propio dia,
(O maravillas del amor sútiles,
Perturbador astuto de las almas)
Que como un mismo ardor, un fuego mismo
Causaba en estos tristes corazones,
Así tambien un mismo pensamiento

(Aunque son varios los, que amor inspira,)
Reinaba en ellos, y en la misma suerte.
Los dos partiéron en un tiempo mismo
Buzcando el uno al otro, y quizo el hado,
Que por do pretendieron mas remedio,
Halláron menos, con mayores daños,
Y por mas escusarse del camino
Frecuentado de gente, aunque distaban
De un reino á otro mas de treinta millas,
Por no ser conocidos, camináron
Por diferentes partes y entre cerros,
Montes espesos y escabrosos bosques
Con peligrosas sendas y veredas,
(Que siempre las de amor no son seguras.)
Mas cuando el gran Bencomo de Taoro
Estaba mas soberbio, ufano, altivo
Con el gozoso triunfo y la victoria
De los de España, y mas por que los Reyes
De todos los distritos de la isla
Le habian enviado embajadores
Á darle el parabien de la victoria
Y el pláceme glorioso de su triunfo,
Todos rindiendo agradecidos gracias
Al valor de su hermano y poder suyo,
Se halla menos en su reino y corte
El principe Ruiman, su amado hijo,
Á cuya causa con estraña pena
Mostraba de su ausencia el sentimiento
Con lástima y dolor de los vasallos.
No menos rigurosas agonias
Sentia Benejaro, Rey de Naga,
Por su princesa bella, amada hija,
Con mil sospechas, y ninguna acierta
De la amorosa causa de perderse,
Aunque algunos pudiéron persuadirse
Haber sido robada de Españoles,
Por lo cual con la gente de su bando
Les dió el asalto el capitan Haineto,

Cuando en el torrejon murió vencido,
Que todo sucedió en un mismo tiempo.
Cinco vueltas en torno habia dado
Al círculo espacioso de la tierra
El carro fulminante de Timbreo,
Cuando los dos amantes disfrasados
Vieron cumplido el fin de su propósito,
Llegando á Naga el principe Ruiman
Y Guacimara al reino de Taoro,
Sin haberse encontrado en el camino,
Y haber seguido diferente senda
Fué ocasion de que así se dilatase.
Halláron ambos en sus tristes cortes
La lamentable ausencia, que á su causa
Lloraban con funesto y largo luto,
Teniendose por muertos, considere
Él, que sabe de amor, la doble pena,
Que sentirian, y el tormento y ansias
Del corazon ardiente en llamas vivas,
Viendo frustrado el bien de su esperanza.
Y aunque la muerte, que lo acaba todo,
Suele borrar con postrimeras lágrimas
Del amor mas constante la memoria,
Fué tanta la firmeza de sus almas,
Que no pudo faltar, ántes creciendo
La pena en ellos con tormento esquivo
Dieron la vuelta en término muy breve,
Dudosos de su fin para sus reinos,
Llegáron cierto dia á la Laguna,
Que está en medio el camino, y aflijidos,
Considerando el llano prado ameno,
Los altos robles, los crecidos pinos,
Los umbrosos cipreses, frescos lauros,
Las varias yerbas y olorosas flores,
Las simples voladoras avecillas
Con cánticos sonoros y armonia,
Las aguas cristalinas, los arroyos,
Que alimentaban el dichoso sitio.

Y todo, aunque era partido alegre,
Causaba doble pena en sus entrañas,
Que sale el cuerpo enfermo, destemplado
De corruptos humores, los manjares,
Que son mas saludables convertirlos
En el pésimo humor, de que adolece;
O el sol cuya virtud es salutífera,
Y suele entrando en signo pernicioso
Causar notables daños excesivos;
Así la recreacion, el gusto y gloria
Del prado deleitoso eran mas parte
De afliccion y tristeza á los dos principes,
Imaginando en su contraria suerte,
Y en el dudoso fin de sus desdichas
Y pudiendo alcanzar á divisarse
Apresuráron los cansados pasos
El uno hácia el otro, con intento
De informarse, si acaso en aquel término
Habia mayorales de pastores,
Que les diese á guardar algun ganado;
Que su determinado pensamiento
Era de no volver eternamente
Á cosas de la corte, mas quedarse
En aquel sitio, á do de gloria agenos
Pasar su vida triste, solitaria,
Apetecida de sus almas siempre,
En quien suele reinar melancolía.
Y llegando ya cerca el uno al otro
Comienzan sus sentidos de alterarse,
Miranse enmudecidos y suspensos,
Porque sin esperanza ya de verse,
Aunque se ven presentes, no es posible
Persuadir su presencia al pensamiento;
De gloria tan inmensa, aunque confusos,
Un no sé que de alteracion les causa
Y en lo interior del alma se contemplan
Por la similitud de los retratos,
No en los de las tablas, que no siendo

Muy primos en el arte los artífices
Y los matices toscos y groseros
Era imposible, que las simples sombras
De los bosquejos bastos fuesen causa
De tan gozoso efecto, mas supliendo
La falta de trasunto perfectísimo,
Que al vivo el niño Dios, supremo artífice,
Labró con el buril de ardiente fuego
Y sangre en ellos para eternizarse,
Se esparce un tibio yelo entre sus venas,
Mudanse las colores de sus rostros,
Que suelen demudar las novedades
Allí su embelezado entendimiento,
La confusa memoria revolviendo,
De larga voluntad solicitados
Sintieron cierto antojo ó fantasía.
O fortuna cruel, fortuna ingrata,
Autora de mudanzas y de enredos,
Á cuando aguardarás, dí ¿porque permites,
Que aquestos dos amantes, pues padecen
El uno por el otro amarga pena,
Estando juntos, puedan tus rigores
Impedirles el bien de conocerse?
Al fin, aunque turbado llega cerca
Ruiman y a Guacimara así le dice:

Zagal hermoso, el cielo te mantenga,
Venturoso te haga y prosperado
Y en muy buen hora tu presencia venga,
Que en verte siente alivio mi cuidado.
¿Habrá en aqueste bosque do entretenga
Mi vida con guardar algun ganado?
Que aunque jamas ha sido mi ejercicio
Le dijo ahora por mas grato oficio.

Cansado vienes, sientate y descansa
En este prado ameno, que convida,
Á quien cual yo ha perdido la esperanza,

Que aquí aventure el resto de la vida,
Tengo por gloria y bien aventuranza
La soledad del alma apetecida,
Que, como sola pena le acompaña,
La compañía del placer estraña.

Mas, como al que está en gloria entretenido
Placer mayor, en gozos colocado,
Causa ver al que triste y aflijido
Está de gloria en penas desterrado
Y en él, que así padece, si advertido
Es el placer, dolor causa doblado
Sintiendo solo alcanza su memoria,
Á ver con tanta pena tanta gloria.

Así quien cual yo está de gloria ageno
Entre la intolerable angustia mia,
Con que sin esperanza de bien peno,
Causa doblada pena la alegria;
Mas, ay, perdona, que, como estoy lleno
De amargas desventuras, mi agonia
Con ellas te regala y te recibo
Como comun sustento, con que vivo.

Oyendo estas razones Guacimara
Este discurso entre sí misma dice:

O que conversacion, plática y gusto,
Á medida y nivel de mi deseo,
Que razonar discreto en todo al justo
De lo que en mis pasiones siento y veo,
¿Pecho tan noble, talle tan robusto
Se halla entre pastores? no lo creo,
Que de nobles desciende su linaje,
Aunque se viste de villano traje.

Aquesta es mi oportuna compañía,
Que es lo que parece aquí estrangero,

La suya acepto, si el quiere la mia,
De hoy mas le elegiré por compañero,
Promete gran nobleza y cortesía,
Su trato propio es él, que buzco y quiero,
Que es imposible, que, donde hay nobleza,
Falte lealtad, y en amistad firmeza.

Con esto la princesa al noble principe
Dijo con muestras de amistad firmísima:

Pastor prudente, si el divino cielo
Algo para mí tiene de piadoso,
Si en esta triste vida algun consuelo
Me puede conceder, ó algun reposo;
Si me ha querido sublimar de vuelo
Fortuna, dandome algo de dichoso,
Es solamente haberte yo encontrado
En el puerto, en que estoy, en este prado.

Holgarame en el alma razon darte
En lo, que me has pedido y preguntado,
Mas no soy natural de aquesta parte,
Donde ahora me ves desamparado,
El cielo me guió para encontrarte,
Dichoso con tu vista me he hallado
En este puerto, donde ahora vengo,
En quien ni deudos ni parientes tengo.

Lo que podré hacer darte compaña,
Porque cual desdichado y aflijido
He de vivir con esperanza estraña
Guardando algun ganado en este ejido,
En lo, que esta Laguna fresca baña,
El mayoral Menceito proveido
Del gran Tegueste suele dar rebaños
Á guarda á los zagales mas estraños.

Ruiman le replicó con rostro alegre



Y corazon sincero satisfecho
De la bella princesa estas razones:

Que yo tu compañía rehusara,
Noble zagal, injusta cosa fuera
Y si á servirte el alma no inclinara
En prueba de amistad firme y sincera
Esto mi noble pecho te declara
Y así de hoy mas con voluntad entera
Me puedes ocupar en tu servicio,
Que será obedecerte mi ejercicio.

Aquí do ves, que el agua cristalina
Regala y cria yerbas olorosas
Y flores de belleza peregrina
La hacen mas fragantes y hermosas,
Aquí do la purpurea clavellina
En matices compite con las rosas
Y del jasmin los visos recamados
Entre los lirios ves entreverados,

Quiero en mi pobre vida acompañarte,
Tiende la vista, advierte y considera
La azucena hácia aquella parte,
O ¿quien de tanta gloria capaz fuera?
Y mirará á do el agua se reparte
Junto al tesoro de la primavera,
Hinojo, azandar, heno y el poleo,
Que parece, que incitan al deseo.

Mira los altos árboles acrecidos
Que de viciosa yedra están tramados
Del tiempo y su braveza combatidos
Y pocos de su curso quebrantados;
Si aquestos de la tierra mantenidos
Y en sus entrañas duras arraigados
Resisten los combates de braveza,
¿Como en un corazon falta firmeza?

¿Cual cosa hay mas segura, que los males?
¿Y cual mas, que los bienes peligrosas?
Que al fin son los trabajos naturales
Por ser la vida humana trabajosa,
Luego aunque sean las penas desiguales
Y fortuna contraria rigurosa,
No es lícito se mude el prosupuesto
De un corazon á padecer dispuesto.

Pasáron largo rato conversando
Con agradable gusto á su propósito,
Y profesáron amistad firmísima
Con voto y juramente recatandose
De darse á conocer el uno al otro.
Sin sospechas del bien, que se encubria,
Fueronse solos juntos, procurando,
Quien les diesen ganado, que guardasen
Para entretenimiento de su vida.

Ya de las fieras hondas combatido
Y del próspero viento á popa en salvo
El valeroso Lugo con su gente
Lastimada, herida y maltratada
Al puerto de Canaria habia llegado.
Fué muy bien recibido, aunque con pena,
De sus amigos y de los parientes
De aquellos, que murieron en la guerra,
Pusose por la obra lo acordado
En la Consolacion, y el buen Maestre
De Campo Lope Hernandez Guerra insigne
Vendió por diez y seis mil dollas de oro
Dos ingenios de azucar, tierras y aguas.
Hecho de noble espíritu magnífico,
Y como al general le pareciese
Ser, (aunque tanto) poco aquel dinero
Para los muchos gastos de conquista,
Con cuatro genoveses nobles, ricos,
Francisco Palomares, Mateo Viña,

Nicolao Angelate y Juan del Blanco
Trató por escritura, que le diesen
Ayuda de moneda y bastimentos.
Habiendo los partidos de armadores
Hecha la compañia, del contrato
Otorgáron poder en forma todos
De mancomun, segun es ordinario,
Á Gonzalo Juarez de Maqueda,
Persona de valor, renombre y crédito,
Vecino del gran puerto, celebrado,
Que goza el nombre de la Santa Vírgen,
Para que fuese á España y concertase
En nombre dellos con cualquier persona,
Duque, Marques ó Conde, rico ó noble,
Que haciendo compañia, les quisiese
Ayudar con socorro de seiscientos
Peones y con treinta de á caballo,
No menos, ántes mas si ser pudiese,
Ofreciendo darian de partido,
Que quitados los costos y los quintos
La presa de cautivos y ganado
Se partiese en dos partes y aplicasen
La una entre soldados y la otra
Para los armadores por su cuenta.
Y aunque el poder resaba de esta suerte,
Era de Lugo el principal intento
Suplicarlo por cartas al gran Duque
De Medina Sidonia, Guzman ínclito,
Fiado que lo haria como príncipe.
Despachóse con esto el mensajero,
Y los conquistadores diligentes
Lo necesario en tanto prevenian,
Llamando y convocando á sus amigos.
Agenos deste daño los Nivarios
Estaban con el bien de la victoria,
Unos gozosos, y otros lastimados
Con pérdida de amigos y parientes
Y con mayor estremo los dos Reyes,

Padres de los dos principes perdidos;
Que de la bella Guacimara siente
Tanto la ausencia el venerable anciano,
Que las sospechas de su robo ó muerte,
Venciendo el sentimiento á la paciencia
Le enagenó del natural juicio.
Los nobles hijos dalgos de su estado,
Viendo en su Rey frenética dolencia,
Se aflijen y recelan con escándalo
De toda la comun gente plebeya,
Que el victorioso capitan Taorino,
Tinguaro, hermano del gran Rey Bencomo,
Á quien los naturales celebraban
Por padre de la patria, enternizandole
Con justos nombres, memorables títulos
Del vencimiento de los Españoles,
Viendose de favor enriquecido,
Con desafíos y amenazas grandes
Pediá el señorío de aquel reino
Y la hermosa esposa prometida.
Por remediar aqueste grave daño
Los vasallos del viejo Rey frenético,
Á cuyo cargo aquel gobierno estaba,
Conformes y de acuerdo pareciéron
Ante la real presencia de Bencomo,
Y dieron su disculpa suplicandole
Aplacase el enojo de su hermano.
El justo Rey considerando aquesto
Y las sentidas quejas, que hacia
Guajara con razon y justa causa,
Mandó se desposase el gran Tinguaro
Con ella, y pues al reino de los Nagas
Tenia accion por natural derecho
Y Benejaro estaba por entonces
Como loco, incapaz de gobernarlo
Y le faltaba sucesor legítimo
Siendolo con razon los desposados,
Rigiesen el estado y gobernasen,

Acuerdo fué prudente decretado
Segun la antigua ley de su república;
Mas por no dar lugar á disenciones,
Mandó, que en cuanto el viejo Benejaro
Viviese no gozasen el renombre
De Reyes, y así solo lo tuvieron
Como administradores de justicia
Coñ gusto y beneplácito de todos,
Aunque bien falto de él el Rey Bencomo
Hacia temerario sentimiento,
Llorando por la muerte de su principe
Con largo luto y con obsequias tristes.
Y pudó tanto la enojosa pena,
Que los vasallos suyos presumian
Ser agresor Gueton el Güimarense
De la muerte del principe Ruiman,
Culpandole á Rosalva en el delito,
Diciendo, que en secreto lo matáron,
Porque les impedia el casamiento,
Á lo cual confirmaba la pendencia
De los dos y el enojo, que fué público.
El Rey Bencomo, de ello persuadido,
Como enemigo de Anaterve, airado
Mandó poner en rigurosas cárceles
Á los dos acusados inocentes,
Para tomar venganza en su castigo;
Fué la prision segura en hondas cuevas,
Dos millas de su corte en un gran cerro,
Juntas y divididas de manera,
Que les fuese imposible hablarse, ó verse,
Eran de corta, fuerte, estrecha entrada
Cerradas con arena, tierra y piedra,
Dejando un agujero muy pequeño,
Por do pudiesen darles la comida,
Y con trescientos hombres bien armados
De guardia estaba mas segura y fuerte,
Hasta que el Rey mandase darles muerte.

Canto décimo.

Anaterve Rey de Güimar envia á Guañon, sn capitan, con embajada á Bencomo: respondele mal, y vuelve huyendo de Taoro: el Duque de Medina recibe las cartas de Canaria y concede el socorro: Reprende Bencomo á Sebensui; llega Guañon á las carceles, mata á las guardas: sale Gueton y no quiere librarse, vuelven á prenderle: llega el socorro y parte á Tenerife.

Sabiendo el Rey de Güimar Anaterve
De su querido hijo las prisiones,
Sintiólo como padre, mayormente
Por ser Bencomo crudo y su enemigo,
Y así quejoso de él con causa justa,
Temiendo, que le hiciese algun agravio,
Habiendo su consejo con los grandes
Determinó enviarle una embajada
Con Guañon, capitan valiente y noble,
La cual dijo el Rey de esta manera:

Dirasle al Rey Bencomo de Taoro:
Las ofertas, que á Rey es ordinario,
Y guardando el respeto á su decoro
Le dí, ¿por que se muestra mi contrario,?
Y que del cielo contra él imploro
El rigor de justicia temerario,
Pues pretende ofender mi hijo amado,
Por lo que sin razon se le ha imputado.

Con aquesta justicia le amenazo,
Que es mas recta, cruel y verdadera
Y á crudas guerras de hoy mas le emplazo,
Si piensa proceder de esta manera.
De lo, que se le imputa, no haga caso

Sueltelo libre, y no permita á quiera
Vęr con alzada mano de mi gente
La faz airada con la altiva frente.

Y si mi hijo en algo le ha ofendido
Consultese el negocio y conste claro
El delito, que hubiere cometido,
Que yo seré juez severo y raro
Y aunque es mi hijo, habiendo delinquido
En cosas, que le toquen, sin reparo
Haré ejemplar castigo en su persona,
Que el buen padre al mal hijo no perdona.

Bien sabe, que continuo á mis vasallos
Los rijo con justicia y con preceptos,
Y suelo justamente castigarlos,
Estando solo á mi valor sugetos,
No es lícito pretendan gobernarlos
Señores impropios é imperfectos,
Si le injurió mi hijo, mi justicia
Debe dar el castigo á su malicia.

Sabed do está Gueton, como, en que parte,
Que soldados le guardan de continuo,
Si tienen buena prevencion de Marte,
Y toda la intencion del Rey Taorino,
Y con aquesto parte luego, parte,
Pasa la cumbre, abrevia tu camino,
Que yo de tu valor asegurado,
Negocio de importancia te he encargado.

Partió Guañon, veloz, presto y ligero,
Y en breve espacio atravesó la cumbre
Y llegó al real palacio de Bencomo,
Y como puntual, sabio y discreto
Dió con acatamiento su embajada,
Segun que por su Rey le fué mandado;
Pero Bencomo con soberbia é ira,

Embravecido en cólera y enojo,
Oyendo la embajada de Anaterve,
Descomedidamente aquesto dijo:

Decid al Rey injusto, que os envia,
Que no debe guardarsele el decoro
Al noble, que comete alevosia,
Y aquesta ley se guarda en mi Tagoro,
Gueton es causa, que de noche y dia
Esté mi corte triste en planto y lloro,
Y que sin sucesor mi reino quede,
Que lo gobierne y rija y que lo herede.

Matóme á mi Ruiman como alevoso
Deseando casarse con mi hija,
Solo porque impedia ser su esposo,
Ved si es bastante causa, que me aflija,
Altivo no se muestre ni brioso,
Que le haré su cólera corrija,
Deje que de un traidor haga justicia,
Si no quiere, que acuse su malicia.

Esos brios, que muestra, furia y saña,
Fuera mejor, que de ellos hiciera empleo
Contra la fuerte y domadora España,
Que contra mí los tenga en devaneo,
Pues estando en la tierra gente estraña
Mostró como cobarde en su deseo
Una alevosa voluntad contraria
De ver en sujecion la gran Nivaria.

Por el Guayajerar, que nos sustenta,
Que he de tomar venganza por mi mano,
De suerte tal, que dello se arrepienta,
Cuando el arrepenterse salga en vano,
No es lícito, ni es ley, que se consienta,
Que viva un Rey traidor, un Rey tirano,
Andad, decid, que guarde su cabeza
Del airado furor de mi braveza.

La de Gueton le dé poco cuidado,
Que ántes de mucho le verán mis ojos
Muerto, del tronco de un laurel colgado,
Justa satisfaccion de mis enojos,
Que él que á un Rey inocente muerte ha dado
Muera aunque Rey, su vida de en despojos
Y el Rey tirano pierda reino y tierra
Á fuego y sangre, con crueldad y guerra.

Guañon, que oyó en Bencomo tal respuesta,
Afrentado á su Rey y amado príncipe,
No sufrió su nobleza callar tanto,
Y así, temblando del furor colérico
Los desmedidos miembros de su cuerpo,
Á voces altas respondió á Bencomo:

Habla Bencomo con mayor templanza,
Que eres de lengua pródigo, y no poco,
Y el hombre, que en si tiene confianza,
Siempre lleva el castigo como loco,
Vive el cielo, que enristre aquesta lanza,
Con que á romperte el pecho me provoco,
Ofendes á mi principe y maltratas
Á mi Rey con palabras tan ingratas.

El Rey se alborotó, y los circunstantes
Y el capitan Sigoñe airado y fiero
Quizo tòmar, de agravio tal, venganza:
Y alzó la sunta persiguiendo á golpes
Al valiente Guañon, que en breve punto
Cercado estaba de Taorinos fuertes;
Juega brioso la ligera lanza,
Y aunque le tiran dardos, hastas, piedras,
Y otros le aflijen con pesadas masas
De todos se defiende con tal ánimo,
'Que á sus contrarios propios admiraba.
Cual en el coso suele el fuerte toro,
Cercado de ligeros toreadores,

Aflijido de flechas y garrochas,
Perseguido de perros, desangrado,
Corrido de caballos y ginetes,
Con alboroto y vocinglero estruendo,
Huir bramando, de impetuosa furia,
Y al fin rompiendo por cualquier peligro
Con los agudos y encorvados cuernos,
Estando en campo raso, aunque le siguen
Con voces de tropel los mas ligeros,
Á prisa sigue la veloz carrera,
Tal el fuerte Guañon acelerado
En medio del peligro, aunque aflijido,
De dardos y de piedras y bastones
Acomete bramando al mas osado,
Y al fin rompiendo y destrozando sale
Por entre el escuadron de sus contrarios,
Sigue el camino propio, por do vino,
Y aunque le siguen muchos corre á prisa
Jugando de los pies y de las manos,
Dando de su valor bastantes pruebas;
Todo esto hace un corazon gallardo,
Celoso de la honra de sus Reyes,
Menospreciando riesgos y peligros.
No fué de aquesta suerte recibido
El mensajero del ilustre Lugo
Ante el famoso y muy cristiano Duque
De Medina Sidonia, que ántes viendo
Las cartas, la ocasion y el gran servicio
De Dios y de los Reyes sus señores,
Usando de grandeza y trato noble,
Que en sus progenitores resplandece
Y en sus antecesores se halla escrito,
Con mano franca y pecho generoso
Y con liberaleza como principe,
Todo lo demandado otorgó al punto
Muy sin limitacion, mas con ventaja,
Que no han de ser escazas las mercedes
De mano tal, y en ocasion tan alta,

¡O ínclito Guzman, Guzman sublime!
Que viendo el pecho bárbaro pagano,
Revelde y pertinaz en cautiverio,
Y esclavonía de Satan malévolo,
De amor movido y caridad de prójimo,
Mandó, que el estandarte de sus armas
Con las insignias de Castillos fuertes
Al aire tremolando en sus banderas,
Atemorice al pertinaz gentílico
Y lo convierta al evangelio Santo
Y se sugete á la real corona
Del invicto Fernando Rey católico.
Luego siete banderas y pendones
Se ponen en las plazas de San Lucar
Y un bélico estandarte de á caballo
En el soberbio alcazar del gran Duque,
Tocan las trompas, suenan los clarines,
Retumban cajas y repican pífanos,
Rugen las armas, truenan arcabuces,
Limpian espadas, prueban las ballestas,
Picas empuñan y montantes juegan,
Caballos saltan, tascan duros frenos,
Sale por general del bravo ejército
Bartolome de Estopiñan nombrado,
Juntanse en poco tiempo y breve término
Seiscientos y setenta y mas peones
Y ochenta fuertes hombres de á caballo,
Aprestanse al momento los navíos,
Salen en bravo alarde y gran paseo
Por la dorada arena haciendo salva
Á su excelencia, y con bravo orgullo
Se embarcan todos de cristiano espíritu
En el dichoso puerto de Bonanza,
Y veinte y dos de Octubre de aquel año
Parten con viento hecho, alzando el ancora,
Y al paso de la Barra peligrosa
Largan la artillería y arcabuces
Con militar concierto y sumo gozo,

Tocando cajas, pífanos y trompas,
Salen al ancho mar, largan las velas
Y el viento á popa van rompiendo el agua.
Mas, ya que el gran Guañon llegó hasta Güimar,
Y el Rey supo el suceso y la respuesta,
Con guerra á la venganza se apercibe
Y habiendo en ello acuerdo con sus grandes
Despachó luego cuatrocientos hombres,
Todos nobles, guerreros de esperiencia,
Y al capitan Guañon los encomienda,
Y mandóles, que lleguen con secreto
Á la prision do está su amado principe
Y á pesar de las guardas de Bencomo
Lo librasen á él y á su Rosalva
Y no volviesen vivos á su corte
Sin cumplir su preciso mandamiento.
Y así determinados camináron
Al reino de Taoro, al tiempo y cuando
Bencomo de sus cortes se partia
Á la punta, que llaman del Hidalgo,
Que son unos remotos y altos riscos
Confines con el reino de los Nagas,
Que los primeros hijos de Tinerfe,
Á Guahuco bastardo hermano suyo
Dieron en particion y por su muerte
Los gozaban dos nobles sucesores.
El uno dellos se llamó Tegueste
Y casó con Tejina bella infanta,
Hija de Acaymo, Rey de Tacoronte,
Y por dote le dió el hermoso valle,
Que hoy llaman Tegueste á causa suya,
Y aunque algunos creian, que era reino,
Se engañan, y es error, que solamente
Fué señorío y nunca jamas tuvo
Cetro de hueso antiguo, ni Tagoro,
Ni fué por Rey con calavera electo.
Llamóse Sebensui esotro hermano,
Que en los riscos y punta, tierra y valle

De su abuelo vivió continuamente,
Aqueste fué llamado Hidalgo pobre,
Que Archimensen decian en su lengua,
Á cuya imitacion quedó á este término
La punta del Hidalgo por renombre.
Fué notado en su vida de vicioso,
Porque siempre vivia pobremente,
Aunque le daba para su sustento
El Rey de Naga cantidad de gofio
De renta en cada un año, á rienda suelta
Sin temor, como noble aparentado,
Y por ser respetado por valiente,
Vivia regalado en ocio y vicio,
Hurtando de continuo agenos frutos,
Ganados y otras cosas de los Nagas,
Sin que hubiese remedio, ni castigo,
Y en este tiempo como Benejaro
Estaba loco, con menor recelo
Hacia grandes robos con gran daño.
Y como el capitan Tinguaro estaba
En el gobierno del quejoso Reyno,
Por evitar escándalos y guerras,
Dió aviso al Rey Bencomo, hermano suyo,
El cual determinado á remediarlo
Con secreto partió solo sin gente
De su Taorino reino hácia la puerta,
Porque con cierto ejemplo, industria y órden
Pretendia poner cumplida enmienda.
Y así llegó Guañon con sus soldados
Al reino de Taoro y á las cárceles
Á coyuntura comoda, y llegando,
Habiendo puesto espías y celadas,
Les dió á las guardas repentino asalto.
Trabóse cruda guerra incontinente,
Sonaban gritos, silvos y alaridos,
Volaban por el aire fieros dardos,
Tiraban unos las rollizas piedras
Y otros herian con las gruesas mazas,

Rompiendo, maltratando y destruyendo
Con tanta furia, que en muy poco espacio
Tuvieron la victoria, aunque costosa,
Los Güimarenses, sin que de las guardas
Quedase alguno, que el aviso diese.
Y luego el gran Guañon y gente fiera
Rompiéron la prision en un instante,
Donde Gueton estaba, tan furiosos,
Que, aunque de adentro grandes voces daba,
Jamas oyeron, hasta que les dijo
Estando fuera ya con grande enojo:

Decid ¿cuales tartáricos guayotas
Del lagrimoso Echeide os investigan?
¿Como teneis estas prisiones rotas?
Los soberanos cielos os maldigan,
De mi inocencia dais de culpa notas,
Con que mas mis contrarios me persigan.
¿Pensais, que soy algun traidor malvado,
Que he de salir de aquí como culpado?

Si os envió mi padre á hacer esto,
Mejor acuerdo fuera bien tomara,
Pues se fundó en maligno presupuesto,
Queriendo, que de aleve me infamara;
Sabed, que á estarme preso estoy dispuesto,
Hasta que la verdad espresa y clara
Me absuelva, que ahora libre la persona
Queda en infamia eterna mi corona.

El largo tiempo con su curso puede
Usar de rigor contra mí airado,
Que el sufrimiento noble á todo excede,
Y he de ser de victoria coronado,
Tiempo habrá de venir, en que yo quede
De prision libre y aun del mundo honrado,
Pues la mentira falta como escasa,
Y la verdad no quiebra, aunque adelgaza.

Decid al Rey mi padre, se sosiegue
Y convierta su cólera en paciencia,
Hasta que la verdad á punto llegue,
Que pueda dar en tal maldad sentencia;
Al cielo soberano se lo ruegue
Y no piense librarme con violencia,
Que, si tal pretencion mi intento fuera,
Yo me librara sin que aquí viniera.

Dió con esto Guañon un fuerte abrazo,
El cual llorando dijo al caro príncipe:

Noble señor, tu ánimo excelente
Tu vida en peligroso trance pone,
Suplicote y te pido humildemente,
Así de gloria el cielo te corone,
No dejes de ir conmigo y con tu gente,
Que basta ese valor para que abone,
Estar sin culpa, por que el padre tuyo
No vea el dia postrimero suyo.

Otro apretado abrazo le dió el príncipe
Y con alegre rostro, aunque aflijido,
Á su esforzada gente dijo aquesto:

Yo os agradesco amigos la victoria
Y prometo de os dar el premio justo,
Que jamas faltará de mi memoria;
Mas advertid, que de estar preso gusto,
Tengo aquesta prision por honra y gloria,
Porque con la verdad así me ajusto,
Volveos otra vez al punto presto,
Y al Rey me encomendad diciendole esto.

Con tal resolucion Guañon confuso,
Aflicto y congojado con su gente
Se despidieron de su noble príncipe,
Cuando un cierto pastor, que desde un monte

Vió el combate y suceso, á toda prisa
Llegó á darles la nueva á los Taorinos;
Mas como el Rey Bencomo estaba ausente
Se dilató con alboroto estraño
Prevenir el socorro, gente y armas.
Viendo pues Gueton, que estaba solo,
Cercado todo de difuntos cuerpos
De los fieles guardas que en la batalla
Perdiéron, no el honor, pero la vida,
Llegó con prestos pasos á la cueva,
Do estaba presa la querida esposa,
Y con el sentimiento de su pena
Hàblando dijo á la prision y cárcel:

Robustas peñas, mas endurecidas,
Que aqueste corazon, pues me es posible,
Que con véras no pierda una y mil vidas,
Siendo cual sois de ingratitud terrible,
Decid ¿no os mueve estar enriquecidas
Con la gloria á mis ojos invisible?
¿Porque no os aplacais siquiera un tanto
Ya que no con tal gloria, con mi llanto?

¡Ay! mi Rosalva, hermosa prenda mia,
Hallar no puedo un medio para verte,
O temeraria angustia y agonia,
Triste, infelice y desastrada suerte,
O prision de mi mal al bien impia;
¿Porque padesco pena y pasion fuerte,
Fortuna, pues lugar y tiempo ofreces,
Porque en el mejor punto desfalleces?

Gran rato anduvo el principe, buzcando,
Por donde poder ver su infanta bella,
La cual no pudo oirle, porque estaba
Adentro reposando en triste sueño,
Hasta que, ya llegando de socorro,
Tigaiga, Afur, Sigoñe, capitanes,

Con mas de mil soldados á las cárceles,
Viendo Gueton su súbita venida
Refrenó de amor ciego el apetito,
Cuando la bella infanta, que entre sueños
Las últimas acertó de las voces,
Que postrimeras dió Gueton su amante,
La pequeña ventana de la cueva
Destapando, miraba como humilde
Por preso se entregaba á los soldados
Y en lo que pudo oir de sus palabras
Lo sucedido enteramente infiere,
Ve como todos con aquel respeto
Le vuelven otra vez á las prisiones,
Comienza á lamentar su adversa suerte
Diciendo entre otras muchas estas lástimas:

¿Cual pena habrá, que iguale á mi fatiga,
Que fatiga, que exceda á mi tormento,
Á quien tormento á llanto tal obliga?
¿Que llanto habrá de tanto sentimiento,
Con quien fortuna á bienes enemiga
Usó jamas tan vario movimiento,
Y quien cual yo con ansia dolorosa
De desventura puede estar quejosa?

Maldigo el sueño y mi contraria suerte,
Maldigo mi descuido ó mi cuidado,
Que al fin, como es figura de la muerte,
Con ella se ha en mis daños conjurado,
¿Que temo, amado principe, de verte
Sin culpa por mi causa aprisionado,
Y que me impida el hado y la fortuna
Gozar una ocasion tan oportuna?

Estraño mal, que mucho menos fuera,
Y para mí mas gloria y alegria,
Si yo sola esta pena padeciera,
Pues sola toda es la culpa mia,
Que ver aprisionar de tal manera,

Á quien por mí padece, y la agonia
Resiste con amor y sufrimiento,
Hacen doble mi pena y mi tormento.

El eco de la voz interrumpida,
De los suspiros del cansado espíritu,
Dulce, aunque triste el principe atendia,
Dobló su pena mas, porque imposible
Era hablarle ya, que estaba entonces
Cerca de la prision con los Taorinos,
Á los cuales con rostro humilde y grave
Y con prudencia y discrecion les dijo:

Amigos, ó enemigos de lo hecho,
No os espanteis, ni yo me maravillo,
Que amor de Rey ensoberbese el pecho
Del vasallo mas llano y mas sencillo,
Quisieronme librar del trance estrecho,
Mas, fué contra mi honor, y consentirlo
No quise, que he de estar como estoy preso
Hasta ver la verdad de este suceso.

Sin culpa vuestro Rey me ha aprisionado,
Y aunque contra razon le estoy sugeto,
Quiero quedar como quien soy honrado,
Á padecer mil suertes en aprieto,
En esto solo estoy determinado,
Los muertos enterrad, que yo prometo,
Siento en verlos tal pena, que quisiera,
Que la suerte en los mios sucediera.

Todos de ver aquel gallardo espíritu,
Término noble y razonar discreto,
Conociendo á la clara su inocencia,
Admirados y á lástima movidos
Vertiéron de sus ojos tiernas lágrimas;
Mas tratan los Taorinos, que en lo hecho
No innovasen, tocando en cosa alguna
En los difuntos, muertos en la guerra,



Y menos á la cueva quebrantada,
Hasta que el Rey de todo se informase,
Temiendo su furor, enojo y cólera.
Mas él de todo ageno y descuidado,
Cuidoso solamente en el propósito,
Que llevaba siguiendo su camino
Hácia la punta y riscos del Hidalgo
Por enfrenar de Sebensui los vicios
Y con notable ejemplo darle enmienda
De su dañosa vida escandalosa,
Cuando llegaba cerca de la cueva,
Se detuvo aguardando á hablarle
De industria, cuando fuese al medio dia,
Pasado el punto y hora del convite.
Estaba entonces Sebensui vicioso,
Comiendo solo con superflua gula
Grueso castrado de rebaño ageno
Cabrito tierno, que adquirió robando,
Panal meloso y otras frutas varias,
De que el vicio comun le proveia,
No le sobró de todo cosa alguna.
Entróse el Rey, y como turbado
Y dudoso le vió, le dijo aquesto:
Bien se vé Sebensui, cuan descuidado
De obediencia de Rey vives vicioso,
Pues por verme así solo te has turbado,
Y estás en conocerme tan dudoso,
Si conocieras Reyes, recatado
Vivieras mas en paz, con mas reposo,
Y así porque conoscas á Bencomo
En tu provecho este trabajo tomo.

No poco alborotado el gran Hidalgo,
Demudado el color al Rey se humilla,
La turbacion venciendo de su espíritu,
Y fingiendo alegrarse, le responde:

Seas Rey y señor muy bien hallado,

Que como á tales horas has venido,
Me admiro, y de no verte acompañado,
¿Cuando yo tanto bien he merecido?
Mas que corrido estoy y desgraciado,
Porque imagino, que no habras comido,
Y si es así descansa en cuanto venga,
Que en breve punto solo me detengo.

Diciendo aquesto fué á salirse afuera,
Para hurtar ganados, cual solia,
Y á costa agena al Rey hacer el plato,
Que aunque le causa admiracion el verlo
Á solas fatigado y de camino,
Solo el manjar le daba mas cuidado,
Como quien solo en ello se ejercita;
Mas como el Rey prudente le entendiese,
Con aquestas palabras lo detuvo,
No consintiendo, que saliese afuera.

Detente, Sebensui, solo imaginas
En la comida, advierte y considera,
Si darme de lo ageno determinas,
Que injusto fuera el Rey, que tal comiera,
¿Que aunque con ver á un Rey te desatinas,
No temes su presencia justiciera?
¿Y con sudor ageno le convida
Tu vida ociosa? Dame otra comida.

Cada palabra, que Bencomo hablaba
Glosaba Sebensui, considerando
El fin de tal suceso pensativo,
Y al Rey, humilde replicó diciendo:

Bien sabeis, que no alcanza mi pobreza
Mas de solo agua y gofio, si lo quieres;
Con ello al punto te pondré la mesa,
Pues lo ageno no admite ser quien eres,
Es mi testigo el cielo, que me pesa,

De tener mios prósperos haberes,
Para hacerte aquel recibimiento,
Que obliga tu real merecimiento.

En esto puso al Rey la pobre mesa,
En ella un grande ganigo de gofio,
Y de agua clara un mal labrado búcaro,
Pide Bencomo sal, para comerlo,
Faltóle acaso, por mayor desgracia,
Mas el prudente Rey, dandole en todo
Notable ejemplo se sentó, y echando
Agua en el gofio, la harina amasa,
Comelo, y muestra ser sabroso al gusto,
Y con prudente razonar y aspecto
Grave y confuso á Sebensui propone:

Pariente, tu sin rentas, sin ganados,
Ni crias cual perdido te sustentas,
Estando en tí los vicios consumados,
Del ageno trabajo te alimentas,
Gofio y agua, manjares estremados
Adornan mas las mesas opulentas,
Con ello te contenta y te recata,
Que aqueste gofio y agua á nadie mata.

Ya ves que en tu presencia lo he comido
Sin sal, y no he hallado en él disgusto,
Todo el manjar ageno es desabrido
Y en el propio el discreto halla gusto,
Advierte en lo que tengo referido,
Que si te ajustas con lo que me ajusto
Te servirá de sal, y certífico
Te halles (aunque pobre) muy mas rico.

No dijo mas, salióse de la cueva
Y se quedó el hidalgo enmudecido,
Puesto el dedo en la boca, imaginando
Del sabio Rey el ejemplar estilo.

Representale al punto la memoria
Breve el discurso de su mala vida,
Pesale de ella, y para enmienda sale
Á procurar al Rey, para pedirle
Perdon y darle agradecidas gracias;
Pero tarde acordó, que presuroso
Ya atravesaba los espesos montes
Y por lo mas secreto, y mas remoto
De industria se escondió por no ser visto,
Y aunque con diligencia y agonia
Procuraba hallarle el gran Hidalgo
Fué imposible acertar á descubrirlo;
Luego desamparó la pobre cueva,
Dió de mano al regalo, al ocio y vicio,
Y fué siguiendo el rastro de Bencomo
Hasta llegar al valle, do asistia
Su valeroso hermano el gran Tegueste,
Y le pidió le diese, en que ocuparse,
Y á Bencomo su amigo le pidiese,
Quisiese perdonar sus desvaríos.
No poco se alégró Tegueste de ello,
Tanto que le admitió en su compañia
Y mayoral le hizo de su hacienda,
De tierras, aguas, frutos y ganados,
Que eran tantas las crias que tenia
En el distrito de la vega hermosa,
Do tiene tierno asiento la Laguna,
Que tenia ocupados cien pastores
En guarda suya, y aun tambien entre ellos
Los principes Ruiman y Guacimara,
Que una manada hermosa de ovejuelas
Guardaban juntos y se amaban tanto,
Que los demas pastores conocidos
Los tuvieron continuo por hermanos.
Y estaban de las cosas de la corte
Tan olvidados, que ningun juicio
Pudiera persuadirse á conocerlos,
Y así encubriendo el uno al otro

Quien fuesen se mudaron otros nombres,
Y se apartaban á continuas horas
Á la contemplacion de los retratos,
Y al ejercicio de su llanto y pena.
Mas ya cuando Bencomo hubo llegado
Á su Taorina corte, y le dijeron
El gran quebrantamiento de la cárcel
Y muerte de los suyos, encendido
En viva ira y cólera, decia
Soberbias arrogancias, y rabioso,
Aunque una persuasion de buen concepto
De la inocencia de Gueton sentia,
Mandó fortificasen las prisiones
Con mayor aspereza y se pusiesen
Dobles guardas, espías y atalayas,
Amenazando con sentidas quejas
Al Rey de Güimar ante el cual llegando
Guañon con sus soldados valerosos,
La batalla cruel y la victoria
Y respuesta del principe su hijo
Le contáron, y de ello aflicto y triste,
Perdió la confianza de su vida,
Pero no la esperanza firme y cierta,
Con que esperaba la cristiana gente,
Deseoso de verla ya en la tierra
Para entregarle su dichoso reino.
No se engañaba en ello, que en Canaria
Postrero dia del Octubre mismo,
Año de cuatrocientos y noventa
Y cuatro, en las peninsulas estériles,
Seguro puerto, la famosa armada
Del generoso duque surgió en salvo;
Pisa en escuadras la española gente
La canariense y hondeada arena,
Causando á todos excesivo gozo.
Sale el famoso Lugo á recibirla
Con sus soldados en concierto y órden,
Deleitase de ver el bravo ejército,

Rindiendo gracias al Guzman magnífico,
Salvanse los lúcidos escuadrones,
Y el ronco son del numeroso alarde
Altera y sobresalta los espíritus,
Y retumban los montes, playas, valles,
Y en el abismo del cerúleo piélago
Ordena el general, que se dividan
Los que escapáron de la gran matanza
Del peligroso bosque de Centejo.
Poñese entre ellos, míralos á todos
Y así les habla, les propone y dice:
Varones fuertes, nobles caballeros,
Que en el furor de la pasada guerra
Mostráron vuestros ánimos guerreros
El invicto valor, que en vos se encierra:
Ahora espero con victoria veros,
Domando el brio á la rebelde tierra,
Pues del Duque Guzman, supremo Marte,
Vemos entre los nuestros su estandarte.

Juzgad, si á do tremolan sus banderas,
Ánimo podrá haber que se acobarde,
Mirad la playa, márgen y riberas,
Que ocupa en órden el bizarro alarde
Viendoos con tal socorro en las praderas
Donde el marcial incendio abraza y arde,
Victoria habrémos pues de un bravo Marte,
Vemos entre los nuestros su estandarte.

Al famoso renombre de Leones,
Que os dá triunfo, corona y gloria tanta,
El castillo, que veis en sus pendones,
Á ser eterno con su ser levanta,
Ahora los viriles corazones,
Cuyo valor inmenso al mundo espanta,
Tendran victoria pues de un bravo Marte,
Vemos entre los nuestros su estandarte.

Poned aquel castillo en vuestros pechos,
Y el nombre de Guzman dentro en el alma,
Sereis fuertes leones en los hechos
Y de victoria alcanzareis la palma,
¿Podrán poner á nuestro esfuerzo calma?
Pues del Duque Don Juan, supremo Marte,
Vemos entre los nuestros su estandarte.

Con esto á todos satisfizo tanto,
Que briosos y altivos deseaban
La ocasion de poder mostrar su esfuerzo,
Y luego, haciendo salva de ambas partes,
Se recibiéron con placer gozoso,
Y en cuanto reformaban los navíos
Y embarcaban pertrechos, municiones,
Bastimentos, y cosas necesarias
Tres dias naturales reposáron
Por dar alivio á los cansados cuerpos
Del ímpetu del mar atormentados.
Y al cabo estando todo prevenido
Todos con alegria se embarcáron,
Cuando desaferradas ya las áncoras
Y en alto hizadas las pesadas vergas
Largan al largo viento el ancho paño,
Sopla (contando las furiosas ondas)
Las nacaradas y tendidas velas,
El vendaval á popa blando y próspero;
Tiemblan los fijos y enjarciados mástiles,
Crujiendo las garruchas y poleas,
Disparanse atronando el puerto y playa
Al retumbar de trompas y atambores
Los bronces, esmeriles y arcabuces,
Y la entonada voz, los marineros
Alzando invocan el divino auxilio,
Largan á toda prisa las escotas,
Dan vuelta á las peninsulas estériles
De confites marítimos frutíferos
Á la vista agradables y sofísticos,

Tiende la noche sus nocturnas alas
Y en el silencio de su sombra oscura,
Pasan surcando el proceloso golfo,
La peligrosa mancha, aunque cerúlea,
Llamada blanca, negra en agonia,
Propia morada en adversarios tiempos,
Do nunca el Dios Nereo, el Dios Neptuno,
Con su tridente y poderoso báculo
Pudo aplacar los ímpetus y furia
Del soplador Dios Eolo impacífico,
Ni las Diosas marítimas habitan,
Las nereidas sirenas amadriadas,
Por la inquietud continua de sus hondas.
Mas al romper del alba anunciadora
Del claro Apolo, autor de la alegria,
Se hallan los belígeros navíos
Cercanos á la tierra deseada
Y á los peñascos pardos y robustos
De los roques de Naga celebérrimos,
Y sin perder aquel seguro abrigo
De los súbidos cerros reconoce
La playa hermosa, el Torrejon caido
La cruz devota en alto levantada,
Sobre la peña, do la vez primera
La puso el general, que los Nivarios
No la quitáron, mas la veneraban,
Por verla venerar á los Cristianos;
Y otras reliquias vieron y señales,
Que les causaba gozo y regocijo,
Y mirando á lo largo divisáron
Los altos montes y las grandes sierras
Del Reyno de Güimar, desde adonde
Añaterve gozoso los miraba.
Tambien contemplan en la playa hermosa
De Candelaria la dichosa cueva,
Do estaba la preciosa y santa imágen,
Humillanse, y reclinan las rodillas,
Alza y ajusta cada cual las manos

Y todos hacen oracion devotos
Á la vírgen sagrada, suplicandole
Les diese esfuerzo, ánimo y paciencia,
Valor, brio y victoria en los combates,
Y paz con los contrarios enemigos.
Amainan los velachos y las gabias,
Y luego las mesanas y trinquetes,
Echan el plomo, fondean en la altura,
Clavan las fuertes uñas de las áncoras
En las solapas, y apretada arena
Las corvas popas á la tierra vuelven,
Haciendo pardas sombras en la orilla.
Á prisa marineros y grumetes,
Á prisa los bateles y los remos,
Á prisa desembarcan capitanes,
Á prisa los alferez y sargentos,
Y á prisa los soldados animosos,
Siguiendo sus pendones y banderas,
Á prisa tocan cajas, suenan pífanos
Y retumban clarines y trompetas,
Saltan en tierra, postranse en el suelo,
Besan humildes, dando inmensas gracias
Al que les trajo al Puerto en salvamento,
Devotos se arrodillan en la playa
Ante la Cruz, que estaba en ella fija,
Y allí hacen voto de seguir la guerra
Hasta morir, ó conquistar la tierra.

Canto undécimo.

Alborotase la isla con la segunda entrada de los Españoles: junta él de Taoro gran número de naturales en la Laguna: sucede en ellos una gran pestilencia: hace el general de España alarde y lista de sus soldados, y prenden un espía de los naturales.

Crecen del bravo Marte los furores
Con nueva alteracion; ira y enojos,
Los Reyes de la isla se alborotan
Con los recien venidos Españoles;
Previenen y aperciben capitanes
Y convocan y animan los soldados,
Juntanse en sus Tagoros á consulta
Y acuerdan lo que importa á su defensa,
Tienen avisos, dares y tomares
Unos con otros, pero sobre todos
Se muestra él de Taoro mas soberbio,
Que confiado en la pasada guerra
Piensa siempre triunfar y haber victoria;
Avisa el Rey Acaymo en Tacoronte,
Y á los de Naga, para que se junten
En la Laguna, y sale de Taoro
Con cinco mil infantes: llegan luego
Tegueste y Sebensui con mil, y llega
Acaymo con dos mil, y despues dellos
Tinguaro con tres mil, que el Rey de Naga,
Que por la pesadumbre de su hija
Habia perdido el natural juicio,
Convaleciendo ya de su locura,
Y así á Tinguaro con respeto grande
Agradecido de su buen gobierno
Por sucesor tenia de su estado,

Y á Guajara su esposa, á quien venia
El reino de legítimo derecho.
Y en aquesta ocasion los tres mil hombres
Le dió para acudir á la Laguna,
Donde Bencomo estaba con su ejército
De once mil soldados naturales,
Mas permitió el Señor de cielo y tierra,
Que al punto en ellos dió disminuyendoles
Un contagio, modorra, ó pestilencia,
Con que de ciento en ciento se quedaban
Muertos armados en el campo y bosques.
Tenido fué por cosa de milagro,
Que aunque tantos morian sin remedio
En todo el tiempo, que duró la guerra,
No se halló jamas ningun soldado
De los de España del contagio herido,
Aunque andaban entre ellos de ordinario.
El noble Rey de Güimar Anaterve
Recibió gran placer con la venida
De los Cristianos por mejor vengarse
De Bencomo y librar su preso hijo,
Entra en consejo con sus grandes, nobles
Sobre juntar su valerosa gente
Con la española, para darle guerra
Á Bencomo y ayuda á sus amigos.
Tratan sobre ello con contrarios votos
Y al fin acuerdan, que neutral se muestre,
Hasta ver los principios de victoria,
Temiendo los sucesos de la guerra
Y las contrariedades de fortuna,
Porque siendo Bencomo victorioso,
Como la vez pasada, quedarian
Para perpetuos malos enemigos,
Y el principe Gueton su hijo preso
En peligro mayor, todos vinieron
En este parecer, mas luego envia
El noble Rey dos fuertes capitanes
Con algunos presentes y regalos

A los de España dandóles el pláceme
De su alegre venida y ofreciendose
Al socorro posible necesario.
Mostróse á todo el general famoso
Agradecido, dandole respuesta
Con su prudencia y término discreto,
Y como hubiese aviso de atalayas,
Que estaba el Rey Bencomo en la Laguna
Con poderoso número de gente,
Ordena, que se haga de la suya
Alarde general, y que se alisten
Todos segun el órden de la guerra.
No estaba él de Taoro descuidado,
Ántes de dar batalla de deseoso,
Despachó dos espías, que en secreto
Bajasen las tres millas de camino
Con órden, que asistiesen de ordinario
En un barranco grande junto al puerto
Ocultos y en continua vigilancia,
Porque á su salvo viesen el ejército
Y el intento supiesen del contrario
Y le pudiesen dar de todo aviso.
Bajan en breves horas las espías,
Descienden por lo hondo del barranco,
Llegan á Santa Cruz y á la gran playa,
Donde estaba el real de los cristianos,
Escondense al instante en la espesura
De higueras, de tabaibas y cardones,
Varias crecidas y olorosas yerbas.
Mas ya resuena el ronco son de Marte
Los tambores, los pífanos y trompas,
Y en los valles, collados, montes, playas,
Retumba el eco del famoso alarde,
Desocupada está la plaza de armas,
Y en ella á la una parte el alto trono,
Sillas y asientos de conquistadores
Del noble Don Alonso Hernandez Lugo,
Gobernador y general supremo,

De Lope Hernandez Guerra, que ejercia
De maestre de campo el digno oficio,
De su sobrino Hernando Esteban Guerra,
Y coronel Hernando de Trujillo,
Jerónimo Valdés mayor sargento,
De Andrés Suarez Gallinato alferez
General, y de Pedro de Vergara.
Estos fueron los nobles caballeros,
Que se pueden llamar conquistadores,
Porque con sus personas y haciendas,
Parientes y criados asistieron
Por cabeza del cuerpo de conquista,
Y del Gobernador acompañados.
Es de advertir, que hubo tres maneras
De conquistadores, estos principales,
Otros que solo fueron armadores,
Y la tercera suerte los soldados
De á caballo y de á pié, con diferentes
Partidos, privilegios y ventajas.
La órden que se dió á los capitanes
Era, que se hiciese la reseña
De la española gente, que en las islas
Estaba ya, y despues de la del duque.
Ya resuenan las trompas y clarines,
Y el capitan Gonzalo del Castillo
Entra con esta gente de á caballo:
Francisco Gorvalan, Pedro Benitez,
Pedro de Mondoñedo y Hernan Guerra,
Guillen de Castellano, Anton Vallejo,
Francisco de Albornoz, Pedro Mejia,
Mateo Viña, Solorzano de Hoyos,
Hernando de Llerena, Lope Aguirre,
Jorva, Anton Viejo, Darce, Juan Perdomo,
Los dos Pedros de Lugo, Juan Benitez,
Bartolomé Cabrera, Marcos Verde,
Negron, Pedro Deniz, Sanabria, Arzola,
Alonso Calderon, Negrin, Dumpierrez,
Diego de Betancor, Sancho de Vargas,

Pedro Alarcon, Hernando San Esteban,
Juan Badajoz, Alonso de la Fuente,
Diego Mosquecho, Bernabe Lucena,
Hernando de Medina, Juan de Almanza,
Francisco Vilches, Diego Marmolejo,
Juan Berriel, Martin Zapata el Mozo,
Gonzalo de Alcaraz y Diego Ponce,
Pedro y Juan Zambrana, Juan Izquierdo,
Antonio Monteoca, Andres Luzardo,
Gonzalo Bello, Alonso de la Peña,
Los Castros, Zalazares, Pimenteles,
Los Rojas, Bobadillas y Laaisas.

El capitan famoso Ybone de Armas
De los peones hizo su reseña,
Y aquesta fué la lista que se sigue:
Francisco Melian, Diego Meneces,
Hernando Antonio, Sancho de Herrera,
Diego de San Martin, Lope Gallego,
Hernando los Olivos, Pedro Marques,
Diego Delgado, Bernabé Gutierrez,
Rodrigo Yanes, Pedro San Esteban
Carrasco, Juan Navarro, Antonio Casares,
Diego de Cala, Francisco de Sepulveda,
Diego Leon, Juan Rijo, Juan Zapata,
Lope de Salazar, Rodrigo Barrios,
Garcia de la Huerta Alonso Arrocha,
Lope de Fuentes y Gonzalo Yanes,
Garcia Paez, Rodrigo de Montano,
Diego Solis, Juan Daró, Pedro Baez,
Antonio Martin Sardo, Julio Ortega,
Hernando Riberol y Diego de Agreda,
Castro Verde, Don Pedro, Don Hernando
Juan Yanez y Juan Mendez, Juan Hurtado,
Pedro Barrete, Ambrosio de Pereyra,
Alonso de Merando, Alonso Ojeda,
Antonio Yanes Prieto, Antonio Alonso,
Gonzalo de Medrano, Tristan Borges,

El Borgoñon, Hernando de Correa,
Francisco Amado, Pedro de Garimpas,
Anton de Noda, Sebastian Nuque,
Juan Cerpa, Juan Gutierrez, Villasona,
Gonzalo Jimenez, Luis de Quintana,
Pedro de Bracamonte, Juan de Flores,
Henrique Mendez, Marcos Nuñez de Abila,
Andres Milgara, Baltazar Angulo,
Francisco de Alva, Roque de Paredes,
Hernan Aguado, Luis de Villafranca,
Lope de Andrada, Juan de Quintanilla,
Contreras, Gil Carrillo, Hernan Sanchez,
Francisco Hernandez, Sebastian Marrero,
Alonso Calzadilla, Pedro Sosa,
Hernando Talavera, Martin Agreda,
Lope Baez; Juan Martin, Diego Cardoso,
Bartolome de Soto, Juan Moreno,
Pablo Jimenez, Lázaro Rivero,
Sebastian Toldan, Hernando Diaz,
Juan Requena, Juan Nuñez, Juan Corbacho,
Martin Pizarro, Juan de Rebolledo,
Alonso Castillejo, Ruy Ramirez,
Pedro Carrion del Carpio, Luis Velazquez,
Hernando Lopez, Sebastian Utrera,
Pedro Colombo, Alonso de los Reyes,

Luego el gallardo Pedro Mananidra
Llegó con los Canarios de su bando,
De los cuales se hizo aquesta lista:
Juan Doramas, Rutindana, Bentagaire,
Alonso de Adargoma, Juandara,
Juan Blasino, Romano, Gamonales,
Pedro Mayor y Pedro el de la Lengua,
Juan Pascual, Don Hernando Guanarteme,
Juan Bueno, Luis Guillen, Juan de Santa Ana,
Juan Domeados, Pablo Martin Buendia,
Pedro Quintana, Juan Alonso Ortega,
Cristobal Gando, Pedro de la Palma,

Alonso Perez, Luis Martin del Llano,
Pedro Moreno, Alonso de Loranca,
Juan Pablo, Pedro el Grande, Juan Roquera,
Pedro Jinama, Juan Martin Izquierdo,
Hernando de la Peña, Luis Francisco
Gonzalo Gueniguado, Pablo Ramos,
Ramiro Estevez, Pedro Prieto el Tuerto,
Estevan Lopez, Roque de Santa Ana,
Alonso Rubio, Bernabé Serrano,
Garcia de la Fuente, Diego Perez,
Ambrosio de San Juan, Anton Antonio,
Hernando Caballero, Martin Lopez,
Pedro Hernandez, Baltazar Gallardo,
Hernan Rodriguez, Pedro de la Rosa,
Juan del Salto, Juan Velez, Pablo Estevan,
Martin Infante, Juan de Tinaguado.
Aquí acabó la gente de Canaria,
Y la que el general juntó en las islas,
Algunos de los cuales escapáron
De la derróta y peligrosa guerra,
De la cruel matanza de Centejo.

Mas ya la gente del famoso duque
Por la gran plaza de armas entra y marcha
Con ordenanza y militar paseo,
Delante todos con gallardo brio
Entra á la abrida en un caballo hermoso
El general de la famosa gente,
Bartolomé de Estopiñan, persona
De mérito, valor, esfuerzo y nombre,
Criado de la casa del gran duque,
Tras él la compañia de á caballo,
Y en ella el estandarte victorioso
Con los castillos, armas y blasones,
Siguenle de lucida infantería
Seis compañias, hacen su reseña,
Y de la ilustre gente de á caballo
La lista que se sigue al tenor desta:

Diego de Mesa capitan, Juan Ramos,
Bernabé del Castillo, Anton Vitoria,
Francisco de Mesa, Lázaro de Luque,
Alvaro de Leon, Felipe Cuadros,
Antonio de Escobar, Francisco Iguero,
Diego de Balboa, Ortuño de Saucedo,
Diego Roman, Orosco, Antonio Alfaro,
Alonso de las Hijas, Juan Lorenzo,
Nicolás Penas, Pedro de San Lucar,
Pedro de Fuentes y Francisco Hernandez,
Jaime Joven, Francisco Gordillo,
Narvaez, Bautista, Antonio de Montoya,
Pedro Hernandez de Arcos, Hernan Perez,
Jurado de Alcalá, Alonso Benitez,
Bartolomé Garcia, Luis Marchena,
Tomé Garcia, Pedro Jaen Estrada,
Juan de San Pedro, Pedro de San Pedro,
Juan de la Torre, Luis de Palenzuela.

Llegó de los peones, luego entrando
Una muy lúcida compañía:
El capitan Bernardo de Chichones,
Gonzalo de Santiago, Juan de Liria
Diego Montalvo, Juan de Talavera,
Gonzalo de Rivera, Pedro Tapia,
Alonso de Zamora, Hernando Gomez,
Francisco de Romera, Luis Cabeza,
Pedro Machena, Pedro de Paredes,
Diego de Cala, Sebastian Bastardo,
Pedro Luis, Juan Nuñez, Luis Medina,
Alonso de Jerez, Juan de Sosa,
Pedro Marques, Francisco de Toledo,
Bartolomé Solis, Juan de Antequera,
Pedro de Aranda, Juan de Sufre, Arroyo,
Rodrigo Andujar, Sebastian Molina,
Juan Nuñez Telles, Salvador Morillo,
Bartolomé Aracena, Juan de Ronda,
Pedro Martin de Sufre, Luis Mateos,

Juan de Ecija y Antonio de Baena,
Alonso de Arca, Juan de Zaragoza,
Juan de Llerena, Juan de Guadalupe,
Pedro de Arjona, Pedro de Baeza,
Pedro de Cifra, Estevan Santa Olaya,
Juan Badajoz, Gaspar de Talavera,
Diego Marroquin, Juan de la Fuente,
Luis Ciudad Rodrigo, Alonso Osuna,
Alonso de Aviles, Diego de Merida,
Bartolomé Beato, Pedro Gomez,
Pedro de Toledo, Diego de Aracena,
Juan de Cordova, Pedro de Valverde,
Francisco Subieta, Pedro de Caceres,
Pedro Alonso, Martin de San Alejo,
Rodrigo de Barrios, Pedro de Santa Ella,
Lorenzo Quesada, Pedro de Cordova,
Bartolomé Cifra, Anton Romero,
Luis de Cordova, Alonso de Segura,
Luis de Carbajal, Hernan Pedrosa,
Juan de Jaen, Francisco Morvadilla,
Hernando Escanio, Alonso de Fajardo,
Francisco de Carminantes, Luis de Herrera,
Pedro Moron, Francisco Salamanca,
Gomez de Medellin, Bernabé Izquierdo,
Lorenzo Portugués, Pedro Larguillo,
Benito Andujar, Pedro de Alcaudete,
Dos Gonzalos Moron, y otros dos Pedros,
Benito de Jerez, Cristoval Coria,
Pedro Ariñon, Cristobal de Antequera,
Juan Martin Cordovés y Juan Catano,
Juan de Balbueno y Lorenzo Tello,
Pedro Jaen, Cristobal Romera,
Benito de los Rios, Pedro Sanchez,
Garcia Caitan, Alonso de Quezada,
Antonio de Madrid, Gomez Hernandez,
Juan de Bolullos y Miguel de Caspe,
Pedro de Albaida, Pedro de Montoro,
Pedro de Nipra, Luis de Benavente,

Juan de Alcázar, Bartolome Placencia,
Bartolomé Trujillo, Juan Jurado,
Francisco de Jaen y Juan de Córdova,
Pedro y Alonso Montero, Pedro Duenas.

Juan de Esquibel, un capitan famoso,
Luego hizo la lista de su compañia:
Don Esteban, Jerónimo de Córdova,
Marcos Nuñez, Hernando de Gambva,
Pedro de Riberol, Alonso Borja,
Juan Bernal, Pedro Vazquez, Diego Lopez,
Diego Cervantes, Sebastian Gonzalez,
Francisco Calderon, Pedro Marrero,
Alonso Jaramillo, Hernando Bayo,
Pedro Castañel, Juan de Vergara,
Martin Navarro, Hernando de Medina
Miguel de Ujida, Sebastian de Coria,
Jerónimo de Pineda Samarinas,
Jorge de Toledo, Juan de Salamanca,
Juan Reboso, Juan Pilas, Juan Quezada,
Juan de Medina, Sebastian Placencia,
Francisco de la Piedra, Pablo Perez,
Hernando de Jaen, Sancho de Eccija,
Alonso Penalosa, Andres Tabares,
Andres de Aranda, Diego Trujillo,
Alonso Guillardin, Miguel de Medina,
Antonio de Vallejo, Juan Gutierrez,
Luis Perera, Rodrigo de Zalcedo,
Alonso de Arcoba, Juan Gonzalez,
Bartolomé Triana, Pedro de Eccija,
Alonso de Mesa, Diego de Meneces,
Juan Casino, Juan Justo, Juan de Ocaña,
Anton Peron, Alonso de Berviesca,
Alvaro Perez, Pedro de Castilla,
Pedro de Visandino, Don Rodrigo
Alonso de Pablo, Felipe de Adrada,
Antonio de Sosa, Don Gonzalo Austrias,
Luis de Lora, Francisco de Placencia,

Pedro Martin Gandul, Juan de Sevilla,
Pedro de Alcandar, Bartolomé Marques,
Diego Alberrosa, Juan de Medina Cereso,
Andres Moreno y Juan Camacho,
Francisco de Villanueva, Juan Galindo,
Pedro de Salamanca, Pedro Leño,
Martin Godoy, Silvestre de Cusia,
Anton de Pranda, Pedro de Arcos,
Pedro Ruiz Lecama, Juan Garrido,
Felipe de Jaen, Diego Baena,
Francisco Perez, Diego de Salamanca,
Juan Simon, Juan Ortiz, Juan de Viana,
Francisco Anara, Diego de Ariñona,
Lope Leon, Gonzalo de Sevilla,
Anton de Almayro, Pedro de Alanara,
Garcia de Utrera, Bernabé Cerrado,
Gonzalo Martin de Airla, Juan Ponce,
Pedro Serrano, Bernabé Sorcillo,
Juan de Alanara, Bernabé de Silva,
Gonzalo de Almoguer, Luis de Arriosola,
Diego de Villa Real, Rodrigo de Isla,
Martin del Castillo, Anton de Coj, Juan Rucho
Diego de Pimentel, Pedro de Fuentes,
Alonso Alvarrasin, Rodrigo de Toro,
Francisco Nuñez, Pedro Carreño,
Juan de Vejel, Juan Garcia, Juan de Peralta,
Francisco de Espinosa, Alonso Marques,
Francisco de Ledesma, Diego de Ayala,
Bartolomé Mejia, Luis Marrero.

El Capitan Hernando Escalante
Hizo su reseña y lista que fué aquesta:
Francisco de Alcaduz, Juan de Rosa,
Alonso Villanueva, Juan de Ancheta,
Lope de Ancheta, Diego de Cepeda,
Rodrigo Hurtado, Estevan Niño,
Alonso Horrozuelo, Diego Perez,
Pedro Cortés, Alonso Belloso,

Pedro Diaz Tamayo, Juan Mellado,
Pablo Ruedo, Baltazar de Moya,
Diego de Santaren, Alonso Sanchez,
Cristoval, Pedro y Juan todos de Arevato,
Antonio Piedrufüel, Martin Zaballo,
Alonso de las Casas, Juan de Estepa,
Bernal Gascon, Bartolomé del Puerto,
Simon de Viera, Bernabé Garniza,
Antonio de Coj, Juan Prieto, Juan de Ortega,
Alvaro Farfan, Francisco de Avila,
Juan de Alcafa, Luis Santos de la Puerta,
Alonso de la Sena, Pedro Gallegos,
Hernando Perdinigues, Sancho Lopez,
Juan Portugues, Alonso Viscaino,
Pedro del Puerto y Aparicio Flores,
Hernando de Segovia, Pedro de Cordova,
Sancho de Villalon, Martin de Fuentes,
Hernando Navarro, Lope de la Parra,
Juan de Ortega, Bernal, Pedro Morato,
Pedro Oriñon, Cristobal Maldonado,
Juan de Mora, Gregorio Rubalcaba,
Lorenzo de la Torre, Luis Gallegos,
Pedro de Lisboa, Sebastian Rodriguez,
Alonso de Mora, Pedro Matos,
Diego Pascual, Gonzalo de Mejia,
Alonso de Jaen, Pedro de Aguila,
Benito Sanmartin, Diego de Córdova,
Juan Aguado, Luis Ramos, Juan Romero,
Pedro de Lisboa, Antonio de Toledo,
Hipolito Ruiz, Rodrigo Gomez,
Francisco de Salazar, Diego Juarez,
Diego de Salvatierra, Alonso Vazquez,
Garcia de Hinojoso, Juan Gonzalez,
Diego Correa, Pedro de Sanlucar,
Rodrigo de Leon, Juan Almonaz,
Alvaro Portuguez, Pedro Rubelda,
Martin Moron, Hernando de Orihuela,
Alonso de Albacete, Juan Delgado,

Juan de Jaen, Ambrosio de Medina,
Pedro de Frejenal, Lorenzo Perez,
Juan Garcia, Juan Santos, Pedro Ortuño,
Villa Real el Viejo, Juan del Valle,
Domingo Vallaseca, Miguel Sardo,
Alonso Martin Bejar, Juan Marchena,
Juan de Cazallo, Pedro Tornadija,
Luis Manzano, Diego de Alburqueque,
Rodrigo de Meljar, Francisco de Rueda,
Martin Rodrigo, Pedro y Juan de Aldana,
Pedro Gutierrez, Sebastian Placencia,
Alonso Pozo Blanco, Juan de Ochoa,
Rodrigo de Humbrada, Pedro Jeorge,
Julian Frances, Alonso de Sigura,
Vasco Verganza, Sebastian de Ayora,
Pedro Jerez, Hernando de Herrera,
Juan de Albacete, Anton de Bujalance,
Pedro Martin Cazorla, Juan Velazquez,
Bartolomé Placencia, Juan de Lorca,
Hernando Yanes, Alonso de San Lucar,
Pedro Baeza, Alonso de la Mota,
Juan de Motando, Pedro de la Rambla,
Garcia de Cala, Luis de Benavides,
Cristobal Baldevieso, Juan de Aranda,
Luis de Peñafiel, Juan de Palacios,
Vicente Yanes, Bernabé Castaño.

El Capitan Narvaez, al mismo punto,
Hizo esta lista de su noble gente:
Juan Gil, Pedro Cartujo, Ruy Velasco,
Bernabé Sarmiento, Juan de Estrada,
Alonso Chavez, Diego de Lucena,
Cristoval Nuñez, Juan Deniz Osorio,
Anton Suazo, Bernabé Tabares,
Pedro de Coronado, Antonio Gomez,
Anton Jerez, Francisco Trujillo,
Pedro Alonso Serrano, Juan Navarro,
Juan Ortiz, Juan Ortega, Esteban Alvarez,

Antonio Valenciano, Pablo Enrique,
Miguel Grado de Estrada, Juan de Arrocha,
Alonso de Carrazco, Luis de Torres,
Bernabé Vizcaino, Miguel Jorva,
Pedro de Aguiero, Juan de Talavera,
Andres Leal, Rodrigo Columbrera,
Gonzalo Yanes, Gonzalo Sanchez,
Pedro Machado, Bernabé Coimbra,
Hernan Lorenzo, Esteban de los Rios,
Miguel Francisco, Juan Cantalapiedra,
Ruy Ranilla, Martin de Santiago,
Pedro de Santiago, Andres de Murcia,
Rodrigo de Moron, Martin de Sevilla,
Antonio Yanez, Diego de Morales,
Diego Trujillo, Alonso de la Fuente,
Francisco Columbrera, Juan de Ortéga,
Francisco Mariano, Juan de Málaga,
Alonso Narvaiza, Pedro Antuñez,
Rodrigo Afonso, Pedro y Juan Casado,
Anton de Tapia, Bernabé de Salas,
Francisco Hernandez, Sebastian Llarena,
Juan Tirado, Anton de Arcos, Juan Lozano,
Pedro Guerrero, Hernando Vazquez,
Anton Romano, Pedro Pan y Agua,
Juan Callejas y Luis de Andujar,
Alonso de Tejera, Luis Ramirez,
Rodrigo de Llerena, Hernan Gonzalez,
Gonzalo Mendez, Nicolás de Arcos,
Luis de Castro, Anton Caleza, Juan de Andujar,
Juan Alcántara, Francisco de Paredes,
Geronimo Valverde, Juan Paterna,
Francisco de Sevilla, Luis Corrijos,
Francisco de Jerez, Gomez de Herrera,
Rodrigo Valdeviezo, Luis Veloso,
Anton Mellado, Alonso de Lucena,
Diego de Arjona, Vazco de Loreto,
Bartolomé Gorrea, Pedro Perez,
Anton de Noda, Sebastian Carrillo,

Don Floristan Cofino, Juan del Puerto,
Pedro de Campos, Pedro de Bolullos,
Alvaro de Cocon, Pedro de Quiñones,
Juan Gonzalez, Francisco de Herrera,
Juan Rodriguez Mellado, Juan Riberos,
Francisco de Baeza, Luis de Lora,
Hernando Pompeya, Marcos Serrano,
Pedro de Alcalá, Rodrigo de Zamora,
Hernando Bueno, Sebastian Damasco,
Bartolomé de Osuna, Pedro Huete,
Diego de Villarreal, Luis de Malgara,
Luis Marmolejo, Antonio Villalóbos,
Martin Jerez, Alcántara Espinosa,
Pedro Barroso, Bernabé de Alcántara,
Rodrigo Franquez, Sebastian de Espinola,
Andres Cordoso, Juan de Calzadilla,

Gonzalo de Soto, capitan, al punto
Hizo reseña y de su gente lista:
Juan de Burgos, Juan Soto, Juan Espejo,
Francisco de Fuentes, Barrios Quintanilla,
Pedro Coello, Juan del Barco de Avila,
Aparício Donis, Martin Delgado,
Andres de Aldana, Pedro Maynera,
Francisco de Zamora, Alonso Yepes,
Diego Rodriguez, Cristoval Peñas,
Alonso de Morales, Juan de Arrocha,
Andrés Monfes, Pedro Azagaydo,
Alonso de Alfagis, Hernando Yañes,
Juan de Zamora, Andres de Villanueva,
Juan Martin, Juan Donis, Pedro de Zamora,
Miguel del Caballero, Pedro Lopez,
Bartolomé de Sanlucar Valdeverde,
Antonio de Arellano, Luis Amado,
Martin Milan, Alonso de Escobedo,
Francisco Palos, Diego de Morales,
Miguel Perez de Abarca, Pedro Nuñez,
Lope de Higuera, Esteban Jeorge,

Francisco Franco, Alonso de Hermano,
Alonso Marques, Pedro de Palencia,
Juan de Mendieta, Diego de Manzanillo,
Pedro de Mora, Luis de Mendieta,
Diego de Toro, Pedro de Quajo Andrada,
Alonso de la Fuente, Andres Lozano,
Bartolomé Torcato, Antonio Lebrija,
Juan de Escobar, Pedro Martin Estacio,
Bernabé de Lebija, Juan de Armiño,
Martin Valiente, Marcos de Trigueros,
Fernando de Saavedra, Diego de Arcos,
Lorenzo de Pedrosa, Juan de Molina,
Pedro Cordero, Pedro de Carmona,
Miguel Parrado, Diego de Llerena,
Pedro Salinas, Bernabé de Córdova,
Martin Soler, Sebastian Salguero,
Alonso de Solares, Juan Esteban,
Martin de Oviedo, Alonso de Morato,
Rodrigo de Segovia, Juan de Soria,
Bernardino de Paez, Lorente Pedro,
Ambrosio Riquel, Roque Dominguez.

El capitan Bernardo de Elicona
Hizo la postrer lista de los suyos:
Juan de Ascalanga, Don Rodrigo Gantes,
Hernando de Padilla, Alonso de las Cumbres,
Alonso Cuevas, Don Martin de Chavez,
Hernando Rastro, Pedro de Sarabia,
Cristoval de Semilla. Juan de Lorca,
Martin Francisco y Pedro de Molina,
Andres Portocarrero, Andres de las Cuevas
Alonso de la Arena, Alonso de Castro,
Alonso Garcia, Diego de Melendez,
Alonso Porras, Bernabé de Cala,
Bernardino Coloma, Juan de Llanos,
Alonso de la Guarda, Luis Carreño,
Pedro Cortés, Pedro de Leon, Juan Nuño,
Pedro Paez, Pedro de Cala, Juan Gonzalez,

Andres de Penafiel, Luis de Valderrama,
Alonso Penallosa, Juan del Aguila,
Rodrigo de Armas, Juan Gonzalez Blanco,
Lucas Negrin, Antonio de la Zarza,
Alonso de Tejera, Pedro de la Rosa,
Alonso de la Mar, Gonzalo Iglesias,
Martin Perez del Prado, Diego de Arrocha,
Alonso Filo, Nicolas Baena,
Bartolomé Madera, Alonso Jaspe,
Rodrigo el Cojo, Juan de Villayerde,
Tristan Veloso, Lucas de Marchena,
Francisco Sanchez, Alvaro Rodriguez,
Antonio Mas Galindo, Alonso de Vera,
Hernando del Castillo, Pedro Diaz,
Francisco Mas, Hernando de Viena,
Alonso de Olliron, Pedro de Sojos,
Bernabé de Orillana, Juan de Torres,
Martin del Valle, Antonio Herreruelo,
Timoteo de la Torre, Martin Gueseas,
Albaro de Ranilla, Juan de Utrera,
Martin Montera, Diego de Valdivieso,
Juan Alonso Bernal, Pedro de Vargas,
Juan de Santander, Hernando de Barrios,
Bernabé de Losada, Luis de Mendoza,
Ambrosio Rivas, Pedro de Padilla,
Bartolomé Solino, Juan Roquero,
Anton Conil, Alonso de Artiaga,
Francisco de Ronda, Bernabé Camacho,
Anton Leal, Alonso de Bolaños,
Martin Valdio, Sebastian de Sosa,
Matias de San Juan, Martin de Alandia,
Rodrigo Palomeque, Antonio Gomez,
Pedro de Quijada, Juan de Baños,
Miguel Cherinos, Bernabé Garcia,
Cristoval de la Fuente, Pedro Rojo,
Martin Afonso, Sebastian Machado,
Francisco de la Cruz, Pedro Verdejo,
Diego Serrano, Pedro de Carmona:

¿Pluma atrevida ya te desvaneces?
¿No temes los rencores y pasiones
De malditas lenguas y dañado intento
Del vulgo necio? mira lo que has dicho,
Que muchos de los propios descendientes,
De los que has referido en esta historia,
Resucitando su olvidada fama
Han de ser contra tí y han de culparte;
Mas diga el necio torpe, el atrevido,
Murmure el detractor, hable el parlero,
Que la verdad y su crisol purísimo,
Que es el gran Guerra, cuyo auxilio invoco,
Desterrará sus varios desvaríos.
Ya que acabó la lista de la gente,
Los dos espías del gran Rey Bencomo,
Que de muy cerca vieron el alarde,
Tanto se descuidáron del peligro,
En que todos estaban admirados
Y embebecidos en mirar atentos
El gran valor y braveza estraña
Del español ejército, que hubieron
De ser vistos de alguna centinela
De los cristianos, y secretamente
Habiendo dado al general noticia,
Mandó que dos peones ballesteros
Y de á caballo dos les embistiesen
Por parte y de manera, que á las manos
Los pudiesen haber; luego saliéron
Á ellos Berriel y Jaime jóven,
Diego de San Martin y Juan de Ortega,
Y rodeando el lado del barranco
En breve con secreto los cercáron,
Mas como las espías conociéron
El peligro, saliendo al campo raso,
Huyéronle con tanta ligereza,
Que los caballos, que en su alcance iban,
Aunque corrian con veloz carrera,
No era posible que los alcanzasen,

Hasta que el uno de ellos mas se estuvo,
Se arrojó de lo alto del barranco
Y un salto dió de mas de quince brazas
Con un pequeño dardo, de manera,
Que se hizo invisible á sus contrarios
Y entre unos balos verdes escondido
No pudo ser hallado por entonces;
Mas viendo los valientes caballeros,
Que el otro por el llano les huia,
Siguele Berriol, el cual blandiendo
La fuerte lanza con el diestro brazo
Se la tiró tan cierta, que acertandole
En el izquierdo muslo cayó en tierra
El Guanche, dando gritos y alaridos;
Al real lo llevaron preso, adonde
Con crudas amenazas y tormentos
Dió cuenta larga de las prevenciones,
Que Bencomo tenia en la Laguna,
Entre las cuales dijo, que en la cuesta,
Que estaba enmedio del camino, que del puerto
Dista como dos millas, que en su alto,
En el repecho de un robusto monte,
Cerrado, espeso, trabajoso y áspero,
Que en medio está de dos barrancos hondos,
Habia centinelas y atalayas del Rey,
Para que al tiempo, que saliesen
Los nuestros de su asiento y caminasen
Á la Laguna, dando dello aviso,
Bajase luego en breve con su ejército
Y le tomase el paso, cerro y cuesta,
Donde con gran ventaja y sin peligro
Representar pudiesen la batalla,
Y como en la pasada de Centejo
Tuviesen la victoria, que esperaban;
Y el General al punto con sus nobles
Entró en acuerdo por determinarse
Lo que hacer debia en este caso;
El otro espía, que quedó escondido,

Viendo que del peligro la tormenta
Era pasada, sale á toda priesa,
Para darle á su Rey del caso aviso;
Y así con ansias del cansado espíritu
Siguió el camino por lo mas espeso
Y oculto de aquel bosque á la Laguna,
Á do Bencomo estaba; y entre tanto
Refugio tomo para el otro canto.

Canto duodécimo.

Ante Bencomo llega la otra espía acobardada: marchan los Españoles á la Laguna: dase la batalla, ganan la victoria: huye Bencomo, muere Tinguaro: asalta Benejaro á unos soldados españoles, prendelos en una cueva, poneles guardas y embiste al real aquella noche, vencele y retirase á su reino.

Suele el temor á veces, aunque es fríjido,
Causar efectos ó accidentes cálidos,
Y el que es cobarde, cuando está mas tímido,
Mudar lo que es melancolía en cólera.
Así el espía, que escapó del transito,
Siguió la via por los bosques ásperos,
Á do Bencomo estaba, y tan solícito,
Que el mismo miedo, que le rindió el ánimo,
Sirvió de espuelas y de ardor al ánimo;
Sobresaltado su alterado espíritu
Llegó al real del numeroso ejército
Y entró rompiendo un escuadron de Bárbaros
Con voces y alaridos, tan de súbito,
Que su alboroto en todos causó escándalo,
Cercado dellos, de tropel con ímpetu
Al Rey halló del nuevo caso atónito,
Ante sus pies del gran cansancio en viendolo
Tendió en el duro suelo el cuerpo mísero,
Puso en el Rey los ojos, y tristísimo
Movió los secos labios y al fin díjole
Estos anuncios de su daño y pérdida:

Ya cesa, Rey, tu cetro y valentía,
Ya doma tu poder la gente estraña,
Decir podrás, no soy quien ser solia,
Que es infinito el gran poder de España,
Cumplida se verá la profecía

De Guañameñe, pues nos desengaña
El tiempo con mostrarnos los leones,
Y de aquel gran Monarca los pendones.

Irresistible mal, señor, te aguarda,
Que en solo imaginar tu orgullo fiero
El ánimo viril se me acobarda,
Y no puedo contartelo, aunque quiero,
Cuando el fuego de Marte abraza y arda,
Juzgarás el poder del estrangero,
Que viene apercibido á la venganza
Del daño grande de la gran matanza.

Hoy cuando esclareció la clara Aurora,
Hizo en alarde de su gente lista,
Incitado de furia vengadora,
Mira que fuerza habrá que le resista,
Trae nueva gente de socorro agora,
Con que viene á dar fin á la conquista,
Armados de un Guzman, que al voto mio
Les da favor, poder, esfuerzo, y brio.

Que estabamos cercanos conociéron,
De su real, y con astucia fiera
Cuatro á los dos cercáron y siguieron
Con los caballos en veloz carrera:
Yo como ví, que en nuestro alcance dieron,
Huyendo fuí cercano á la ribera
Del barranco, y salté de salto abajo
No con pequeño riesgo y gran trabajo.

Desde allí ví llevar atado y preso
Mi compañero todo desangrado
Y al fin salí por aquel bosque espeso
Oculto, y del temor atribulado
Nadie podrá creer de este suceso,
Cuan sin sentido vengo amedrentado,
Mas cada uno aplaque su violencia
Y no trate de hacerles resistencia,

Tengo por imposible la defensa,
Son nuestras fuerzas con las suyas leves,
No dudo su poder al nuestro venza,
Ántes de mucho en términos muy breves,
Peor es la mancilla, que venganza,
Mira que darles la obediencia debes,
Bencomo, no te muestres bravo ó fiero,
Que viene á perseguirte un mundo entero.

Suspendióse Bencomo, aunque soberbio,
Mudósele el color, y un hipo súbito
Acedo atravezaba su garganta,
Enarcando las cejas por minutos,
Pero incitado del furor y cólera
Al pobre espía amedrentando dice:

Por el cielo estrellado y luces santas,
Que tu eres ocasion de mi coraje,
Mi cólera aceleras y levantas
Haciendo en mi valor infame ultraje,
Del español ejército te espantas,
¿No sabes que es de Reyes mi linaje?
¿Y que estoy á mandar acostumbrado
Y siempre he de mandar sin ser mandado?

El uso es ley, que ley es la costumbre,
Y debo ser de ley obedecido,
Bencomo soy, Bencomo espejo y lumbre,
De sangre de Tinerfe esclarecido,
De estos aceros limpiaré la herrumbre
En su atrevida sangre, pues han sido
Despojos suyos, que con sus despojos
Triunfan de sus placeres mis enojos.

Intenten guerra con estrago y muerte
Contra el valor insigne de Taoro,
Que mucho mas se siente airado y fuerte,
Cuanto mas le persiguen al buen toro,

Ya con sus brios he probado suerte
Menospreciando aceros, plumas y oro,
Y no con ello acobardarnos piensen,
Que solo corazones son quien vencen.

Tremolen por el aire sus banderas,
Formen interrumpibles escuadrones,
Huellen agenos campos y riberas
Con nuevos estandartes y pendones,
Vengan con nuevas gentes, bravas fieras,
Socorros de Guzmanes y Leones,
Que tambien suele haberlos en mis tierras,
Si en paz corderos, lobos en las guerras;

Mas, o soldados, este que tan presto
Sin ánimo se siente acobardado,
Ved que lo mando yo, cumplace aquesto,
Muera severamente apedreado,
Mas quiero de valientes poco resto,
Que un mundo de cobardes convocado,
Que en la guerra el cobarde, mas amigo,
Es arma con que vence el enemigo.

Luego sin dilacion el pobre espía
Fué por las crudas manos de un verdugo
Atado al tronco de un crecido roble,
Adonde padeció la injusta pena
Sin culpa, sin piedad y sin remedio,
Y Bencomo mandó se apercibiesen
Los suyos para el punto necesario,
Aunque estaba de suerte la campaña
Llena de cuerpos muertos de la peste,
Que parecia (no con poca lástima)
Estrago de batalla rigurosa.
Como el Gobernador tuvo noticia
Por lo que el preso declaró, que estaba
Bencomo apercibido en la Laguna,
Y de como tenia sus espias

En la cuesta, que estaba en el camino,
Considerando ser tan peligroso
Aquel lugar incómodo á su gente
Y propicio al contrario, tomó acuerdo
Con prácticos soldados de esperiencia
En lo que hacer debia y acordáron
Fuesen de madrugada con silencio
Marchando á la Laguna, de manera,
Que con la oscura sombra de la noche
No pudiesen ser vistos, ni sentidos
De las espías hasta que estuviesen
Al despuntar del dia en lo mas alto
De la fragosa cuesta, porque entonces
Mientras daban aviso al Rey Bencomo,
En lo llano estuviesen sin peligro
Apercibidos para la batalla.
Fué aqueste parecer tan acertado,
Que todo sucedió como quisieron,
Pues á catorce dias de Noviembre
De madrugada todos prevenidos
Saliéron con silencio y con recato
Del puerto, comenzando su camino,
De suerte tal, que al mismo punto, cuando
Amanece la luz del claro dia
Subian lo mas alto de la cuesta,
Y las espías viendolos tan cerca
Huyéron caminando á toda prisa,
Mas por temor del español ejército,
Que por dar el aviso que debian:
Y así llegáron, donde el Rey Bencomo
Esperaba ocasion y coyuntura,
Y como le dijeron el suceso
Y que marchaba el campo del contrario
Ya por lo llano sin peligro alguno,
Sintió notable enojo, mas con todo,
Por no mostrar temor ó cobardía,
Apercibió su gente en breve punto
Y salió del tropel altivo y fiero

Con cinco mil soldados solamente,
Que aunque tuvo junto mayor número
En menos de diez dias le faltáron
Mas de seis mil, pues tal la pestilencia
Andaba en ellos, que de muerte súbita,
De ciento en ciento, muchos perecian
Sin género de cura ni remedio;
Y cuando ya salian de la vega,
Do tiene agora la ciudad su asiento,
Que entonces era de crecidos árboles
Espeso bosque, vieron que llegaban
Los Españoles cerca de aquel puesto,
Donde tuvieron con el Rey Bencomo
Largo razonamiento y diferencias
Sobre la paz y sobre ser Cristianos
Y darle la obediencia al Rey de España,
Notáron como allí se prevenian,
Para dar la batalla, porque el sitio
En algo estaba mas acomodado.
Y así Bencomo á su esforzada gente
Mandó se detuviesen donde estaban,
Que era desde el lugar á donde ahora
Está fundada la sagrada Ermita
Del bienaventurado San Cristobal,
Que es devoto y patron de aquesta isla,
Hasta una cruz de piedra que está puesta
Debajo de la Ermita, y á la entrada
De la Ciudad, y luego tuvo acuerdo,
Que fuese el Rey de Naga con la gente
Que les seguia, que eran mil soldados,
Por tras aquellos valles, dando vuelta
Al cerro de San Roque, y que saliese
Despues por el barranco referido,
Que va de la ciudad derecho al Puerto,
Y esperase en la cuesta, de manera,
Que no fuese sentido, porque yendo
Á caso de huida los contrarios
Les diese en lo mas áspero del monte

Asalto repentino, de manera,
Que ninguno con vida se escapase;
Y luego repartió la demas gente
En tres escuadras, dandoles la una
Á Tinguaro y al Rey de Tacoronte,
Y la tercera se quedó á su cargo.
Sube de punto el eco y alto tono
De claras trompas, pífanos y cajas,
Forma él de España el batallon lúcido
Con concierto y órden acomodado,
Divídese la gente de á caballo
Por guarnicion del campo en dos escuadras,
Y habiendo reposado del cansancio
Del áspero camino paso á paso,
Se acercan mas los unos á los otros,
Y el general así á los suyos dice:

Amigos caros, ínclitos varones,
De quien espero hechos victoriosos,
Cercanos vemos ya los escuadrones
De los contrarios bárbaros furiosos,
Todos debeis mostrar que sois Leones,
Mansos en paz y en guerra belicosos
Y aquellos con mas ánimo y violencia,
Que sabemos la suya de esperiencia.

Él que entre lobos envió corderos,
Á refrenar del mundo la malicia,
Y él que los brios infernales fieros
Oprime con rigor de su justicia,
Esfuerze nuestros ánimos guerreros
En el mayor furor de la malicia
Contra aquesta nacion brava, obstinada
En alabanza de su fe sagrada.

Suceso fué de guerra lo pasado
Y suceso de guerra es lo presente,
Y el corazon en Cristo confiado

Mostrad por él, con él, y en él valiente,
Hoy con victoria quedará ensalzado
El nombre de Jesus Omnipotente,
Esfuerze pues el animoso pecho,
Que ha de cumplirse el juramento hecho.

Ea, soldados de la Iglesia, ea,
Valientes hijos de la invicta España,
El gran valor de vuestro esfuerzo vea
En obras raras la Nacion estraña,
Para que lo que el ánimo desea
Efecto tenga, con industria y maña,
Fuerzas, brio, furor, cólera, estrago
Les demos, pues es tiempo, el Santiago.

Al son de pronunciar estas razones
Marchando todo el campo en ordenanza
Y al mismo tiempo de la misma suerte
Con los suyos marchaba el Rey Bencomo,
Que tambien animando á sus soldados
Decia con soberbia estas razones:

Ya la espantosa imágen de la guerra
Amigos (como veis) se os representa,
Ahora el gran valor que en vos se encierra
Debe moverse á cólera sangrienta.
Si aquestos por ganar agena tierra
Demuestran contra nos furia violenta,
Nosotros, que la nuestra defendemos,
Juzgad cuanto mayor mostrar debemos.

Nuestro prístino honor, la patria amada,
El bien de libertad interesamos
Y conservarlo que la vez pasada
Con la victoria honrosa les ganamos:
De allí quedó su gente acobardada
Y así como á vencidos los miramos

Y ellos nos miran como á vencedores
Temiendo nuestras fuerzas y furores.

Aunque llevan cobardes corazones
Llamandolos leones encarecen
Socorros de Guzmanes y pendones;
Muy menos son de los que allí parecen,
No suelen ser tan bravos los leones
Como los pintan, aunque se embravecen,
Que ya los brazos vuestros y los mios
Han quebrantado sus mayores brios.

Llegad, acometed, romped furiosos,
Que tocan á embestir sus instrumentos;
Suenen los alaridos espantosos,
De sangre suya os demostrad sedientos,
Emprenda cada cual hechos famosos
Usando de esos ánimos violentos
Á ellos que acometen, ya nos entran,
Ya embisten de tropel, ya nos encuentran.

Tan recios, tan furiosos y encendidos,
Tan fuertes, tan osados y animosos,
Tan airados, altivos y arrogantes
Los unos á los otros se embistieron,
Que el cielo, tierra, mar y hondos abismos
En aquel punto parecia hundirse.
Brama espantable y fiero el son horrendo
De voces, de alaridos, gritos, silvos,
De golpes, y zumbidos que en los aires
Hacian, y en los cuerpos crudo estrago
Las duras balas de los arcabuces,
Ligeros pasadores de ballestas,
Tostados dardos de refina tea,
Blandientes lanzas de aceradas puntas,
Pesadas mazas y bastones gruesos,
Cortadoras espadas y montantes,
Rollizas piedras de indomables fuerzas
Moviendo fuertes brazos desmedidos,

Osudos y nervosos, despidiendo
De las sangrientas manos arrojaban
Rompiendo adargas, quebrantando escudos,
Pasando cotas y abollando mallas,
Hundiendo cascos, derramando sesos,
Hundiendo pechos y sacando vidas.
Cubrese la campaña de difuntos,
Yacen sembrados en el duro suelo,
Cual suele en el otoño la violencia
De los furiosos y contrarios vientos,
Que quebrantando las cavernas hórridas
Unos con otros llegan á encontrarse,
Bramando en la montaña mas espesa
De levantados y crecidos árboles,
Batiendo ramas, sacudir las hojas,
Y esparcirlas, cubriendo todo el sitio,
Tal el ameno campo en un instante
Estaba lleno de los cuerpos muertos,
Rompe Bencomo, hiere el gran Tinguaro,
Tegueste embiste, Sebensui maltrata,
Acaymo ofende, golpes da Sigoñe,
Tigaiga mata, y los furiosos bárbaros
Con iñdomable furia los seguian,
Á do les hacen daño, daño haciendo,
Valiente no hay que no ande maltratado,
No hay animoso que no esté ofendido,
Mas los viriles y esforzados ánimos
No sienten, ni demuestran cobardía.
Anima el general con fuerte espíritu
Sus valerosos Españoles nobles,
Y rompe y acuchilla, mata, hiere,
Destroza, desbarata y atropella,
Siguenle con esfuerzo el gran Trujillo,
El noble Lope Hernandez de la Guerra,
Vergara, Valdespino, Gallinato,
Estopiñan Mejia, los Benitez,
Valdés, Hoyos, los Mesas, los Llerenas
Y esotros todos por diversas partes.

Algunos naturales contemplando
El súbito estallido de ballestas,
Del suelo alzaban muchos pasadores,
Que les tiraban, y con brava industria
Volvian á tirarlos con las manos
Tan recio, que herian las mas veces
Con tanta furia como las ballestas,
Haciendo de artificio con la boca
Casi el mismo estallido, presumiendo,
Que estaba en él del pasador la fuerza,
Pero los que presentes aquel dia
Despues de la matanza de Centejo
Fueron á disparar la de Castillo,
Que al uno dellos le quitó la vida,
No dieron en aquesto, que no osaron;
Mas del lugar do vian ballesteros
Huian grandemente, ó si encontraban
Ballestas de difuntos en la tierra,
Tímidos se apartaban de escarmiento
Sin pararles delante dando voces
Á los que mas tenian por amigos,
Diciendoles, guardad, ved que son vivas,
Y al que les toca suelen dar la muerte;
Mas todos ellos con tan brava furia
Tiraban una piedra de la mano,
Que rompiendo la adarga, ó la rodela
Los brazos quebrantaban y rendian.
Fué de provecho grande en este dia
(Por ser el campo llano y propio el sitio)
La gente de á caballo, que llevaba
Lo mejor del combate, mas de suerte
Y con tal rabia, cólera y enojo
Se defendian de los Guanches bravos,
Que aunque daños notables recibian
Dudaban de ambas partes la victoria.
Traia el gran Tigaiga una bandera,
Que ganó en la matanza de Centejo
De los de España, de la cual hacia

Notable menosprecio, que arrastrandola
Los unos, animaba á la batalla:
Mas viendola Hernando de Trujillo,
Que sin caballo andaba en medio dellos,
No lo pudo sufrir su sangre hidalga,
Arremete furioso al fuerte isleño,
Trabase entre los dos cruel batalla,
Danse terribles y espantosos golpes,
Trujillo con la espada cortadora
Y el natural con la pesada maza,
Mas pudo al fin el noble caballero
Darle la muerte á costa de su sangre,
Cobrando esfuerzo, fama y la bandera.
Andaba en esto el ínclito maestre
De Campo Lope Hernandez y á sus lados
Los dos valientes Guerras sus sobrinos
En el riesgo mayor de la batalla,
Hieren, destrozan, parten y atropellan,
Derriban, matan, rompen, desbaratan
Como nobles y fuertes caballeros,
Siguenlos Mesa, Berriel, Cabrera,
Armas, Barreto, Garvalan y Castro
Con otros muchos, que en los naturales
Hacen estraño y temerario estrago.
Viendo Bencomo la lúcida escuadra,
Que á su valiente gente destruia,
Convoca á los mas nobles y animosos,
Y solícito acude á la venganza;
Crece el furor de la sangrienta guerra,
Encuentranse Bencomo y el buen Lope,
Y los gallardos montañeses juntos
Con la compaña ilustre al demas número,
Rujen las armas con la batería,
Compiten las espadas y bastones,
Y brama el ronco son del fiero Marte,
Hiere el Maese de Campo al gran Bencomo,
Sacale fina sangre de la frente,
Apadrinado de su gran destreza,

Y el Rey encarnizado, conociendo
Las véras de batalla, se defiende,
Mata Hernando Esteban á Leocoldo
Y al gran Badamoet: y el buen Hernando
Á Godoreto y hiere á Taganaje
Y los demas valientes Españoles,
Cubre de cuerpos muertos todo el campo;
Sobrevienen y llegan al bullicio
De entrambas partes unos y otros luego,
Causa de que Bencomo y el Maestre
Sin querer se apartasen y perdiesen,
Buscanse el uno al otro en la campaña
Y no les da lugar la gran revuelta.
Á todo aquesto el ínclito Trujillo
Daba voces llamando al Rey Bencomo
Para cobrar la espada de sus manos,
Y no menos el Rey lo procuraba,
Pero nunca se vieron, ni encontraron;
Andaba Guadrafet, gigante fiero,
Muy grueso, edematoso, barrigudo
Como torre de carne, aunque pesado,
Valiente, suelto, diestro y animoso,
Encarnizado en la española gente
Encuentrale Albornoz, que sin caballo
Con la adarga y la espada combatia,
Cierra con el gigante valeroso,
Danse terribles y espantosos golpes,
Pero despues que el gran baston descarga
Buscando centro de un entero círculo
Llega la espada por la recta linea,
Del invencible brazo gobernada,
Y por el grueso ombligo palpitando
Salen los intestinos con la sangre,
Desmaya luego el cuerpo gigánteo,
Tira el baston y con fúror lo arroja
Al valiente Español sin ofenderle,
Y al fin con mal parto movedizo
De la hinchada preñez perdió la vida.

Tanto fué el daño, que en los naturales
Hacian las ballestas y arcabuces,
Y tanto el, que la gente de á caballo,
Que ya se retiraban con gran pérdida.
Vuelven, bramando en ira, las espaldas
Desamparando el campo, aunque rabiosos,
No por faltarles ánimo ó las fuerzas,
Sino por el gran daño, que reciben
Por las grandes ventajas de las armas:
Siguen su alcance los valientes Guerras,
Los Lugos y Benitez, Gallinato,
Los Llarenas, Perdomos, Pimenteles,
Vergara, Hijas, Vilches, Vargas Joven,
Castillo, Valdespino, Castellano
Con otros muchos, todos publicando
Victoria á voces con placer y esfuerzo,
Hasta que ya llegando en el alcance
Cerca al espeso bosque y la Laguna,
Oyendo tocar á recojer el campo
Las claras trompas y los altos pífanos,
Celebrando el gran bien de la victoria.
Estaba en este tiempo el gran Tinguaro
En la falda del cerro de San Roque
Cercado, malherido, aunque animoso,
De cuatro fuertes hombres de á caballo,
Juega ligero la alabarda, y hace
Atajos y desvíos de defensa,
Y con presteza de veloces saltos,
Mas ya que por el cerro se escapaba,
En lo mas alto de aquel gran repecho
Pedro Martin Buendia con la pica
Á muerte le amenaza y el se rinde,
Cruza los brazos y le dice: „Chucar
Guayec, Archimencey reste Bencomo,
Sanet van der relac naceth zahañe".
Que quiere decir: «No mates al hidalgo,
Que es natural hermano de Bencomo,
Y se te rinde aquí como cautivo.«

Mas él que no entendia su lenguaje
De un golpe crudo le rompió los pechos,
Con que acabó su vida y la batalla,
Que ya todos los fieros enemigos
Se habian con gran daño retirado
Huyendo á toda prisa por el bosque.
Mas luego por el cuerpo ya difunto,
Cuyas frescas heridas palpitando
Las tibias carnes derramaba sangre,
Muchos acuden, afirmando algunos,
Que oyéron las palabras, que decia
Al punto que le dieron muerte cruda,
Que era el mismo Bencomo, interpretando
Mal su lengua oscura los acentos,
Y así dudosos el pesado cuerpo
Lleváron al real, donde el buen Lugo
Alegre con el bien de la victoria
Mandaba recojer la fuerte gente
En el lugar de su primer asiento,
Adonde agradecido muy devoto
Dió las gracias á Dios de bien tan alto,
Por do se dió principio al otro dia
Á una sagrada Ermita, que fundáron
Á la gloriosa Encarnacion de Cristo,
Que la vírgen de Gracia se intitula.
Luego fué visitando sus soldados
Haciendo se curasen los heridos
Por dar reposo á los cansados cuerpos;
Y se halló haber muerto en la batalla
Quince piqueros, ballesteros veinte
Y diez valientes hombres de á caballo,
Y pocos escapáron sin heridas
De piedras, dardos, ó bastones gruesos,
Nivarios mas de mil y setecientos
De los mas nobles de renombre y fama,
Y muchos hubo mortalmente heridos
Y en especial el bravo Rey Bencomo
Salió muy maltratado, pues se afirma,

Que en brazos lo lleváron sus soldados
Á él y al Rey Acaimo á Tacoronte,
Donde fueron de huida aquella noche,
Y donde al fin se refujiáron todos,
No con poca desgracia y desconsuelo;
Mas ya que oscurecia el negro manto
La luz alegre del dichoso dia,
Habiendo puesto el general de España
Atalayas, espías, centinelas
Y guarnicion en su real y asiento,
Llegáron dos mil hombres, que Anaterve
Rey de Güimar enviado habia
Para que con secreto desde un monte
Viesen atentamente la batalla
Y en saliendo de ella con victoria
Los Españoles, luego al mismo punto
Le diesen de su parte el justo pláceme
Y le dijesen, que los ocupase
En cosas que tocase á su servicio,
Que estaban llanos para socorrerle
Hasta que concluyesen la conquista,
Y ellos cumpliesen su real mandato.
Al general le dieron su embajada,
El cual los recibió con gozo extenso
Y señaló el lugar donde estuviesen
Con mas seguridad, y de manera,
Que si de noche hubiese algun rebato,
Pudiesen resistir, porque advertia
El gran cansancio de su noble gente,
Aunque le aseguraba por entonces,
Creyendo no seria acometido,
El mucho daño, que en la guerra hubieren
Los enemigos, y entender que fuese
Aquel difunto cuerpo de Tinguaro,
Del Rey Bencomo, que si fuera cierto,
Muy menos órden de batalla hubiera;
Pues el caudillo y causa de la guerra,
Que mas á los Nivarios incitaba,

Mas afligido y triste y sin consuelo
Estaba aquella noche en Tacoronte
Acostado en un lecho pobre y duro,
Aunque de gran regalo á su costumbre,
Trayendo á la memoria sus desdichas,
En él estas razones discurria
Con mil gemidos del cansado espíritu:

O riguroso hado de fortuna,
O tiempo vario, ya en mis daños veo,
Que no hay segura magestad alguna,
Estado, monarquía ni trofeo
En el mas alto trono de la luna:
Subió mi pensamiento su deseo,
Y ahora ya me veo derribado,
Sin vasallos, vencido y arruinado.

La fiera gente de la invicta España
Justamente ha tomado la venganza
Del daño recibido en la montaña,
Cuando en los suyos hice cruel matanza,
Ya de su gran valor me desengaña,
Conozco ser notable la pujanza
Del Guzman, cuyo nombre y estandarte
Basta poner espanto al mismo Marte.

¿Quien duda, que en aquestos que aquí vienen
Haya primos y deudos de los muertos,
Que por el natural dolor que tienen
Para vengarse vuelven á estos puertos;
Y quien, que en este punto se previenen
Formando sus quimeras y conciertos
Con deseo de á hierro de su lanza
Tomar con mayor daño mas venganza?

¿Quien duda, que la fe que ellos profesan
La verdadera sea, y así el cielo
Viendo que la divina ley confiesan

De su pasado daño tenga duelo?
Si aunque pocos tan bravos se enderezan
Contra tantos sin miedo y sin recelo,
¿Quien que me sigan, rindan y maltraten,
Y que incitados de furor me maten?

Pues si mi cetro rindo á su obediencia,
Como cobarde quedaré cautivo,
Y aunque usen conmigo de clemencia
No viviere Señor como ahora vivo,
Pues si quiero hacerle resistencia,
Y en mi valor y gran poder estribo,
Es el Rey de Güimar mi contrario
Y puede hacerme daño temerario.

Mas si con su amistad me ha de ver preso
Sin honra, sin gobierno y sin corona,
Probar es bien el último suceso,
Aunque el contrario fuerte se me entona:
Solo me aflije el pésimo progreso,
Que mas atemoriza mi persona
De este contagio que á mi gente mata,
Que es quien me destruye y desbarata.

No es justo, que la sangre ilustre y noble
Del gran Tinerfe, honor de mi linaje,
La patria entregue, usando trato noble,
Haciendo á tal valor un tal ultraje,
Cual el crecido y arraigado roble
En resistir al viento, aunque trabaje
En combatirle, pienso de mostrarme
Hasta perderme bien, ó bien cobrarme.

Aquestos y otros tales pensamientos
Bencomo discurria al tiempo y cuando
Benejaro, que puesto en la celada
Estaba con su gente en el camino
De Santa Cruz en el espeso bosque

Y paso peligroso de la cuesta,
Dividida su gente en dos escuadras,
La una en lo mas alto de aquel cerro,
Y la otra al pié del en lo mas bajo,
Para poder cojer los Españoles
En medio, en lo mas áspero á aquel monte,
Cercados de su gente de ambas partes,
Y por los lados de los dos barrancos,
Que hacen mas estrecho aquel camino,
Y así darle á su salvo la batalla.
Y como de esperarlos se cansase,
Viendo que era gran parte de la noche,
Y ninguno bajaba, receloso
Lo tuvo á mal suceso, y ya queriendo
Alzar de las celadas y dar vuelta
Por donde habia venido, sintió gente,
Ruido de caballos y quejidos,
Y eco de voz de diferente lengua,
Lo cual era que siete caballeros,
Vallejo, Alfaro, Calderon y Aguirre,
Francisco de Mela, Fuentes y Montoya,
Con estos diez peones, Juan Navarro,
Ortega, Martin Sardo, Juan Zapata,
Delgado, Riverol, Lope Gallego,
Cala, Rodrigo Yañes y Carrasco,
Los cuales como estaban mal heridos
De la pasada guerra, de manera,
Que se desahuciaba de sus vidas,
El general mandó, que aquella noche
Los llevasen al puerto, do pudiesen
Hacerles cura con mayor regalo:
Y con ellos mandó doce soldados
Y seis de á caballo y seis arcabuceros,
Que hasta el puerto los acompañasen,
Eran los de á caballo Juan Perdomo,
Juan Berriel, Benitez, Marcos Verde,
Anton Vitorias y Felipe Cuadros:
Y los peones Barrios y Meneces.

Ramirez, Rebolledo y Calzadilla
Y Francisco Ledezma, y como fuesen
Siguiendo su camino descuidados,
Apercibidos los contrarios fieros
Despues que los tuvieron en la parte
De mas peligro, todos en un grito
Dieron repentes silvos espantosos,
Acometiendo con estraña furia
En esto los briosos corazones,
Alborotados del repente asalto,
Al punto se aperciben á defensa,
Los sanos consolando á los heridos
Disparan arcabuces, juegan lanzas,
Arrojan piedras y combaten suntas,
Mostrando todos varoniles ánimos.
El Rey con una pica compitiendo
Con Berriel, rompiendole el adarga
Un ojo le quebró, pero fué herido
De su valiente brazo por la espalda,
Aunque aflijido del tropel de bárbaros,
Que á todos maltratandoles cercaban,
Batalláron gran rato, y como fuesen
Tantos los enemigos y se hallasen
Cercados y en un paso tan fragoso
Fueron al fin rendidos del combate,
Los cuerpos, pero no los fuertes ánimos.
Á ninguno matáron de los nuestros,
Aunque á todos hiriéron malamente,
De ellos muriéron trece, y se contáron
Veinte y seis lastimados y heridos;
Y ya que por cautivos los tuvieron
De ellos quiso saber el Rey de Naga
Lo sucedido con el Rey Bencomo
Aquella tarde; mas no fué posible,
Por que no se entendian en la lengua,
Ni habia quien entre ellos la supiese,
Y aunque con muchas señas preguntáron,
Les respondiéron todos con industria

Confusamente, y de ello el Rey suspenso
Determinó volver á la Laguna
Por el barranco; para saber cierto
Lo sucedido, convocó su gente
Y los mandó marchar con gran silencio,
Y á los cautivos por mayor seguro
No los llevó consigo, ántes dejólos
En la quebrada dentro de una cueva,
Atados de los pies y de las manos,
Y ciento que guardandoles quedasen
Hasta tanto que habiendo en ello acuerdo
Ordenase otra cosa con su aviso.
Comò hubiesen oido los de España
En su real, do estaban con sosiego,
El eco retumbante de arcabuces,
Que se habian disparado en el combate,
Así con el silencio de la noche
Como por no estar lejos de aquel puesto
Causó alboroto temerario en todos
Con indeterminados pareceres,
Y en el oir relinchos de caballos,
Que se acercaban al real sin dueños,
Reconociéron ser de sus amigos,
Juzgandolos á todos ya por muertos
Y entando en el furor deste alboroto,
Comenzáron á dar crecidas voces
Las centinelas de las atalayas,
De la parte de arriba, que sintiéron
Bullicio de soldados en el bosque
De la Laguna, fueron los de Naga,
Que por cima del cerro de la arena
Bajáron con secreto al campo llano,
Acometiéron por hacer la suya
Á los nuestros, de todo apercibidos,
Que como los sintiéron, y tocáron
Al arma las trompetas y tambores,
Les resistió el socorro de Güimar,
En tanto que llegáron los de España,

Revuelvense en batalla rigurosa,
Y el ronco son de la sangrienta guerra
Se muestra en las tinieblas de la noche.
Mas temerario, con mortal ruina,
Alteran el silencio sordo y mudo
Los silvos y los golpes espantosos;
Vengan los Güimarenses en los Nagas
La injusta ofensa de Gueton su principe
Por ser con los Taorinos todos unos,
Y tambien sus mortales enemigos.
Cumplense entre los mas valientes de ellos
Antiguos desafíos atrazados
Con vengativa ejecucion y saña,
Vencen los Españoles victoriosos,
Y los que se señalan de su parte:
No pueden resistir á su braveza
Los enemigos, y en breve espacio
Se retiran, volviendo las espaldas,
Con excesivo daño y grande pérdida
De gente que quedó cautiva y muerta:
Viendo á los que escapáron mal heridos,
Vencido Benejaro bravo y fiero
Volvió á su reino, y con inmensa gloria
Los nuestros celebráron la victoria.

Canto décimo tercero.

Los de España libran de la prision á sus soldados: marcha el ejército á Tacoronte: llevan la cabeza de Tinguaro á los naturales: vuelvense á Santa Cruz; lleva Bencomo la cabeza á Taoro, hacese con ella gran llanto: entran los Españoles en el valle de Tegueste: batallan y ganan la victoria: prenden los naturales á Gonzalo del Castillo.

Del claro Apolo los lustrosos rayos
Resplandecian en el horizonte,
Dorando la alta cumbre plateada
Con pura nieve del precelso Teide,
Cesaban ya los instrumentos bélicos
En el real del español ejército
De hacer salva á la hermosa Aurora,
Cuando el buen general con el cuidado
De saber nueva cierta de la gente,
De cuyo fin dudaba, receloso
De algun suceso adverso, confirmandolo
Los caballos heridos y sin dueños,
Que se halláron en aquel distrito;
Supo de los cautivos naturales
De aquella misma noche del asalto,
Que Benejaro dió, su triste pérdida,
Porque siendo á tormento amenazados
Diéron con gran verdad larga noticia
De la emboscada, que él de Naga tuvo
Aquella noche ántes en la cuesta,
Y el repentino asalto y la batalla,
Que hubiéron con los suyos, declarandole
La cueva á do quedáron en prisiones
Con guardas que les puso Benejaro.
Tanto furor causó en los nobles pechos

La triste nueva, tanta pena y lástima,
Que lo mostró sentir todo el ejército
Con deseo excesivo de emplearse
En libertarlos de tan gran peligro;
Luego el noble Hernando Esteban Guerra
Se ofreció de tomar á cargo suyo
Aquella empresa, y aunque otros hidalgos
Lo propio pretendian, satisfecho
El general de su valor y prenda
Á él y al fuerte Pedro de Vergara
Le dió con beneplácito de todos,
Previenese al momento su partida
Sin dilacion, y en ocasiones tales
Es la tardanza madre del peligro,
Al fin los dos ilustres capitanes
Con veinte y cinco de á caballo y ciento
De á pié siguen el áspero camino
Con dos Nivarios presos en su guia,
Porque el lugar y cueva les mostrasen.
Distando poco del barranco y cueva,
Divisanlos las guardas vigilantes,
Alteranse, y con ánimos briosos
Se previenen dispuestos á defensa,
Y viendo los de España ser el puesto,
Á do pensaban darles la batalla,
Incomodo á la gente de á caballo,
Como estuviesen todos deseosos
De hallarse presentes al combate,
Dejáron los caballos bien seguros
Atados cerca de la gran quebrada,
Y trabajosamente en buen concierto
Descendiéron abajo con peligro
Por pasos muy estrechos y fragosos,
Trabanse luego con sangrienta ira,
Tocan las cajas y resuenan gritos
Y silvos espantosos, el combate,
Con mucho daño de los enemigos,
Que por lejos estar, aunque tiraban

Ligeros dardos y rollizas piedras,
Jugaban las ballestas y arcabuces,
Haciendo en ellos temerario estrago.
Viendo Hernando Esteban y Vergara,
Que por estar los naturales fuertes
En medio del repecho del barranco
Encastillados era muy difícil
Poder llegar á la prision y cueva
Sin gran riesgo, peligro, daño y pérdida,
Porque á la entrada estrecha della estaba
Un anden, donde hicieron con industria
De piedra movediza un parapeto,
Y en él atrincherados defendian
Sus vidas, la prision y los cautivos,
Que siendo la subida trabajosa
Echando como echaban desde arriba
Peñas muy grandes, sola una persona
Bastaba á defenderse de un ejército,
Mandáron con acuerdo, que subiesen
Veinte soldados por secreta parte
Á lo mas alto de la gran quebrada,
Para que estando encima sin peligro
Lo corriese el contrario sin reparo,
Y como en parte á todo descubierta
Pudiesen facilmente combatirlos
Hasta que compelidos se bajasen
Abajo, do pudiesen á su salvo
Cerrar con ellos y alcanzar victoria.
Fué tan útil la órden deste arbitrio,
Que estando sin ser vistos los soldados
Arriba tan gran número de peñas,
Les arrojáron de repente un golpe,
Matando, derribando, destrozando,
Quebrando piernas, brazos y cabezas,
Que los desatináron, y de suerte,
Que del tropel los que quedáron vivos
Bajáron sin sentido, despeñandose,
Porque les pareció, que en aquel punto

El risco y aun el mundo se hundia.
Acudiendo sobre ellos los de abajo,
Los unos con los otros embistiéron,
Allí rompiendo las ligeras picas,
Hiriendo las espadas cortadoras,
Disparando ballestas y arcabuces,
Aunque las gruesas mazas y bastones,
Los dardos y las piedras no cesaban,
Tan excesivo daño en los Nivarios
Hiciéron, que rendidos y heridos
Desampparáron sin poder valerse
El campo, prision, cautivos y ligeros,
Huyendo fueron por el largo valle
Por diferentes partes y veredas;
Victoriosos y alegres los de España
Llegáron á la cueva donde vieron
Sus íntimos amigos en prisiones,
Atados y heridos, de manera
Que á todos se enternecen las entrañas,
Humediciendo en lágrimas los ojos,
Desatanles alegres las prisiones,
Y consolados ya con verse libres
Volviéron al real, donde en llegando
Fueron bien recibidos de los suyos
Celebrando con gozo la victoria
Ganada con industria, fuerza y ánimo
Del valeroso Guerra y buen Vergara.
En esto con bullicio y alboroto
Todo lo mas estaba del ejército
En contorno apretados, puestos juntos
Sobre el difunto y desangrado cuerpo,
Mas espantable que la misma muerte
Del gran Tinguaro, natural hermano
Del Rey Bencomo, contemplando atentos
Los derramados y quebrados ojos,
Los verdinegros párpados y cárdenos,
Los labios que vertian, aunque espesa,
Cuajada espuma de corrupta cólera,

Nariz, cejas, pestañas y mejillas
Tintas en roja sangre, y denegrido
El pálido color del rostro fiero,
La barba larga, marañada y llena
De la lodosa tierra, sangre y polvo,
Los desproporcionados brazos fuertes,
Cuchillo agudo de españolas vidas,
Ya decaidos sin vigor ni aliento,
El desmedido cuerpo gigánteo,
Arrastrando, desnudo y lastimado,
Los bien fornidos muslos, pies y piernas,
Veloces alas de su ligereza
Quebrantados, y al fin con tal ruina.
Estaba hecho horrido espectáculo,
Lleno de golpes, llagas y heridas,
Desde las uñas de los pies quebrados
Hasta el remate del menor cabello;
Unos le daban puntapies crueles,
Que al fin al moro muerto gran lanzada,
Otros con regatones de las picas
Diciendo ¿es este el Capitan valiente,
Que en Centejo nos causó tal daño?
Otros decian, no, que es el Rey fiero
Mas arrogante y crudo hermano suyo,
Al fin con estas cosas y otras tales
Todos hacian larga anatomia
En el cadaver y espantable cuerpo
Del capitan severo, que en la muerte
Pagaba las crueldades de la vida,
Que como en la batalla le matáron
Fué traido al real la misma tarde,
Pensando ser Bencomo hermano suyo,
Que interpretando mal los que lo oyeron
Las palabras, que dijo postrimeras
Con agonias de la amarga muerte,
Afirmaban muchos haber dicho:
No me mateis que soy el Rey Bencomo;
Y como fuesen ambos semejantes

En rostro, cuerpo, talle y aun en años,
Pues dicen ser los dos de un parto mismo,
Hubo contradictorias diferencias
Con varios pareceres, afirmando unos
Con gran porfía ser el Rey Bencomo,
Otros con larga tema ser Tinguaro,
Y aunque tomáron voto de los Guanches
Cautivos, y de aquellos que Anaterve
Envió de socorro, sobre el caso,
Estaba con la muerte su figura
Y del mal tratamiento tal disforme,
Que fué imposible se determinasen
El cual de los dos fuese, mas con todo
Mandó el Gobernador, que la cabeza
Le cortasen y al punto la pusiesen,
En una larga, gruesa y alta pica,
Y que luego marchase el real ejército,
Descubriendo la tierra á la Laguna,
Y en medio la llevasen, porque fuese
Á todos los rebeldes escarmiento.
Marchó luego la gente en ordenanza
Y de los dos mil Guanches del socorro
Quedáron mil en aquel propio asiento
Con una compañía de Españoles,
Guardando en el real los malheridos
Cautivos, bastimentos y otras cosas,
Y siguiendo el camino á Tacoronte
Pasando la Laguna, bosque y llano,
Que llaman los rodeos, y llegaban
Al cabo del peñon, cuando en lo alto
De un monte raso de arboleda exento,
Cuya falda y ladera, aunque pendiente,
Era muy fácil de subir y el sitio
Faltó de piedras (armas con que siempre
Hacian mayor daño los contrarios)
Todos pudiéron ver, mirando atentos,
Gran multitud de la enemiga gente,
Que desde allí suspensos contemplaban

El gran concierto del famoso ejército
De la invencible y victoriosa España.
Y aunque con seis mil hombres de pelea
Bencomo estaba con el Rey Acaymo,
Porque los demas Reyes de la isla,
Sabiendo la batalla y la gran pérdida
De la nivaria gente, le enviáron
Toda la que pudieron de socorro,
Temia grandemente la batalla
Por no ser aquel sitio acomodado
Al bien de su defensa, mas con todo
Determinó embestir, si le embistiesen.
Habiendo los de España ya llegado
En forma de escuadron al pié del monte,
El general mandó hiciesen alto,
Y á las lenguas les dió cierta embajada,
Que al contrario llevasen juntamente
Con la cabeza, que en la pica puesta
Miraba el enemigo desde arriba;
Subiéron luego al punto la ladera
Los que eran lenguas y en llegando vieron
Al Rey Bencomo altivo y arrogante,
Á quien hablando Pedro aquesto dijo:

Nuestro gobernador nos manda os demos
Esta cabeza prueba de escarmiento,
Nosotros cual mandanos la traemos,
Que es justo obedecer su mandamiento,
Y de su parte á requerir volvemos,
Que os sugeteis con sano y buen intento,
Porque con otro tanto os amenaza
Y á temerarias guerras os emplaza.

Soberbio el crudo Rey, airado y fiero,
Dió con breve razon esta respuesta:

Decidle que nos cansa y nos ofende
Con embajadas mas que con la guerra,

Por ella pida aquello que pretende,
Que nuestro intento es defender la tierra,
No el ver esa cabeza nos suspende,
Que mas crueldad nuestro valor encierra,
Á donde el cuerpo está la restituya,
Mas mire cada uno por la suya.

Al general esta respuesta diéron
Y le informáron como el Rey Bencomo
Estaba vivo, aunque muy mal herido,
Y así se confirmó, que el cuerpo muerto
Era del gran Tinguaro hermano suyo.
Estuviéron allí dos horas largas
Sin mas escaramuza ni combate,
Hasta que con acuerdo se volviéron
Á su real y asiento los de España,
Porque, como era invierno, sobrevino
Gran tempestad de viento, agua y truenos,
Que fué ocasion de que los Españoles
Bajasen sin parar, ni detenerse
Aquella tarde propia del asiento,
Donde estaba el real en la Laguna,
Á Santa Cruz, lugar de mas abrigo.
Y Bencomo y Acaymo tambien fueron
Á Taoro dejando el reino pobre
De Tacoronte casi despoblado,
Así por la terrible pestilencia
Como por el temor y gran recelo
De la española gente, su enemigo,
Pensando hacerse fuertes en Taoro.
Juntando cuanta gente mas pudiesen
Dejáron la cabeza de Tinguaro
Los Españoles en el propio sitio,
Donde hiciéron alto en Tacoronte,
Y Bencomo su hermano con designio
De mirarla á su modo, y celebrarle
Funerales exequias en Taoro,
Mandó que le llevasen con gran pompa,

Puesta sobre unas lanzas y pellejos
Á modo de ataud, el Rey Acaymo,
Tegueste, Sebensui y el gran Sigoñe,
Y así con ella en medio del ejército
Su camino siguiéron á Taoro
Haciendo grande llanto y sentimiento.
En este tiempo por el gran peligro,
Que el ganado corria en el distrito
De la Laguna y valle de Tegueste
Por las entradas que con tino hacian
Los Españoles en aquellas partes,
Todos los ganados y pastores
Pasáron sus rebaños á los términos
De Sebensui, remotos y apartados,
De la Laguna mas de siete millas,
Ádonde por ser riscos muy fragosos
Estaban mas seguros de enemigos,
Y porque en aquel término no andaba
El contagioso mal de pestilencia:
Con ellos los dos principes pastores
Estaban, aunque juntos de ordinario,
Sin haber conocido el uno al otro,
Llorando siempre con terrible pena
De la engañosa muerte los rigores,
De su constante amor las desventuras,
Y de sus desventuras la constancia,
Sin esperanza alguna de contento
Vivian tristes vida solitaria,
Pasando largos y prolijos dias
Al murmurio agradable y deleitoso
De un transparente arroyo cristalino,
Que de las peñas de un robusto bosque
Sale haciendo y deshaciendo á prisa
Varias perlas y aljófares preciosos.
Allí contemplan de la honesta tórtola
El tierno amor leal, simples arrullos,
Requiebros sensitivos de sus ansias,
De la paloma blanca y diligente

El vuelo, sencillez y las caricias,
De los canarios la suave música,
Del negro mirlo el vocinglero canto,
Del cabritillo jugueton los brincos,
Del corderillo afable los retozos,
De la arboleda la espesura y breña,
De la yedra los lazos mas pulidos,
Tejidos y tramados con enredos,
De las diversas yerbas la frescura
Y de las varias flores los matices,
Gozando sus suavísimos olores;
Pero no les alegra, ni entretiene
De suerte tal, que su penosa angustia
Dejase de causarles gran tormento,
Ni el cuidado de tantas alegrias,
De que estaban agenos, impidiese
Él de su pena, hechos al trabajo,
Al rigor, aspereza y desconsuelo;
Y horas señaladas cada dia
Á solas se apartaban en lugares,
Do no pudiendo ver el uno al otro
No se impidiesen á llorar su pena,
Y así Ruiman entre unos frescos lauros
Solo y aparte lamentaba triste,
Contemplando suspenso en el retrato,
Que traia consigo en los aforros
Del grosero tamarco, y así dice:

Retrato, compañero de mis males,
Quiero que de ellos mismos seas testigo,
Conoce bien mis penas desiguales,
Pues eres de mis glorias enemigo;
Mis ansias y pasiones inmortales
Todas se doblan mas y mas contigo,
Considerando en tí mi bien perdido,
Que amor en mis entrañas ha esculpido.

Ay ojos, que continuo estais regando

Con sempiterno llanto el triste suelo,
Lágrimas infinitas destilando,
Mas no agotando mi pasion y duelo,
Que aunque la tierra y mar vais anegando
No hallarán tantas lágrimas consuelo,
Porque en mi alma de tormentos llena
Causa gloria mayor la mayor pena.

¿Como no siento mis ardores frios
Y este fuego de amor no está desecho
Con tantas aguas, y con tantos rios
No está profundo mar el mundo hecho?
Mas ay, que tal con los suspiros mios,
El aire que respira aqueste pecho
Por el incendio vivo en que me inflamo,
Que seca cuantas lágrimas derramo.

Si el sentimiento de mi grave daño
(Pues me pudo acabar) me diese muerte,
No de amor, fuera exceso tan estraño
Ni tan heróica y soberana suerte,
Que padeciendo en vida el desengaño
De la fe, se conserva ser mas fuerte,
Que mi grave dolor, pues siento vivo
Con sufrimiento el mal mas excesivo.

Vivir causa mas pena entre pasiones,
Y es sufrir vivo el mal dolor doblado,
Porque con excelentes perfecciones
Padecer y sufrir contrario hado;
Es obra de cobardes corazones
El hecho de morir desesperado,
Temiendo de las penas el tormento,
De quien se vence al poco sufrimiento.

Venza el mismo dolor y el mismo daño
La muerte misma, y dé á la vida muerte,
Que pues fué causa de mi mal estraño

Sea homicida de la misma suerte,
De pura fe se apure el desengaño
Excediendo al rigor, como mas fuerte,
Que pues mi amor de muerte pena ha sido,
Quede yo en pena y muerte convertido.

No menos Guacimara en la espesura
Del deleitoso bosque estando á solas,
Sacó el retrato que es su amada prenda,
Diciendo estas razones lastimosas:

Salid, sol de mi alma ya eclipsado,
Desterrad las tinieblas de mis ojos,
Y el corazon de vos atormentado
Sangre en vuestra presencia dé en despojos,
Si vos sois solo aquel que le ha llagado,
Dandole muerte de dolor y enojos,
Destile sangre en la presencia vuestra,
Pues de vos ofendido se demuestra.

Me ha puesto fortuna disfrazada
En esta parte sola y afligida
De vos, con mi desdicha acompañada,
Y en vos, y en mi desdicha convertida;
Estè traje y disfraz solo me agrada,
Que no es mucho que mude el traje en vida,
Pues se mudó mi gloria y gozo èn muerte,
Quedando un firme amor y un dolor fuerte.

Agradable disfraz, traje dichoso,
Propio al rigor del desdichado hado,
Fácil á mi tormento doloroso,
Como de amor y su cuidado dado,
Para ser lo que fué dificultoso,
Vos me quitasteis del prestado estado,
Con vos mi vida humilde se asegura,
Pues poco en ella la ventura dura.

Murió mi bien y vivo entre la pena

Del mal que en sí pretende eternizarme,
Y aunque por acabar se desenfrena,
No acaba de acabarse, ni acabarme,
Tuviera en tantos males por mas buena
La muerte, y de la vida desterrarme,
Que si hace el rigor de mi mal fuerte
Acabarase todo con la muerte.

Será de amor mas estimado exceso,
Dar yo misma al vivir fin y remate,
Que vida, que padece por suceso
De muerte, es sin razon que se dilate,
Que aunque el grave dolor, en quien no ceso,
Al curso del rigor que me combate
Me acabe, es mayor gloria, que yo propia
Me dé la muerte, cosa al vivo impropia.

De padecer se excusa quien desea
Vivir, que es la mayor pasion la muerte,
Y él que muriendo en ella se recrea
Por firme amor, demuestra ser mas fuerte,
Entre los que mas aman, es bien sea
Estimado al extremo de su suerte,
Pues se vence en sus llamas de tal forma,
Que de la vida en muerte se transforma.

¿Yo que procuro? solo mi tormento;
¿Y que pretendo ya sino agonia?
¿Pues como amando estoy, si amando siento
La muerte de la vida en quien vivia?
Mas viva solo estoy para aposento
De este retrato, que es la muerte mia,
Que como es vida muerta, y muerte al vivo,
Su sombra soy, y como sombra vivo.

Continuas eran estas y otras lástimas
En los amantes y encubiertos principes,
Que el ejercicio y uso de la pena
Hacia mas sufrible su tormento.

No con menor estremo de agonia
El principe Gueton y su Rosalva,
Sin culpa aprisionados en las cárceles,
Rigurosos trabajos padecian,
Aunque el estar sin culpa es gran consuelo.
Otra prision mas fuerte, oscura y triste
Les dieron en dos ásperas mazmorras
Con quinientos Taorinos en su guarda,
Sugeta al noble capitan Guayonja,
No les visita, no les vé, ni habla
Persona alguna, que la infanta Dácil
Sola tiene licencia de su padre,
Para refugio de la cara hermana.
Tratan las dos sus lástimas y penas,
Lloran la falta de su hermano ausente,
Comunicanse entrambas los rigores
De amor y variedades de fortuna:
Dácil lamenta y Rosalva íntima
El deseo de ver aquel Castillo,
Que le robó la libertad y el alma
Y vive encastillado en su memoria;
Dácil la consuela, y le encarece
De su amado Gueton el sufrimiento;
Honrosos pensamientos y constancia
Pasan entre las dos aunque aflijidas,
Mil dichas, agudezas y donaires,
Trato y conversacion propio en las damas.
Estaba todo el reino de Taoro
Alborotado con la triste nueva
De la batalla y muerte de Tinguaro,
Salen los naturales sin concierto
Á recibir al bravo Rey Bencomo,
Al destrozado ejército vencido
Y á la cabeza, que con digno mérito
Lo fué de todos, llega á los confines
De la alterada córte y real alcázar
El bando y muchedumbre de soldados,
Heridos unos, maltratados otros,

Y todos con intento vengativo,
Revueltos marchan de tropel sin órden,
Y en medio cercan la ataud funesta,
Que en hombros de dos Reyes y dos grandes
Demuestra la cabeza, rodeada
Con gamuzadas pieles de corderos,
Alzan el grito y el lamento triste
Los unos y los otros con la lástima.
Sale al encuentro con sus bellas damas
Su amada esposa Guajara, rasgando
Las blandas pieles del tamarco rico,
Rompe furiosa el escuadron y llega
Á ver la causa de su pena amarga,
Detienese el concurso de soldados,
Y le presentan levantando el lloro
La malograda prenda de su alma;
Sobre ella arroja el fatigado cuerpo,
Desgarra y mesa la hermosa cara,
Repelase, desgreña, arranca y siembra
Cual hebras de oro, ó rutilantes rayos
Del crecido cabello de madeja,
Saetas que fueron del amor flechero,
Sutiles lazos de las almas libres,
Si no ocupara tanto el sentimiento
Los tristes y angustiados corazones,
Alza la ronca voz, y entre suspiros
Con flaco aliento y fuertes ansias dice:

¿Es esta la cabeza, que regia
Aqueste cuerpo en todo desdichado?
¿Es esta, quien la patria defendia,
Y quien fué un tiempo el bien de mi cuidado?
No es ella no, que no es quien ser solía,
Ni Guajara soy yo, pues me ha faltado
El ser, valor y amparo del esposo,
Á quien fué adverso el hado de envidioso.

Como es posible, tal crueldad se encierra

En mí, que viva estoy, mas estoy viva,
Porque el rigor de la sangrienta guerra
Quiere que en mí se perpetue y viva
La amorosa piedad de mi destierra,
Y quiere que crueldades me aperciba,
Llora crueldad, cruel en mi tormento,
Toda crueldades soy, crueldades siento.

¿Esta es aquella boca en cuya risa
Se solia alegrar mi alma tanto?
La misma es que fué, mas eterniza
Fortuna aquella gloria en triste llanto,
Así querido prenda solemniza
El pasado placer, que ya es quebranto
El mal del bien, que autores son los males
De mis terribles ansias inmortales.

Vengó de mi fortuna sus enojos
En vos, y me dan vida sus rigores
Para que vean los llorosos ojos
La desdicha mayor que las mayores,
Reliquias de mi bien, tristes despojos,
Venced mi sufrimiento con dolores,
Dolores tengo y mas dolores pido,
Conviertase en dolores mi sentido.

Venciόle en este punto la agonia,
Enmudeció la entorpecida lengua,
Privandole el sentido un gran desmayo,
Recojese el calor del cuerpo frio
Al miembro principal donde es su centro,
Tibio sudor la baña por los poros,
Y un helado temblor en los extremos
Dan testimonio de sus penas y ansias.
Los duros corazones se enternecen,
Lloran los mas crueles de los rústicos
Y los mas graves de la hidalga gente,
Lloran los valerosos capitanes,

Llora Tegueste, Sebensui, Sigoñe,
Benejaro y Acaymo, los dos reyes,
Y llora aunque modesto y reportado
La real magestad del Rey Bencomo.
Llegan en bandos por diversas partes
Las doncellas mas nobles de Taoro
Con tan amargo llanto, que de verlas
Mas se enternecen los sentidos pechos,
Desmelenan y esparcen por los aires
Los dorados cabellos ventilando,
Lloran sobre la causa de su pena,
Y el sin aliento cuerpo amortecido
De Guajara recojen en sus brazos.
Y al fin los mas ancianos Guanches nobles,
Gobierno y regimiento del estado,
Llegan tambien vertiendo tiernas lágrimas
Que como aljófar, ó granadas perlas,
Ó cual roció entre la blanca nieve,
Claros indicios del amor mostraban,
Postran humildes en la dura tierra
Los decrépitos cuerpos ya cansados
De la vejez prolija y deseada,
Alzan en brazos la viuda triste
Y marchan al compas de los suspiros
Y al ronco son de las sentidas quejas,
Hasta acercarse al suntuoso alcázar.
Sobre una acomodada y alta peña
Estaba hecho con soberbia pompa,
Ornado y bien compuesto el grande túmulo,
Cubierto en torno de curiosas pieles
De negros corderillos, gamuzadas;
Con solemnes y antiguas ceremonias,
Sacando la cabeza y venerandola
Del ataud, le hacen á su modo
La untura de manteca, que se usaba
Para mirlarla y desecar lo humedo
De la sangrienta y macerada carne;
Ponenla luego entre olorosas yerbas,

Su túmulo precelso; cesa el llanto
Con la esplendente luz del claro Apolo;
Quedan en guardia suya cien soldados.
Duró despues siguientes quince dias,
En que quedó mirlada, el triste luto
Y el sentimiento de la adversa suerte,
Mostrandolo á las diez de la mañana,
Estando convocado todo el reino,
De nuevo alzan los sentidos gritos,
Los gemidos, suspiros y los llantos,
Diciendo á voces: »Tanaga Guayoch,
Archimensey nohaya dir hanido
Sahec Chunga pelut«, que significa:
»El valeroso padre de la patria
Murió y dejó los naturales huérfanos.»
No dió lugar el riguroso invierno
Para que los combates y batallas
Pudiesen impedirles por entonces
Las honrosas excequias funerales,
Que en los distritos de la vega y bosque
De la Laguna y del dichoso puerto
De Santa Cruz las pluvias fueron tantas,
Que á la española gente victoriosa
Impidiéron marchar la tierra adentro
Á concluir el fin de la conquista,
Que con solicitud se procuraban.
Algunas veces que aplacaba el tiempo,
Y que ofrecian oportuno cómodo
Las pardas, turbias y hinchadas nubes,
Gozando del lugar y coyuntado,
Seguramente entraban en escuadras,
Montes talando y descubriendo tierra
En los reinos de Naga y Tacoronte
Y yendo al fértil valle de Tegueste,
Para poder proveerse de ganado,
Hasta que ya por fin del mes de Enero,
Año de cuatrocientos y noventa
Y cinco, como mas cesase el tiempo,

El General mandó correr la tierra,
Así para saber del enemigo
El designio y lugar en donde estaba,
Como porque pudiesen hacer presa
De algun ganado, porque padecian
Necesidad notable de sustento.
Y así nombró á Hernando de Trujillo
Para que fuese con quinientos hombres
De los mas esforzados y con ellos
Como treinta ó cuarenta de á caballo
Y corriesen la tierra en la Laguna,
El valle de Tegueste y Tacoronte;
Salió Trujillo con la gente invicta
Del puerto, con buen órden, y marchando
Llegáron á los llanos de aquel bosque
De la Laguna, á donde no hallaban
Persona viva sino cuerpos muertos
De los difuntos Guanches, que morian
Del mal de pestilencia, de manera,
Que los hallaban muertos á montones,
Comidos de unos perros gozques bravos,
Que ellos criaban, y eran estos tales,
Que encarnizados en los cuerpos muertos
Tambien comian á los vivos,
Pues dicen, que no osaban los Nivarios
Dormir de noche en campo por el miedo
Que de ellos tenian, pero en árboles
Subian á pasar el sueño inquieto;
Mas como habia de muertos abundancia,
Haciendo en ellos su comun carniza,
Dejaban á los vivos, que despiertos
Podian defenderse de sus manos.
Estando pues el español ejército
Asentando el real en la ribera
De la Laguna, como no hallasen
Otra fuente ni agua, ni ganado
En todo aquel distrito, que los Guanches
Llevaban los rebaños con industria

Á los cerros fragosos y mas ásperos
Remotos y apartados de aquel término,
Y las fuentes amenas, caudalosas
Escondian, cegaban y tupian,
Que tanto fué el ardid de su braveza,
Estaban los de España algo confusos,
Muy indeterminados y queriendo
Volverse á Santa Cruz, oyeron voces,
Y advirtiendo do fuesen, divisáron
En lo mas alto de un subido monte
Una muger, diciendo en su lenguaje,
Segun que interpretó Pedro la lengua,
Que que hacian, como no marchaban
La tierra adentro, pues la gente toda
Era ya muerta de la pestilencia.
Oyendo aquesto, muchos se temiéron
Diciendo ser traicion, otros decian
Al contrario, y al fin determináron
Marchase el campo en órden y concierto
Hácia la parte do la muger dijo,
Que era en el fértil valle de Tegueste.
Subiéron el repecho de la sierra,
De las peñuelas y de la alta cumbre,
Todo lo mas del valle divisáron,
Hermosas vegas llanas, prado y montes,
Y procurando todos deseosos
De hallar la muger, por informarse
Mas largamente de lo que decia,
No fué posible hallarla en todo el bosque;
Luego bajando la ladera espesa
De árboles crecidos, descubriéron
Pobres casas pajizas mal compuestas
En una gran quebrada y cuevas cóncavas,
Y entrando por la aldea mal formada,
No pudiéron hallar persona viva,
Sino fué solo un viejo tan anciano,
Que estaba ya de la vejez tullido,
Y dos muchachos, que le acompañaban,

Y una pequeña niña en una cueva,
Llorando amargamente por su madre,
Que en aquel propio punto que llegáron
Acabó de morir de pestilencia.
Halláron abundancia de comida,
Gofio, quesos, manteca y leche fresca,
Que los que la trajeron á sus casas
No pudiéron comerla, que la muerte
Les atajó la vida, en breve tiempo,
Comiéron todos con banquete y fiesta,
Que para todos hubo largamente,
Y al viejo preguntáron, á que parte
Estaban los ganados de aquel término;
Él les dijo que fuesen rodeando
Un gran risco, que el valle dividia,
Y que allí hallarian muchedumbre,
Pero les avisó, que se guardasen
Del gran Tegueste, que con mucha gente
De guerra residia en lo mas bajo
Junto á un barranco grande, que se llama
Tejina, propio nombre de su esposa,
Hija del valeroso Rey Acaymo,
Porque corrian riesgo de perderse,
Si acaso eran sentidos de los suyos.
Todos hiciéron de ello poco caso
Por ser como eran muchos y valientes,
Y tener gran deseo de llevarle
Al General alguna buena presa,
Y así dejando en aquel propio puesto
El viejo y los muchachos con la niña
Por que no se les fuesen, encerrados
En una fuerte cueva, con intento
De dar la vuelta, determináron
Ir á la parte, donde el viejo dijo,
Por hacer buena presa en el ganado,
Y en breve espacio diéron con gran suma
De cabras, y de ovejas con las crias,
Volviéron su camino por do fueron.

Mas como los hubiesen ya sentido
Los Guanches y avisado al gran Tegueste,
Dentro de breve tiempo convocáron
Él y el gran Sebensui hermano suyo,
Mil y doscientos Guanches de pelea,
Y todos se pusiéron en celada
En la sierra, nombrada las peñuelas,
Y en estrecho pasaje peligroso;
Y al fin llegando ya los Españoles
Á la pobre aldehuela, do dejáron
El viejo y los muchachos presos juntos,
Á todos tres halláron arrancando
Las almas miserables de los cuerpos,
Que el emperrado viejo, como viese
Que le dejáron preso, imaginando
Que habian de llevarle por cautivo,
Con un agudo dardo les dió muerte
Á los zagales y rompió su pecho
Quedando en roja sangre revolcado;
Causó notable espanto el caso á todos,
Pesandole en el alma al buen Trujillo,
No por el viejo de vivir cansado,
Pero por los muchachos y la niña,
Que era hermosa y bella por estremo.
Al fin subiéron todos la ladera
Sin recelarse, por no haber sentido
Persona que pudiese hacerles daño,
Mas con todo Hernando de Trujillo
Mandó se adelantasen las espías,
Y en cinco escuadras dividió la gente
Porque cada cien hombres juntos fueran,
Y así con tal concierto resguardasen
Los unos á los otros, y subiesen
Con mas seguridad la alta cumbre,
Y llevasen la presa del ganado,
Quedando atras los ciento postrimeros,
Con quien mandó subir los de á caballo
Para seguridad de sus personas

Y del ganado, porque no huyese,
Por ser salvaje, y aunque las espías
Seguráron el paso, nunca quiso
Saliesen del concierto que llevaban.
Tequeste, que escondido en lo mas alto
Esperaba ocasion para embestirles,
Mucho temió, por ver el buen concierto
Con que subian, pero persuadido
De su esforzada gente, en coyuntura
Cómoda á su designio, alzando el grito
Acometió con repentina furia,
Rompiendo el aire los ligeros dardos,
Y en él zumbando las ligeras piedras;
Retumban luego cajas y las trompas,
Disparan las ballestas y arcabuces,
Cierran los unos, llegan ya los otros,
Trabase crudo encuentro y brava guerra,
Vuelve el ganado, corre espantadizo,
Huye por la ladera al hondo valle,
Todos los desamparan al momento
Y acuden al furor de la batalla,
Picando fuertemente á los caballos,
Cuando bajaban ya por la ladera,
Los bárbaros Nivarios de huida,
Pues aunque tantos, y aun tan valientes,
Dando el primer encuentro de su furia,
Huyeron luego, porque conocieron
La gran ventaja de los Españoles
Por el orgullo de viriles ánimos,
Como el concierto y órden de defensa,
Y aunque los dos hermanos valerosos
Los esforzaban con gallardo brio,
Los mas desampararon la batalla.
Como ya destrozados y heridos
Con gran prisa huian por el bosque,
Bajando de tropel al hondo valle,
Y como en lo mas bajo dél estaban
Los de á caballo en pasos tan fragosos,

Que subir no podian sin peligro,
Todos los que bajaban de huida,
Como les viesen en tan grande aprieto,
Le embistieron con estraña furia,
Y aunque los cien peones, que quedáron
Con ellos en la escuadra postrimera,
Les socorrieron, como fuesen tantos
Los enemigos, y bajaban todos
Tan furiosos, airados y corridos
No dejáron de hacerles grande daño,
Y entre todo él que hicieron, por cautivo
Lleváron al honrado caballero
Y capitan Gonzalo del Castillo,
El cual como caudillo de la gente
De á caballo, que estaba á cargo suyo,
Persona de valor, hombre animoso,
Andaba entre los suyos encendido
En el furor de la sangrienta guerra,
Destrozando, rompiendo y maltratando
En la enemiga gente, entre los cuales
Uno tiró con temeraria furia
Una piedra, que dandole al caballo
En la frente, cayó muerto en la tierra
Y acudiendo sobre él muchos á un tiempo
Le dieron grandes golpes y herido.
Aquellos que huian delanteros
Le lleváron consigo sin ser visto
De alguno que pudiese socorrerle,
Hasta que ya despues de largo rato,
Cuando el valor de la invencible España
Celebraba el honor de la victoria,
Le halláron menos, y aflijidos dello
Volvieron á buscarle en los difuntos,
Y como no le vieron, presumióse
El infelice caso sucedido.
Llenos de aquel pesar de allí partieron
Bajando el risco hácia la Laguna,
Donde halláron todo aquel ganado,

Que sacáron del valle, porque habiendo
Trabado la batalla en entretanto
Huyendo fué por otro bosque espeso
Á salir á lo llano de aquel sitio,
Donde se apacentaba de ordinario.
Alegres desto lo lleváron junto
Á Santa Cruz aquella misma tarde,
Do se sintió la falta del buen preso,
De quien despues se tratará el suceso.

Canto décimo cuarto.

Llevan preso al Capitan Castillo ante el Rey Bencomo. Alegrase de verle la infanta Dácil; dale el Rey libertad: los Españoles pasan grande hambre y trabajos: dase la batalla en Centejo: ganan los de España la victoria y entran en el reino de Taoro.

Tanto se estima el bien cuanto es mas caro,
Y así los que se adquieren en la guerra
Entre peligros, daños, males, pérdidas,
Á mas de ser honrosos, son preciados.
Estando pues el bravo Rey Bencomo
Solícito, ocupado, apercibiendo
Las cosas necesarias de la guerra,
Viendo emplear el tiempo á sus soldados,
Unos labrando de rollizos troncos
De fuertes acebuches gruesas mazas,
Grandes bastones de pesadas porras,
Otros tostando y aguzando dardos
De fina tea y resinosos pinos,
Otros limpiando filos cortadores
De montantes, espadas, lanzas, picas,
Despojo que á su costa en buena guerra
Han ganado á los fuertes Españoles,
Llega Teguazo, hijo de Tegueste,
Con cuarenta soldados á Taoro.
Parece ufano en la real presencia,
Dale larga noticia del suceso
De la batalla, que en su hondo valle
Tuvieron tan á costa de los suyos
Con los irresistibles Españoles,
Presentale en despojo la persona
De Castillo cargado de prisiones.
Estimalo Bencomo en gran servicio

Y agradece el presente, luego al punto
Conoce al capitan, que en su presencia
Estuvo la otra vez preso y cautivo,
Huelgase en conocello, y al instante
Se divulga la nueva por la córte.
Acuden deseosos á mirarlo
Los nobles y las damas, y con ellas
La bella infanta Dácil tan alegre,
Que apénas disimula su prudencia
El estremo de amor con que le adora.
No menos gozo siente el noble pecho
Del hidalgo español viendo presente
Á su querida infanta que adoraba
Con raro exceso, estaba con su vista
Regocijado aquel revuelto reino,
Que pareció ser cosa de milagro
Lo mucho que le amáron desde el punto,
Que la primera vez cautivo estuvo,
Y como ya entendia y bien hablaba
Su lengua, era mas parte del contento
Y placer para todos, el Rey manda,
Le quiten las prisiones al instante,
Y Dácil, porque el padre mas lo estime,
Dice con disimulo, aunque turbada:

Señor, este parece personaje
De graves prendas, cierto no merece
Que se le haga agravio, porque ultraje
Fuera de tu valor, si se le hiciese,
Advierte en su persona, talle y traje,
Tal le parezca yo, cual me parece,
Mándale que se hospede en tu aposento,
Que acertarás y me darás contento.

Agradanle á Bencomo sus razones
Y así responde á la querida hija:

Bien dices, claramente se ha mostrado,

Que cabe en el cautivo gran nobleza,
No mando yo que sea maltratado,
Que fuera usar de bárbara estrañeza,
Mas sea en mi palacio aposentado
Y con nosotros huesped en mi mesa,
Y dél te sirve, porque desde ahora
Es tu cautivo y eres su señora.

Dácil agradecida así le dice
Al buen Castillo de vergüenza llena:

Gallardo capitan, la vez pasada
Fuí para daros vida intercesora,
Quedé del valor vuestro aprisionada,
Mas ya sois mi cautivo desde ahora,
Á estimaros estoy determinada,
No os aflijais, tenedme por señora,
Que aunque tan mal vuestro valor se emplea
El Rey mi padre gusta que lo sea.

Castillo con prudente cortesía
Así le respondió como discreto:

Aunque de tanto bien me hallo indigno,
Para vuestro nací, señora mia,
Y así tengo á misterio peregrino
Ver que mi suerte á vuestros pies me guia,
Esta prision, trabajos y camino
Son para mi contento y alegria,
Dichoso yo, mi buena dicha alabo,
Pues llego á ser, señora, vuestro esclavo.

Todos se alegran ver su noble término
Y Dácil siente tanto regocijo,
Que de gozo no pudo responderle,
Miranse tiernamente el uno al otro
Y con tanto contento, que Castillo
Casi ya no sentia el cautiverio,

Y así pasáron toda aquella tarde
En gran conversacion entretenidos.
Cerró la noche y en el real palacio
Del Rey entráron, donde estaba puesta
La mesa con manjares estimados
Á su costumbre, y en el mismo punto
Se sentó el Rey Bencomo, el Rey Acaymo,
Y Benejaro el viejo, Rey de Naga,
En aquella ocasion estaban juntos
En aquel reino, y á Castillo hizo
El Rey, que se asentase en un asiento
Á su mano derecha, frente á frente
De la hermosa Dácil, y sirvieron
La mesa los mas nobles capitanes
Del reino de Taoro; mas Castillo
Embelezado en Dácil contemplaba
Su gran belleza, discrecion y aviso,
Dando á cada bocado por minutos
Suspiros tristes del ardiente pecho.
Bencomo y los presentes entendian,
Que era el dolor de verse así cautivo
La causa de tan noble sentimiento,
Y á Dacil dijo el Rey, que consolase
Su esclavo que mostraba gran tristeza.
Ella muy corta, de vergüenza llena,
Le dió un mocan tomado de un gran ganigo,
Que estaba lleno de ellos para el postre,
Por ser remate ya de sus manjares;
Castillo viendo aquello, aunque discreto
Y cortesano, se quedó confuso,
Recibiólo, y al darselo humillandose
La mano le besó con cortesía,
Lo cual en los presentes que lo vieron
No dejó de enjendrar alguna envidia,
Aunque sencillos pechos, mas riendose
Bencomo, y á Castillo consolando,
Mandó se alzasen las reales mesas,
Cuando, aunque en tiempo de tristeza y luto,

Así por tantas muertes y desgracias
Como por tanta guerra y pestilencia,
Salió una danza de nivarios mozos,
Que Dácil ordenó por darle gusto
Al cautivo, señor del alma suya.
Fué la danza admirable, gustosísima,
De doce bailadores estremados,
Que con unas espadas españolas,
Despojos ordinarios de sus guerras,
Desnudas en las manos por las puntas
Y por la guarnicion en buen concierto,
Trababan una danza muy curiosa,
Dando mil saltos y ligeras vueltas;
Gustáron todos del alegre baile,
Que no fué sin misterio en ser de espadas
Segun que salió el juego de su triunfo,
Porque los del amor y del dios Marte
Andaban con rigor en competencia.
Era ya largo rato de la noche,
Y el Rey mandó se recojiesen todos,
Y dieronle á Castillo un blando lecho
De pajas de helecho y de cebada,
En su modo y costumbre regalado,
En el cerrado estrecho de una cueva,
Que estaba en lo mejor del pobre alcázar;
Dácil se recojió con sus doncellas
En otra parte que era su aposento,
Dando suspiros de amorosas ansias,
Dejando el alma presa tan rendida
Á su querido esclavo, que no menos,
Como sagaz, discreto y avisado
Entendia de Dácil los amores,
(Que al fin cuando las lenguas enmudecen
Amor habla en el alma por los ojos)
Sentia de su amor penosa angustia.
Luego al siguiente dia el Rey Bencomo
Mandó á Dácil que viese y visitase,
Segun hacer solia muchas veces,

Los principes que estaban en prisiones,
Mas como en las de amor estaba impresa,
Obedeciendo su real mandado,
Licencia le pidió para que fuese
El cautivo con ella en compañía.
Bencomo como vió con tanto ahinco
Enternecida á Dácil, demostrando
Tan larga voluntad á el caballero,
Sintió cierta sospecha y divirtióla
De lo que le pidió disimulando,
Diciendo ser negocio inconveniente
Llevar un estrangero, aunque tan noble,
Á prisiones que estaban tan secretas;
Al fin dando suspiros dolorosos
Ella partió con grande sentimiento,
Quedando el padre firme en su sospecha.
Fué luego el Rey, á do Castillo estaba,
Á quien, despues que con ofertas grandes
El pláceme le dió de alegres dias,
Dijo aquestas razones muy benigno:

Tanto me obliga, amigo, tu buen trato,
Leal nobleza, estilo y cortesía
Que de mí presumiera ser ingrato,
Si no te libertara en este dia,
Donde hay caro amistad todo es barato,
Y para darte á conocer la mia,
Aunque me pesa de tenerte ausente,
Digo que puedes irte libremente.

Si alguna cosa de este reino pobre
Te agrada, ó á tu gusto satisface,
Aunque allá con los tuyos todo sobre,
Bien la puedes tomar, que á mí me place
El oro que estimais, la plata, el cobre,
Que tanto mal, ó bien dicen que os hace,
Caballos, armas fuertes y otras cosas,
Que os he ganado en guerras peligrosas.

De todo escoje, y ruego que en memoria
Tengas que soy, y que he de ser tu amigo,
Y que esta mi amistad es meritoria
Para que no me seas enemigo,
Algun dia vendrá, que con mas gloria
La obra de esta fe me sea testigo,
Y pues Castillo eres, tu nobleza
Lo sea en mi amistad con fortaleza.

Castillo agradecido á un bien tan alto
Al generoso Rey respondió aquesto:

Lo que obligado á tu valor me hallo
Al mínimo caudal del valor mio,
Imposible será recompensarlo,
Que á ello da desigualdad desvío,
Mandame, que en mi tienes un vasallo,
Confia de mi pecho, que confio
Agradecer tus obras de tal suerte,
Que me llames Castillo de amor fuerte.

Tuyo ha sido hasta aquí mi cuerpo y vida,
De ello me has hecho gracia, y por pagarte
Te doy mi voluntad agradecida,
Que es todo el bien que un pobre puede darte,
Y pues ya con franqueza tan cumplida
Gustas, señor, que yo de tí me aparte,
Dame esos brazos por que mas sugéto
Quede mi pecho en tu amistad perfecto.

Luego con franca mano el Rey Bencomo
Un hermoso caballo enjaezado
Le dió de seis famosos que tenia,
Y á escojer rica espada, adarga, lanza
Y jacerinas armas entre muchas
De los despojos de sangrientas guerras
Y cien soldados de su noble gente
Para que fuesen en su compañía,
Hasta que cerca de su real llegasen:

Y así partió galan ufano y rico,
Dandole á Dios y al franco Rey las gracias,
Que salió á acompañarle un largo trecho,
Y despedido del buen Castillo
Volvió el amor á refrescar la llaga,
Trayendo á la memoria el pensamiento
De la hermosa Dácil, y movido
De su amoroso fuego entre sí dijo:

Hizo amor del deseo y abalanza,
Do puso el bien de su esperanza á peso
Y el bien de libertad de contrapeso,
Por ver cual mas valor al peso alcanza.
Infinito fué el peso de esperanza
Y fué él de libertad de tanto exceso,
Que se quebró el deseo con el peso,
Que el gran trabajo á los deseos cansa,
Del peso de ambos pesos quebrantado,
En dos quedó el deseo dividido,
Segun lo llora y siente mi cuidado:
Pues mi deseo á peso tal rendido
Libertad la del cuerpo ha recobrado,
Y amor cruel el alma me ha perdido.

Mas al punto, que el Rey volvió á su cueva,
Llegó la infanta Dácil preguntando
(Vencida del amor) por su cautivo,
El Rey le dijo, como en aquel punto
Por entender le daba gusto en ello,
Le otorgó libertad, y se fué libre;
Mudósele el color de fina rosa
En triste amarillez, aunque tan bella,
Del corazon las presurosas alas
Se les cayeron, aunque tan discreta,
Los resplandores de los bellos ojos,
De la enojosa nube humedecidos,
Vertieron perlas, aunque tan prudente,
La sangre ardiente en sus ceruleas venas

Helada se suspende, aunque briosa:
Y al fin mostró tan bravo sentimiento
En un instante, que el confuso padre,
Aunque con mil sospechas y barruntos
Le preguntó la causa, y compelida
De vergüenza, recobró su sentido,
Aunque no fué posible, que las lágrimas
De sus hermosos ojos se empleasen,
Y al padre amado dijo por disculpa:

Puede tanto, señor, en mí el tormento
De ver mi cara hermana aprisionada,
Que me vence y desmaya el sentimiento,
Que tiene el alma triste lastimada,
Si sientes, padre, el gran dolor que siento,
Suplicote, que sea perdonada,
Que á femeniles lágrimas posible
Es alcanzar de un hombre lo imposible.

El Rey enternecido y lagrimoso
Le respondió despues de consolarla:

No permitan los cielos, que quebrante
El compas de justicia en su castigo,
No es mi hija, ni tal de aquí adelante
La llames, pero llamala enemigo,
Quien se atrevió á mi hijo, á mi Ruimante,
Lo propio intentaria hacer conmigo,
Muera, pague su pena como es justo,
Y mas no la visites, que no gusto.

Retiróse con esto á su aposento
La bella infanta dando mil suspiros,
Largó las riendas al amargo llanto
Y al pensamiento las veloces alas,
Imaginando en su querido esclavo,
Llora su ausencia, llora su crudeza,
De quien se queja con razones tales:

Castillo fuerte, á cuya fortaleza
De mis suspiros no rindió el combate,
No alcanzando en el tiro mi bajeza
Por ser tu alteza de mayor quilate,
Pues no hay ingratitud donde hay nobleza,
Como permites, que tan mal me trate
Lo que conmigo usaste, pues te fuiste,
Y de mis ojos no te despediste.

Tu vas libre y ageno de mi pena,
Mas yo cautiva de tus ojos bellos
Quedo de crudo amor el alma llena,
Que con el pensamiento va tras ellos,
Presa me dejas en cruel cadena,
¿Que piedra iman, que basilisco en ellos
Tienes, con que me matas, aunque ausentes
Con solo imaginar los vi presentes?

Con voluntad el alma te he entregado
Y con tu voluntad me la robaste,
Puse con voluntad en tí el cuidado,
Y tu con voluntad ya me olvidaste,
Fuiste cautivo, y eres libertado
De voluntad, que no hay furor que baste
Á sugetarla, que es la mejor cosa
Del mundo, y la mas mala, y mas dañosa.

Así lloraba la hermosa Dácil
Con estas tales lástimas y quejas
La ausencia de Gonzalo del Castillo,
Mas él llegándo cerca de su gente,
Adonde lo lloraban sus amigos
Por muerto con notable sentimiento,
Fué divisado de las atalayas,
Que al general le dieron luego aviso,
Como llegaba un hombre de á caballo,
Que en trage de Español les parecia,
Ninguno imaginaba ser quien era

Hasta que ya muy cerca de él estando
Fué innumerable el gozo que sintieron
Con su venida alegre, haciendo todos
Gran regocijo, fiestas y placeres
Y en especial el noble y fuerte Lugo
Y Estopiñan, amigos suyos íntimos.
Dióles de su suceso larga cuenta,
Loando la nobleza de Bencomo.
Pasáron despues de esto muchos dias,
Que no salieron del real y asiento,
Porque pasaban trabajos á lástima
De hambre tanta, y tal que perecian
Muchos, por falta de mantenimiento,
Y aunque el Rey de Güimar Anaterve
Les socorria siempre, era imposible
Suplir el pobre reino tanta falta
Tan largo tiempo, y aunque á Gran Canaria
Mandaba el general muchas personas,
Que les pidiesen á los armadores
El sustento y socorro, en cumplimiento
Del contrato, conforme á la escritura,
Que ante Escribano público otorgáron,
No aprovechaba, porque padecian
Tambien notable falta en Gran Canaria;
En esta coyuntura al propio tiempo,
Que fué en el mes de Marzo, mucha gente
De las vecinas islas comarcanas,
Teniendo fama de la gran victoria,
Que por el mes pasado de Noviembre
Habian alcanzado los de Lugo,
Vinieron muchos para darle ayuda
Á persuacion de Diego de Cabrera,
Que fué muy respetado en estas islas;
Y en diez y siete dias se juntáron
Cerca de dos mil hombres de pelea,
El general á todos recibia
Alegremente, no con poca pena
Por ver, que por faltar mantenimientos

Tal ocasion perdia y coyuntura,
Esperáron socorro de Canaria
Un largo mes y medio, y en el inter
Eran dobladas sus necesidades,
Por ser como era mucha mas la gente.
Con esto Don Alonso congojado,
Y el noble Estopiñan, que gobernaba
La gente del gran Duque de Medina,
Otorgáron poder en causa propia
Á un hombre principal, que se llamaba
Juan de Sotomayor, que fué criado
De la casa del Duque, porque fuese
Á Gran Canaria, y les pusiese pleito
Á los cuatro armadores Genoveses.
Y así se hizo, pero como estaba
La isla de Canaria en aquel tiempo
Incultivada, y por labrar no habia
Remedio alguno de mantenimiento,
Y así con tanta larga y dilaciones
La gente de nuevo habia venido,
Le despedia compelida de hambre,
En esto como fuese ya verano
Asentó el general su real ejército
En la Laguna por hacer entradas
En Naga, Tegueste y Tacoronte,
Y así muy á menudo las hacian,
Con poca resistencia de enemigos,
Que todos los Nivarios de estos términos
Estaban recojidos en Taoro
Con número de gente, que tenia
El Rey Bencomo, así de sus vasallos
Como de esotros reinos de la isla,
Lo cual el General considerando,
Viendo su gente noble mal herida,
Enferma, flaca, muy hambrienta y triste,
No osaba acometerles por entonces.
Esperando socorro de Canaria
Pasó el verano, estio y el otoño,

Hasta el mes de Diciembre, padeciendo
Hambres, necesidades y trabajos
Que no pueden contarse, ni escribirse,
Pues daban de racion á cada uno
Solo un pequeño puño de cebada
Y cinco higos para todo el dia,
Y con silvestres yerbas, y con esto
Pasaban, y los dias que faltaba
La cebada, hacian á remedio
De las raices de helechos secos
Una harina, y remolido polvo
Muy semejante al gofio, y de esta suerte
El tiempo referido padecieron
Sin dejar el intento de conquista,
Por el punto de honor y el juramento
Solemne que hicieron aquel dia,
Que aportáron segunda vez al puerto;
Al fin en el primero de Diciembre
Llegó una caravela de Canaria
Con mucha provision de pan y vino,
En harinas, viscochos y cebadas,
Lo cual sacó por pleito ante justicia
Á los cuatro armadores Genoveses
El buen Sotomayor arriba dicho
Haciendo de por sí requerimientos
Cada uno, protestando á todos
Los menos cabos, costos, daños, pérdidas,
Las muchas coyunturas y ocasiones,
En que fuera acabada la conquista,
Si con su obligacion cumplido hubiesen
Y en especial la de la vez pasada,
Que se juntó la gente de las islas,
Segun que consta claro largamente
Por los requerimientos y proceso,
Que pasó ante Garva de la Puebla,
Escribano que fué de Gran Canaria.
Despues de este socorro en breve tiempo
Cobráron los soldados nuevo brio,

Magnánimo vigor y fortaleza,
Que estaban flacos, macilentos, tristes
De trabajosa hambre intolerable,
Y así salió marchando el bravo ejército
La tierra adentro por el despoblado
Reino de Tacoronte, do llegáron
Víspera de Pascua celebérrima
De la Natividad de Jesucristo.
Como á las nueve, ó diez de la mañana,
Allí hicieron alto ciertas horas,
Y despues á la tarde caminando
Pasáron aquel paso peligroso
De la Matanza, cerca de Centejo,
Adonde el general famoso Lugo,
Cierta imaginacion en su memoria
Representa el estado lastimero
Del martes á la tarde cuatro dias
De Mayo, año de noventa y cuatro,
Advierte atentamente y considera
Las partes y lugares de aquel bosque,
Adonde fué herido y maltratado,
Mira donde matáron el amigo,
Y vé donde embistieron al contrario,
Contempla de los cuerpos de difuntos
Las calaveras y los secos huesos,
Y enternecido el corazon y entrañas
Derraman tiernas lágrimas sus ojos,
Hasta que ya bajando la ladera
Y peñascales del espeso bosque
Salieron á los llanos de Centejo.
Y el real se formó en la parte, adonde
Les pareció que estaban mas seguros,
Y en mas comodidad de defenderse,
Adonde aquella noche socegando
Celebráron la fiesta de la Pascua.
No estaba descuidado el Rey Bençomo,
Que habiendo puesto á todo sus espías,
Como fuese avisado aquella noche

El lugar donde estaban los de España,
Con brevedad juntó toda su gente
Y con cinco mil hombres de pelea
Aquella misma noche tomó asiento
Junto al real del español ejército.
Y así al romper del alba divisáron
Los unos á los otros, y el buen Lugo,
Animando su gente valerosa,
Les trajó á la memoria los trabajos
Que habian tanto tiempo padecido
Por concluir el fin de su conquista,
Cuya ocasion tenian en las manos
En tan solemne y celebrado dia
El honor y victoria que perdieron
La vez pasada en aquel propio término,
Y mucha obligacion de recobrarlo,
Por conservar el bien de las victorias
Que habian alcanzado ya en la isla.
Retumba luego el furibundo estrépito
De la una parte con horrendos silvos
Y de la otra cajas y trompetas
Y en dos bien repartidos escuadrones
Los nuestros al contrario acometieron
Diciendo todo el campo á voz subida:
„Santiago, patron de nuestra España";
Furiosos cierran luego los caballos,
Disparan las ballestas y arcabuces,
Embisten y maltratan y lastiman
Los de las gruesas picas y las lanzas
Y en blanco las espadas y montantes
Ligeras juegan, y en el mismo tiempo
Esperan y acometen embistiendo
Los bárbaros furiosos con gran ímpetu,
Vuela la piedra, hiere, rompe y parte,
Clavan los dardos, matan y atraviesan,
Dan recios golpes las pesadas mazas,
Suenan los alaridos y clamores
De las bárbaras lenguas vocingleras,

Y suena mas el espantoso estruendo
De los violentos golpes de las manos,
Y allí acometen, rompen, desbaratan,
Y aquí hieren, derriban y atropellan,
Á los unos va honor en la victoria
Como no acostumbrados á perderla,
Á esotros libertad y amor de patria,
Causas bastantes á poner las vidas
Los unos y los otros en peligro,
Tiembla el contorno de la gran montaña,
Braman los aires, gimen los alientos,
Hierve en las venas de los cuerpos fuertes
El colérico ardor, quema y abraza,
Encendido en rencor los corazones,
Crece el furor de la violenta ira,
El brio, orgullo y varonil esfuerzo,
Baña el furor de los abiertos poros
Los valerosos miembros inflamados
Con el calor que causa el movimiento,
Cubrese la campaña de difuntos,
Y palpitando estan las carnes tibias,
Corren arroyos de la roja sangre,
Tiñe y matiza todo el verde prado
Y resbalan en ella los ligeros,
Revuelcanse los muertos con las ansias,
Levantanse los vivos con mas furia,
Y todos ofendiendo se defienden,
Los nobles Lugos acompañan juntos
Los Benitez y Vilches y Llerenas
Á Don Alonso general ilustre,
Rompen, encuentran, matan, despedazan,
Atropellan, ofenden y derriban,
Muere á sus manos Angocor, Caleido,
Rodoto, Tupicen, Arafo, Sirdo
Con otros muchos, y aquel tuerto Pedro
Recto en las armas con la gruesa lanza
Á Badeñol, del Rey de Tacoronte
Valiente hermano, muerte da, y con ello

Venganza á muchos muertos y heridos
De su temido y valeroso brazo.
Siguen al gran Maestre sus amigos
Cual guerreros invictos, persiguiendo
Á los fuertes guerreros naturales,
Acompañanlos juntos, Anton Viejo,
Aguirre, Rojas, Pimentel, Cabrera,
Navarro, Vargas, Joven Valdespino
Y Albornoz mejorandose en las suertes;
Combate Lope con el fuerte Acaymo,
De Tacoronte Rey, dale la muerte,
Hazaña competente al valor suyo,
Mata Hernando Estevan á Guarindo,
Hiere á Sordeto y el valiente Hernando
Quita la vida á Guaduneth, y todos
Hacen cruel empleo de sus fuerzas.
Estopiñan, Hernando de Trujillo,
Valdes, Vergara, Guillonato, Mesa,
Vilches, Hijas, Deniz, Sambrana, Osorio,
Con otros caballeros y peones,
Cortan, traspasan y ejecutan muertes
Con el riesgo mayor de la campaña,
Comienza España á publicar victoria,
Y á prisa se retiran los isleños,
Mas viendolos Bencomo los detiene
Y con enojo les anima y dice:

¿Que furias infernales os persiguen;
Para que nota dais de cobardía?
¿Donde podeis huir, si estos os siguen,
Viendo que ya temeis la valentía?
¿Quereis que á eterna sujecion obliguen
Vuestro valor, y la grandeza mia?
Si os desmayais así, sereis esclavos:
Morid en hierros, no vivais con clavos.

Volved, volved, isleños valerosos,
Morid, morid, y vivireis honrados,

Acometed y resistid furiosos,
Quedad como valientes señalados,
Porque si os retirais como medrosos
Vuestros contrarios, fuertes, esforzados,
Os tendran con infame vituperio
Sujetos á perpetuo cautiverio.

Estas y otras razones les propuso
El bravo Rey, airado y vengativo,
Y fué de tanto efecto, que aunque algunos
Desampparáron la batalla y campo,
Volvieron todos sobre los de España
Con rabioso furor, recrece al punto
El bullicio, alboroto y vocería
Los golpes, daños, el estrago y muertes.
Encuentrase Trujillo con Bencomo
Y conoce en sus manos carniceras
Su cortadora espada, y al instante
Ambos se embisten por vengar su enojo;
Danse y reciben temerarios golpes,
Sacanles sangre las agudas puntas,
Encarnizanse mas, crece la ira,
Y hierense en otras muchas partes;
Pasa Trujillo al Rey por el acerto
Del brazo diestro, tanto que no puede
Mover la espada, aunque revienta en cólera,
Acudenle Sigoñe y Benejaro,
Tegueste, Sebensui, Careto y otros,
Cercan al buen Trujillo y favorecen
Al Rey, al fin lo libran de sus manos
Sacandole en los hombros del combate.
Brama Bencomo en verse de tal suerte
Y con el gran dolor de la herida
Deja caer la espada y la recobra
Trujillo, ufano, aunque rabioso, y sigue
Del Rey y de los suyos el alcance.
Combate Alonso Alfaro con Godoto,
Y danse el uno al otro airados golpes,

Tan fieros que ambos juntos en la tierra
Cayeron, y á las fuerzas de sus brazos
Andaban cual debajo y cual de encima,
Vieronlo muchos de los Guanches crudos
Y por favorecer á su caudillo
Con un agudo dardo por la espalda
Al noble caballero dieron muerte,
Cuando Juàn Ramos con Saucedo, juntos
Viendo el suceso, el uno con la pica,
Y el otro con la espada y con la adarga
En ellos convocando á sus amigos
Hicieron bravas suertes destrozando,
Y dando muerte á muchos; mas al punto
Al gran rumor de los terribles golpes
Llegó Tegueste y con la gruesa maza
Les dió favor á los valientes bárbaros,
Mas el noble Saucedo con la pica
Rompió sus pechos y le dió la muerte.
Y al mismo punto Sebensui furioso,
Viendo al hermano que en el duro suelo
Estaba batallando con las ansias
De la terrible muerte, con un dardo
Los pechos travesó del buen Saucedo
Y con una alabarda embravecido
Con Ramos embistió, y acometiendo
El uno contra el otro atormentados
Con mortales heridas de los golpes
De sus manos crueles, no sintieron
Un gran tropel de bárbaros furiosos
Trabados en batalla con algunos
De los cristianos, cuyas mismas piedras,
Dardos, lanzas y agudos pasadores,
Cogiendolos en medio, los hirieron
De suerte que en un punto y breve instante
Cayeron ambos en el duro suelo.
Mas quien viera á Sigoñe, el tierno jóven,
Hecho de golpes crudos y heridas
Su cuerpo un roto cribo desangrado,

Pasadas ambas piernas y ambos muslos,
Tendido el cuerpo lastimado en tierra
Y con furor de la mortal angustia
Y rabia vengativa asido estaba
Al ya difunto cuerpo de un Canario
Que le pasó con gruesa lanza el pecho
Ántes que otro le hubiese dado muerte;
Ejecutaba en él la ardiente ira
Con crueles mordidos arrancando
Bocados de la carne entre los dientes,
Encarnizado como hambriento lobo,
Cuando un tropel de gente de á caballo,
Yendo en alcance de los enemigos,
Todos holláron su sangriento cuerpo
Pisandole cabeza, pies y brazos,
Dando remate con amarga muerte
Á la sed insaciable que tenia
De la cristiana sangre de Españoles.
Mas cuando el sol en su mayor altura
Estaba, y se cumplian de batalla
Cinco prolijas horas, los contrarios
Desamparando el campo con gran pérdida
Iban huyendo á prisa de las manos
De la española gente victoriosa.
Suena la dulce trompa y alto pífano,
Retumban los tambores publicando
Victoria todos, todos con victoria.
Victoria por España la invencible,
Hincanse humildemente de rodillas
Y á Dios le dan las gracias y alabanzas
Por el inmenso bien de la victoria.
Y en el lugar do con mayor peligro
Primero fué victoria publicada
Dieron luego principio aquella tarde
Á una devota Ermita que fundáron
Á la sagrada Reina de los Ángeles,
Llamada la Victoria, porque de ella
Quedase allí fama y nombre eterno.

Allí el buen general con sus soldados
Estuvo nueve dias, deseoso
De entrar dentro del término Taorino,
Mas era, como invierno, tanta el agua
Y adversidad de tiempos, que acordáron
Volverse á Santa Cruz, porque pudiesen
Con mas quietud curarse los heridos,
Y así se hizo luego, mas sin duda
Si aquella vez entraran en Taoro.
Concluyeran al fin de su conquista,
Por que quedáron tales los contrarios,
Que en mas de quince dias no tuvieron
Órden de guerra, ni defensa alguna,
Pues quedó el Rey Bencomo malherido
Y los mas principales y valientes
Muertos en la batalla rigurosa.
No dió lugar el invernoso tiempo
Con lluvias, tempestades y tormentas
Para poder salir los Españoles
De Santa Cruz, hasta por fin de Marzo,
Y entonces les faltó por mas desgracia
Socorro del sustento, de manera,
Que no pudieron ir la tierra adentro,
Y aunque enviáron á los armadores
Á pedir mas socorro á Gran Canaria,
Por haber sido el tiempo de conquista
Tan largo y tan costoso, fué imposible
Haberlo, ni órden de él, y así perdian
Con esta dilacion el mejor tiempo
De guerra, en que pudiera fenecerse.
Pasóse todo Abril, sin que tuviesen
Remedio alguno, tanto que volvieron
Á las propias miserias y trabajos
Que de antes padecian, y aun mayores,
Y al fin el General, habiendo acuerdo
Él y el gallardo Estopiñan, mandáron
Aviso al de Sidonia, al noble Duque,
De los muchos trabajos que pasaban

Por la necesidad, y suplicandole
Les hiciese merced, mandar, que fuesen
De algun mantenimiento proveidos.
Y así una caravela partió luego
Y llegó en siete dias á San Lucar,
Y como viera el Duque generoso
Á lástima de ver lo que pasaban
Sus íntimos amigos y soldados,
Mandó que luego al punto proveyesen
La caravela, y con presteza grande
Cargáron treinta pipas de harina
Y sesenta quintales de vizcocho
Con otras doce pipas de buen vino,
Veinte y cinco fanegas de garbanzos,
Aceite y muchas cosas necesarias,
Y tal fué la presteza del despacho,
Que en fin de Mayo, año de conquista
De mil y cuatrocientos y noventa
Y seis, llegó la caravela al puerto
De Santa Cruz, y dando inmensas gracias
Toda la gente del aflicto ejército
El gran valor del generoso Duque
Celebráron con gozo y alegria
El próspero suceso y buen viaje.
Y luego en fin de Junio de aquel año
Salió de Santa Cruz el bravo ejército
Y estando en la Laguna dieron vuelta,
Yendo hácia Taoro, las montañas
Que caen á mano izquierda, donde halláron
Ganado en cantidad y gente muerta
Y algunas fuentes de agua cristalina,
Y al fin con gran quietud en su jornada,
Segun les parecia de camino,
Llegáron á Centejo y reposáron
Con secreto silencio en la victoria,
Y á la manera entráron en Taoro
Sin ser contrariados de enemigos,
Que los hallaban muertos en los campos,

El real asentáron sin peligro
Mas no se descuidaba el Rey Bencomo,
Que tras del alto risco de Tigayga
Prevenia gran número de gente,
Y desde allí enviaba centinelas,
Que el intento supiesen dél de España.
Y estando siete espías todas juntas
Cercanas del real, el noble Guerra
Salió á reconocer aquella estancia
Por el mismo lugar, y descubriendose,
Pensáron cautivarlo facilmente,
Y embistióles de industria, mas ya viendo
Corria gran peligro en aquel bosque,
Volvió las riendas en veloz carrera
Fingiendo que huia, porque fuesen
Tras él el campo llano, y luego al punto
Que se halló en lugar acomodado
Volvió sobre ellos, dió la muerte á cuatro
Y viendo que los tres á toda prisa
Se escapaban huyendo por el bosque,
Siguió al postrero por la llana vega,
Con el caballo atropellólo y preso
Al real lo llevó, donde dió aviso
De que la isla estaba convocada
Tras de aquel alto cerro con intento
De darles á otro dia la batalla,
Segun que sucedió como adelante
Diré cuando en el otro canto cante.

Canto décimo quinto.

El Rey Bencomo asienta su real frente del de España: y se determina ser Cristiano: descríbense los lugares de la isla: trátanse las paces: la descendencia de los Guerras: asiéntase el concierto con libertad de los naturales.

Teme el poder de toda la Nivaria
El gran poder de la española gente,
Triunfa con las victorias el ejército
De la insulana fuerza con principios
De apoderarse de la estraña tierra
Á pesar de los nobles naturales.
Mas como es obstinada la soberbia
Cuando en pechos reales se encastilla,
Bencomo el bravo Rey, aunque aflijido,
Vencido tantas veces y arruinado
Del gran valor de la invencible España,
Nunca perdió su cólera la furia,
Ni su arrogancia el grave sentimiento
De verse sin honor, cetro y corona,
No mitigaba en su gallardo espíritu
Al fuego ardiente del amor de patria
El estrago nocivo de las guerras,
Aunque es trabajo que importuno cansa;
Ántes altivo con osados brios
Hizo reseña y junta de su gente,
Y víspera del dia señalado,
Que celebra la iglesia soberana
De San Cristobal, con el grueso ejército,
Fué divisado del real de España
Á la parte de abajo en un asiento
Cercano al suyo, cuando el claro dia
Despuntaba y el sol en el oriente

Su alegre luz comunicaba al mundo.
Estaban los soldados de ambas partes
Los unos de los otros contemplando
Las fuerzas invencibles, la braveza,
Sin que ninguna parte pretendiese
Acometer, ni dar batalla entonces,
Porque los Españoles en su puesto
Estaban tan á punto y prevenidos
Y tan fortificados, que quisieran
Que les acometiesen los contrarios,
Allí do estaban todos tan a cómodo
Porque vieron traia el enemigo
Mayor poder de gente y con las armas
Que nunca jamas tuvo, y esto mismo
Consideró Bencomo, y conociendo
Tenerle gran ventaja los de España
En el lugar do estaban; pretendia
Esperar que primero le embistiesen
Para provecho suyo, y con aquesto
Frente á frente estuvieron los reales
Sin escaramuzarse ó combatirse
Todo aquel largo y caloroso dia.
Tendió sus negras alas tenebrosas
La noche oscura y en los dos ejércitos
Brillaban hachos de la fina tea
Y hacen muchos y crecidos fuegos
Que como rutilantes luminarias
Alumbran y esclarecen todo el valle,
Repartese la gente en centinelas,
Ponen espías, postas, hacen guardias,
Y todos se aperciben para darse
Al despuntar del dia la batalla,
Dividense las horas del espacio
De la nocturna sombra y el tumulto
Del militar bullicio suspendiendose
Quedan los dos reales en silencio,
Duermen los que no velan, mas Bencomo,
De inquietos pensamientos desvelado,

Triste imaginativo en su memoria
Confusamente hace este discurso:

Hame puesto fortuna en tal estado,
Que del que tuvo un tiempo diferente
Apenas me conozco, ya trocádo,
Arruinado y vencido, aunque valiente
Tanto en los males mios se ha estremado,
Que no me vale la insulana gente
Y vence la española valerosa,
Vencido soy, en todo es victoriosa.

Tinerfe el valeroso fué mi abuelo
Y su cetro, corona y poderío
Pacífico rigió el nivario suelo
Con absoluto y libre señorío;
Mas tan contrario se me muestra el cielo
(Quiza por remediarme y por bien mio),
Que me quita de Rey el ser y nombre,
Dulzura amarga, que apetece el hombre.

Mas ¿ no soy yo Bencomo el sin segundo,
Temido de los Reyes de Nivaria?
¿Tan fuerte es esa España, ó nuevo mundo,
Que á mi valor y á mi poder contraria?
¿Que temo? ¿que recelo? ¿en que me fundo?
¿Yo soy quien la batalla temeraria
De Acentejo ganó? mas en la tierra
No hay bien seguro, y menos en la guerra.

Dichoso el descuidado pastorcillo,
Que á sombra afable de un laurel se sienta
Y con quietud el ánimo sencillo
Las simples ovejuelas apacienta,
Al son del agua clara un cantarcillo,
Placer inmenso á su descanso aumento,
Repasta, alegra y mira su rebaño,
Lleno de bienes sin temor de daño.

Recrea el sosegado pensamiento,
Y para alimentar la afable vida,
Leche, manteca y queso es el sustento,
Que no se encierra el bien en la comida,
Si se siente cansado, ó soñoliento
Y á reposar el sueño le convida,
No tiene vanidades de embelecos,
Á quien dél haga desvelados truecos.

Mas ay de mí, pastor de mayor cuenta
Y de menor quietud, menor reposo,
Que combatido he sido de tormenta,
Por conservar un reyno trabajoso,
Gran carga tiene aquel que lo sustenta,
Que es cuanto puede mas, mas peligroso
Y no hay reino ninguno tan seguro,
Que no recele y tema lo futuro.

Goce el cetro y corona el Rey Fernando,
Que al fin como es cristiano, es digno y puede
Tener por Dios seguro el regio mando:
Al mio su valor en todo excede,
Que yo el reino del cielo procurando
Aplico á bien el mal que me sucede,
Y si él que tengo pierdo en ser cristiano,
Él de la gloria sempiterna gano.

Bien es, que elija cada uno aquello
Que pueda buenamente conservallo,
Solo Fernando es Rey que puede serlo
Y aun soy indigno para su vasallo,
Mas honra me ha de ser obedecerlo,
Que ser Rey de Nivaria, y pues me hallo
Ya pobre de los bienes temporales
Aspiro á los eternos celestiales.

Cristiano quiero ser, no mas batalla
Cese el peligro y daño de la guerra,



Que no puede Nivaria sustentalla
Contra la España, do el valor se encierra,
La tierra es suya, al cabo ha de ganalla,
Yo le quiero rendir corona y tierra,
Y acabe de Bencomo la memoria,
Pues se acabó de Rey el cetro y gloria.

Mas ay, querida patria, ¿que he de veros
Sin libertad sujeta y gobernada
Con otras leyes y con otros fueros,
Ó por mejor decir, tiranizada?
¿Quien lo podrá sufrir? Mas¿ quien valeros,
Si Dios lo ordena así, si á Dios le agrada,
Y el gran poder de España al vuestro excede,
Si la ayuda de Dios todo lo puede?

¿Quien sino Dios ha hecho tan potente
Á Fernando y á Lugo tan brioso?
¿Quien el valor de Guerras excelente,
Y á Trujillo tan fuerte y belicoso?
¿Quien á Valdes invicto? ¿quien valiente
Á Gallinato? y ¿quien tan valeroso
Á Vergara? mas ¿quien bastara menos,
Si teneis como noble, hijos buenos?

Así lamenta la contraria suerte
El valeroso Rey desecho en lágrimas
Con determinacion de bautizarse
Y rendirse á los fuertes Españoles,
Al mismo punto que en el real de arriba
Reposaba en su tienda el Lugo ilustre,
General del ejército famoso;
Armado tiene el valeroso campo
Dispuesto á lo que el tiempo le ofreciese,
Ceñida tiene la temida espada
Y embrazada la adarga en sangre tinta.
Subenle sin sentir siete doncellas,
Que le arrebatan en vision celeste

Á la alta cumbre del precelso Teide,
Ponenle encima de un triunfante carro
Y cantandole himnos y loores
El pláceme le dan de sus victorias.
Llegan con prestos y ligeros pasos
Al soberano alcázar suntuosísimo,
Donde la Reina Eternidad reside,
Divisan el primor del edificio.
Subidas torres de alabastro puro,
Y de blanco cristal los chapiteles,
Pisan la entrada de labrados marmoles;
De varios jaspes nota las columnas,
Firmes en basas de muy rubio bronce
Y entreveradas de marfil curioso,
En lo mas alto remataba el ángulo
Un rótulo de letras de diamantes
Engastadas en oro refulgente,
Que en la latina lengua así decia:
„Æterna domus scientiæ et veritatis",
Que en nuestra Castellana significa
De ciencia y de verdad eterna casa.
Salen á recibirle nueve ninfas,
Y en tono levantado le cantáron
Una cancion á lo canario esdrújula,
Entra de paso en una hermosa cuadra
Llena de estatuas de varones ínclitos
Y esculpidas al vivo sus hazañas
Con admirable traza, modo y órden,
Era el erario de la edad pasada
Y de todo no tanto lo que puede
Segun lo requeria el breve tiempo,
Entra el erario de la edad presente,
Allí sumada, nota eternizadas
Las victorias y hechos memorables
De su temido y valeroso ejército,
Pasa despues el venidero siglo,
Donde la eternidad se le presenta,
Y cesando la música le dice:

General capitan, el valor tuyo
Se ha demostrado con bastante prueba,
Tu brazo hace celebre á su cuyo,
Hoy premio heróico de victorias lleva,
Nivaria se te rinde, en nombre suyo
Te doy de paz la mano, que reprueba
Las guerras, y la quiero hacer tu esposa
Por principio de paz mas venturosa.

El dote que le ofrece á tu grandeza
Es de sus tierras libre señorío
Y una ciudad insigne por cabeza,
Favorecida en tu poder del mio,
En la Laguna llena de riqueza
Será fundada, y de aquel ancho rio
Renombre tomará de la Laguna,
Subida al mayor trono de fortuna.

Del divino Cristobal, cuya fiesta
Hoy celebra la Iglesia, tendrá el nombre
Que haga su grandeza manifiesta
Y al enemigo mas osado asombre
En cumbre de favor tan alto puesta,
Goce las excelencias del renombre
Y en el dichoso dia de este santo
Acabarás lo que deseas tanto.

De agudo entendimiento y gran prudencia
Serán sus naturales ciudadanos,
Amigos del trabajo, estudio y ciencia,
De pechos nobles, generosos, sanos,
Buenos ginetes, y por excelencia
Pulidos mozos y los viejos llanos,
Y las damas serán de gran cordura,
Graciosa honestidad y hermosura.

Serán los dos Teguestes y Tegina,
Tacoronte, Sauzal, Valle, Matanza,

Y Centejo, lugares do imagina
Tener Baco entre vides habitanza,
Ceres la labradora peregrina
Y Diana le dan cierta esperanza
De sus frutos, tendran muy extremados
Vinos, panes y crias de ganados.

Vuelto al reves el nombre de Taoro,
Se llamará Orotava por grandeza,
Un pueblo bello, que en sus tierras oro
Descubra el corvo arado pieza á pieza,
Tendrá ricos ingenios, mas tesoro
De ingenio suele á veces ser pobreza,
Volveránse en molinos, argumento,
De que son los ingenios molimiento.

Serán sus naturales estudiosos,
Nobles y en punto de virtud honrados,
Y habrá otros dos lugares espaciosos,
Donde están los reales asentados,
Edificios tendrán muy suntuosos
Y de personas nobles ilustrados
Serán, y á tus ilustres sucesores
Tributo pagarán sus moradores.

Llamaráse San Juan aquel distrito,
Donde verás la Rambla coronada
De pámpanos que en número infinito
Del meloso licor será estimada:
Tigayga, Ycod el alto y acredito,
Aquella vega fértil, celebrada,
Donde otro Ycod habrá mas adelante,
De panes, seda y vinos abundante.

Pacíficos serán sus naturales,
Virtuosos, de grande entendimiento,
Tendrán suaves voces celestiales,
Y á letras levantado pensamiento;

En él personas graves principales
Asistencia harán para su aumento,
Y serán las mugeres muy graciosas,
Solícitas, discretas y hermosas.

Allí donde un gran roque está cercado
Del mar, que lo combate, certifico,
Que ha de haber un gran pueblo celebrado
Y ha de tener por nombre Garachico,
Será seguro puerto frecuentado
De mercaderes en contratos rico,
Y próspero en tesoros y dineros
E ilustrado con nobles caballeros.

Buenavista y los Silos, pueblos bellos,
Serán de honrada gente labradora,
De Santiago el valle cerca dellos,
Á donde reina Pelinor ahora,
Adeje, Daute y Villaflor, si en ellos
La valerosa gente isleña mora
Despues se pobláron de la hidalga
Que siempre en guerras victoriosa salga.

Arico, Granadilla en esta parte
Del Teide adonde estas han de fundarse,
Güimar; adonde tu estandarte
Necesidad no tuvo de mostrarse,
Candelaria, el lugar, con quien reparte
El cielo el bien que causará llamarse
Y será Santa Cruz puerto dichoso
Do ha tenido tu ejército el reposo.

Taganana ha de ser de Benejaro,
Tuvo de Rey corona, cetro y silla,
Y aquí varon insigne te declaro
De Nivaria el valor que se te humilla,
Fortuna le ha de dar favor y amparo
Y por mas soberana maravilla

La luz ha de gozar de un sol y luna,
Por quien estime en poco á la fortuna.

De aquel sol de justicia Rey divino,
El cielo le ha de dar depositado
Un crucifijo raro y peregrino,
Retrato al vivo del resucitado,
Y aquella imágen que del cielo vino
Á aparecer en el desierto prado,
Que representa en sí la Candelaria,
Serán el sol y luna de Nivaria.

Aquí viene gozosa y laureada
De la Sophiana ilustre compañía
Y de tu gran valor tan obligado,
Que se te rinde llena de alegria,
Con dos padrinos como desposada
Te quiere dar la mano en este dia,
Que son los nobles Reyes tus señores,
Dispuestos á hacerte mil favores.

Contempla allí en estatua y trono inmenso
Á Fernando el Católico ensalzado,
Que con amor benévolo dispenso
El título te dará de Adelantado,
Y la Reina Isabel en gozo intenso
Con él de mano á su siniestro lado,
Y á sus pies las banderas y pendones,
Despojos de vencidos escuadrones.

Y en ebúrnea suprema y alta silla,
Despues de tres futuros sucesores,
Que de la gran corona de Castilla
Serán invictos Reyes y señores,
Á Felipo cuarto á quien se humilla
En paz tranquila y bélicos furores
Del ancho mundo casi la mas parte,
Que es Salomon en ciencia, en armas Marte.

En tiempo que aquel gran monarca Austrino
Tenga de las Españas el gobierno,
En historia el discurso peregrino
De esta conquista se ha de hacer eterno,
Que así por providencia del divino
Señor del firmamento sempiterno
Está ordenado, porque de esta historia
Compite á un Guerra insigne el triunfo y gloria.

El cual es un ilustre caballero,
Que hará con su nombre eternizado
Tu gran valor, y en siglo venidero,
Ahora te será de mí mostrado
Descendiente y legítimo heredero,
Es á la estirpe y sucesion llamado
De Guerras, cuyo honor con fama antigua,
En sangre noble y hechos se averigua.

El árbol que allí ves, es do se encierra
El futuro linaje venturoso
Del noble Lope Hernandez de la Guerra,
Maestre de tu campo valeroso,
En el repartimiento de esta tierra,
El mayorazgo instituirá famoso
De un fértil valle, en frutos tan amigo,
Que ha de dar vino á Baco, á Ceres trigo.

Sucederále en él el gran guerrero
Hernando Esteban, hijo de su hermano
Despues Juan, su unigénito heredero,
Padre de otro Hernando soberano,
En él sucederá como el primero,
Y dél saldrá aquel Juan en hechos magno,
Á quien será tu historia dedicada
Para ser con su amparo eternizada.

Contempla, que su autor sin haber sido
Presente, digno se la da humildemente

Y él la recibe afable, comedido
Mas á su buen deseo que al presente
Rindele noble Lugo agradecido
Las gracias al gran Guerra preminente,
Guerras caudillos son de tu victoria
Y guerras lo han de ser de su memoria.

Ahora dale á tu querida esposa
La mano, y esos brazos á su cuello
Enlaza, que ella afable y amorosa
Se muestra alegre y venturosa en ello,
Bendigate la mano poderosa
De Dios, poniendo á lo propuesto el sello,
Vuele la fama en su ligero carro
Dando á tu gran valor triunfo bizarro.

Al fin de esto se oyó acordada música
Con instrumentos varios y dulcisonos,
Y dió Nivaria á Lugo un tierno abrazo,
Señal de paces y amistad firmísima,
Y las seis ninfas bellas sus hermanas,
Canaria, Palma, la Gomera y Hierro,
Fuerteventura y Lanzarote, el pláceme
Dieron y el parabien al desposado;
Mas al mayor estremo de esta gloria
Despertó el general del dulce sueño,
Hallandose en su tienda á do confuso
De la vision al cielo dió alabanzas.
En esto el resplandor del claro dia,
Quitando las cortinas de la noche,
El alba demostraba en el oriente,
Y despertaban del pesado sueño
Los bélicos soldados con las ansias
De la cruel batalla que aquel dia
Esperaban dudosos del suceso.
Mandó juntar Bencomo entre los suyos
Los grandes y los nobles de su estado,
Y puesto en medio dellos les propone:

Valientes capitanes esforzados,
Que defendeis honor, la patria y tierra,
Con hechos excelentes señalados
En prueba del valor, que en vos se encierra,
Ya veis con cuantos daños nuestros hados
Nos han negado la victoria en guerra,
Llegandonos á punto de perdernos,
Aunque mas procuramos defendernos.

Yo soy de parecer, que le rindamos
Al gran podér de España la obediencia,
Que imposible será nos defendamos,
Si queremos hacerles resistencia,
Si ahora como amigos los tratamos,
Usarán con nosotros de clemencia
Y si aguardamos á quedar vencidos
Sereis como cautivos ofendidos.

Paces quiero tratar, si dello os place
Y quedar todos libres os conceden,
Que si ahora que es tiempo no se hace,
Cautivarnos despues con razon pueden,
Por solo vuestro bien me satisface
La paz, que no tan solo porque excede
Tanto á nuestro poder, que mi derecho
Pospongo al bien de paz que os es provecho.

La ley que guardan con la fe aceptemos,
Porque sin duda es buena y verdadera,
Y el alma puesta en Dios nos bauticemos
Con firme amor y voluntad entera
La pestilencia y mal que padecemos
No nos ofenderá de esta manera,
Al fin ganemos el gran bien del cielo,
Aunque perdamos todo él deste suelo.

Todos aunque vertiendo tristes lágrimas
Con lo que dijo el Rey condescendieron,

Mas él los consolaba con prudencia,
Mostrando en todo valeroso espíritu,
Llama al Rey Benejaro, y ambos juntos
Se cercan junto al real de España,
Hacen de paces conocidas señas,
Llaman las lenguas que á hablarles lleguen,
Manda el gobernador que al punto salgan,
Cumplenlo así, y estando en la presencia
De los Reyes les habla el gran Bencomo
Y afable y con modestia así les dice:

Á Castillo, hidalgo de gran fama,
Á quien libré dos voces que fué preso
Direis como Bencomo áquí le llama
Para le proponer cierto suceso,
Yo soy aquel que con lealtad le ama
Y su amistad firmísima profeso,
Aquí le espero y á vosotros ruego,
Le supliqueis que venga al punto luego.

Las lenguas se volvieron y confusos
Al general le dieron dello parte,
El cual mandó á Gonzalo del Castillo,
Que supiese el intento de Bencomo,
Y Castillo gozoso, muy alegre,
Llegó do estaba el Rey, y estando juntos
Largos abrazos de amistad se dieron,
Mostrando inmenso gozo y alegria
De verse, encareciendo el gran deseo
Que dello cada cual tener podia,
Y despues que pasáron largo espacio
En cumplimientos con ofertas gratas
El Rey tomó á Castillo de la mano
Y aparte le propuso con prudencia
Estas razones, derramando lágrimas:

Fiado, gran Castillo, en la firmeza
Que siento en tu amistad cierta y segura

Me atrevo á descubrir á tu nobleza
Lo que mi intento fiel quiere y procura,
No de las guerras crudas la fiereza,
Ni temer adversaria mi ventura,
Ni verme en peligroso trance estrecho
Obliga á lo que digo mi leal pecho.

Solo, amigo, un deseo firme y sano
De me apartar de ceguedad tan necia,
Y bautizarme luego y ser cristiano,
Gozando el bien de la triunfante iglesia,
Conozco el gran valor del pecho hispano,
Y si mi bajo ser no se desprecia,
Trátalo, que te doy la mano en ello,
Y cuanto hicieses quiero obedecello.

Con placer infinito el buen Castillo
Al Rey le respondió desta manera:

Dame esos brazos Rey, dame esa mano,
Ahora me confirmo por tu amigo,
Que como no eres como yo cristiano
La razon me hacia tu enemigo,
Todo cuanto pretendes haré llano,
Voy á tratar las paces y me obligo
Á que suceda todo tan cumplido,
Cual tu pretendes y me lo has pedido.

Nuevos abrazos de amistad se dieron
Y fueron ambos juntos mano á mano
Un poco mas arriba, y en el puesto
Donde estuvieron ántes se quedáron
Las lenguas con el viejo Rey de Naga,
En gran conversacion entretenidos
Estando los reales de ambas partes
Mirando atentos y el fin dudoso.
Con esto se partió Castillo al punto
Y el Rey quedó sentado en una piedra

Con deseo de verse en paz tranquila,
Cual pretendia su cristiano intento.
Llegó Castillo á su real, adonde
Todos confusos no determinaban
El fin de tal suceso, y en llegando
Dijo al gobernador con gran secreto
Todo lo que Bencomo le propuso,
Y alegre dando parte á sus amigos
El general le dijo, que volviese
Y le dijese como le esperaban
En el real en paz y amistad firme;
Volvió Castillo donde el Rey estaba,
Á quien halló sentado en una piedra
Muy triste y pensativo, derramando
Lágrimas infinitas de sus ojos,
Y como así le viese, le propuso:

¿Que es esto Rey, que llanto te apasiona?
Ahora¿ que alcances lo que pedias
Hace tal sentimiento tu persona
Debiendo hacer inmensas alegrias?
Si te aflige dejar cetro y corona
Conoce el bien que con su mal perdias,
Pues ageno de gloria y cielo eterno
Te condenabas al perpetuo infierno.

El gran sustentador de cielo y suelo
Ha querido alumbrar tu entendimiento,
Empleate en servirle con buen celo,
Pon en su inmensidad el pensamiento,
Levanta, toma alivio, ten consuelo,
Y vamos al real, donde de asiento
Quiere el gobernador tratar las cosas
Que sean para todos provechosas.

Tomando algun alivio de su pena,
Bencomo respondió cesando el llanto:

Es tanto lo que un Rey, amigo, siente,

Que está siempre á mandar acostumbrado,
Ver en poder ageno el reino y gente
Y su mismo poder de otro mandado,
Que acaba la paciencia al mas prudente,
Y como me combate este cuidado,
No te admires que llore, que este llanto
Estima lo que yo desprecio tanto.

Son nuestros cuerpos hechos de flaqueza,
Y como están sugetos á pasiones
Cuanto tienen las almas mas nobleza
Padecen mas contrarias intenciones,
No se puede negar naturaleza
Y así son varias sus contradicciones,
Pero padezca el cuerpo y venza el alma
Y alcance en el bautismo heróica palma.

Con esto se partieron todos juntos,
Bencomo, Benejaro y los dos lenguas
Y con ellos Gonzalo del Castillo,
Que iba hablando con Bencomo á solas,
Llegáron al real donde salieron
El general, Estopiñan, Trujillo,
Lope Hernandez, Pedro de Vergara,
Valdespino y Valdes con otros nobles
Á recibir á los nivarios Reyes,
Dieronse abrazos de amistad firmísima
Y tomando la mano el Rey Bencomo
Al general por ambos, esto dijo:

Aunque los dos, o capitan famoso,
Con armas defendieramos la tierra,
Nos pesa te haya sido trabajoso
Nuestro designio con sangrienta guerra,
Conviertase el furor de Marte en gozo
Y la sangrienta cólera destierra,
Que paz queremos, ya determinados
De ser como cristianos bautizados.

Nuestro poco poder está sugeto,
Pronto á tu valor y ministerio,
Si prometes con esto que prometo
No dar á los Nivarios cautiverio,
Pues eres como noble justo y recto,
No es bien que con infame vituperio
Mi gente como esclavos sea vendida,
Que bastale quedar desposeida.

Otra cosa demando de partido,
Que dos que tengo puestos en prisiones,
Que contra mi corona han delinquido,
No les des libertad, ni les perdones,
Mas ántes te suplico, ruego y pido,
Sin que impedirlo puedan tus varones,
Segun mi voluntad les dé castigo,
Que bajo de esto doy la fe de amigo.

Otorgó Don Alonso de buen grado
Lo que pidió Bencomo, y de ello hizo
Á pedimento suyo juramento
En un misal sagrado, prometiendo
Así la libertad de los Nivarios,
Como que á su albedrío castigase
Á los que dijo que tenia presos
Y con esto las paces confirmáron.
Al punto las trompetas y clarines,
Los pífanos subidos y tambores
Hicieron dulces sones de alegria,
Celebran todos con placer inmenso
Las paces y amistades deseadas,
Juntanse luego todos los soldados
Nivarios y Españoles como amigos,
Piden perdon los unos á los otros
Por tantas inquietudes y trabajos
Y daños ordinarios en la guerra,
Pasan alegres horas de alegria
Ya con conversaciones muy gustosas,

Ya con banquetes, fiestas y combites,
Inventan juegos, visten todos galas,
Dando la mano la nivaria gente
Al traje miserable, pobre y rústico,
Salen las damas, salen las doncellas
Hermosas mas que el sol á maravillas
Á celebrar la paz con regocijo,
Para ser instruidas y enseñadas
En los preceptos, santos catecismos
De la ley evangélica de gracia.
Celebran los de España alegres fiestas
Á los pasados dias celebérrimos
De su patron devoto Santiago,
De Señora Santa Ana y San Cristoval,
Dandole á todos gracias infinitas
Por tan dichosas paces y victoria;
Hacen escaramuzas los ginetes,
Corren alegres patos y sortijas
Con gran juego de cañas tan gozosos,
Que no sentian ya dolor ni pena
De los pasados daños y trabajos,
Y tan conformes todos y pacíficos
Se encontraban Nivarios y Españoles,
Que sin odio, rencilla, ni discordia,
Como si no jamas hubiesen sido
Contrarios ni enemigos, se trataban.
¿Quien podrá encarecer el alegria
De la bella y hermosa infanta Dácil,
Que con ternezas de amor firmísimo,
Con toda castidad se recreaba
Con su Castillo, regalado amante,
Á quien un venerable sacerdote
Instruia en la fe con gran cuidado,
Porque en se bautizando al mismo punto
Fuera con su Castillo desposada?
Hace el rapaz amor secretos tiros,
Aprisionando libres corazones
De las nivarias y hermosas damas,

Y de los Españoles forasteros
Pasan dulces requiebros y ternezas,
Cuanto á un honesto amor sencillo y casto
Puede sin detrimento permitirse.
Mas como luego la ligera fama
Las nuevas de las paces divulgase
En todos los distritos de la isla,
Algunos naturales que vivian
En términos remotos y apartados,
Arrogantes, altivos y rebeldes
Negáron la obediencia á los de España,
Como eran los de Adeje, los de Daute,
Los de Ycode, de Abona y otros muchos
De Naga y de Tegueste, no queriendo
Obedecer los unos á los otros,
Ni guardar los mandatos de sus Reyes,
Que en bandos apartados se juntáron
Con ánimos parciales y discordes,
Y en riscos, valles, montes y espesuras
Se apartaban huyendo del poblado
Y por estar mas bien fortificados.

Canto décimo sexto.

Bencomo y Benejaro pacifican la isla. Prenden á los principes. Manda Bencomo despeñarlos de los riscos de Tigayga con los otros dos presos: descubrense por los retratos: visita el general la cueva de Candelaria. Suceden grandes milagros. Vuelve á la Laguna: fundase la ciudad: nombrase Justicia y regimiento y Escribanos.

Llegado habemos, mi sagrada musa,
Al fin donde concluye nuestra historia;
Hará vuestra memoria perdurable,
Si le sois favorable, gran patrona,
Vuestro renombre abona sus errores,
Pues como reina y madre dais favores.
Cuando Bencomo andaba mas solícito
Con soldados nivarios y españoles,
Apaciguando los rebeldes reinos
De Abona, Daute, Adeje y él de Ycod,
Recibió el general del Rey de Güimar
Un mensajero con el justo pláceme
De las alegres paces deseadas,
Y envióle á decir como su hijo,
El principe Gueton, era aquel preso
Que Bencomo tenia en fuertes cárceles,
Pidiendole le librase como amigo.
Estimó el general su noble término,
Y á su embajada en otra satisfizo,
Pero pesóle mucho del suceso
De la palabra dada en el contrato
Á Bencomo, trayendo á la memoria
La obligacion que tiene al Rey de Güimar,
Que en sus necesidades y trabajos
Siempre le dió favores y socorros

Y tambien le obligaba la nobleza,
Con que Bencomo andaba diligente
Por complacerle apaciguando el reino
De gentes obstinadas y rebeldes,
Y como con condicion fué en el concierto
De las juradas paces, que pudiese
Castigar á los dos que tenia presos,
Fuera impedirlo quebrantar el pacto
Y llegar á perder las amistades;
Con todo procuraba con sus ruegos
Aplacar á Bencomo, el cual airado
No era posible mitigar su cólera.
Vino aviso al Realejo donde estaban,
De que muchos rebeldes naturales
Se resistian en un alto risco
Del término de Naga, adonde llaman
Por esta causa antigua, Fortaleza;
Mas Benejaro el Rey con cien soldados
Fué á remediar tal daño y conducirlos;
Y así como llegó y lo conocieron,
Se dieron sin batalla ni combate,
Y bajáron del risco demandando
Perdon de su propósito maligno.
Y así volvió el Rey Naga á los Realejos
Con ellos, y ordenó que siete escuadras
De soldados de España y de Nivaria
Fuesen corriendo por aquellos valles,
Los mas remotos y apartados cerros,
Porque supiesen si otra gente alguna
Estaba rebelada y sin rendirse,
Y que todos aquellos que hallasen
Los llevasen consigo á bautizarlos.
Repartieronse al fin con este acuerdo
Treinta Españoles y otros tantos Guanches
Y caminando hácia aquellos términos,
Que se llaman la punta del Hidalgo,
Permitió la fortuna que llegasen
Á dar al propio sitio donde estaban

Ruiman y Guacimara los dos principes
Amantes firmes, que sin conocerse
Por encubrir quien fuesen, uno al otro
Guardaban como rústicos pastores
Ganado en aquel término, olvidados
De cosas de la córte, pues con tino
En llanto se empleaban, contemplando,
Á solas apartado cada uno,
En su constante amor y desventura,
Y en los simples retratos que tenian
Guardados y escondidos con recato
Estaban ya con la aspereza y tiempo
Tan diferentes, que aunque las personas
Que de ántes los trataban de ordinario
Le viesen, contemplasen y advirtiesen,
Fuera imposible cosa conocerlos.
Al fin al punto y hora que apartados
En su contemplacion, llanto y angustia
Estaban sin tener cuidado alguno,
Que el mucho de su mal les impidiesen,
Llegáron los soldados y hallando
El hermoso rebaño de ovejuelas,
Amorosas cabrillas que guardaban
Dieron en él haciendo larga presa
De bellos corderillos y cabritos
Con presupuesto de comer de espacio
En gran banquete y fiesta aquella tarde
Y llevarse despues todo el rebaño
Á los Realejos do su gente estaba.
Mas un perrillo gozgue regalado,
Que allí criáron los pastores principes,
Comenzóle á ladrar á los soldados
Con tanta furia y grita, que uno de ellos
Que se quedó postrero con la prisa
Dejó caer en tierra la alabarda,
Cuando oyendo Ruiman, que estaba cerca,
El alboroto de perrillo y gente,
Acudió prestamente, y como viese

El suceso, indignado, airado, y fiero
De aquesta suerte á los soldados dijo:

Viles soldados; vuestro maleficio
En este bosque ha publicado un perro,
Que no os puda impedir el ladronicio
Aunque os quitó vuestro atrevido hierro,
Decid ladrones, ¿este perjuicio
Venisteis á hacer en este cerro,
Ó venis á buscar que os dé la muerte
Con desarmada mano un pastor fuerte?

¿De un pobre cabritillo la codicia
Es causa, que las manos de pastores
Den el castigo á vuestra gran malicia
Como á infames ladrones y traidores?
¿Pareceos que será hacer justicia
Trataros como á falsos salteadores?
Que si traíades hambre, y lo dijérades
Conmigo en paz con mas quietud comiérades.

Tuvieron los soldados tan mal término,
Que no supieron con razones blandas
Aplacar de su cólera la ira,
Mas ántes con infame menosprecio
Hicieron burla de él, de tal manera,
Que la sangre real, que se encerraba
En él, no lo sufrió, y en punto breve
Trabó con ellos muy sangrienta guerra,
Cuando acudió la bella Guacimara,
Y como viese á su querido amigo
En tal aprieto, dando grandes voces
Se metió en el furor de su combate,
Los cuales juntos con las gruesas mazas
Hicieron gran estrago en los soldados,
Y habiendo muerto tres á crudos golpes,
Á siete malheridos, fueron presos,
Atados y llevados al Realejo,

Luego la misma noche maltratandolos
Con palabras de afrenta y menosprecio,
Sin presumir que fuese Guacimara
Muger, ántes creyeron ser pastores
Y rústicos salvajes indomésticos.
Como hubiesen llegado á los reales
Dieron noticia luego á la mañana
Á su gobernador de aquel suceso,
Y como el gran Bencomo ya tuviese
Todo lo necesario prevenido
Para hacer justicia el mismo dia
Del principe Gueton y de Rosalva,
Sin que del general los muchos ruegos,
De su amigo Castillo, ni de Dácil,
Su amada hija, fuesen con él parte
Bastante á refrenar su enojo y cólera
Y alcanzar el perdon de su inocencia,
El noble general, queriendo fuesen
Los rebeldes salvajes ó pastores,
Ó por mejor decir amantes principes
Castigados en pena del delito,
Ordenó los llevasen á Bencomo,
Dandole comision que hiciese de ellos
Lo que su libre voluntad quisiese,
Procurando obligarle de manera,
Que á Gueton y Rosalva perdonase.
Mas no por eso el justiciero pecho
Un punto se movió de su propósito,
Ántes no quiso verlos, y aceptando
La comision del general, ordena
Y manda que padezcan cruda muerte
Con los que estaban presos, sentenciados
Que los despeñen de la excelsa cumbre
Del cerro que se llama de Tyguaya.
Luego sus obedientes capitanes
Y crueles ministros de justicia
Previenen lo importante á su designio
Para que la sentencia se ejecute.

Juntanse los Taorinos naturales
En la prision do están los cuatro principes,
Resuena el alboroto del castigo,
Causando en unos confusion y escándalo,
Y en otros sentimiento, pena y lástima.
Atados sacan de las fuertes manos
Los tristes condenados de las cárceles
Y entre la turba multa de la gente
Suben á la alta cumbre de aquel cerro;
Iba Gueton con varonil espíritu
Grave y altivo, y no con sentimiento
Del riguroso trance de la muerte;
Mas viendo á su Rosalva, que vertia
Lágrimas de dolor en su presencia,
Intolerable angustia rigurosa
Le aprieta el corazon y aflije el alma.
No con menos estremo de nobleza
Demostraba el valor de sangre ilustre
Ruiman, sin que ninguno le conozca
Alegre va á la muerte y al tormento,
Mas triste y afligido de la pena
De su amigable y dulce compañía
Contempla de Gueton el valor raro,
De Rosalva su hermana la inocencia,
Y que mueren sin culpa por su causa,
Contemplaba tambien el zagal bello
La desdichada y rigurosa suerte,
La cual sin que el valor del pecho firme
Al sexo femenil, mudable y fácil
Demuestrase rendirse, con grande ánimo
Al rigor de la muerte se ofrecia,
Despídese del caro compañero,
Pasan entre los dos largas razones,
Y en tanto el buen Gueton á voces públicas
Á los oyentes naturales dice:

Justos los cielos son, y la justicia
El gran sustentador de lo criado,

Notoria la verdad, y la malicia
De quien juzga cruel y apasionado,
No siento yo el morir, mas la injusticia,
Que con su misma hija un padre ha usado,
Muere inocente, y aunque estés agena
De la culpa, es placer, la muerte es pena.

Pero no es maravilla que suceda
Así, que todo el bien de la Nivaria
Se acaba ya, y el que en Rosalva queda
Destierra ahora la maldad contraria,
Ya de los bienes á los males rueda
Mudable la fortuna, ingrata y varia,
Y el alba rosa bella se oscurece,
Que adonde reina el mal, el bien fenece.

Como va anocheciendo en este suelo
La luz del bien, marchitase su rosa,
Y el alba muere en él, porque de vuelo
Va con su luz á la region gloriosa,
Tengo mi muerte injusta por consuelo,
Aunque parece á todos que es forzosa,
Por seguir esta luz, que se destierra,
Huyendo las tinieblas de esta tierra.

Esto me lleva como ves brioso
Al temerario trance de la muerte,
Venguese así Bencomo riguroso,
Mas es venganza injusta de esta suerte,
Que juro por el todo-poderoso
Y por el paso de este punto fuerte,
Que defiende verdad nuestra inocencia
Y que es contra justicia su sentencia.

No pudo mas decir el noble principe,
Que el sentimiento de la mucha pena
De ver á su Rosalva en tal artículo
Le impide el uso á la turbada lengua,

Que á veces el sentir priva el sentido,
Rosalva, que vertiendo tiernas lágrimas
Oia las palabras y razones
De su amado Gueton, constante y firme
Las riendas del prudente sentimiento
Larga al lamento del dolor vencida,
Moviendo á compasion, á pena y lástima
Todos los circunstantes naturales.
Suben á lo mas alto del gran cerro,
Adonde los ministros de justicia
Miden con tristes y turbados ojos
La distancia y altura de la cumbre,
Que como lienzo de precelsa torre
Muestra el despeñadero tan á pique,
Que ofusca y ciega á la inconstante vista,
El confuso tumulto de la gente
Con alboroto ocupa la ladera,
Asiento y falda del fragoso monte,
Estaba vengativo el Rey Bencomo
En el profundo del espeso valle,
Que por satisfacerse en su presencia
Quiere que el gran castigo se ejecute,
Acompañale el viejo Benejaro,
Que Rey de Naga fué, padre legítimo
De la que con disfraz de pastor rústico,
Sugeta estaba al sacrificio y muerte.
La bella Dácil de dolor vencida,
Solicitada del amor fraterno,
Viendo á Rosalva, su querida hermana,
En tal peligro, de su cueva sale
Acompañada de doncellas nobles,
Y ante el ingrato padre se presenta,
Postrase humilde ante sus pies, regandolos
Con los manantiales cristalinos
De los humedecidos ojos bellos,
Y aunque el rehusa con crueldad oirla
Entre el lamento sollozando dice:

¡Que cruel padre airado! mas no digo
Padre, que no hay ninguno, aunque injuriado,
Ageno de piedad en el castigo,
¡Que corazon odioso y agraviado!
Mas ¡cual tan temerario y enemigo!
Pues ¿que rigor severo investigado
Habrá de vengativo saña y furia
Que vengue así, señor, incierta injuria?

¿No es como yo Rosalva una hija vuestra?
¿Como su gran desdicha y desventura
Para con vos es culpa, y tal que muestra
Al hacedor contrario de la hechura?
Una imaginacion fácil siniestra
Tanto os incita, tanto que aventura
Perder ella la vida y vos la fama,
¡Que la crueldad á la nobleza infama!

No permitas su muerte, padre amado,
Alcance yo y merezca su inocencia,
Que justísima y digna se ha mostrada
En prolijas prisiones con paciencia,
Perdon de agravio solo imaginado,
Que hace temeraria la sentencia
El juicio difícil, y aunque fuera
Culpada con razon, no lo es que muera.

Á todas estas y otras tales lástimas
Fiero y airado el justiciero padre
Mostró valor tan raro y tan entero,
Que un punto no movió su intento firme,
Ántes con pocas y ásperas palabras
Hizo quitar á la hermosa Dácil,
Aflijiendola mas de su presencia.
Estando en esto el general de España
En su real de allí dos cortas millas
Desabrido y penoso y con cuidado
De no poder por el concierto hecho

Con Bencomo impedir la injusta muerte
Del principe de Güimar, hijo caro
De constante amigo á su presencia
Solícito y cansado del camino,
Llegaba el noble Rey que como padre
Teniendo aviso del castigo ilícito
Con su valiente y esforzada gente
Vino á librar del tránsito á su hijo,
De su llegada el victorioso Lugo
Mostró sentir placer y gozo inmenso
Y así Añaterve le propone y dice:

La deseada paz y la victoria
Gozad alegre, general famoso,
Que ha sido para mí de tanta gloria
Como el concierto á mí Gueton dañoso
Pudiera mi amistad ser meritoria
Para no ser así, si tan dichoso
Yo fuera que conforme he deseado
Mis obras os hubieran obligado.

Vuestro valor y gran merecimiento
Confieso, y la humildad de mis servicios
Mas la nobleza estima un buen intento
En mas que los cumplidos beneficios,
Diceme así mi mismo pensamiento,
Que aunque pobres han sido ó son propicios
Por ser quien sois, que siempre á la grandeza
Agrada la humildad de la pobreza.

Seis horas ha, que en aquel reino y tierra,
Que como vuestro os tengo ya rendido,
Me avisáron que hoy en la alta sierra
De Tigayga Bencomo embravecido
Por cierta presuncion falsa en que yerra,
Diciendo que mi hijo le ha ofendido,
Le daba injusta y temeraria muerte,
Su padre soy, juzgad mi dolor fuerte.

Los vasallos del caso alborotados
Á mí acudieron tristes y quejosos,
Así con cinco mil determinados
Seguí el camino en pasos presurosos,
Y como á vos, Señor, tan obligados
Estamos, aunque airados y furiosos
Contra Bencomo, quiero obedeceros
Pues mi mayor deseo es complaceros.

Ordenad que mi hijo no padezca,
Ó para lo librar me dad licencia,
Que no es razon que porque os obedezca
Ejecute Bencomo su sentencia,
Si quereis que en servicios permanezca
Y en dar al Rey Fernando la obediencia,
Amparadme y valedme que es justicia,
Ó dejadme que impida tal malicia.

Á las justas razones de Añaterve
Con su nobleza el general responde:

Aunque enojado estás, eres discreto,
Mas juro por la fe de caballero,
Y como fiel católico prometo,
Que soy tu firme amigo verdadero;
Gueton está cual dices en aprieto,
No sufre el caso dilacion, y quiero
Satisfacerte en todo, el paso apresta,
Sigueme, te iré dando la respuesta.

Agradeció Añaterve el noble término
Del valeroso Lugo, y ambos juntos
Caminan hácia el cerro de Tigayga,
Y de tropel los siguen á gran prisa
Toda la mayor parte del ejército,
Mas en lo mas subido de la cumbre
Están los aflijidos sentenciados,
Puestos á punto ya de despeñarse;

Sacan allí los principes pastores
Los retratos, que fueron instrumento
De su amorosa llama y de la pena
Que todos cuatro juntos padecian,
Despidense los unos de los otros
Con sentimiento de notables lágrimas,
Llora Gueton con su Rosalva bella
Y Guacimara con Ruiman, su amigo
Compañero leal y firme amante,
Y al fin de aquestas y otras tales ansias
Miran los dos aparte sus retratos
Y en silencio les dicen con el alma
Tiernos requiebros, del amor afectos.
Ya que al último punto se disponen,
Sueltan las riendas de dolor al llanto
Todos los que los ven por todas partes,
Y al ronco y triste son de su lamento
Alza los ojos á la excelsa cumbre
La bella Dácil, vé la cara hermana
Sugeta, humilde al riguroso trance,
Que al cielo envia sus sentidas quejas,
Postrada llora y con el llanto dice:

Candelaria suprema y soberana
Madre del gran Señor de tierra y cielo,
Fuente de donde la piedad nos mana,
Patrona y abogada de este suelo,
Habed misericordia de mi hermana,
Que muere sin bautizmo en desconsuelo:
Cese el enojo, aplaquese la ira
Del cruel padre que su muerte mira.

Tras esto llega con turbados pasos
Otra vez á los pies del padre y dice:

¿Tienes el corazon de piedra dura,
Padre y señor, señor y padre amado?
¿Tanto en un pecho noble el rigor dura,

Que el paternal amor no le ha mudado?
Mas ya que no te mueve mi amargura,
Por ser quiza mi ruego desdichado,
Muevate tu nobleza, en ella advierte,
Que no es venganza lícita la muerte.

Por la divina y sacra Candelaria,
Á quien todos tenemos por señora,
Por la cristiana fe que la Nivaria
Recibe, en quien la gloria se atesora,
Que refreneis la ira temeraria,
Haz ya como cristiano desde ahora,
Á Dios ama, y al prójimo perdona
Injurias, te dará el cielo corona.

Pudieron tanto en el airado padre
La justa persuacion y las razones
De la hermosa Dácil, que no pudo
Su demanda negar, y así rendido
Dejó sentarse el valeroso cuerpo
En una grande y esquinada peña
Vertiendo de sus ojos tiernas lágrimas.
En este mismo punto los ministros
De justicia, mirando á los pastores
En las manos, que en trance tan urgente
Sacáron y escondian los retratos,
Por fuerza se los quitan para verlos,
Y aunque los dos con ansias lo defienden,
Pudo vencer la superior porfía;
Mas ellos con notable sentimiento
Temiendo cada uno fuese causa
Para ser conocidos de los suyos
Quedáron del dolor tan sin sentido,
Que en la tierra cayeron como muertos.
Cercalos al instante el gran concurso
De la confusa y lastimada gente,
Y todos dan sobre el estraño caso
Discordes pareceres y sentencias,

Reconociendo algunos los retratos,
Ordenan que se lleven á Bencomo,
Y se suspenda en tanto la justicia.
Bajan corriendo por las sendas ásperas
De la encumbrada altura al hondo valle,
Llegan á la presencia de los Reyes
Bencomo y Benejaro al tiempo cuando
Se otorgaba el perdon que pidió Dácil,
Danles breve noticia los ministros
Del admirable caso y los retratos,
Luego los dos los miran y conocen,
Y atónitos de todo á prisa suben
El alto cerro, y en la cumbre excelsa
Cercados hallan del revuelto número
De gente á los humildes sentenciados.
Ven en la dura tierra amortecidos
Los dos pastores, hacen ancha plaza
Y con sospechas de su bien dudosas
Llegan con turbacion temblando á verlos,
Ponen en las mudanzas de sus rostros
Los ojos firmes, derramando lágrimas,
Crecen con el deseo las sospechas
Y con la cierta vista el desengaño,
Apenas los conocen y el sentido
Cobran los dos amantes, cuando al cerro
El general y el noble Rey de Güimar
Llegan á conclusion de su propósito:
Todos se admiran del suceso estraño,
Participan y gozan del contento.
Conoce ya del todo el gran Bencomo
Á su Ruiman y el viejo Benejaro
Á Guacimara, sus queridos principes,
Y con tiernos abrazos los regalan.
Juntos se van los dos firmes amantes,
Juntos los enemigos ya conformes
Y todos satisfechos de constancia,
De lealtad, amistad y desengaño
Se piden el perdon de las ofensas.

Muda el rigor Bencomo en regocijo,
El dolor Benejaro en alegria,
Gueton y Rosalva, dulce esposa,
La pena del tormento en gozo y gloria;
Ruiman y la princesa Guacimara
En placer excesivo en sus pasiones,
Aunque con cortedad del traje rústico,
El airado Añaterve en paz tranquila,
Y consolada la hermosa Dácil
De tanto bien al cielo da las gracias
Y el pláceme á los unos y á los otros,
Teniendo aquel suceso por milagro
De la divina imágen Candelaria.
Desciende el gran curso de la gente
Con el gobernador, Reyes y principes
Del áspero, fragoso y alto cerro,
Dando demostracion de la alegria
Aposentanse luego en el alcázar
Del gran Bencomo y el placer celebran
Empleando las horas venturosas
De aquel alegre y memorable dia
En fiestas y gozosos regocijos.
Mostró serena su nocturna sombra
La quieta Tetis, y la oscura mano
Con las estrellas claras y refulgentes
Y clarifican el umbroso valle
Los resplandores de los grandes fuegos
Y de las encendidas luminarias.
Hacense mesas francas y en banquetes,
Esplendidos combites, variando
El apetito al gusto en los manjares,
Inventan juegos, bailes y mudanzas,
Por celebrar así las de fortuna;
Luego en muy pocos dias se instituye
En catecismos y preceptos santos
De la divina ley y fe católica,
Y en un alegre dia el grân Bencomo,
Benejaro, Añaterve, Guacimara,

Ruiman, Gueton y Dácil con Rosalva
Recibieron devotos el bautismo:
El gran Bencomo se llamó Cristobal
Como nombre mas propio á su persona,
El Rey de Naga Pedro de los Santos,
Él de Güimar Juan de Candelaria,
El principe Gueton Francisco Bueno,
Ruiman Antonio y Ana Guacimara
Y Rosalva Isabel, Dácil Maria,
Con otros muchos nobles naturales.
Otro dia despues de bautizados
Se celebráron las alegres bodas,
Desposóse Gueton con su Rosalva
Y luego Guacimara con Ruimante,
Y por poner el sello á la alegria
Dácil con Don Gonzalo del Castillo,
Felice fin de su amorosa pena,
Y principios dichosos de linaje.
Hubo fiestas, placeres, regocijos,
Luchas y bailes y banquetes francos.
No fué tan poco el tiempo, que en aquesto
Se ocupó el general, que no pasase
En estas dilaciones nueve meses,
Los cuales empleó con gran trabajo
En sosegar la isla, conduciendo
Á paces los rebeldes y alterados.
Fundáron en el inter los dos pueblos
Que llaman los Realejos, y asimismo
Ycode y la Orotava, y como viese
El noble general quieta y pacífica
Toda la isla, con prudente acuerdo
Determinóse ir, como era lícito
Al reino de Güimar por las cumbres
Á visitar á la devota imágen
De Candelaria y concluir su intento,
Tomando posesion de aquel distrito.
Así partió del reino de Taoro
Por fin del mes de Enero dè aquel año

De cuatrocientos y noventa y siete,
Acompañado de su ilustre gente,
Y á primero de Febro recibido
Fué con grandes placeres y alegrias
De todos los mas nobles naturales
En el lugar do está la imágen santa.
Ántes que fuese al pueblo de Güimar,
Algunos dias quiso entretenerse
Por celebrar la fiesta de la vírgen
En aquella arenosa playa y cueva
En que tenian la devota imágen,
Adonde entró, y alegre contemplando
La pobre cueva salitrosa y tosca,
Sobre una peña vió la prenda rica,
Reclinó las rodillas en la tierra
Él y los que presentes allí estaban
Vertieron dulces y abundantes lágrimas
De devocion sus ojos, que ofuzcados
De luz y refulgentes resplandores
Del sol del bello rostro de Maria,
Enterneciendo el vivo amor su pecho
Les fué imposible reprimir el llanto,
Y luego Don Alonso á voces altas
Hizo aquesta oracion larga y devota:

Flor del jardin del hacedor del cielo,
Plantada de ab-eterno en su memoria,
Ave que fabricó la tierra á vuelo
Humillando el divino autor de gloria,
Carbunclo que da luz al cielo y suelo,
Oro puro acendrado y sin escoria,
Que aunque en pobres mineros fué criado,
Por el sol de justicia fué apurado;

Luz de la luz, que luz de luz dió al dia,
Luz que auyentó la noche del pecado,
Luz de la luz autora de alegria,
Del mismo sol su luz ha transformado,

Estrella cuya luz es norte y guia,
De aqueste mar sin luz y golfo airado,
Que por dar luz de gracia á estos páganos
Traeis de luz candela en vuestras manos;

Con Ave y gracia el ángel refulgente
Arrodillado os saludó glorioso,
Quando turbada, humilde y obediente
En vos Dios de su amor halló reposo;
El alma os dice agradecidamente
Salve Regina, madre de mi esposo,
Que aunque misterio diferente toca,
Con el Ave del ángel se equivoca.

Ave Maria, fué cual se dijese
Sin ve, sin eva, sin su herencia y duelo,
Y el alma que cual reina os obedece,
Viendo, que esposa sois del Rey del cielo,
Sal por do el gusto de Eva se apetece,
Pues la muerte por vos nos es consuelo,
Salve Regina, y pues de Dios sois madre,
Mater misericordiae por que cuadre.

Muerte fué amarga el gusto desabrido
Del árbol de la muerte, á nos vedado,
Vida, el árbol de vida nos ha sido
En vuestro virginal vientre plantado,
De aquí de vida os viene el apellido,
Pues muerte en vida nos habeis trocado
Y así con gusto de dulzura puedo
Llamar vírgen á vos, vita, dulcedo.

La posesion del cielo tan segura,
Por Dios á nuestros padres prometida,
Por el pecado lleno de amargura
Justamente les fué desposeido,
Mas por vos vírgen, madre de dulzura,
La esperanza nos fué restituida;

Y así por daros de victoria palma
Salve spes nostra, salve, os dice el alma.

Que como por el daño, que Eva hizo,
Fuimos en este valle desterrados,
Y Dios nos prometió su paraiso
Siendo con sangre suya rescatados,
Y como á su justicia satisfizo
Por vos, y en vos estamos confiados,
Gimiendo os lo pedimos pues clamamus,
Exules filii Evae ad te suspiramus.

Aunque el amor del padre es amoroso,
Causa mayor temor al hijo amado,
Que él de la madre y menos receloso
Con ella se demuestra mas osado,
Pide con libertad muy mas brioso,
Que es el amor materno regalado
Y así estos hijos vuestros tan queridos
Con Eja ergo os piden atrevidos.

Esos ojos que á Dios en carne humano,
Que es la inmensa piedad, y en cruz le vieron
Y en sí tienen beldad tan soberana,
Que con su amor del cielo le trajeron,
Si el ruego suyo lo imposible allana,
Pues no se les negó lo que pidieron,
Sacra abogada nuestra, esos tus ojos
Ad nos converte, llenos de despojos.

Bajó Dios de su real trono divino
Para escoger al que es predestinado
Y enseñar á benditos el camino
Del cielo, por la culpa á nos vedado
Bendito, bendicion á darnos vino,
Fruto vuestro de nos tan estimado
Y así Jesum (decimos) benedicto
Et fructum ventris tui, bien infinito.

Despues de este destierro le esperamos,
Como piadoso Dios y justiciero
Y como aqueste dia recelamos
Acudimos al medio verdadero,
Á vos como abogada os suplicamos,
Nos lo mostreis el dia postrimero,
Que pues amparo vuestro nos defiende
Nobis post hoc exilium ostende.

Viendo os tal Reina y madre, tal señora,
Tal esperanza y bien, tal abogada,
Madre de hijo tal, tal defensora,
El alma agradecida está alcanzada,
Yo no sé que os decir, vírgen ahora,
Sino que el alma os doy sacrificada,
Diciendo al cabo, o clemens, o pia,
Y por remate o dulcis Maria.

Margarita preciosa peregrina,
Siendo vos todo el bien que hay en el cielo,
Y mi lengua tan torpe y tan indigna
De alabanza quedóse con rezelo,
Mas como madre, con amor benigna
Os pido recibais nuestro buen zelo,
Porque dignos con vos, dignos seamos
Con Dios, y sus promesas merezcamos.

Devotos contemplaban los Nivarios
La profunda oracion del noble Lugo,
Á quien los ya cristianos y Españoles
Imitaban humildes, y en buen punto
Sintieron todos que la humilde estancia
Se esclareció de luz y refulgencia,
Causando un gozo inmenso á los presentes,
Y un olor aromático odorífero
Salia de la cueva consagrada,
Tanto, que parecia un paraiso,
Y con sonoro aplauso y melodía

Oyeron todos celestiales voces
En entonada y acordada música.
Quedando los presentes admirados
Y viendo aquello el valeroso Lugo,
Á sus soldados victoriosos habla
Encareciendo y ponderando mucho
El gran bien que tenian en su isla,
Y luego desde allí la intituláron
La Candelaria, y Candelaria al pueblo,
Que fué fundado en aquel propio sitio.
Allí quiso quedarse aquella noche
El general, por ser dia primero
Del mes de Febrero, víspera solemne
De la celebre fiesta intitulada
La Purificacion, dichoso dia
En que celebran hoy los insulanos
La fiesta de la imágen devotísimos;
Hicieron luego aquella noche
En la arenosa playa luminarias,
Y estando todos en la santa cueva,
Donde tres capellanes sacerdotes
Cantaban los Maitines, y el buen Lugo
Devoto de rodillas contemplando
Con atencion las partes de la imágen
Que es tan perfecta y acabada en todo,
Que no es posible, que persona alguna
Se canse de mirarla, mas de suerte
Embelesa el sentido su presencia
Que combida á continuas oraciones:
Llegáron seis Nivarios bautizados
Y otros que no lo eran, que trajeron
Cinco torales de amarilla cera
Y dos de blanca, que aquel mismo dia
En cierto punto de la isla halláron,
El cual milagro comprobado ha sido
Con muchos testimonios fidedignos,
Y el padre fray Alonso de Espinosa
En el libro, que escribió de los milagros

De aquesta imágen, con verdad lo afirma,
Que muchos años ántes, que en la tierra
Cogiesen cera, siempre en tales dias
La solian hallar en aquel puerto.
Tomáron todos llenos de alegria
La cera, dando gracias y alabanzas
Á la princesa reina de los Ángeles,
Y luego aquella noche dieron órden
De labrar las candelas é hicieron
Las que eran menester para la fiesta
De aquel siguiente dia, y despues desto
Como á la media noche divisáron
Todos, no con pequeña maravilla,
Una gran procesion que por la playa
Iba de solas luces en concierto
Con gran solemnidad desde la cueva
Donde estaba la imágen, y llegaba
Hasta donde fundáron una Ermita
Al muy glorioso apóstol Santiago,
Que allí llegando daban otra vuelta
Hasta que estando cerca de la cueva
Se desaparecian poco á poco,
Y la lumbre postrera parecia
Mayor y de mas vivos resplandores
Que los demas, maravillados desto
Algunos se llegaban á la parte
Do las lumbres estaban, y en llegando
No veian cosa alguna, mas volviendo
De lejos, veian todo enteramente,
Y que las procesiones celestiales
Es cierto haberse visto por la playa,
Muy muchas, varias y diversas veces,
Y así en la historia y libro de milagros
Lo escribe el dicho padre fray Alonso.
Mas viendo el general y los cristianos
Milagro tan notable y evidente,
Postrados de rodillas en la tierra,
Comenzáron á dar inmensas gracias

Á Dios y á la santísima María,
Y luego al punto que las claras luces
Se convertian y á mortales ojos
Desprecian, acordadas músicas
Resonaban en toda aquella playa,
Y aquella noche fué la mas alegre
Que puede imaginar el pensamiento,
Pues de tantas personas que allí estaban
Ninguna sintió sueño, ni cansancio
Con haber caminado el propio dia
Un camino tan áspero y fragoso.
Luego por la mañana compusieron
Con ramos, flores, paños y ornamentos
La santa cueva y dieron traza y órden
De ciertas andas, para que la imágen
Pudiese ser en procesion llevada
Por la arenosa playa, y prevenido
Todo lo necesario celebráron
Los divinos oficios de la misa
Con gran solemnidad, dieron principio
Á su devota procesion, y en ella
Lleváron la preciosa y santa imágen
Cuatro Guanches muy nobles en sus hombros,
Que de merced así lo suplicáron
Al general, y aquestos Guanches fueron
El Rey que fué de Güimar y el de Naga
Y el de Taoro, con Francisco Bueno,
Hijo del noble Juan de Candelaria
Que fué Rey de Güimar, y estos cuatro
Gozosos la sacáron, sin dejarla
Hasta volver á su sagrada cueva.
Al punto propio pues cuando salia
La procesion por la arenosa playa
Se mostró quieto el mar, manso y pacífico
Y en toda aquella orilla divisáron
Muchedumbre de peces, que en los aires
Cortando el aqua daban grandes saltos,
Siguiendo juntos en concierto y órden

La de la procesion desde la cueva
Hasta el remate de la larga playa,
Do está fundada una devota Ermita
Al apóstol patron de nuestra España,
Y es de notar, que iban en concierto
Hasta la Ermita y daban vuelta luego
Al mismo tiempo, espacio, medio y órden,
Que fué la procesion de los cristianos
Y luego que llegáron con la imágen
Se desaparecieron y ausentáron.
Aquesta maravilla de los peces
En tales dias muy notoria y pública
Es entre los vecinos de la isla,
Afirmo haberle visto por mis ojos,
Y algunos años ha, que ya no sale,
Que solo Dios la causa sabe de ello.
Aquella tarde alegre empleáron
En regocijo y fiestas, y salieron
Muchos Nivarios, que en la hermosa playa
Hicieron con mil saltos y carreras
Alarde y prueba de su fuerza y gracias,
Y todo el octavario el noble Lugo
Estuvo en aquel pueblo con sosiego
Y luego despachó una caravela
Desde aquel puerto que llevase aviso
Al invicto Fernando Rey Católico
Y al poderoso Duque de Medina
Del suceso dichoso de conquista.
Despues acompañado de sus nobles
Fué al lugar de Güimar, donde estuvo
Algunos meses sosegando el reino
Y volvió á Candelaria mas despacio
Y vió el barranco y sitio venturoso
Á donde apareció la santa imágen,
Y adonde se fundó por su memoria
Una Ermita llamada del Socorro,
Que nuevamente se ha reedificado
Y está muy cerca del barranco y puesto,

Que fundarse en el mismo fué imposible
Por el combate de la mar, que baña
Toda la playa, y á boca del barranco,
Á cuya causa del furioso curso
Está rodado diferente ahora
Algunas cruces puestas por señales.
Pusieronle san Blas á aquella cueva,
Do estaba entonces la preciosa imágen,
Que fué primer parroqüia de aquel pueblo,
Y nombráron por cura un sacerdote
Anciano y viejo de nacion francesa,
Que se llamó Roberto, al punto hicieron
Altar dentro en la cueva, coro y pila
De bautismo, con otras muchas cosas
Para el divino culto necesarias,
Bautizando Nivarios cada dia,
Á quien la fe apostólica enseñaban.
Aunque despues pasando algunos años,
Como la santa imágen siempre obraba
Infinitos milagros, testimonio
De lo mucho que Dios por ella hacia,
Considerando ser aquella cueva
Incómoda, para ir edificando
Suntuoso templo cual se requeria,
Hicieron una Ermita, que apartada
Un poco está en acomodada parte,
Adonde el mar no puede maltratarla,
Y en procesion dos veces la lleváron,
Mas otras tantas se volvió á la cueva,
Que si por la mañana la traian
Luego en otra mañana la hallaban
En su sagrado asiento, hasta tanto,
Que con largas plegárias y oraciones
Y devotos ayunos fué sérvida
De residir en la fundada Ermita,
Que hoy es convento insigne y suntuoso
De padres Dominicos, ilustrado
Con un famoso y rico tabernáculo,

Que Don Pedro Rodriguez de Herrera,
Proveedor general de las armadas
Del Rey nuestro señor, y su consorte
Doña Gregoria ilustre Saavedra,
Natural de la isla, le enviáron
Desde Sevilla como sus devotos.
Pero volviendo al fin de la conquista
Estuvo Don Alonso en Candelaria,
Pacificando y sosegando el Reyno,
Muy largo tiempo hasta que la víspera
Del dia del glorioso San Cristobal,
El año postrimero de conquista
De mil y cuatrocientos y noventa
Y siete se partió de madrugada
Á la Laguna, dò llegó aquel dia,
Y celebráron la solemne fiesta
Del Santo referido y lo nombráron
Por patron y abogado de la isla,
Y así por este tiempo en cada un año
Celebran el Cabildo y regimiento
Aquesta fiesta con devoto aplauso
Y en procesion solemne sacar suelen
El pendon estandarte victorioso,
Para memoria eterna de aquel dia.
Luego fundáron al dichoso Santo
Una devota Ermita, dando asiento
Á la ciudad famosa en aquel sitio
Y por glorioso nombre San Cristobal,
Y repartiendo sitios y solares
El noble general á cada uno
Segun su calidad, persona y méritos.
Hubo luego principio de edificios,
Formando buenas casas, plazas, calles,
Tan bien fundadas y con tal acierto,
Que puede competir con las ciudades
Del asiento mejor que tiene el mundo;
Adonde se conoce claramente
La gran curiosidad de las personas,

Que la pobláron y la conquistáron.
Fundáron luego una parroquia insigne
Á la sagrada Concepcion purísima
De la suprema vírgen de Dios madre
Y á San Miguel, devoto del buen Lugo,
Una devota Ermita, señalando
El general un capellan con renta.
En esto á Santa Cruz (puerto dichoso)
Llegó una caravela con recados
De los Reyes Católicos supremos
Y del famoso Duque de Medina,
Y al general le vino espresa órden
Del adelantamiento de Canaria,
Con facultad real que repartiese
Las tierras de la isla, y aprobando
Todo lo que ya hubiese repartido,
Y para que nombrase regidores,
Jurados, escribanos y juristas;
Y así á veinte de Octubre de aquel año
De mil y cuatrocientos y noventa
Y siete se juntó con los mas nobles
Hidalgos, caballeros y personas
De mas reputacion, prudencia y partes,
Donde propuso formalmente aquesto
Segun que consta en lo capitulado.

Ilustres y famosos caballeros,
Á quien ha el cielo de virtud dotado,
Ya que de Marte los orgullos fieros
Con paz tranquila vemos que ha cesado,
Para que por caminos verdaderos
Á Dios y al Rey se sirva con cuidado
Y sea la república regida,
Que ya comienza á ser instituida.

Y porque con buen pié principio demos
Tal que asegure el medio en lo futuro,
Pues como mas que dos cuatro ojos vemos,

En lo difícil, fácil, claro ú oscuro
Y el consejo de muchos conocemos,
Ser mas que él de uno solo en bien seguro,
Quiero que por sus votos sean nombrados
Jueces, regidores y jurados.

Para que tenga efecto á todos pido
Acuerdo y parecer con sano intento,
Que es justo con justicia sea regido
El pueblo, á quien ahora se da asiento,
La república es un cuerpo unido,
De quien es la cabeza el regimiento,
Elijamosle pues será servicio
Á Dios y al Rey católico propicio.

Todos con beneplácito conformes.
Dieron al general adelantado
Cumplidas gracias por tan justo acuerdo,
Y luego fué nombrado por sus votos
En su lugar teniente el noble hidalgo
Hernando de Trujillo, caballero
Prudente, benemérito y persona
De prendas, gran valor y entendimiento,
Bien puesto con soldados y vecinos,
Á quien haciendo eterna esta memoria
Despues llamáron el teniente viejo,
Y le repartieron muchas tierras,
Y fundó casa de las mas antiguas
Junto á la Concepcion, parroquia insigne,
Que goza hoy con posesion legítima
Un descendiente suyo valeroso,
Que es Cristobal Trujillo de la Cova
De gran valor, merecimiento y fama.
Tambien seis regidores se nombráron:
El gran maestre de campo Lope Hernandez
De la Guerra, que como buen hidalgo
Vendió en Canaria toda su hacienda
Para costos y gastos de conquista,

Fué el primer regidor, cupóle en parte,
Aunque mas merecia su grandeza
El valle, que de Guerra se intitula,
Y en vínculo quedó de mayorazgo
Á descendientes de Hernando Esteban
Guerra, conquistador y sobrino;
Y si en el libro de la Candelaria
Afirma fray Alonso de Espinosa
Sobre esta sucesion algo en contrario,
En ello se engañó, como se engaña
Por descuido, ó cuidado en otra cosa,
Que haber sido el ya dicho Esteban Guerra
Conquistador, sobrino del maestre
Su hermano carnal, hijo legítimo,
Consta por fidedignos instrumentos,
Y á lo demas no es justo se dé crédito;
Por recta sucesion el mayorazgo
Gozais, invicto Guerra, valeroso,
Con el renombre y título de Ayala,
Pues haya la piedad vuestra nobleza
Que le tengo pedido con las faltas
De mi humilde retórica, y reciba
Esta verdad desnuda de matices,
Que la razon agrada como quiera.
El regidor segundo que nombráron
Fué aquel insigne personaje ilustre,
Gerónimo Valdés aparentado
Con el adelantado por ser hijo
Del valeroso Pedro de la Algaba,
Que gobernó en Canaria y fué continuo
Criado de la casa de los Reyes,
Y tiene sucesores beneméritos,
Como lo es el capitan Francisco
De Mesa, regidor, su descendiente.
Nombráron tambien por regidores
Cristobal Valdespino, buen hidalgo,
Pedro Macia, noble caballero,
Y Guillen Castellano que fué lengua

En la conquista, todos personajes
De gran valor y partes beneméritas.
Tambien fué regidor entre este número
Pedro Benitez, noble y valentísimo,
De quien en nuestro tiempo se celebran
Heróicos hechos, dignos de memoria;
Á Francisco Albornoz, persona ilustre,
De gran valor y noble descendencia
Y de los mas antiguos que acudieron
Á la guerra y conquista de las islas,
Nombráron por jurado, aunque los juros
Hoy faltan á sus nobles descendientes,
Que es cara con Carrillo la fortuna.
Asimismo nombráron por jurado
Á Juan de Badajoz, tambien persona
De gran valor y memorables prendas;
Y Alonso de la Fuente fué escribano
Público de la isla y del cabildo,
Venturoso principio de república.
Luego se establecieron estatutos,
Ordenanzas, preceptos y pragmáticas,
Segun fué necesario por entonces
En pro y utilidad para gobierno
De la famosa isla afortunada,
Y despues repartió el adelantado
Las tierras, aguas, términos y valles
Con los conquistadores y personas,
Que en la populacion se avecindáron,
Y dió su comision para lo mismo
Al noble Hernandez de la Guerra,
Como parece y consta en muchos títulos.
Al poderoso Duque de Medina
Se repartió en el término de Abona
Gran cantidad de tierra con sus aguas,
Que segun se presume son de las mejores
De la dichosa isla, y por grandeza
Y falta de labor que las cultive
Sirven tan solamente de memoria.

Fué poblada la isla en breve tiempo
De ilustres y famosos personajes.
Valerosos Dastillas, Betancores,
Valcazares, Grimones, Pontes, Perdomos,
Espinolas, Arguijos y Bernales,
Tafures, Cuevas, Fontes, Pimenteles,
Cárdenas, Navas, Covas, Alarcones,
Ascanios, Bosges, Céspedes, Ocampos,
Orozcos, Palenzuelas y Ramirez,
Franquiz, Osorios, Torres y Soleres,
Rizos, Zuritas, Mirabales, Contreras,
Guillen, Recalde, Acozas y Lordelos,
Fiescos, Fragas, Albertos y Cabreras,
Y otros no trato, ni refiero
Por concluir el fin de mi propósito.
Viendo los caballeros regidores
De su isla y ciudad el grande aumento,
Dieron principio luego á otra parroquia
Á invocacion de la Sagrada Vírgen
De los Remedios y en un breve tiempo
Fundáron un famoso templo insigne
Y la ciudad en ambas dividieron
Á modo de dos villas con buen órden,
Que llaman la de arriba y la de abajo
En pocos años la ciudad famosa
Con ricos edificios suntuosos
Ennoblecida fué, que se fundáron
En ella cuatro ilustres monasterios,
Dos hospitales y notable número
De oratorios y Ermitas, claras muestras
De la nobleza de los fundadores.
Todos estos principios declarados
Fueron el fundamento de esta isla,
Cuya insigne república permite
El sumo hacedor de cielo y tierra
Con su divina gracia se conserve,
Y si por ser hoy dia mucho el número
De regidores nobles, hay en ellos

Entre prudentes canas venerables
Muchos mancebos, cabe en todos ellos
Tanta capacidad, virtud y ciencia,
Correspondiendo en todo á sus pasados,
Que son sus partes, proceder y méritos
De sempiternas alabanzas dignos.
Mas demos las inmensas gracias
Al sumo hacedor de cielo y tierra,
Y aquella vírgen, nuestra gran Patrona,
Del mar estrella, Candelaria sacra,
Y honor á los católicos varones,
Que vertieron su sangre peleando
En las batallas, guerras y conquista,
Celebrandose eterna su memoria
Y dando fin á la insulana historia.

ÍNDICE.

Seite

Canto primero.

Canto segundo.

Canto tercero.

Canto cuarto.

Canto quinto.

Canto sexto.

Canto séptimo.

Canto octavo.

Canto noveno.

Canto décimo.

Seite

Canto undécimo.

Canto duodécimo.

Canto décimo tercero.

Canto décimo cuarto.

Canto décimo quinto.

Canto décimo sexto.

NACHWORT DES HERAUSGEBERS.

Antonio de Viana und sein werk.

Es giebt wenige stellen auf der erde, über deren geschichte so vieles und gutes geschrieben worden, als über die canarischen Inseln. Ihr anziehendstes räthsel sind die von den Spaniern Guanches (Gwandschen) genannten ureinwohner, die in heldenmüthigen hundertjährigen kämpfen nur deshalb vor der spanischen übermacht und kriegskunde unterlagen, weil jeder gau eigenwillig sich dem ganzen nicht unterordnen wollte. Waren diese hochgewachsenen, kühnen, von ehr- und freiheitssinn beseelten leute Karthager, Araber, Aegypter, Römer, Peruaner, Karaiben oder gar reste der bevölkerung einer untergegangenen Atlantis? Zahllose schriftsteller beschäftigte schon diese frage. In einer reihe von artikeln, welche ich in der beilage der allgemeinen zeitung von Februar bis April 1876 veröffentlichte, deren dürftige übersetzung ohne mein wissen und wollen als eine besondere schrift „Los Germanos en las islas Canarias por Francesco von Löher, Madrid, imprenta central" erschien, suchte ich die ansicht zu begründen, dass die alten Canarier Germanen gewesen. Gelingt dies, wie ich jetzt hoffen darf, unwiderleglich darzuthun, so ist ein unschätzbarer beitrag zur besseren aufhellung der dunkeln Germanenzeit in geschichte und sprache, religion, rechtssitte und gewohnheiten aufgethan. Das werk Viana's, ebenso sehr geschichtlichen wie poetischen inhalts, fehlte aber bisher unter den gedruckten quellenschriften, obwohl gerade dieses unter ihnen eine vorzügliche stelle einnimmt.

Antonio de Viana war in Laguna, der alten haupt- und universitätsstadt der insel Teneriffa, am 24 April 1578 geboren, lebte sich frühzeitig in die geschichtlichen begebenheiten ein,

welche einst dort spielten, untersuchte deren örtlichkeiten und sammelte und durchforschte alle mündlichen und schriftlichen nachrichten. Angeregt von den entzückenden geistesstrahlen, die damals aus dem goldenen zeitalter der spanischen literatur über's meer flogen, fasste er etwa im zwanzigsten lebensjahre den entschluss, in einem werke als poet zugleich und als historiograph mit der heimath wundervollen schönheit ihre ächte alte geschichte (die Antiguedades) zu verschmelzen. Nur ein jugendlicher muth, der auf dem epischen wie geschichtlichen gebiete noch unerfahren, konnte einen solchen gedanken fassen. Angeeifert mochte er auch sein durch das beispiel seines landmannes, des als dichter gefeierten Cairasco de Figuera, der damals den Tasso übersetzte, dessen „Befreites Jerusalem" Viana sich zum vorbilde nahm. In kürzester zeit führte er sein vorhaben aus, ging dann nach Sevilla, studirte dort die arzneiwissenschaft, sah in seinem sechsundzwanzigsten jahre sein werk gedruckt, und wurde schon zwei jahre später zum staatsarzt der insel Teneriffa ernannt. Er war aber als militärarzt in ein spital eingetreten, und tausend bande fesselten ihn an das goldene Sevilla, wo Cervantes und Lope de Vega blüheten und Ercilla das vielbewunderte Epos „Araucana" und Herrera seine schönen lieder zurückgelassen. Erst 1612 siedelte Viana sich mit seiner familie in der vaterstadt an, folgte aber zwei jahre später einem glänzenderen rufe als staatsarzt der insel Gran Canaria nach deren hauptstadt. Zwanzig jahre lang hielt er es dort aus, und hatte sich wohl ein kleines vermögen gesammelt, als er sechsundfünfzig jahre alt wieder nach dem geliebten Sevilla zog, in den lockenden kreis von dichtern, künstlern und geschichtschreibern. Dort ist er wahrscheinlich gestorben. Wider alle natur und erfahrung wäre es, wenn Viana nicht noch mehr geschrieben hätte, als das eine werk: bis jetzt ist aber bloss dieses bekannt geworden, und auch für dieses lag die Gefahr, dass es verloren ging, nahe genug.

Allerdings wurde es mit königlichem privileg 1604 in Sevilla bei B. Gomez de Pastrana gedruckt, jedoch nur in einer handvoll exemplare. Schon ein halbes jahrhundert später war das buch so selten geworden, dass im Franziskanerkloster der hauptstadt von Gran Canaria ein mönch es abschrieb. Von dieser abschrift wurde 1834 wieder eine andere gemacht für den ehemaligen französischen consul in Teneriffa, Sabin Berthelot, dessen forschereifer die Ca-

narier ausserordentlich viel verdanken, und auf dessen angaben auch der vorstehende lebensabriss Viana's sich stützt. Vergebens erfolgten auf meine bitten nachforschungen nach Viana's werke auf den canarischen inseln, vergebens in den bibliotheken zu Madrid Sevilla Paris München Heidelberg Wien Berlin, vergebens auch in privatbibliotheken des österreichischen hohen adels, von welchem mitglieder einst mit Spanien in verbindung standen, vergebens wandte ich mich auch an den spanischen kultusminister. Es hatte aber Berthelot vor sechzig jahren das buch wirklich in der bibliothek des Marquis Villanueva del Prado zu Laguna gesehen; dort war es, als er wieder darnach fragte, verschwunden. Vielleicht ist es dasselbe exemplar, das, wie ich später erfuhr, in der provinzialbibliothek zu Laguna vorhanden. Im jahre 1854 soll auch im feuilleton der in Santa Cruz erschienenen zeitschrift El Noticioso de Canarias Viana's dichtung erschienen sein, jedoch voll von fehlern: zu erhalten aber waren die blätter jener zeitschrift nirgends mehr. Ich versuchte nun den diplomatischen weg, erhielt aber durch das k. bayerische staatsministerium des äussern unter dem 4 November 1879 die mittheilung des deutschen konsulats in Santa Cruz, dass es unmöglich sei, den Viana von der bibliothek zu Laguna leihweise zu erhalten. Durch liebenswürdige vermittlung von Auguste freifräulein von Eichthal, die einen ausflug nach den glückseligen inseln machte, übernahm jetzt der amerikanische konsul William H. Dabney, in dessen hause ich einst einen schönen abend zubrachte, eine abschrift auf meine kosten herstellen zu lassen und sie selbst zu überwachen, damit sie treu und sorgfältig gerathe. Dass sie dies geworden, darauf darf man vertrauen, da Dabney ein Mann von höherem wissenschaftlichen verständniss und interesse. Diese abschrift, gefertigt in Laguna im jahr 1880, ist es, welche hier veröffentlicht wird. Eine änderung in silben erlaubte ich mir nur dann, wenn der spanische abschreiber oder schon früher der drucker offenbar sinnentstellendes hineingebracht hatte. Die wörter aber aus der Gwandschen sprache blieben unberührt.

Was nun werth und verdienst des Viana'schen werkes betrifft, so genügt es in poetischer hinsicht, auf das schöne gehaltvolle soneto (oben seite 7) zu verweisen, mit welchem Lope de Vega in warmer und ungeheuchelter bewunderung den kühnen dichter begrüsste. Sein epos ist reich an stellen, die in glanz und süssem

reiz der sprache wie in adel der gesinnung sich dem besten, was die spanische poesie hervorgebracht, anreihen. Öfter fliesst die erzählung dahin in Homers schlichter anmuth und natürlichkeit, öfter erhebt sie sich zu majestätischem rollen des schlachtendonners. Mitten aber in blühender schilderung schlägt den verfasser sein historisches gewissen: er beschreibt ängstlich genau die örtlichkeiten und füllt seine strophen breit und trocken mit dem inhalt von urkunden.

Gerade dies lässt uns um so mehr vertrauen zu dem jungen geschichtschreiber fassen. Leicht sind die reden, die liebesgeschichten, und so viel kleines und einzelnes in den begebenheiten auszuscheiden: das gehörte zur poetischen ausschmückung. Wo es sich aber um eine thatsache handelt, die in der geschichte irgendwie bedeutung hatte, da ist sie mit historischer treue dargestellt, soweit diese überhaupt erreichbar je nach den quellen, aus denen Viana schöpfen konnte. Diese waren die mündliche tradition in sage und erzählung, schriftliche nachrichten, und die urkunden in den archiven.

Lebendig war noch die überlieferung von den kämpfen und heldenthaten, den wundern und schicksalen, welche sich bei der eroberung des landes zugetragen. Waren doch erst hundert jahre darüber hingegangen, als Viana darauf zu lauschen anfing. Von den ureinwohnern lebten noch häuflein im gebirge, und gerade der spanische adel auf den inseln hatte sich mit ihrem volke verschwägert. Denn theils um ihr reiches erbe zu gewinnen, theils von der schönheit und anmuth der landestöchter angezogen hatten sich einst viele spanische offiziere mit ihnen vermählt, und spielten die vorgänge, unter denen solches geschah, in der familienüberlieferung keine geringe rolle.

Auch gab es bereits geschichtliche aufzeichnungen. Vom predigermönch Espinosa erschien in Sevilla 1594 das buch „Del origen y milagros de N. S. de Candelaria", worin er auch über die natur und sitten der ureinwohner und ihre kriege mit den Spaniern ausführlichen bericht gab: er erwähnt darin, dass doktor Fiesco und der ingenieur Turian und andere bereits über die geschichte der inseln geschrieben hätten. Manches deutet darauf hin, dass Espinosa sowohl als Viana und dem pater Galindo, der 1632 das vortreffliche buch „Historia de la conquista de las siete ilas de gran

Canaria“ verfasste, eine und dieselbe schrift vorlag, die vielleicht von einem der schreibseligen mönche herrührte, welche die noth und kämpfe und den siegesjubel bei der eroberung selbst erlebt hatten. Der historische sinn war ja damals bei den Spaniern ebenso kräftig geweckt, als das nationalgefühl gesteigert. Die besiegung der canarischen helden, die wohl an Gott, jedoch nicht an Christus glaubten, erschien dem spanischen glaubenseifer als ein höchst denkwürdiges verdienst um den himmel.

Viana machte aber auch gründliche studien in den archiven des adels, der städte und der kirchen. In diesen archiven, von denen namentlich das der Ayala unserm dichter offen stand, lagen die alten landtafeln, schenkungsbriefe, tausch- und kaufverträge über wälder und ländereien, so wie die urkunden über die errichtung von bisthümern und klöstern, städten und pfarreien, und nicht minder die akten der prozesse, mittelst deren die gerichte und die inquisition wahre verheerungen unter den stolzen besiegten anrichteten. Aus all solchen schriftstücken liess sich nicht wenig für die geschichte und alterthümer des landes entnehmen. Eröffneten sich doch selbst den geschichtschreibern des vorigen und des siebzehnten jahrhunderts, wie Sosa, Nunez de la Peña, Castillo und Viera, in den canarischen archiven noch reiche fundgruben! Viana aber schätzte seine urkunden so hoch, dass er hin und wieder ihren wortlaut in seine verse umzusetzen suchte.

Was diese aber besonders werthvoll macht, sind die wörter und redesätze aus der canarischen ursprache, die nur bei Viana sich reichlicher finden, so wie deren richtigere schreibweise. Es ist entsetzlich, wie fahrlässig und willkührlich die andern spanischen geschichtschreiber mit solchen fremdwörtern umspringen. Nicht allein, dass sie dieselben bloss nach dem gehör in ihre spanische laut- und schreibweise hinein zwängen, sie mäkeln und ändern darin auch nach belieben, während Viana ersichtlich bemüht ist, vollständig wieder zu geben, was ihm aus der sprache der Gwandschen überliefert worden. So gab es bei diesen jungfrauen, die sich wie eine art nonnen dem staate widmeten: Espinosa und Galindo berichten bloss, diese mägde hätten magadas geheissen: Viana aber giebt den vollnamen hari-magadas, d. i. heermägde. Die eidesformel bei der königskrönung: Achoran nunhabec zahonat (zahaña) reste guañac sahut banot xeraxe sote bei Viana schreibt

Viera um in Atchoran nounhabech sahagna reste gouagnac saour banot hirahi sote. Oder um noch ein ärgeres beispiel zu geben, so erscheint, was Viana seite 29 vom vasalleneid berichtet, bei Espinosa in folgender gestalt: despues de elegido el rey davanle aquel huesso à besar: el qual besandolo lo ponian sobre su cabeza y despues dél los demas principales, que alli se hallaban lo ponian sobre el hombro y decian: „Agoñe Yacoron Yñatzahaña Chacoñamet — Juro por el huesso de aquel dia en que te hiciste grande."

F. v. L.

DRUCKFEHLER.

Seite	34	Zeile	1	von	unten	zu	lesen	su gente statt gues ne
„	37	„	17	„	oben	„	„	dando statt dado
„	40	„	15	„	„	„	„	conquistadas statt conquistados
„	41	„	12	„	unten	„	„	conservase statt concerbase
„	42	„	17	„	„	„	„	llevados statt llebandos
„	42	„	21	„	„	„	„	soltar statt saltar
„	74	„	4	„	„	„	„	trajeron statt trujeron
„	94	„	13	„	oben	„	„	à statt è
„	150	„	10	„	„	„	„	mi statt ni
„	150	„	15	„	unten	„	„	conversar statt conservar
„	216	„	11	„	oben	„	„	en statt es
„	251	„	1	„	„	„	„	ó statt á
„	272	„	13	„	unten	„	„	al statt el
„	274	„	14	„	oben	wegzulassen		de
„	312	„	14	„	unten	zu	lesen	estando statt entando
„	337	„	4	„	oben	„	„	les statt le
„	364	„	3	„	unten	„	„	aumento statt aumenta
„	371	„	13	„	oben	„	„	obligado statt obligada
„	375	„	12	„	„	„	„	veces statt voces

INHALT.



V 1165.

830.8 Viana, Antonio de 31708
L77 Der kampf um Teneriffa. Hrsg. v. Franz von Löher

NAME	DATE	NAME	DATE

31708

